EMPRESAS POLITICAS
DE
SAAVEDRA.
EMPRENSAS POLÍTICAS

DE

SALVEDRA
IDEA DE UN PRINCIPE
POLÍTICO CRISTIANO

REPRESENTADA EN CIENT EMPRESAS.

POR

D. DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO
CABALLERO DEL ÓRDEN DE SANTIAGO, DEL
CONSEJO DE S. M. EN EL SUPREMO DE LAS
INDIAS, Y SU EMBAJADOR PLENIPOTENCIA-
RIO EN LOS TRECE CANTONES, EN LA DIETA
IMPERIAL DE RATISBONA POR EL CÍRCULO
Y CASA DE BORGOÑA, Y EN EL CONGRESO
DE MUNSTER PARA LA PAZ GENERAL.

TOMO II.

MADRID
EN LA IMPRENTA DE GARCÍA.
1819.
DEA DE UN PRINCIPE

POLÍTICO CRISTIANO

DIEGO DE SAAVEDRA FALIANCO

CARACTERÍSTICAS DEL ORÍGEN DE LA IGLESIA, LAS CONSIDERACIÓN DE LA RELIGION DE JESÚS Y SU FORMACIÓN RELIGIOSA. RÍO DE LOS TRISTES CANTORES Y LA TRISTE IMPIRAL DE FUNDACIÓN DE LA CONCEPCIÓN DE CASA DE BORОECA Y EN EL CONGRESO DE MINISTROS PARA LA PATRIA.

TOMO II

MADRID

EN LA IMPRENTA DE CABELÓ.

1812.
No navega el diestro y experto piloto al arbitrio del viento; antes valiéndose de su fuerza, de tal suerte dispone las velas de su bajel que le lleven al puerto que desea, y con un mismo viento orceá a una de dos partes opuestas (como mejor le está) sin perder su viaje.

Porque siempre por via irá direita
Quem do opportuno tempo se aproveita (1).

Pero cuando es muy gallardo el temporal le vence proyectando con la fuerza de las velas ó de los remos. No menor cuidado ha.

(1) Cam. Lus., cap. 1.
EMPRESAS POLÍTICAS.
de poner el Príncipe en gobernar la nave
de su estado por el golfo tempestuoso del
gobierno; reconociendo bien los temporales
para valerse de ellos con prudencia y valor.
Piloto es a quien está fiada la vida de to-
dos; y ningún bajeil más peligroso que la
corona expuesta á los vientos de la ambi-
ción, á los escollos de los enemigos y á las
burrascas del pueblo. Bien fue menester toda
la destreza del Rey Don Sancho el Fuerte
para oponerse á la fortuna y asegurar su
derecho al reynto. Toda la ciencia política
consiste en saber conocer los temporales y
valerse de ellos, porque á veces mas pres-
to, conduce al puerto la tempestad que la
bonanza. Quien sabe quebrar el ímpetu de
una fortuna adversa, la reduce á próspera.
El que reconocida la fuerza del peligro le
obedece y le da tiempo, le vence. Cuando
el piloto advierte que no se pueden con-
trastar las olas, se deja llevar de ellas amai-
nando las velas; y porque la resistencia ha-
ría mayor la fuerza del viento, se vale de
un pequeño seno con que respire la nave y
se levante sobre las olas. Algo es menester
consentir en los peligros para vencerlos.
Conoció el Rey Don Jayme el Primero de
Aragón la indignación contra su persona de
los nobles y del pueblo, y que no convenía
hacer mayor aquella furia con la oposición,
sino darle tiempo á que por sí misma menguase, como sucede á los arroyos crecidos con los torrentes de alguna tempestad; y mostrándose de parte de ellos, se dejó engañar y tener en forma de prisión hasta que redujo las cosas á sosiego y quietud, y se apoderó del reyno. Con otra semejante templanza pudo la Reyna Doña María (1), contemporizando con los grandes, y satis faciendo á sus ambiciones, conservar la corona de Castilla en la minoridad de su hijo el Rey Don Fernando el Cuarto. Si el Píloto hiciese reputación de no ceder á la tempestad, y quisiese proejar contra ella, se perdería. No está la constancia en la oposición, sino en esperar y correr con el peligro, sin dejarse vencer de la fortuna. La gloria en tales lances consiste en salvarse. Lo que en ellos parece flaqueza, es después magnanimidad coronada del suceso. Hallándose el Rey Don Alonso el Sabio (2) despojado del reyno, y puestas las esperanzas en la asistencia del Rey de Marruecos: no dudó de sujetarse á rogar á Alonso de Guzman, Señor de San Lucar, que se hallaba retirado en la corte de aquel Rey por disgustos recibidos, que los depusiese, y acordándose de

(1) Mars. hist. Hisp. (2) Ibid.
su amistad antigua y de su mucha nobleza, 
le favoreciese con aquel Rey, para que le 
enviase gente y dinero: carta que hoy se 
conserva en aquella ilustrísima y antiquís- 
ima casa.

Pero no se deben los Reyes rendir á la 
violencia de los va-alles sino es en los ca- 
sos de última desesperación, porque no obra 
la autoridad cuando se humilla vilmente.
No quietaron á los de la casa de Lara los 
partidos indecentes que les hizo el Rey 
D. Fernando el Santo, obligado de su minor- 
tidad (1). Ni la Reyna Doña Isabel pudo 
reducir á Don Alonso Carrillo, Arzobispo 
de Toledo, con el honor de ir á buscarle 
á Alcalá. Verdad es que en los peligros ex- 
tremos intenta la prudencia. todos los par- 
tidos que puede hacer posibles el caso; 
Grandeza es de ánimo y fuerza de la razón 
reprimir en tales lances los espíritus del 
valor, y pesar la necesidad y los peligros 
con la conveniencia de conservar el estado. 
Ninguno más zeloso de su grandeza que 
Tiberio, y disimuló el atrevimiento de 
Lenullo Getulico, que gobernando las le- 
giones de Germania le escribió con ame-
naza que no le enviasse sucesor, capitulan-

do que gozase de lo demás del imperio, y que a él le dejase aquella provincia; y quien antes no pudo sufrir los zelos de sus mismos hijos, pasó por este desacato. Bien conoció el peligro de tal inobediencia no castigada, pero la consideró mayor en oponerse á él, hallándose ya viejo, y que sus cosas más se sustentaban con la opinión que con la fuerza (1). Poco debería el reyno al valor del Príncipe que le gobierna, si en la fortuna adversa se rindiese á la necesidad; y poco á su prudencia, si siendo insuperable se expusiese á la resistencia. Tempórese la fortaleza con la sagacidad. Lo que no pudiere el poder facilité el arte. No es menos gloria escusar el peligro que vencerle. El huirle, siempre es flaqueza; el esperarle suele ser desconocimiento ó confusión del miedo. El desesperar es falta de ánimo. Los esforzados hacen rostro á la fortuna. El oficio del Príncipe y su fin no es de contrastar ligeramente con su república sobre las olas, sino de conducirla al puerto de su conservación y grandeza. Va-lerosa sabiduría es la que de opuestos accidentes saca beneficio; la que más pronto

(2) Reputante Tiberio públicum sibi odium, extremae stytem, magisque fama, quam vi, stare res suas. Tac, l. 6. ann.
EMPRESAS POLÍTICAS.

consigue sus fines con el contraste. Los Reyes, señores de las cosas y de los tiempos, los traen a sus consejos, no los siguen. No hay ruina que con sus fragmentos y con lo que suele añadir la industria no se pueda levantar a mayor fábrica. No hay estado tan destituido de la fortuna que no le pueda conservar y aumentar el valor, consultada la prudencia con los accidentes, sabiendo usar bien de ellos y torcerlos a su grandeza. Divídese el reyno de Nápoles el Rey Don Fernando el Católico y el Rey de Francia Luis Duodécimo (r); y reconociendo el Gran Capitán qué el círculo de la corona no puede tener más que un centro, y que no admite compañeros el imperio, se apresura en la conquista que tocaba a su Rey, por hallarse desembarazado en los accidentes de disgustos que presuponía entre ambos Reyes, y valerse de ellos para echar (como sucedió) de la parte dividida al Rey de Francia. Alguna fuerza tienen los casos, pero los hacemos mayores ó menores según nos gobernamos en ellos. Nuestra ignorancia da deidad y poder a la fortuna, porque nos dejamos llevar de sus mudanzas. Si cuando

ella, varía los tiempos; variásemos las costumbres y los medios, no sería tan poderosa, ni nosotros tan sujetos á sus disposiciones. Mudamos con el tiempo los trajes, y no mudamos los ánimos ni las costumbres.

¿De qué viento no se vale el piloto para su navegación? Según se va mudando muda las velas, y así todas le sirven y conducen á sus fines. No nos queremos despojar de los hábitos de nuestra naturaleza, o ya por amor propio, o ya por imprudencia, y después culparamos á los accidentes. Primero damos en la desesperación que en el remedio de la insatisfacción, y obstinados, ó poco advertidos, nos dejamos llevar de ella. No sabemos deponer en la adversidad la soberbia, la ira, la vanagloria, la maledicencia y los demás defectos que se criaron con la prosperidad, ni aun reconociémos los vicios que nos redujeron á ella. En cada tiempo, en cada negocio, y con cada uno de los sujetos con quien trata el Príncipe, ha de ser diferente de sí mismo, y mudar de naturaleza. No es menester en esto mas ciencia que una disposicion para acomodarse á los casos, y una prudencia que sepa conocerlos antes.

Como nos perdemos en la fortuna adversa, por no saber amainar las velas de los afectos y pasiones, y correr con ella, así también nos perdemos con los Prínci-
EMPRESAS POLÍTICAS.

pes, porque imprudentes y obstinados que-remos gobernar sus afectos y acciones por nuestro natural; siendo imposible que pue-da un ministro liberal ejecutar sus dictá-menes generosos con un Príncipe avarien-to y miserable, ó un ministro animoso con un Príncipe encogido y tímido. Menester es obrar según la actividad de la esfera del Príncipe, que es quien se ha de complacer de ello, y lo ha de aprobar y ejecutar. En esto fue culpado Corbulón, porque surviendo a Claudio, Príncipe de poco corazón, emprendería acciones arrojadas, con que forzosamente le había de ser pesado (1). La indiscreción del zelo suelen en algunos mi-nistros ser causa de esta inadvertencia; y en otros (que es lo más ordinario) el amor propio y la vanidad, y deseo de gloria, con que procuran mostrarse al mundo valerosos y prudentes: que por ellos solos puede acertar el Príncipe; y que yerra lo que obra por sí solo ó por otros; y con pre-texto de zelo publican los defectos del gobierno, y desacreditan al Príncipe; ar-tes que redundan después en daño del mismo.

ministro, perdiendo la gracia del Príncipe. El que quisiere acertar y mantenerse, huya semejantes hazañosas, odiosas al Príncipe y a los demás; sirva más que dé a entender a la condición y natural del Príncipe, reduciéndole a la razón y conveniencia con especie de obsequio y humildad, y con industria quieta, sin ruido ni arrogancia. El valor y la virtud se pierden por contumaces en su entereza; haciendo de ella reputación; y se llevan los premios y dignidades los que son de ingenios dispuestos a variar, y de costumbres que se pliegan y ajustan a las del Príncipe. Con estas artes dijo el Taso que subió Aleto a los mayores puestos del reyno;

Paul no ha de ser esto para engañar, como

(1) Vis consiliorum penes Annium Bassum, legionis legatum. Is Silvanum socordem bello, et dies rerum verbis terentem, specie obsequii regebat, ad omniaque qua agenda forent, quieta cum industria aderat. Tac. l. 3. hist.
(2) Tas. cant. 2.
haciendo algunos de tal condición que es menester todo este artificio de vestirse el ministro de su naturaleza, y entrar dentro de ellos mismos, para que se muevan y abran; porque ni se saben dejar regir por consejos ajenos, ni resolverse por los propios (1). Y así no se ha de aconsejar al Príncipe lo que más convendría, sino lo que según su caudal ha de ejecutar. Vanos fueron los consejos animosos, aunque convenientes, que daban a Vitelio; porque no teniendo valor para ejecutarlos se mostraba sordo á ellos (2). Son los ministros las velas con que navega el Príncipe; y si siendo grandes, y el bajel del Príncipe pequeño, quisieren ir estendi-das y no se amainaren, acomodándose á su capacidad, darán con él en el mar.
Por no salir de la tempestad sin dejar en ella instruido al Príncipe de todos los casos adonde puede traerle la fortuna adversa, representa esta empresa la elección del menor daño, cuando son inevitables los mayores: así sucede al piloto que perdida ya la esperanza de salvarse, oponiéndose á la tempestad, ó destrejando con ella reconoce la costa, y da con el bajel en tierra, donde si pierde el casco salva la vida y la mercancía. Alabada fue en los romanos la prudencia con que aseguraban la conservación propia cuando no podían oponerse á la for-
EMPRESAS POLÍTICAS.

La fortaleza del Príncipe no solo consiste en resistir, sino en pesar los peligros, y rendirse a los menores si no se pueden vencer los mayores; porque así como es oficio de la prudencia el prevenir, lo es de la fortaleza y constancia el tolerar lo que no pudo huir la prudencia, en que fue gran maestro el Rey Don Alonso el Sexto (2), modesto en las prosperidades y fuerte en las adversidades, siempre apercibido para los sucesos. Vana es la gloria del Príncipe que con más temeridad que fortaleza elige antes morir en el mayor peligro que salvarse en el menor. Mas se consulta con su fama que con la salud pública, si y no es que le falta el ánimo para despreciar las opiniones comunes del pueblo, el cual inconsiderado y sin noticia de los casos culpa las resoluciones prudentes, y cuando se halla en el peligro no quisiera se hubieran ejecutado las arrojadas y violentas. Alguna vez parece ánimo lo que es cobardía; porque faltando fortaleza para esperar en el peligro, nos avalauza a él la turbación del miedo. Cuando la fortaleza es acompañada -

(1) Validam, & laudatam antiquitatem, quoties fortuna contra daret, saluti consuluisse. Tuc. l.b. ii. annal.

ña de prudencia, da lugar a la consideración; y cuando no hay seguridad bastante del menor peligro, se arroja al mayor. Morir á manos del miedo es vileza. Nunca es mayor el valor que cuando nace de la última necesidad. El no esperar remedio, ni desesperar de él, suele ser el remedio de los casos desesperados. Tal vez se salvó la nave, porque no asegurándose de dar en tierra, por no ser arenosa la orilla, se arrojó al mar y venció la fuerza de sus olas. Un peligro, suele ser el remedio de otro peligro. En esto se fundaban los que en la conjuración contra Galba le aconsejaban que luego se opusiese á su furia (1). Defendía García González la fortaleza de Jerez (de quien era Alcayde en tiempo del Rey Don Alonso el Sabio), y aunque veía muertos y heridos todos sus soldados, no la quiso rendir, ni acertar los partidos aventajados que le ofrecían los africanos; porque teniendo por sospechosa su fe, quiso mas morir gloriosamente en los brazos de su fidelidad que en los del enemigo; y lo que parece le había de costar la vida, le grangeó las voluntades de los enemigos; los cuales admirados

(1) Proinde in tuta, que indecora: vel si cadere necesse sit, occurrentum discrimini. Tac. lib. 1. hist.

Tomo II.  B
EMPRESAS POLÍTICAS.

de tanto valor y fortaleza echando un gar- fio le sacaron vivo y le trataron con gran hu- manidad, curándole las heridas recibidas: fuerza de la virtud, amable aún a los mismos enemigos. A más dió la vida el valor que el miedo. Un no sé que de deidad le acompaña que le saca bien de los peligros. Hallá- dose el Rey Don Fernando el Santo sobre Seyilla (1) se paseaba Garci Pérez de Varg- gas con otro caballero por las riberas de Guadalquivir, y de improviso vieron cerca de sí siete moros a caballo. El compañero aconsejaba la retirada, pero Garci Pérez, por no huir torpemente, caló la visera, en- ristró la lanza y paso soló adelante; y co- nociéndole los moros, y admirados de su determinación, le dejaron pasar sin atre- verse a acometerle. Salvóle su valor, por- que si se retirara le hubieran seguido y ren- dido los enemigos. Un ánimo muy desem- barazado y franco es menester para el exa- men de los peligros, primero en el rumor, después en la calidad de ellos. En el ru- mor, porque crece este con la distancia: el pueblo los oye con espanto, y sediciosas- mente los espanta y aumenta su aplauso, holgándose de sus mismos males por la novedad de los

(1) Mor hist. Hisp.
casos, y por culpar el gobierno presente, y así conviene que el Príncipe mostrándose constante deshaga semejantes aprehensiones vanas, como corrieron en tiempo de Tiberio de que se habían revelado las provincias de España, Francia y Germania; pero el compuesto de ánimo ni mudó de lugar ni de semblante, como quien conocía la ligereza del vulgo (1). Si el Príncipe se dejare llevar del miedo no sabrá resolverse, porque turbado dará tanto crédito al rumor como al consejo: así sucedía a Vitelio en la guerra civil con Vespasiano (2). Los peligros inminentes parecen mayores, viéndolos de horror el miedo, y haciéndolos mas abultados la presencia, y por huir de ellos damos en otros mucho más grandes, que aunque parece que están lejos los llamamos vecinos. Faltando la constancia nos engañamos con interponer (á nuestro parecer) algún espacio de tiempo entre ellos. Muchos desvanecieron tocados, y muchos se armaron contra quien los huía, y fue en el hecho peligro lo que antes había sido.

(1) Tanto impensius in securitatem compositus, neque loco, neque vultu mutato, sed, ut solitum, perillos dies egit: altitudine animi, an compерerat modica esse, et vulgatis leviора? Tac. lib. 3. ann. (2) Quia in metu consilia prudentium, et vulgii rumor juxta audiuntur. Tac. lib. 3. hist.
EMPRESAS POLÍTICAS.

imaginacion, como sucedió al ejército de Siria en el cerco de Samaria (1). Mas han muerto de la amenaza del peligro que del mismo peligro. Los efectos de un vano temor, vimos pocos años há en una fiesta de toros de Madrid, cuando la voz ligera de que peligraba la plaza, perturbo los sentidos, e ignorada la causa se temían todas. Acreditóse el miedo con la fuga de unos y otros, y sin detenerse á averiguar el caso, hallaron muchos la muerte en los medios con que creían salvar la vida; y hubiera sido mayor el daño si la constancia del Rey Don Felipe el Cuarto, en quien todos pusieron los ojos, inmutable al movimiento popular y á la voz del peligro no hubiera asegurado los ánimos. Cuando el Príncipe en las adversidades y peligros, no reprime el miedo del pueblo, se confunden los consejos, mandan todos, y ninguno obedece. El escaso también en la fuga de los peligros, es causa de las pérdidas de los estados. No fuera despojado de los suyos y de la voz electoral el Conde Palatino Federi-

co, si después de vencido no le pusiera alas el miedo para desamparlo todo, pudiendo hacer frente en Praga ó en otro puesto, y componerse con el Emperador, eligiendo el menor daño y el menor peligro.

Muchas veces nos engaña el miedo tan disfrazado y desconocido, que le tenemos por prudencia, y á la constancia por temeridad. Otras veces no nos sabemos resolver, y llega entre tanto el peligro. No todo se ha de temer, ni en todos tiempos ha de ser muy considerada la consulta, porque entre la prudencia y la temeridad suele acabar grandes hechos el valor. Hallábase el Gran Capitan en el Garellano (1) : padecía tan grandes necesidades su ejército, que casi amotinado se le iba deshaciendo: aconséjaba sus capitanes que se retirase, y respondió: yo estoy determinado de ganar antes un paso para mi sepultura, que volver atrás aunque sea para vivir cien años. Heróica respuesta, digna de su valor y prudencia. Bien conoció que había alguna temeridad en esperar; pero ponderó el peligro con el crédito de las armas, que era el que sustentaba su partido en el reyno pendiente de aquel hecho, y eligió por mas conveniente.

ponerlo todo al tránsito de una batalla, y sustentar la reputación, que sin ella perder-le después poco a poco. ¡Oh cuántas veces por no aplicar luego el hierro dejamos que se cancearen las heridas!

Algunos peligros por sí mismos se caen, pero otros crecen con la inadvertencia, y se consumen y mueren los reynos con fiebres lentas. Algunos no se conocen, y estos son los más irreparables porque llegan primero que el remedio. Otro se conocen, pero se desprecian: á manos de estos sue- len casi siempre padecer el descuido y la confianza. Ningún peligro se debe desestimar por pequeño y flaco, porque el tiempo y los accidentes le suelen hacer mayor, y no está el valor tanto en vencer los peligros como en divertirlos. Vivir á vista de ellos es casi lo mismo que padecerlos. Mas seguro es escusarlos que salir bien de ellos (1).

No menos nos suele engañar la confianza en la clemencia agena, cuando huyendo de un peligro damos en otro mayor, poniéndonos en manos del enemigo. Conside-

(1) Nemó mortalium juxta viperam securos somos capit, quæ etsi non percutiat, certè sollicitat, tutius est perire non posse, quam juxta periculum non perisse. S. Hier.
En el genero del perdón, no la fuerza de la venganza ó de la ambición, por nuestro dolor y pena medimos su compasión, y ligeramente creemos que se moverá al remedio. No pudiendo el Rey de Mallorca Don Jayme el Tercero resistir al Rey Don Pedro el Cuarto de Aragon su cuñado, que con pretextos buscados le quería quitar el reyno, se puso en sus manos, creyendo alcanzar con la sumisión y humildad lo que no podía con las armas; pero en el Rey pudo más el apetito de reynar que la virtud de la clemencia, y le quitó el estado y el título de Rey. Así nos engañan los peligros, y viene a ser mayor el que elegimos por menor. Ninguna resolución es segura si se funda en presupuestos que pendan del arbitrio ageno. En esto nos engañamos muchas veces, suponiendo que las acciones de los demás no serán contra la religión, la justicia, el parentesco, la amistad, ó contra su mismo honor y conveniencia; sin advertir que no siempre obran los hombres como mejor les estaria ó como debian, sino según sus pasiones y modos de entender: y así no se han de medir con la vara de la razón solamente, sino también con la de la malicia y experiencias de las ordinarias injusticias y tiranías del mundo.

Los peligros son los más eficaces maes-
EMPRESAS POLÍTICAS.

Los pasados enseñan a remediar los presentes, y a prevenir los futuros. Los propios dejan en el ánimo las señales y cicatrices del daño y lo que ofendió a la imaginación el miedo; y así conviene que no los borre el desprecio, principalmente cuando fuera ya de un peligro creemos que no volverá á pasar por nosotros, o que si pasare nos dejará otra vez libres: porque si bien una circunstancia que no vuelva á suceder los deshace, otras que de nuevo suceden los hacen irreparables.
Fundó la naturaleza esta república de las cosas, este imperio de los mistos, de quien tiene el cetro; y para establecerle más firme y seguro se dejó amar tanto de ellos, que aunque entre sí contrarios los elementos, le asistiesen, uniéndose para su conservación. Presto se descompondría todo si aborreciesen á la naturaleza, princesa de ellos, que los tiene ligados con recíprocos vínculos de benevolencia y amor. Este es quien sustenta librada la tierra, y hace girar sobre ella los orbes. Aprendan los Príncipes de esta monarquía de lo criado, fundada en el primer ser de las cosas, á mantener sus
personas y estados con el amor de los súbditos, que es la más fiel guarda que pueden llevar cerca de sí.

Non sic excubiæ, non circumstantia tela
Quam tutatur amor. Claud. (1)

Este es la más inespugnable fortaleza de sus estados (2). Por esto las aves eligen un Rey sin aguijón, porque no ha menester armas quien ha de ser amado de sus vasallos. No quiere la naturaleza que pueda ofender el que ha de gobernar aquella república, porque no caiga en odio de ella y se pierda. El mayor poderío es más cumplido (dijo el Rey Don Alonso en una ley de las Partidas) (3) que el Emperador puede haber de hecho en su señorío, es cuando él ama á su gente, é es amado della. El cuerpo defiende á la cabeza, porque la ama para su gobierno y conservación: si no la amara no opusiera el brazo para reparar el golpe

(1) Corporis custodiam tutissimam esse putatum in virtute amicorum, tum in benevolentia civium esse, collocatam. Isocr. ad Nic.
(2) Salvum Principem in aperto clementia presbit, unum erit inexpugnabile monumentum, amor civium. Senec. de Clem. lib. 1, cap. 19.
(3) L. 3. tit. 1. Part. 2.
que cae sobre ella. ¿Quién se espondría á los peligros si no amase á su Príncipe? ¿Quién le defendería la corona? Todo el reyno de Castilla se puso al lado del Infante Don Enrique (1), contra el Rey Don Pedro el Cruel, porque aquel era amado, y éste aborrecido. El primer principio de la eversión de los reynos y de las mudanzas de las repúblicas es el ódio. En el de sus vasallos cayeron los Reyes Don Ordoño y Don FrueJa el Segundo (2); y aborreado el nombre de Reyes, se redujo Castilla á forma de república, repartido el gobierno en dos jueces, uno para la paz, y otro para la guerra. Nunca Portugal desnudó el acero, ni perdió el respeto á sus Reyes, porque con entrañable amor los ama; y si alguna vez escluyó á uno y admitió á otro, fue porque amaba al uno, y aborrecía al otro por sus malos procedimientos. El Infante Don Fernando (3) aconsejaba al Rey Don Alonso el Sabio su padre, que antes quisiése ser amado que temido de sus súbditos, y que grangease las voluntades del brazo eclesiástico y del pueblo para oponerse á la nobleza: consejo que si lo hubiera ejecutado no se vierá despojado de la corona. Luego

(1) Mor. hist. Hisp. (2) Ibid. (3) Ibid.
que Neron dejó de ser amado se conjuraron contra él, y en su cara se lo dijo Sui·brio Flavio (1). La grandeza y poder de Rey no está en sí mismo, sino en la vo·luntad de los súbditos. Si estan mal afectos ¿quién se opondrá a sus enemigos? Para su conservación ha menester el pueblo á su Rey, y no la puede esperar de quien se hace aborrecer. Anticipadamente consideraron esto los aragoneses cuando habiendo llamado para la corona (2) á Don Pedro Ata-rés, señor de Borja, de quien desciende la ilustrísima y antiquísima casa de Gandía, se arrepintieron y no le quisieron por Rey, habiendo conocido que aun antes de ser elegido los trataba con desamor y aspereza. Diferentemente lo hizo el Rey Don Fer·nando el Primero de Aragon (3), que con benignidad y amor supo grangear las vo·luntades de aquel reyno, y las de Castilla en el tiempo que la gobernó. Muchos Príncipes se perdieron por ser temidos, ningu·no por ser amado. Procure el Príncipe ser amado de sus vasallos, y temido de sus ene-

(2) Mar. hist. Hisp. (3) Ibid.
¡Migó; porque si no, aunque salga vencedor de éstos, morirá á manos de aquellos, como le sucedió al Rey de Persia Bardano. El amor y el respeto se pueden hablar juntos: el amor y el temor servir no. Lo que se teme se aborrece, y lo que es aborrecido no es seguro.

*Quem metuunt, oderunt,*

*Quem quisque odit, perissse expetit. Enn.*

El que á muchos teme, de muchos es temido. ¿Qué mayor infelicidad que mandar á los que por temor obedecen, y dominar á los cuerpos y no á los ánimos? Esta diferencia hay entre el Príncipe justo y el tirano; que aquel se vale de las armas para mantener en paz los súbditos, y éste para estar seguro de ellos. Si el valor y el poder del Príncipe aborrecido es pequeño, está muy expuesto al peligro de sus vasallos; y si es grande, mucho más, porque siendo mayor el temor son mayores las asechanzas de ellos para asegurarse, temiendo que crecerá en él con la grandeza la feroacidad, como se vio en Bardano Rey de Persia, á quien las glorias hicieron más fe-

---

(1) Claritudine paucos inter senum Regum, si perinde amorem inter popularum, quàm metum apud hostes quáesivisset. *Tác. lib. 11. ann.*
EMPRESAS POLÍTICAS.
roz y más insufrible a los súbditos (1). Pero cuándo no por el peligro, por la gratitud no debe el Príncipe hacerse temer de los que le dan el ser de Príncipe; y así fue indigna voz de Emperador de Calígula: oderint, dum metuant. Como si estuviera da seguridad del imperio en el miedo; antes ninguno puede durar si lo combate el miedo. Y aunque dijo Séneca: odia, qui nimium timet, regnare nescit: regna custodit metus, és voz tirana, ó la debemos entender de aquel temor vano que suelen tener los Príncipes en el mandar aun lo que conviene por no ofender á otros, el cual es dano y contra su autoridad y poder. No sabrá reinar quien no fuere constante y fuerte en desprezar el ser aborrecido de los malos por conservar los buenos. No se modera la sentencia de Calígula con lo que le quitó y añadió el Emperador Tiberio: oderint, dum probent, porque ninguna acción se aprueba de quien es aborrecido. Todo lo culpa e interpreta siniestramente el odio. En siendo el Príncipe aborrecido, aun sus acciones buenas se tienen por malas. Al tirano le parece forzoso el mantener los súbditos con el miedo, porque su imperio es

(1) Ingens gloria, atque eo feroçior, et subjectis intolerantior. Tac. lib. 11. ann.
violento, y no puede durar sin medios violentos, faltando en sus vasallos aquellos dos vínculos de naturaleza y vasallaje, que como dijo el Rey Don Alonso el Sabio (1): son los mayores debidos que ome puede haber con su señor. Ca la naturaleza le tiene siempre atado para amarlo, é no ir contra él; é el vasallaje para servirle lealmente. Y como sin estos lazos no puede esperar el tirano que entre él y el sujeto puede haber amor verdadero, procura con la fuerza que obre el temor lo que naturalmente había de obrar el afecto; y como la conciencia perturbada teme contra sí crueles (2) las ejercita en otros. Pero los ejemplos funestos de todos los tiranos testifican cuán poco dura este medio; y si bien vemos por largo espacio conservado con el temor el imperio del turco, el de los moscovitas y tártaros, no se deben traer en comparación aquellas naciones bárbaras de tan rudas costumbres, que ya su naturaleza no es de hombre, sino de fieras, obedientes mas al castigo que á la razón; y así no pudieran sin él ser gobernadas, como no pueden domarse los animales sin la fuerza y el temor. Pero los áni-

(1) L. 23. tit. 18. Part. 2.
(2) Semper enim præsumit sæva perturbata conscientia. Sup. 17. 11.
EMPRESAS POLÍTICAS.

mos generosos no se obligan á la obediencia y á la fidelidad con la fuerza ni con el engaño, sino con la sinceridad y la razón. E porque (dijo el Rey Don Alonso el Sabio) las nuestras gentes son leales; é de grandes corazones: por eso hacen menester que la lealtad se mantenga con verdad; é la fortaleza de las voluntades con derecho é con justicia.

Entre el Príncipe y el pueblo suele haber una inclinación ó simpatía natural que le hace amable, sin que sea menester otra diligencia; porque á veces un Príncipe que merecía ser aborrecido es amado, y al contrario. Y aunque por sí mismas se dejan amar las grandes virtudes y calidades del ánimo y del cuerpo, no siempre obran este efecto, si no son acompañadas de una benignidad graciosa, y de un semblante atractivo, que luego por los ojos, como por ventanitas del ánimo, descubra la bondad interior, y arrebate los corazones. Fuera de que, ó accidentes que no se pudieron prevenir, ó alguna aprehension siniestra, descomponen la gracia entre el Príncipe y los súbditos, sin que pueda volver á cobrarla. Con todo eso obra mucho el artificio y la industria en saber gobernar á satisfacción del pueblo y de la nobleza, huyendo de las ocasiones que pueden indignarle, y haciendo nacer buena opinión de su gobierno.
porque en este libro se hallan esparcidos to-

dos los medios con que se adquiere la bene-

volencia de los súbditos, solamente digo

que para alcanzarla son eficaces la religión,

la justicia y la liberalidad.

Pero porque sin alguna especie de tem-

mor se convertiría el amor en desprecio, y

peligraría la autoridad Real (1), convenien-

te es en los súbditos aquel temor que nace

del respeto y veneración, no el que nace

de su peligro por las tiranías o injusticias.

Hacerse temer el Príncipe, porque no sufre

indignidades; porque conserva la justicia, y

porque aborrece los vicios, es tan conve-

niente que sin este temor en los vasallos no

podría conservarse; porque naturalmente

se ama la libertad, y la parte de animal que

está en el hombre es inobediente á la ra-

zon, y solamente se corrige con el temor.

Por lo cual es conveniente que el Príncipe
dome á los súbditos como se doma un po-

tro ( cuerpo de esta empresa ) á quien la

misma mano que le halaga y peina el co-
pete, amenaza con la vara levantada. En

el arca del tabernáculo estaban juntos la

vara y el maná, significando que han de

estar acompañadas en el Príncipe la severi-

(1) Timóre Princeps aciam auctoritatis sua non

patitur hebescere. Cíc. i. Cat.

Tomo II.
dad y la benignidad. David se consolaba con la vara y el báculo de Dios; porque si el uno le castigaba, le sustentaba el otro (1). Cuando Dios en el monte Sinaí dió la ley al pueblo le amenazó con truenos y rayos, y le halagó con músicas y armonías celestiales (2). Uno y otro es menester para que los súbditos conserven el respeto y el amor; y así estudie el Príncipe en hacerse amar y temer juntamente. Procure que le amen como a conservador de todos: que le teman como a alma de la ley, de quien pende la vida y hacienda de todos: que le amen, porque premia: que le teman, porque castiga: que le amen, porque no oye lisonjas: que le teman, porque no sufre libertades: que le amen por su benignidad: que le teman por su autoridad: que le amen, porque procure la paz; y que le teman, porque está dispuesto á la guerra. De suerte que amando los buenos al Príncipe, hallen que temer en él; y temiéndole los malos, hallen que amar en él. Este temor es tan necesario para la conservación del cetro, como nocivo y peligroso aquel que nace de la soberbia, injusticia y tiranía del Príncipe, porque induce á la de-

(1) Virga tua, & baculus tuus, ipsa me consolata sunt. Psalm. 22. 4.
(2) Exod. cap. 19.
sesperacion (1). El uno procura librarse con la ruina del Príncipe; rompiendo Dios la vara de los que dominan ásperamente (2). El otro preservarse de su indignación y del castigo, ajustándose á la razón. Así lo dijo el Rey Don Alonso (3): otro sí, lo deben temer como vasallos á su señor, habiendo miedo de hacer tal yerro que ayan á perder su amor, e caer en pena, que es manera de servidumbre. Este temor nace de un mismo parto con el amor, no pudiendo haber amor sin temor de perder el objeto amado, atento á conservarse en su gracia. Pero porque no está en manos del Príncipe que le amen como está que le teman, es mejor fundar su seguridad en este temor que en solo el amor; el cual como hijo de la voluntad es inconstante y vario; y ninguna artes de agrado pueden bastar á ganar las voluntades de todos. Yo tendré por gran gobernador á aquel Príncipe que vivo fuere temido y muerto amado, como sucedió al Rey Don Fernando el Católico; porque cuando no sea amado, basta ser estimado y temido:

(1) Ita agere in subjectis; ut magis vereantur se­veritatem, quam ut sævitiâm ejus detestentur. Collum.
(2) Contrivit Dominus baculum impiorum, vir­gam dominantium, cedentem populos in indignatio­ne. Isai. 14. v. 5.
(3) L. 15. tit. 13. Part. 2.
En el reverso de una medalla antigua se halla esculpido un rayo sobre un ara, significando que la severidad en los Príncipes se ha de dejar vencer del ruego. Molesto símbolo á los ojos; porque se representa tan vivo el rayo del castigo, y tan inmediato al perdón, que puede el miedo poner en desesperación la esperanza de la benignidad del ara; y aunque tal vez conviene que el semblante del Príncipe, á quien inclina la rodilla el delincuente, señale á un mismo tiempo lo terrible de la justicia y lo suave de la clemencia, pero no siempre;
porque sería contra lo que amonesta el Espíritu Santo, que en su rostro se vean la vida y la clemencia (1). Por esto en la presente empresa ponemos sobre el ara en vez del rayo el Toison que introdujo Felipe el Bueno Duque de Borgoña, no por insignia (como muchos piensan) del fabuloso vellocino de Colcos, sino de aquella piel ó vellón de Gedeon, recogido en él por señal de victoria el rocío del cielo cuando se mostraba seca la tierra (2). Significando en este símbolo la mansedumbre y benignidad, como la significa el cordero de aquella hostia inmaculada del Hijo de Dios, sacrificada por la salud del mundo. Victima es el Príncipe ofrecida á los trabajos y peligros por el beneficio común de sus vasallos. Precioso vellón, rico para ellos del rocío y bienes del cielo: en él han de hallar á todos tiempos la satisfacción de su sed, y el remedio de sus necesidades: siempre afable, siempre sincero y benigno con ellos, con que obrará más que con la severidad. Las

(1) In hilaritate vultus Regis vita: & clementia ejus quasi imber serotinus. Prov. 16. 15.
(2) Ponam hoc vellus lanæ in area ; si ros in solo vellere fuerit, et in omni terra siccitas, sciam quod per manum meam, sicut locutus es, liberabis Israel. Judic. 6. 37.
empresas políticas.
armas se les cayeron a los conjurados viendo el agradable semblante de Alejandro. La serenidad de Augusto entorpeció la mano del francés que le quiso precipitar en los Alpes. El Rey Don Ordoño el Primero (1) fue tan modesto y apacible que robó los corazones de sus vasallos. Al Rey Don Sancho el Tercero llamaron el Deseado, no tanto por su corta vida cuanto por su benignidad. Los aragoneses admitieron a la corona al Infante Don Fernando, sobrino del Rey Don Martin, enamorados de su blando y agradable trato. Nadie deja de amar la modestia y la cortesía. Bastante es por sí misma pesada y odiosa la obediencia; no le añada el Príncipe aspereza, porque suele ser esta una lima con que la libertad natural rompe la cadena de la servidumbre. Si en la fortuna adversa se valen los Príncipes del agrado para remediarla, ¿por qué no en la próspera para mantenerla? El rostro benigno del Príncipe es un dulce imperio sobre los ánimos, y una disimulación del señorío. Los lazos de Adan, que dijo el Profeta Oséas que atraían los corazones (2), son el trato humano y apacible.

(2) In funiculis Adam traham eos, in vinculis charitatis. Osææ, c. 11. 4.
No entiendo aquí por benignidad la que es tan común que causa desprecio, sino la que está mezclada de gravedad y autoridad con tan dulce punto que da lugar al amor del vasallo, pero acompañada de reverencia y respeto; porque si este falta es muy amigo el amor de domesticarse y hacerse igual. Si no se conserva lo augusto de la magestad, no habrá diferencia entre el Príncipe y el vasallo (1). Y así es conveniente que el arreo de la persona (como hemos dicho) y la gravedad apacible representen la dignidad Real; porque no apruebo que el Príncipe sea tan común a todos que se diga de él lo que de Julio Agrícola, que era tan llano en sus vestidos y tan familiar que muchos buscaban en él su fama, y pocos la hallaban (2). Porque lo que es común no se admira, y de la admiración nace el respeto. Alguna severidad grave es menester que halle el súbdito en la frente del Príncipe, y algo extraordinario en la compos- tura y movimiento Real, que señale la po-

(1) Comitas facile faustum omne atterit, & in familiaris consuetudine aegre custodias illud opinionis augustum. Herod. l. i.
(2) Cultu modicus, sermone facilis, adeo ut ple- rique, quibus magnos viros per ambitionem estimare mos est; viso aspectoque Agricola, quererent fa- mam, pauci interpretarentur. Tac. in vita Agric.
EMPRESAS POLÍTICAS.

testad suprema, mezclada de tal suerte la severidad con el agrado, que abren efectos de amor y respeto en los súbditos; no de temor (1). Muchas veces en Francia se atrevió el hierro á la magestad Real, demasíademente comunicable. Ni la afabilidad disminuya la autoridad; ni la severidad el amor, que es lo que admiró en Agrícola Cornelio Tácito (2), y alabó en el Emperador Tito, el cual aunque se mostraba apacible á sus soldados y andaba entre ellos, no perdía el decoro de General (3). Componga el Príncipe de tal suerte el semblante, que conservando la autoridad aficione: que parezca grave, no desabrido: que anime, no desespere, bañado siempre con un decoro risueño y agradable, con palabras benignas y gravemente amorosas. No les parece á algunos que son Príncipes si no ostentan ciertos desvíos y asperezas en las

(1) Et videri velle non asperum, sed cum gravitate honestum, & talem ut eum non timeant: ob-vii, sed magis revereantur. Arist. Pol. lib. 5. c. 11.

(2) Nec illi, quod rarissimum est, aut facilitas autoritatem, aut severitas amorem diminuit. Tac. in vita Agric.

(3) Atque ipse, ut super fortunam crederetur, decorum se, promptuque armis ostentabat, comitato, & alloquiis officia provocans, ac plerumque in opere, in agmine, gregario militi mixtus, incorrupto Ducis honore. Tac. lib. 5. hist.
EMPRESA XXXIX.

palabras, en el semblante y movimiento del cuerpo, fuera del uso común de los demás hombres; así como los estatuarios ignorantes, que piensan consiste el arte y la perfección de un coloso en que tenga los car- rillos hinchados, los labios eminentes, las cejas caídas, revueltos y torcidos los ojos.

Celsa potestatis species non voce feroci,
Non alto simulata gradu, non improba ges-tu. Claud.

Tan terrible se mostró en una audiencia el Rey Asuero á la Reyna Estér, que cayó desmayada (1), y fue menester para que volviese en sí que reducido por Dios á mansedumbre su espíritu descompuesto (2) le hiciese tocar el cetro (3), para que viese que no era más que un leño dorado, y él hombre y no visión como había imaginado (4). Si esto obra en una Reyna la ma-gestad demasiadamente severa y desconfor-

(1) Eratque terribilis aspectu, cumque elevasset faciem, & ardentibus oculis furorem pectoris indicasset, Regina corruit. Esth. c. 15. ii.
¿qué hará en un negociante pobre y necesitado? Médico llaman las divinas letras al Príncipe (1), y también padre (2); y ni aquel cura, ni éste gobierna con desagrado.

Si alguna vez con ocasión se turbare la frente del Príncipe, y se cubriere de nubes contra el vasallo, reprehendale con tales palabras que entre primero alabando sus virtudes, y después afeando aquello en que falta, para que se encienda en generosa vergüenza, descubriéndose más á la luz de la virtud la sombra del vicio. No sea tan pesada la reprehension y tan pública, que perdida la reputacion no le quede al vasallo esperanza de restaurarla, y se obstine más en la culpa. Estén así mezcladas la ira y la benignidad, el premio y el castigo, como en el Toison están los eslabones enlazados con los pedernales, y entre ellos llamas de fuego; significando que el corazón del Príncipe ha de ser un pedernal que tenga oculatas y sin ofensa las centellas de su ira, pero de tal suerte dispuesto, que si alguna vez le hiriere la ofensa ó el desacato se en-

(1) Non sum medicus, nolite me constituere Principem. Isai. c. 3. 7.
(2) In judicando esto pupillus misericors, ut pater. Eccli. c. 4. 10.
cienda en llamas de venganza ó justicia; aunque no tan ejecutivas que no tengan á la mano el rocío del vellocino para extinguirlas ó moderarlas. A Ezequías dijo Dios que le había formado el rostro de diamante y de pedernal (1), significando en aquel la constancia de la justicia, y en éste el fuego de la piedad.

Si no pudiere vencer el Príncipe su natural áspero é intratable, tenga tan benigna familia que lo supla agasajando á los negociantes y pretendientes. Muchas veces es amado ó aborrecido el Príncipe por sus criados. Mucho disimulan (como decimos en otra parte) las asperezas de su Señor, si son advertidos en templarlas ó en disculparlas con su agrado y discreción.

Algunas naciones zelan en las audiencias la magestad Real entre velos y sacramentos, sin que se manifieste al pueblo. Inhumano estilo á los Reyes, severo y cruel al vasallo, que cuando no en las manos, en la presencia de su Señor halla el consuelo. Podrá este recato hacer mas temido, pero no mas amado al Príncipe. Por los ojos y por los oídos entra el amor al corazón. Lo que ni se ve ni se oye no se ama. Si el Príncipe se

(1) Ut adamantem, & ut silicem dedi faciem tuam. Ezek. 3. 9.
44 EMPRESAS POLÍTICAS.

niega á los ojos y á la lengua, se niega á la necesidad y al remedio. La lengua es un instrumento fácil, porque ha de granger las voluntades de todos: no la haga dura é intratable el Príncipe. Porque fue corta y embarazada en el Rey Don Juan el Prime-ro (1), perdió las voluntades de los portugueses, cuando pretendía aquella corona por muerte del Rey Don Pedro.

No basta que el Príncipe despache por memoriales; porque en ellos no se explican bien los sentimientos; no yendo acompañados del suspiro y de la acción lastimosa. Llegan en ellos secas las lágrimas del afligido, y no conmueven al Príncipe.

Siempre están abiertas las puertas de los templos; estén así las de los palacios; pues son los Príncipes Vicarios de Dios, y aras (como hemos dicho) á las cuales acude el pueblo con sus ruegos y necesidades. No sea al soldado pretendiente más fácil romper un escuadrón de picas que entrar á la audiencia por las puntas de la Guardia esguízara y alemana, herizos armados, con los cuales ni se entiende el ruego, ni obran las señas del agrado. Dejad llegar á mí los hombres (decía el Emperador Rodulfo) que no soy Emperador para estar encerrado en una arca.

El retiramiento hace feroz el ánimo (1). La atención al gobierno y la comunicación ablandan las costumbres y las vuelven amables. Como los azores, se domestican los príncipes con el desvelo en los negocios, y con la vista de los hombres. Al Rey Don Ramiro de Leon el Tercero (2) se le alborotó y levantó el reyno por su aspereza y dificultad en las audiencias. El Rey Don Fernando el Santo á ninguno las negaba, y todos tenían licencia de entrar hasta sus más retirados retretes á significar sus necesidades. Tres días en la semana daban audiencia pública los Reyes (3) Don Alonso Duodécimo y Don Enrique el Tercero, y también los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel. La naturaleza puso puertas á los ojos y á la lengua, y dejó abiertas las orejas para que á todas horas oyesen; y así no las cierre el Príncipe: oiga benignamente. Consuele con el premio ó con la esperanza, porque esta suele ser parte de satisfacción con que se entretiene el mérito. No use siempre de fórmulas ordinarias y respuestas generales, porque las que se dan á todos á ninguno satisfacen, y es notable

(1) Etiam fera animalia si clausa teneas, virtutis obliviscuntur. Tac. lib. 4. hist.
(2) Mar. hist. Hist. (3) Ibid.
EMPRESAS POLÍTICAS.

desconsuelo que lleve la necesidad sabida la respuesta, y que antes de pronunciada le suene en los oídos al pretendiente. No siempre escuche el Príncipe, pregunte tal vez (1); porque quien no pregunta no parece que queda informado. Inquiera y sepa el estado de las cosas. Sea la audiencia enseñanza, y no sola asistencia, como las dieron el Rey Don Fernando el Santo, el Rey Don Alfonso de Aragon, el Rey Don Fernando el Católico y el Emperador Carlos Quinto, con que fueron amados y respetados de sus vasallos, y estimados de los extranjeros. Así como conviene que sea fácil la audiencia, así también el despacho, porque ninguno es favorable si tarda mucho; aunque hay negocios de tal naturaleza que es mejor que desengañe el tiempo que el Príncipe o sus ministros. Porque casi todos los pretendientes quieren mas ser entretenidos con el engaño, que despachados con el desengaño, el cual en las cortes prudentes se toma, pero no se da.

No apruebo el dejarse ver el Príncipe muy a menudo en las calles y paseos, porque la primera vez le admira el pueblo, la segunda le nota, y la tercera le embaraza (2).

(1) Audí tacens simul, & quærens. Eccl. 32. 12.
(2) Continuus aspectus minus verendos magnor homines ipsa societate facit. Liv.
Lo que no se ve se venera mas (1). Desprecian los ojos lo que acreditó la opinión. No conviene que llegue el pueblo a reconocer si la cadena de su servidumbre es de hierro ó de oro, haciendo juicio del talento y calidades del Príncipe. Mas se respeta lo que está mas lejos (2). Hay naciones que tienen por vicio la facilidad del Príncipe en dejarse ver, y su familiaridad y agrado. Otras se ofenden de la severidad y retiroamiento, y quieren familiares y afables á sus Príncipes, como los portugueses y los franceses. Los extremos en lo uno y en lo otro siempre son peligrosos, y los sabrá templar quien en sus acciones y proceder se acordare que es Príncipe, y que es hombre.

(1) Arcebantur aspectu, qua venerationis plus inesset. Tacit. lib. 4. hist.
(2) Cui major et longinquo reverentia. Tacit. lib. 1. annal.
los Príncipes llaman montes las divinas letras, y á los demas collados y valles (1). Esta comparación comprende en sí muchas semejanzas entre ellos; porque los montes son Príncipes de la tierra, por ser inmediatos al cielo y superiores á las demás obras de la naturaleza, y también por la liberalidad con que sus generosas entrañas satisfacen con fuentes continuas á la sed de los campos y valles, vistiéndolos de hojas y

flores, porque esta virtud es propia de los Príncipes. Con ella, mas que con las demás, es el Príncipe parecido á Dios, que siempre está dando á todos abundantemente (1). Con ella la obediencia es mas pronta, porque la dádiva en el que puede mandar hace necesidad ó fuerza la obligacion. El vasallage es agradable al que recibe. Siendo liberal se hizo amado de todos el Rey Carlos de Navarra, llamado el Noble. El Rey Don Enrique el Segundo pudo con la generosidad borrar la sangre vertida del Rey Don Pedro su hermano, y legitimar su derecho á la corona. ¿Qué no pude una magestad franca? A qué no obliga un cetro de oro? (2) Aun la tiranía se disimula y sufre en un Príncipe que sabe dar, principalmente cuando gana el aplauso del pueblo socorriendo las necesidades públicas, y favoreciendo las personas beneméritas. Esta virtud, á mi juicio, conservó en el imperio á Tiberio, porque la ejercitó siempre (3). Pero ninguna cosa mas dañosa en quien manda que la liberalidad y la bondad (que

---

(1) Postulet á Deo, qui dat omnibus affluenter. Iacob. 1. 5.
(3) Quam virtutem diu retnuit, cum cæteras exue-ret. Tacit. lib. 1. annal.

Tomo II.
EMPRESAS POLÍTICAS.

casi siempre se hallan juntas) sino guardando modo. Muy bien está (palabras son de) el Rey D. Alonso el Sabio) la liberalidad a todo óme poderoso, é señaladamente al Rey, cuan-
do usa della en tiempo que conviene, é como debe (1). El Rey de Navarra Garci San-
chez, llamado el Trémulo, perdió el afecto de sus vasallos con la misma liberalidad con que pretendía grangearlos, porque para sustentarla se valía de vejaciones y tributos (2). La prodigalidad cerca está de ser rapina ó tiranía; porque es fuerza que si con ambición se agota el erario se llene con malos medios (3). El que da más de lo que puede (palabras son del Rey D. Alonso el Sabio) no es franco, mas es gastador, é de mas avanzará por fuerza á tomar de lo ageno, cuando lo suyo no le compliere, é si de la una parte ganare amigos por lo que les die-
re, de la otra serle an enemigos á quien lo tomaré (4). Para no caer en esto representó al Rey D. Enrique el Cuarto (5) Diego de Arias, su tesorero mayor, el exceso de sus mercedes, y que convenía reformar el

(3) Ac velut perfringere aerarium, quod si ambi-
tione exhauserimus, per scelera supplendum erit. Tac. l. 2. ann.
número grande de criados, y los salarios dados a los que no servían sus oficios eran ya inútiles, y respondió: Yo también, si fuese Arias, tendría más cuenta con el dinero que con la liberalidad: vos hablais como quien sois, y yo haré como Rey, sin temer la pobreza, ni exponerme á la necesidad cargando nuevos tributos. El oficio de Rey es dar y medir su señorío, no con el particular sino con el beneficio común, que es el verdadero fruto de las riquezas. A unos damos porque son buenos, y a otros porque no sean malos. Dignas palabras de Rey si hubiera dado con estas consideraciones; pero sus mercedes fueron excesivas, y sin orden ni atención á los méritos, de que hizo fe el Rey Don Fernando su cuñado en una ley de la nueva Recopilación, diciendo que sus mercedes se habían hecho por exquisitas, y no debidas maneras (1). Cá á unas personas las fizo sin su voluntad y grado, salvo por salir de las necesidades procuradas por los que las tales mercedes recibieron, y otras las hizo por pequeños servicios que no eran dignos de tanta remuneración; y aun algunos destos tenían oficios y cargos, con cuyas rentas y salarios se debían tener por bien contentos, y satisfechos; y á otros dió las dichas mercedes por

(1) L. 17. tit. 10. lib. 5. Rec.

D 2
EMPRESAS POLÍTICAS.

Intercesión de algunas personas, queriendo pagar con las rentas Reales los servicios que algunos dellos avian recibido de los tales. De cuyas palabras se puede inferir la consideración con que debe el Príncipe hacer mercedes, sin dar ocasión á que mas le tengan por señor para recibir de él que para obedecerle. Un vasallo pródigo se destruye á sí mismo: un Príncipe á sí y á sus estados. No bastarian los erarios si el Príncipe fuese largamente liberal, y no considerase que aquellos son depósitos de las necesidades públicas. No usa mal el monte de la nieve de su cumbre, producida de los vapores que contribuyeron los campos y valles, antes la conserva para el estío, y poco á poco la va repartiendo (suelta en arroyos) entre los mismos que la contribuyeron. Ni vierte de una vez el caudal de sus fuentes, porque faltaría á su obligacion, y le despreciarían después como á inútil; porque la liberalidad se consume con la liberalidad. No las confunde luego con los ríos, dejando secos á los valles y campos, como suele ser condición de los Príncipes, que dan á los poderosos lo que se debe á los pobres, dejando las arenas secas y sedientas del agua por darla á los lagos abundantes que no la han menester. Gran delito es gran-gear la gracia de los poderosos á costa de
los pobres; ó que suspire el estado por lo que se dá vanamente, siendo su ruina el fausto y pompa de pocos. Indignado mira el pueblo desperdiciadas sin provecho las fuerzas del poder con que había de ser defendido y respetada la dignidad de Príncipe. Las mercedes del pródigo no se estiman, porque son comunes y nacen del vicio de la prodigalidad, y no de la virtud de la liberalidad; y dándolo todo á pocos deja disgustados á muchos, y lo que se dá á aquellos falta á todos. El que da sin atención enriquece, pero no premia. Para dar á los que lo merecen es menester ser corto con los demás. Y así debe atender el Príncipe con gran prudencia á la distribución justa de los premios (1), porque si son bien distribuidos, aunque toquen á pocos, dejan animados á muchos. Las sagradas letras mandaron que las ofrendas fuesen con sal (2), que es lo mismo que con prudencia, preservadas de la prodigalidad y de la avaricia. Pero porque es menester que el Príncipe sea liberal con todos, imite á la aurora que rodeando la tierra siempre le va dando, pero rocíos y flores, satisfaciendo también con la risa. Dé á todos con tal templanza, que sin quedar

(1) Honor Regis judicium diligit. Psal. 98. 3.
(2) In omni oblatione tua offeres sal. Lev. 2. 14.
imposibilitado para dar más los deje contentos, á unos con la dádiva, y á otros con las palabras, con la esperanza y con el agrado (1); porque suelen dar más los ojos que las manos. Sola esta virtud de la liberalidad será á veces conveniente que esté mas en la opinión de los otros que en el Príncipe, afectando algunas demostraciones con tal arte que sea estimado por liberal. Y así escuse las negativas, porque es gran desconsuelo oírlas del Príncipe. Lo que no pudiere dar hoy, podrá mañana; y si no, mejor es que desengañe el tiempo, como hemos dicho. El que niega ó no reconoce los méritos, ó manifiesta la falta de su poder ó de su ánimo; y ninguna de estas declaraciones convienen al Príncipe, contra quien pidiendo confiesa su grandeza.

Sea el Príncipe largo en premiar la virtud, pero con los cargos y oficios, y con otras rentas destinadas ya para dote de la liberalidad, no con el patrimonio Real, ni con los tesoros conservados para mayores empleos. El Rey Don Fernando el Católico (2) muchas mercedes hizo; pero ninguna en daño de la corona. Suspensos tuvo

(1) In omni dato hilarem fac vultum tuum. Eccl. 35. 11.
(cuando entró á reynar) los oficios para atraer con ellos los ánimos y premiar á los que siguiesen su partido. Con gran prudencia política supo mezclar la liberalidad con la parsimonia. De lo cual no solamente dejó su ejemplo, sino también una ley en la Recopilación, diciendo así: No conviene á los Reyes usar de tanta franqueza y largueza, que sea convertida en vicio de destrucción: porque la franqueza debe ser usada con ordenada intención, no menguando la corona Real ni la Real dignidad (1). Conservar para emplear bien no es avaricia, sino prevenida liberalidad. Dar inconsideradamente es vanidad ó locura. Con esta parsimonia levantó la monarquía; y por su profusa largueza perdió la corona el Rey Don Alonso el Sabio, habiendo sido uno de los principales cargos que le hizo el reyno el haber dado á la Emperatriz Marta treinta mil marcos de plata para rescatar á su marido Balduino, á quien tenia preso el Soldan de Egipto, consultándose más con la vanidad que con la prudencia. El Rey Don Enrique el Segundo conoció el daño de haber enflaquecido el poder de su corona con las mercedes que había hecho, y las revocó por su testamento. Las ocasiones y los tiempos han

(3) Ley 3. tit. 10. lib. 5. Rec.
56

EMPRESAS POLÍTICAS.

de gobernar la liberalidad de los Príncipes. A veces conviene que sea templada, cuando los gastos de las guerras ó las necesidades públicas son grandes, y á veces es menester redimir con ella los peligros ó facilitar los fines, en que suele ahorrar mucho el que mas pródigamente arroja el dinero; porque quien da ó gasta poco á poco no consigue su intento y consume su hacienda. Una guerra se escusa, y una victoria ó una paz se compra con la generosidad (1).

La prodigalidad del Príncipe se corrige teniendo en el manejo de la hacienda ministros económicos, como la avaricia teniéndolos liberales. Tal vez conviene mostrarle al Príncipe la suma que da, porque el decretar libranzas se hace sin consideración; y si hubiese de contar lo que ofrece lo moderaría, y no es siempre liberalidad el decretarlas; porque se suele cansar la avaricia con la importunidad, ó con la batalla que padece consigo misma, y desesperada se arroja á firmarlas.

Es condición natural de los Príncipes el dar mas al que mas tiene; no sé si es temor ó estimacion al poder. Bien lo tenia

(1) Victoriam, et honorem acquireret, qui dat munera: animam autem aufert accipientium. Prov. 22. 9.
conocido aquel gran cortesano Josef, cuando llamando a sus padres y hermanos a Egipto, ofreciéndoles en nombre de Faraon los bienes de aquel reyno (1), les encargó que trajesen consigo todas sus alhajas y riquezas (2), reconociendo que si los viese ricos el Rey sería más liberal con ellos; y así el que pide mercedes al Príncipe no le ha de representar pobrezas y miserias. Ningun medio mejor para tener que tener (3).

(1) Ego dabo vobis omnia bona Ægypti, ut commodatis medullam terrae. Gen. 45. 18.
(2) Ne dimittatis quidquam de suppellectili vestra, quia omnes opes Ægypti vestra erunt. Ibid 20.
Celebrado fue de la antigüedad el mote de esta empresa. Unos le atribuyen á Pitágoras, otros á Viantes, á Taleto y á Homero; pero con mayor razón se refiere entre los Oráculos Delfícos, porque no parece voz humana, sino divina, digna de ser esculpida en las coronas, cetros y anillos de los Príncipes. A ella se reduce toda la ciencia de reynar, que huye de las extremidades, y consiste en el medio de las cosas, donde tienen su esfera las virtudes. Preguntaron á Sócrates que cuál virtud era mas conveniente á un mancebo, y respondió: Ne quid nimis, con que las compren-
dió todas. A este mote parece que cuadra el cuerpo de esta empresa, derribadas las mieres con el peso de las grandes lluvias caídas fuera de sazon, cuando bastaban be-
nignos rocíos (1). Honores hay que por grandes no se ajustan al sujeto, y más le afrentan que ilustran. Beneficios hay tan fuera de modo, que se reputan por injuria. ¿Qué importa que llueva mercedes el Prín-
cipe, si parece que apedrea, descompues-
to el rostro y las palabras cuando las hace; si llegan fuera de tiempo y no se pueden lograr? Piérdese el beneficio y el agradecimiento, y se aborrece la mano que le hizo. Por esto dijo el Rey Don Alonso, el Sabio, que debía ser tal el galardon, és dado á tiempo,
que se pueda aprovechar del aquel á quien lo diere (2).

Como se peca en la destemplanza de los premios y mercedes, se peca también en el exceso de los castigos. Una exacta puntu-}

talidad y rigor más es de ministro de jus-
ticia que de Príncipe. En aquel no hay ar-

(1) Magni animi est magna contemnere, pruden-
tis est, mediocría malle, quam nimia: ista enim utilia sunt; illa quod superfùunt, nocent. Sic segetem nimia sternit ubertas, sic rami onere franguntur, sic, ad maturitatem non pervenit nimia fecunditas. Sen. 
Epist. 39.
bitrio: éste tiene las llaves de las leyes. No es justicia la que excede, ni clemencia la que no se modera, y así las demás virtudes. Esta misma moderación ha de guardar el Príncipe en las artes de la paz y de la guerra, gobernando de tal suerte el carro del gobierno que como en los juegos antiguos, no toquen sus ruedas en las metas, donde se romperían luego. La destreza consistía en medir la distancia de suerte que pasasen vecinas y no apartadas.

En lo que más ha menester el Príncipe este cuidado es en la moderación de los afectos, gobernándolos con tal prudencia que nada desee, espere, ame ó aborrezca con demasiado ardor y violencia, llevado de la voluntad y no de la razón. Los deseos de los particulares fácilmente se pueden llenar, los de los Príncipes no; porque aquellos son proporcionados á su estado, y estos ordinariamente mayores que las fuerzas de la grandeza, queriendo llegar á los extremos. Casi todos los Príncipes que ó se pierden ó dan en graves inconvenientes, es por el exceso en la ambición, siendo infinito el deseo de adquirir en los hombres, y limitada la posibilidad; y pocas veces se mide esta con aquel, ó entre ambos se interpone la justicia. De aquí nace el buscar pretextos y títulos aparentes para despojar al vecino y aun al
mas amigo, anhelando siempre por ampliar los estados, sin medir sus cuerpos con sus fuerzas y su gobierno con la capacidad humana, la cual no puede mantener todo lo que se pudiera adquirir. La grandeza de los imperios arga sobre ellos mismos, y siempre está porfiando por caer, trabajada de su mismo peso. Procure pues el Príncipe mantener el estado que le dió ó la sucesión ó la elección; y si se le presenta alguna ocasión justa de aumentarle gócela con las cautelas que enseña el caso á la prudencia.

No es menos peligrosa la ambición en el exceso de sus temores que de sus apetitos, principalmente en lo adquirido con violencia. Ningun medio ofrece el temor que no se aplique para su conservación. Ninguno de la línea del despojado ó del que tiene pretension al estado, tan remoto que no se tema. La tiranía ordinaria propone la extirpación de todos. Así lo practicó Muciano haciendo matar al hijo de Vitelio (1), y lo aconseja la escuela de Maquiavelo, cuyos discípulos, olvidados del ejemplo de David, que buscó los de la sangre de Saúl para usar con ella de su misericordia (2), se va-

(1) Mansuram discordiam obtendens, ni semina belli restinxisset. Tac. lib. 4. hist.
(2) Numquid superest aliquis de domo Saul, ut
EMPRESAS POLÍTICAS.

Len de los de algunos tiranos, como si no se hubieran perdido todos con estas malas artes. Si alguno se conservó fue (como di­remos) trocándolas en buenas. La mayor parte de los reynos se aumentaron con la usurpacion, y después se mantuvieron con la justicia, y se legitimaron con el tiempo. Una extrema violencia es un extremo peli­gro. Ocupó Ciro la Lidia y despojó al Rey Creso. Si tuviera por consejero a algun po­lítico de estos tiempos le propondría por conveniente quitarle también la vida, para asegurarse mas; pero Ciro le restituyó una ciudad y parte de su patrimonio con que sustentase la dignidad Real, y es cierto que provocára el odio y las armas de toda la Grecia si se hubiera mostrado cruel (1). A Dios y á los hombres tiene contra sí la ti­ranía; y no faltan en estos casos medios suaves con que divertir el ánimo, confun­dir la sangre, cortar la sucesion, dismi­nuir ó trasplantar la grandeza, y retirar de los ojos del pueblo á quien puede aspirar al estado y ser aclamado señor; lo cual si se

hubiera advertido en Portugal no viéramos rebelados aquellos vasallos.

Cuando es tan evidente el peligro que obligue a la defensa y conservación natural, se le han de cortar las raíces para que no pueda renacer, velando siempre sobre él, porque no suceda lo que á los Príncipes de Filistea, los cuales cortado el cabello á Sansón, de dondè le procedían las fuerzas, se burlaban de él, sin prevenir que había de volver á nacer, como sucedió (1); y abrazado con las columnas del templo le derribó sobre ellos (2), con que mató muchos más enemigos muriendo que antes vivo (3).

Persuade tambien la ambicion desordenada el oprimir la libertad del pueblo, abajar la nobleza, deshacer los poderosos y reducirlo todo á la autoridad Real, juzgando que entonces estará mas segura cuando fuere absoluta y estuviere mas reducido el pueblo á la servidumbre: engaño con que la lisonja grangea la voluntad de los Príncipes, y los pone en grandes peligros.

(1) Jamque capilli eius renasci coeperant. Judic.
La modestia es la que conserva los imperios, teniendo el Príncipe tan corregida su ambicion que mantenga dentro de los limites de la razón la potestad de su dignidad, el grado de la nobleza y la libertad del pueblo; porque no es durable la monarquía que no está mezclada, y consta de la aristocracia y democracia (1). El poder absoluto es tiranía. Quien le procura, procura su ruina. No ha de gobernar el Príncipe como señor, sino como padre, como administrador y tutor de sus estados (2).

Estos desórdenes de ambicion los cria el largo uso de la dominacion, que todo lo quiere para sí; en que es menester que los Príncipes se venzan a sí mismos y se rindan a la razón, aunque es bien dificultosa empresa; porque muchos pudieron vencer a otros, pocos a sí mismos. Aquella es victoria de la fuerza, ésta de la razón. No está la valentía en vencer las batallas, sino en vencer las pasiones. A los súbditos hace

---

(1) Quæ ex pluribus constat respublica, melior est. Arist. lib. 2. Pol. c. 4.

(2) Huc enim sunt omnia reducenda, ut iis, qui sub imperio sunt, non tirannum, sed patremfamilias, aut Regem agere videatur, et rem non quasi Dominus, sed quasi procurator, et præfectus administrare, ad moderate vivere, nec quod nimium est sectari. Arist. Polit. lib. 5. c. 11.
modestos la obediencia y la necesidad; á los Príncipes ensoberbece la superioridad y el poder. Mas reynos derribó la soberbia, que da espada. Mas Príncipes se perdieron por sí mismos que por otros. El remedio consiste en el conocimiento propio, entrando el Príncipe dentro de sí mismo, y considerando que si bien le diferencia el cetro de los súbditos, le exceden muchos en las calidades del ánimo, mas nobles que su grandezas que si pudiera valer la razon habia de mandar el mas perfecto: que la mano con que gobierna el mundo es de barro, sujeta á las lepra y á las miserias humanas, como Dios se lo dió á entender a Móyen (1), para que conociendo su miseria, se compadeciese de los demas (2): que la corona es la posesion menos segura, porque entre la mayor altura y el mas profundo precipicio no se interpone algun espacio (3):

---

(1) Mitte manum tuam in sinum tuum: quam cum misisset in sinum, protulit leprosam instar nivis. Exod. cap. 4. v. 6.

(2) Qui condolere possit iis, qui ignorant, et errant: quoniam et ipse circundatus est infirmitate. Ad Hebr. 5. v. 2.

(3) Quod regnum est cui parata non sit ruina, & proculcatio, & Dominus, & Carnifex? nec ista inter villis divisa, sed hora momentum interest inter solium, & aliena genua. Senec.

Tomo II. E
que pende de la voluntad ajena, pues si no le quisiesen obedecer quedaría como los demas. Cuanto mayor fuere el Príncipe, mas debe preciarse de esta modestia, pues Dios no se desdeña de ella (1). La modestia que procura encubrir dentro de sí á la grandeza, queda sobre ella como un rico esmalte sobre el oro, dándole mayor precio y estimación. Ningun artificio mas astuto en Tiberio que mostrarse modesto para hacerse mas estimar. Reprehendió severamente á los que llamaban divinas sus ocupaciones y le daban título de señor (2). Cuando iba á los tribunales no quitaba su lugar al Presidente, antes se sentaba en una esquina de él (3). El que llegó al supremo grado entre los hombres, solamente humillándose puede crecer. Aprendan todos los Príncipes á ser modestos del Emperador Don Fernando el Segundo, tan familiar con todos que primero se dejaba amar que venerar. En él la benignidad y modestia se veían, y la ma­gestad se consideraba. No era águila imper-  

(1) Modestiae fama, quæ neque summis mortalium spernenda est, & a Diis æstimatur. Tacit. lib. 15. ann.
(2) Acerbæque increpuit eos qui divinas occupationes; ipsumque Dominum dixerant. Tac. lib. 2. ann.
(3) Assidebat in cõrnu tribunalis. Tac. l. 1. ann.
rial que con dos severos rostros, desnudas las garras, amenazaba á todas partes; sino amoroso pelícano, siempre el pico en las entrañas para darlas á todos como á hijos propios. No le costaba cuidado el encogerse en su grandeza e igualarse á los demás. No era señor, sino padre del mundo; y aunque el exceso en la modestia demasia-
da suele causar desprecio, y aun la ruina de los Príncipes, en él causaba mayor respeto, y obligaba á todas las naciones á su servicio y defensa: fuerza de una verdadera bondad y de un corazón magnánimo que triunfa de sí mismo, superior á la fortuna. De todas estas calidades dejó un vivo retrato en el presente Emperador su hijo, con que roba los corazones de amigos y enemigos. Ninguna virtud mas conveniente en el Príncipe que la modestia, porque to-
das serían locas en él si ella no les com-
pusiese el semblante y las acciones sin con-
sentirles que salgan de sí.

En el gobierno es muy conveniente no tocar en los extremos, porque no es menos peligrosa la remisión que la suma entereza y puntualidad. Las comunidades monásticas pueden sufrir la estrechez de la obediencia, no las populares. A pocos tendrá en duro freno el rigor exacto, no á muchos. La felicidad civil consiste en la virtud, y
EMPRESAS POLÍTICAS.

Esta en el medio; así también la vida civil y el manejo de los estados, siendo tal el gobierno que le puedan llevar los pueblos sin que se pierdan por la demasiada licencia ó se obstinen por el demasiado rigor. No ha de ser la entereza del gobierno como debria ser, sino como puede ser (1). Aun el de Dios se acomoda á la flaqueza humana.

Entre los extremos también se han de constituir las partes del cuerpo de la república, procurando que en las calidades de los ciudadanos no haya gran diferencia; porque del esceso y desigualdad en las riquezas ó en la nobleza, si fuere mucha, nace en unos la soberbia, y en otros la envidia, y de ellas las enemistades y sediciones (2), no pudiendo haber amistad ó concordia civil entre los que son muy desformes en condición y estado, porque aborrecen todos la igualdad, y quieren más ó mandar siendo vencedores, ó obedecer sien-

---


(2) Præterea seditiones non modo propter fortunarum, sed etiam propter bonorum inæqualitatem existunt. Arist. lib. 2. 5. 5.
do vencidos (1). Unos por altivos pierden el respeto a las leyes, y desprecian la obediencia: los otros por abatidos no la saben sustentar ni tienen temor a la infamia ni a la pena, y viene á ser una comunidad de señores y esclavos, pero sin respeto entre sí, porque no se miden con su condición. Los de menos calidad pretenden ser como los mayores. Los que en alguna son iguales ó escenden se imaginan que también son iguales ó que exceden en las demás. Los que en todas se aventajan no saben contenerse, y con desprecio de los demás todo lo quisieran gobernarse, sin acomodarse á la obediencia de quien manda ni á la constitución y estilos de la república: de donde nace su ruina y conversión en otras formas (2), porque todos anhelan y viven inquietos en ella; y si bien es imposible el dejar de haber este contraste en las repúblicas por la diferencia en la calidad de las

---

(1) Sed jam hæc consuetudo in civitatibus inva-
luit, ut homines æqualitatem odio habebant, et ma-
lint, aut imperio potirí, aut si victi fuerint, impe-
rio subesse. Arist. lib. 4. Pol. c. 11.

(2) Nam qui virtute præstant, iniquo animo sibi
indigniores æquiri paterentur: quamobrem sæpe cons-
pirare, et seditiones commoveré notantur. Arist.
lib. 2. Pol. c. 5.
partes de que constan todas, con el mismo se sustentan si es regulado; o se pierden si es demasiado; como sucede a los cuerpos con los cuatro humores, que aunque la sangre es más noble y más poderosa la cólera que los demás, se mantienen entre sí mientras no es grande la desigualdad de alguno de ellos. Por lo cual sola aquella república durará mucho que constre de partes medianas y no muy desiguales entre sí. El exceso de las riquezas en algunos ciudadanos causó la ruina de la república de Florencia, y es hoy causa de las inquietudes de Génova. Por estar en Venecia mejor repartida se sustenta por tantos siglos; y si hay peligro o inconveniente en su gobierno es por la mucha pobreza de algunos del magistrado. Si se conserva con este desorden y exceso de sus partes alguna república es a fuerza de la prudencia e industria de quien gobierna, entreteniéndola con el temor a la ley, con no injuriar ni quitar sus privilegios y comodidades a los menores, con divertir en la administración y cargos a los mayores, con no oprimir, antes cebar con esperanzas a los de gran espíritu; pero esto durará mientras hubiere prudentes gobernadores, y las repúblicas no pueden vivir con remedios temporáneos que penden del caso: conveniente es que en la
primera institución de ellas esté prevenido el modo con que se corrijan estos escos antes que sucedan.

OMNE TULIT PUNCTUM.

A la benignidad del presente Pontífice Urbano Octavo debo el cuerpo de esta empresa, habiéndose dignado su Beatitud de mostrarme en una piedra preciosa, esculpida desde el tiempo de los romanos, dos abejas que tiraban un arado, hallada en esta edad: presagio de la exaltación de su noble y antigua familia, unidas al yugo triunfante de la Iglesia las insignias de sus armas; y cargando yo la consideración se
me representó aquel prodigio del Rey-Wamba (r), cuando estando le ungien
de el Arzobispo de Toledo se vio que le salía una
abeja de la cabeza que voló ácia el cielo,
anuncio de la dulzura de su gobierno; de
donde inferí que quisieron los antiguos mos-
strar con este símbolo cuánto convenía saber
mezclar lo útil con lo dulce, el arte de me-
llificar con el de la cultura, y que le con-
vendría por mote el principio de aquel ver-
so de Horacio:

Omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci.

En esto consiste el arte de reinar. Esta
fue en el mundo la primer política. Así lo
dió á entender la filosofía antigua, fingien-
do que Orféo con su lira trae á sí los ani-
males, y que las piedras corrian al son de
la arpa de Anfion, con que edificó los mu-
ros de la ciudad de Tebas, para significar
que la dulce enseñanza de aquellos grandes
varones fue bastante para reducir losHom-
bres no menos fieros que las fieras y con
menos sentimiento de razón que las piedras
á la armonía de las leyes y a la compa-
nía civil.

De estas artes han usado todas las repúblicas para instruir el pueblo, mezclándole la enseñanza con lo dulce de los juegos y regocijos públicos. Al monte Olimpo concurria toda Grecia á hallarse en las contiendas Olímpicas, Pitias, Nemeas e Istmias; unos por la curiosidad de verla, y otros por ganar los premios propuestos; y con esta ocasión se ejercitaban las fuerzas, se hacían sacrificios á los dioses, y se trataban los negocios más importantes al gobierno de aquellas provincias. Las comedias y tragedias se inventaron para purgar los afectos. Los gladiadores en tiempo de los romanos, y los toros en España (que también lo terrible divierte y entretiene) para afirmar el ánimo, que ni la sangre verdadera ni los espectáculos de la muerte le atemorizan. Las luchas, los tornéos, las cañas y otras fiestas semejantes, escuela son donde se aprenden las artes militares, y juntamente son de gusto y divertimiento al
ánimo. Así conviene traer al pueblo con dulzura á las conveniencias del Príncipe y á sus designios: caballo es que se rinde al halago, y pasándole suavemente la mano se deja domar, admite el bocado y sufre después el peso, la vara y el hierro. No puede el pueblo tolerar el demasiado rigor ni la demasiada blandura. Tan peligroso en él es el escaso de la servidumbre como el de la libertad (1). Los Príncipes que faltaron á esta consideración experimentaron los efectos de la multitud irritada. No siempre se pueden curar con el hierro y el fuego las enfermedades envejecidas. Menester son medicinas suaves, ó cuando fuere fuerza que sean píldoras amargas es bien dorarlas y engañar la vista y el gusto. Pero no conviene que sepa el pueblo los ingredientes de las resoluciones y consejos del Príncipe; basta que los beba con algún pretexto aparente.

Lo peligroso y duro de la guerra se hace suave al que obedece con la blandura del que manda: así Germánico para tener obedientes las legiones de Alemania, y más dispuestas á la batalla, solía visitar los sol-

(1) Imperaturus es hominibus, qui nec totam servitutem pati possint, nec totam libertatem. Tac. lib. 1. hist.
dados heridos, y mirando sus heridas alababa sus hechos, y á unos con la esperanza, á otros con la gloria, y á todos con las palabras y el cuidado, grangeaba para sí, y animaba para la batalla. (1)

Esta benignidad no obra por sí sola: menester es que también se halle en el que manda alguna excelencia de virtud, para que sí por aquella es amado, sea por esta estimado. Muchas veces es un Príncipe amado por su gran bondad, y juntamente despreciado por su insuficiencia. No nace el respeto de lo que se ama, sino de lo que se admira. Á mucho obliga el que teniendo valor para hacerse temer se hace amar: el que sabiendo ser justiciero sabe también ser clemente. Á flojedad é ignorancia se interpreta la benignidad en quien no tiene otras virtudes excelentes de gran gobernador. Tanto pueden estas en un Príncipe que hacen tolerable su aspereza y rigor, recompensando con ellas. Aun los vicios grandes se escusan ó se disimulan en quien tiene también grandes virtudes.

En las negociaciones es muy conveniente mezclar la dulzura con la gravedad, y

EMPRESAS POLÍTICAS.

las burlas con las veras, como sean á tiempo y sin ofensa del decoro ni de la gravedad de la materia, en que fue muy sazonado el Emperador Tiberio (1). No hay quien pueda sufrir una severidad melancólica, tiradas siempre las cejas en los negocios, pesadas las palabras y medido el movimiento. Á su tiempo es gran prudencia interponer en los consejos algo de locura (2), y entonces es sabiduría un despropósito (3). Lo festivo del ingenio y un mote en su ocasión suele grangear los ánimos y reducir los más ásperos negocios al fin deseado, y tal vez encubre la intencion, burla la malicia, divierte la ofensa, y desempeña el responder á propósito en lo que no conviene.

También se han de mezclar las negociaciones con la conveniencia del que procuramos persuadir, interesándole en ellas; porque todos se mueven por las comodidades propias, pocos por sola obligación ó gloria. Para incitar Seyano á Druso á la muerte de su hermano Nerón le arrojó delante la esperanza del imperio (4). La des-

(1) Tiberius tamen ludibria seriis permiscere so- litus. Tac. lib. 6. ann.
(2) Misce stultitiam consiliis brevem. Horat.
(3) Pretiosior est sapientia, et gloria, parva ad tempus stultitia Eccl. 10. 1.
(4) Qui fratrem quoque Neronis Drusum traxit in partes, spe objecta Principis loci. Tac. lib. 4. ann.
treza de un prudente ministro consiste en facilitar los negocios con los intereses ajenos, disponiendo de suerte el tratado que estos y los de su Príncipe vengan á ser unos mismos. Querer negociar con solas convenciones propias es subir el agua por arcaduces rotos: cuando unos la reciben de otros ayudan todos.

EMPRESA XLIII.

UT SCIAT REGNARE.

Todas las cosas animadas ó inanimadas son hojas de este gran libro del mundo, obra de la naturaleza, donde la divina Sabiduría escribió todas las ciencias para que nos enseñasen y amonestasen á obrar. No hay virtud, moral que no se halle en los
EMPRESAS POLÍTICAS.

animales. Con ellos mismos nace la prudencia práctica: en nosotros se adquiere con la enseñanza y la experiencia. De los animales podemos aprender sin confusión o vergüenza de nuestra rudeza, porque quien enseña en ellos es el mismo autor de las cosas. Pero el vestirnos de sus naturalezas, o querer imitarlas para obrar según ellos irracionalmente, llevados del apetito de los afectos y pasiones, sería hacer injuria a la razón, dote propio del hombre con que se distingue de los demás animales, y merece el imperio de todos. En ellos faltando la razón falta la justicia, y cada uno atiende solamente a su conservación sin reparar en la injuria agena. El hombre justifica sus acciones y las mide con la equidad, no queriendo para otro lo que no quisiera para sí. De donde se infiere cuan impío y feroz es el intento de Maquiabelo, que forma á su Príncipe con otro supuesto ó naturaleza de león y de raposa, para que lo que no pudiere alcanzar con la razón alcance con la fuerza y el engaño, en que tuvo por maestro á Lisandro, General de los lacedemonios, que aconsejaba al Príncipe que donde no llegase la piel de león lo supliese cosiendo la de raposa, y valiéndose de sus artes y engaños. Antigua fue esta doctrina. Polibio la refiere de su edad y de las pasa-
das, y la reprehende (1). El Rey Saúl la pudo enseñar á todos (2). Esta máxima con el tiempo ha crecido, pues no hay injusticia ni indignidad que no parezca honesta á los políticos como sea en órden á dominar (3), juzgando que vive de merced el Príncipe á quien solo lo justo es lícito (4); con que ni se repara en romper la palabra ni en faltar á la fe y á la religion como convenga á la conservacion y aumento del estado. Sobre estos fundamentos falsos quiso edificar su fortuna el Duque Valentin; pero antes de verla levantada cayó tan deshecha sobre él que ni aun fragmentos ó ruinas quedaron de ella. ¿Qué puede durar lo que se funda sobre el engaño y la mentira? ¿Cómo puede subsistir lo violento? ¿Qué firmeza habrá en los contratos si el Príncipe, que ha de ser la seguridad de ellos, falta á la fe pública? ¿Quién se fiará de él?

(1) Quo leonis pellis attingere non potesr, Princepí assuendam vulpinam. Plutar.

(2) Fuit, cui in tractandis negotiis dolus malus placere, quem Regi convenire sane nemo dixerit, etsi non desunt, qui in tam crebro usu hodie doli mali, necessarium eum esse dicant ad publicarum rerum administrationem. Polyb. lib. 13. hist.

(3) Nihil gloriosum nisi tutum, et omnia rennendae dominationis honesta. Salust.

(4) Ubicumque tantum honesta dominanti licent, praecario regnatur. Senec. in Trag. Thyest.
EMPRESAS POLÍTICAS.
¿Cómo durará el imperio en quien no cree que hay Providencia divina, ó sí más de sus artes que de ella? No por esto quiero al Príncipe tan benigno que nunca use de la fuerza, ni tan cándido y sencillo que ni sepa disimular ni cautelarse contra el engaño; porque viviría espuesto á la malicia, y todos se burlarian de él. Antes en esta empresa deseo que tenga valor; pero no aquel bestial é irracional de las fieras, sino el que se acompaña con la justicia significado en la piel del león, símbolo de la virtud, que por esto la dedicaron á Hércules. Tal vez conviene al Príncipe cubrir de severidad la frente y oponerse al engaño. No siempre ha de parecer humano. Ocasiones hay en que es menester que se revista de la piel del león, y que sus vasallos y sus enemigos le vean con garras, y tan severo que no se le atreva el engaño con las palabras halagüeñas, de que se vale para domesticar el ánimo de los Príncipes. Esto parece que quisieron dar á entender los egipcios, poniendo una imagen de león sobre la cabeza de su Príncipe. No hay respeto ni reverencia donde no hay algún temor. En penetrando el pueblo que no sabe enojarse el Príncipe y que ha de hallar siempre en él un semblante apacible y benigno, le desprecia. Pero no siempre ha de pasar á eje-
cución esta severidad, cuando basta que como amenaza obre, y entonces no se ha de perturbar el ánimo del Príncipe: sirvase solamente de lo severo de la frente. Sin descomponerse el león ni pensar en el daño de los animales, los atemoriza con su vista solamente: tal es la fuerza de la majestad de sus ojos (1). Pero porque alguna vez conviene cubrir la fuerza con astucia, y la indignación con la benignidad, disimulando y acomodándose al tiempo y a las personas, se corona en esta empresa la frente del león, no con las artes de la raposa, viles y fraudulentas, indignas de la generosidad y corazón magnánimo del Príncipe, sino con las sierpes, símbolo del imperio y de la majestad prudente y vigilante; y gerolífico en las sagradas letras de la prudencia; porque su astucia en defender la cabeza, en cerrar las orejas al encanto, y en las demás cosas mira á su defensa propia, no al daño ageno. Con este fin y para semejantes casos se dio á esta empresa el mote ut sciat regnare, sacado de aquella sentencia que el Rey Ludovico Undécimo de Francia quiso que solamente

(1) Leo fortissimus bestiarum, ad nullius pavetur occurrsum. Prov. c. 30. 30. Tomo II. F
EMPRESAS POLÍTICAS.

aprendiese su hijo Cárlos Octavo: *qui nescit dissimulare nescit regnare*; en que se incluye toda la ciencia de reinar. Pero es menester gran advertencia para que ni la fuerza pase a ser tiranía, ni la disimulación y astucia a engaño; porque son medios muy vecinos al vicio. Justo Lipsio (1) disminiendo en los casos políticos el engaño, dice que es un agudo consejo que declina de la virtud y de las leyes por bien del Rey y del rey, y huyendo de los estrechos de Maquiavelo, y pareciéndole que no podría gobernar el Príncipe sin alguna fraude o engaño, persuadió el leve, toleró el medio, y condenó el grave, peligrosos confines para el Príncipe. ¿Quién de los podrán señalar ajustadamente? No han de ponerse tan vecinos los escollos a la navegación política. Harto obra en muchos la malicia del poder y la ambición de reinar. Si es vicioso el engaño, vicioso será en sus partes por pequeñas que sean é indigno del Príncipe. No sufre mancha alguna lo precioso de la púrpura Real. No haya átomo tan su til que no se descubra y aflee los rayos de estos soles de la tierra. ¿Cómo se puede permitir una acción que declina de la virtud y de las leyes en quien es alma de ellas?

(1) *Lips. de civil. docr. lib. 4. c. 14.*
EMPRESA XLIII.

No puede haber engaño que no se componga de la malicia y de la mentira, y ambas son opuestas a la magnanimidad Real; y aunque dijo Platón que la mentira era sobrada en los dioses porque no necesitaban de alguno, pero no en los Príncipes que han menester a muchos, y que así se les podía conceder alguna vez: lo que es ilícito nunca se debe permitir, ni basta que sea el fin honesto para usar de un medio por su naturaleza malo. Solamente puede ser lícita la disimulación y astucia, cuando ni engañan ni dejan malogrado el crédito del Príncipe; y entonces no las juzgo por vicios, antes o por prudencia ó por virtudes hijas de ella, convenientes y necesarias en el que gobierna. Esto sucede cuando la prudencia, advertida en su conservación, se vale de la astucia para ocultar las cosas, según las circunstancias del tiempo, del lugar y de las personas, conservando una consonancia entre el corazón y la lengua, entre el entendimiento y las palabras. Aquella disimulación se debe huir que con fines engañosos miente con las cosas mismas. La que mira á que el otro entienda lo que no es, no la que solamente pretende que no entienda lo que es. Y así bien se puede usar de palabras indiferentes y equivocas, y poner una cosa en lugar de otra con diversa significa-
EMPRESAS POLÍTICAS.

ción, no para engañar, sino para cautelarse o prevenir el engaño o para otros fines lícitos. El dar a entender el mismo Maestro de la verdad a sus Discípulos que quería pasar más adelante del castillo de Emaús (1); las locuras fingidas de David delante del Rey Aquis (2); el pretesto del sacrificio de Samuél (3), y las pieles revueltas á las manos de Jacob (4), fueron disimulaciones lícitas, porque no tuvieron por fin el engaño, sino encubrir otro intento; y no dejan de ser lícitas porque se conozca que de ellas se ha de seguir el engaño ageno, porque este conocimiento no es malicia sino advertimiento.

Estas artes y trazas son muy necesarias cuando se trata con Príncipes astutos y fraudulentos; porque en tales casos la difidencia y recato, la disimulación en el semblante, la generalidad y equivocación advertida en las palabras, para que no dejen

(1) Et ipse se finxit longius ire. Luc. 24. 28.
(4) Pelleclusaque haedorum circundedit manibus, et collinuda protexit. Gen. 27. 16.
empañado al Príncipe, ni den lugar á los designios ó al engaño, usando de semejan-tes artes, no para ofender ni para burlar la fe pública; ¿qué otra cosa es sino doblar las guardas al ánimo? Necía sería la ingenuidad que descubriesen el corazón, y peligroso el imperio sin el recato. Decir siempre la verdad sería peligrosa sencillez, siendo el silencio el principal instrumento de reynar. Quien la entrega ligeramente á otro, le entrega su misma corona. Mentir no debe un Príncipe; pero se le permite callar ó celar la verdad, y no ser ligero en el crédito ni en la confianza, sino maduro y tardo, para que dando lugar á la consideración no pueda ser engañado: parte muy necesaria en el Príncipe, sin la cual estaría sujeto á grandes peligros. El que sabe más y ha visto más, cree y fía menos, porque ó la especulacion ó la práctica y experiencia le hacen recatado. Sea pues el ánimo del Príncipe cándido y sencillo, pero advertido en las artes y fraudes ajenas. La misma experiencia dictará los casos en que ha de usar el Príncipe de estas artes, cuando reconociere que la malicia y doblez de los que tratan con él obliga á ellas, porque en las demás acciones siempre se ha de descubrir en el Príncipe una candidez Real, de la cual tal vez es muy conveniente usar, aun con los
mismos que le quieren engañar; porque éstos, si la interpretan a segundos fines, se perturban y desatinan, y es generoso engañar el de la verdad, y si se aseguran de ella, le hacen dueño de lo más íntimo del alma, sin armarse contra él de segundas artes. ¿Qué redes no se han tejido? ¿Qué estratagemas no se han pensado contra la astucia y malicia de la raposa? ¿Quién puso asechanzas a la sencillez doméstica de las go-londrinas?

Los Príncipes estimados en el mundo por gobernadores de mucha prudencia y espíritu no pueden usar de este arte, porque nadie piensa que obran a caso ó sencillamente. Las demostraciones de su verdad se tienen por apariencias. Lo que en ellos es advertencia se juzga por malicia, su prudencia por disimulación, y su recato por engaño. Estos vicios impusieron al Rey Católico, porque con su gran juicio y experiencias en la paz y en la guerra conocía el mal trato y poca fe de aquellos tiempos, y con sagacidad se defendía, obrando de suerte que sus émulos y enemigos quedasen enredados en sus mismas artes, ó que estas fuesen frustradas con el consejo y con el tiempo. Por esto algunos Príncipes fingen la sencillez y la modestia para encubrir sus fines, y que no los alcance la malicia,
como lo hacía Domiciano (1). El querer un Príncipe mostrarse sabio en todo es dejar de serlo. El saber ser ignorante a su tiempo es la mayor prudencia. Ninguna cosa más conveniente ni más dificultosa que moderar la sabiduría. En Agrícola lo alabó Tácito (2). Todos se conjuran contra el que más sabe: ó es envidia ó defensa de la ignorancia, si ya no es que tienen por sospechoso lo que no alcanzan. En reconociendo Saúl que era David muy prudente, empezó á guardarse de él (3).

Otros Príncipes se muestran divertidos en sus acciones, porque se crea que obran á caso. Pero es tal la malicia de la política presente que no solamente penetra estas artes, sino calumnia la mas pura sencillez, con grave daño de la verdad y del sosiego público, no habiendo cosa que se interprete derechamente; y como la verdad consiste en un punto, y son infinitos los que estan en la circunferencia donde puede dar la

(1) Simul simplicitatis ac modestiæ imagine in altitudinem conditus, studiumque litterarum, & amorem carminum simulans, quo velaret animum. Tac. l. 4. hist.

(2) Retinuitque quod difficillimum est, ex sapientia modum. Tac. in vita Agric.

(3) Vide itaque Saul, quod prudens esset nimis, et cepit cavere eum. 1. Reg. cap. 18. 15.
malicia, nacen graves errores en los que buscan á las obras y palabras diferentes sentidos de lo que parecen y suenan; y encontrados así los juicios y las intenciones se arman de artes unos contra otros, y viven todos en perpetuas desconfianzas y recelos. El más ingenioso en las sospechas es el que más lejos dá de la verdad, porque con la agudeza penetra más adentro de lo que ordinariamente se piensa, y creemos por cierto en los otros lo que en nosotros es engaño de la imaginación. Así al navegante le parece que corren los escollos, y es él quien se mueve. Las sombras de la razón de estado suelen ser mayores que el cuerpo, y tal vez se deja este y se abrazan aquellas; y quedando burlada la imaginacion se recibe mayor daño con los reparos que el que pudiera hacer lo que se temia. ¡Cuántas veces por recelos vanos se arma un Príncipe contra quien no tuvo pensamiento de ofenderle, y se empeñan las armas del uno y del otro reducido á guerra lo que antes fue ligera y mal fundada presuncion! A éstos sucede lo que á los bajeles, que cuanto más zelosos más presto se pierden. No repruebo la difidencia cuando es hija de la prudencia (como decimos en otra parte) sino acuso que falte siempre la buena fe, sin la cual ni habrá amistad, ni parentesco firme, ni
contrato seguro, y quedará sin fuerzas el derecho de las gentes, y el mundo en poder del engaño. No siempre se obra con segundas intenciones. Aun el mas tirano suele tal vez caminar con honestos fines.

EMPRESA XLIV.

NEG A QUO NEG AD QUEM.

Dudoso es el curso de la culebra, torciéndose á una parte y á otra con tal incertidumbre que aun su mismo cuerpo no sabe por donde le ha de llevar la cabeza: señala el movimiento á una parte y le hace á la contraria, sin que dejen huellas sus pasos, ni
EMPRESAS POLÍTICAS.
se conozca la intencion de su viage (1). Así ocultos han de ser los consejos y designios de los Príncipes. Nadie ha de alcanzar adonde van encaminados, procurando imitar á aquel gran Gobernador de lo criado, cuyos pasos no hay quien pueda entender (2). Por eso dos Serafines le cubrian los pies con sus alas (3). Con tanto recato deben los Príncipes celar sus consejos que tal vez ni aun sus ministros los penetren, antes los crean diferentes, y sean los primeros que queden engañados, para que mas naturalmente y con mayor eficacia, sin el peligro de la disimulacion que facilmente se descubre, afirmen y acrediten lo que tienen por cierto y beba el pueblo de ellos el engaño, con que se esparza y corra por todas partes. Así lo hizo Tiberio cuando murmurando de que no pasaba á quietar las legiones amotinadas en Ungria y Germania, fingió que quería partir; y engañando primero á los prudentes, engañó también al pueblo y á las provincias (4). Así también lo hacía el Rey Felipe Segundo, encubriendo sus fines á

(1) Sed nescis unde veniat, aut quo vadat. Joan. 3. 8.
(3) Et duabus velabant pedes ejus. Isai. 6. 2.
(4) Primo prudentes, dein vulgum, diutissime provincias feellit. Tac. lib. 1. ann.
sus embajadores, y señalándoles otros cuan-
do convenía que los creyesen y persuadi-

sen a los demás. De estas artes no podrá
valerse el Príncipe si su ingenuidad no es
tan recatada que no dé lugar a que se pue-
dan averiguar los movimientos de su ánimo
en las acciones del gobierno; ni á que le
ganen el corazón los émulos y enemigos;
antes se les deslice de las manos cuando piensen que le tienen asido. Esta disposición del
hecho en que el otro queda engañado, mas
es defensa que malicia usándose de ella cuan-
do convenga, como la usaron grandes va-

rones.

¿Qué obligación hay de descubrir el co-
razón á quien no á caso escondió la natura-
leza en el retrete del pecho? Aun en las co-
sas ligeras ó muy distantes es dañosa la pu-
blicidad, porque dan ocasión al discurso para
rastrearlas. Con estar tan retirado el cora-
zón se conocen sus achaques y enfermeda-
des por solo el movimiento que participa á
las arterias. Pierde la ejecución su fuerza
con descrédito de la prudencia del Príncipe
si se publican sus resoluciones. Los desig-
nios ignorados amenazan á todas partes, y
sirven de diversión al enemigo. En la guer-
ra mas que en las demás cosas del gobierno
conviene celarlos. Pocas empresas descu-
biertas tienen feliz suceso. ¡Que embarazado
EMPRESAS POLÍTICAS.

se halla el que primero se vio herir que relucir el acero, el que despertó al ruido de las armas!

Esto se ha de entender en las guerras contra infieles, no en las que se hacen contra cristianos, en que se debieran intimar primero para dar tiempo a la satisfacción, con que se escusarían muchas muertes, siendo esta diligencia parte de justificación. En esto fueron muy loables los romanos, que constituyeron un colegio de veinte sacerdotes, que llamaban Feciales, para intimar las guerras y concluir la paz y hacer ligas, los cuales eran jueces de semejantes causas y las justificaban, procurando que se diese satisfacción de los agravios y ofensas recibidas, señalando treinta y tres días de término, en el cual si no se componían las diferencias por vía de justicia ó amigable composición, se intimaba la guerra, tomándolo por testimonio de tres hombres ancianos, y arrojando en el país enemigo una lanza herrada.

.... et baculum intorquens emittit in auras,
Principium pugnae.... (1).

Desde aquel día comenzaban las hostilidades y correrías. De esta intimación tene-

(1) Virg. 9. Æneid.
mos muchos ejemplos en las sagradas letras. Elegido Jephté por Príncipe de los israelitas contra los amonitas, no levantó las armas hasta haberles enviado embajadores á saber la causa que los movía á aquella guerra (1). No se usa en nuestros tiempos tan humano y generoso estilo. Primero se ven los efectos de la guerra que se sepa la causa ni se penetre el designio. La invasión impensada hace mayor el agravio é irreconciliables los ánimos, lo cual nace de que las armas no se levantan por recompensa de ofensas o por satisfacción de daños, sino por ambición ciega de ensanchar los dominios, en que ni á la religion, ni á la sangre, ni á la amistad se perdona, confundidos los derechos de la naturaleza y de las gentes.

En las sospechas de infidelidad conviene tal vez que tenga el Príncipe sereno el semblante, sin darse por entendido de ellas, antes debe confirmar los ánimos con el halago y el honor, y obligarlos á la lealtad. No es siempre seguro ni conveniente medio el del extremo rigor: las ramas que se cortan se pierden, porque no pueden re-

---

(1) Et missit nuntios ad Regem filiorum Ammon, qui ex persona sua dicerent: quid mihi, & tibi est, quia venisti contra me, ut vastares terram meam? 
Jud. cap. 11, 12.
verdecer. Esto obligó a Marcelo a disimular con Lucio Bando de Nola, hombre rico y de gran parcialidad; y aunque sabía que hacía las partes de Aníbal, le llamó y le dijo cuan emulado era su valor y cuan conocido de los capitanes romanos que habían sido testigos de sus hazañas en la batalla de Canas: nombré con palabras y le mantiene con esperanzas: ordena que se le dé libre entrada en las audiencias; y de tal suerte le deja confundido y obligado que no tuvo después la república romana más fiel amigo.

Esta disimulación ha de ser con gran atención y prudencia; porque si cayese en ella el que máquina, creería que era arte para castigarle después, y daría más presto fuego a la mina, o se preservaría con otros medios violentos; lo cual es más de temer en los tumultos y delitos de la multitud. Por esto Fabio Valente, aunque no castigó los autores de una sedición, dejó que algunos fuesen acusados (1). Pero como quiera que difícilmente se limpia el ánimo de las traiciones concebidas, y que las ofensas a la majestad no se deben dejar sin castigo, parece que solamente conviene disimular cuando es mayor el peligro de la declaración, o

(1) Ne dissimulans suspicior foret. Tac. l. 2. hist.
imposible el castigar á muchos. Esto consideraría Julio Cesar cuando habiendo desvalijado un correo despachado á Pompeyo con cartas de la nobleza romana contra él, mandó quemar la balija, teniendo por dulce manera de perdon ignorar el delito. ¡Gran acto de magnanimidad y gran prudencia, no pudiendo castigar á tantos no obligarse á disimular con ellos! Podrías tambien hacer luego la demostración del castigo con los de baja condición, y disimular con los ilustres, esperando mas segura ocasión para castigarlos. Pero cuando no hay peligro en el castigo, mejor es asegurar con el que confiar en la disimulación; porque esta suele dar mayor brio para la traición. Trataba Hanón de dar veneno al Senado de Car- tago, y sabida la traición pareció á aquellos Senadores que bastaba acudir al remedio, promulgando una ley que ponía tasa á los convites; lo cual dio ocasion á Hanón para que intentase otra nueva traición contra ellos.

El arte y astucia mas conveniente en el Príncipe, y la disimulación mas permitida y necesaria es aquella que de tal suerte so-

---

(1) Unde tenuioribus statim irrogata supplicia, adversus illustres dissimulatum ad præsens, & mox redditum odium. Tac. lib. 16. ann.
EMPRÉSAS POLÍTICAS.

siégaa y compone el rostro, las palabras y acciones contra quien disimuladamente trata de engañarle, que no conozca haber sido entendido; porque se gana tiempo para penetrar mejor, y castigar ó burlar el engaño, haciendo esta disimulación menos sólido al agresor, el cual una vez descubierto entra en temor, y le parece que no puede asegurarse sino es llegando al cabo de sus engaños, que es lo que obligó á Agripina á no darse por entendida de la muerte que le había trazado su hijo Nerón, juzgando que en esto consistía su vida (1). Esta disimulación ó fingida simplicidad es muy necesaria en los ministros que asisten á Príncipes demasiadamente astutos y doblados, que hacen estudio de que no sean penetradas sus artes, en que fue gran maestro Tiberio (2). De ella se valieron los Senadores de Roma cuando el mismo Tiberio, muerto Augusto, les dió á entender (para descubrir sus ánimos) que no quería aceptar el imperio, porque era grave su peso; y ellos con estudio ignorancia y con provocadas lágrimas procuraban inducirle a que le aceptase, temiendo no llegase á conocer que penetra-

(1) Solum insidiarum remedium esse, si non intelligerentur. Tac. lib. 14. ann.
(2) Consulto ambuguus. Tac. lib. 13. ann.
ban sus artes (1). Aborrecen los Príncipes injustos á los que entienden sus malas intenciones, y los tienen por enemigos. Quieren un absoluto imperio sobre los animos no sujeto á la inteligencia agena, y que los entendimientos de los súbditos le sirvan tan vilmente como sus cuerpos, teniendo por obsequio y reverencia que el vasallo no entienda sus artes (2). Por lo cual es ilícito y peligroso obligar al Príncipe á que descubra sus pensamientos ocultos (3). Lamentándose Tiberio de que vivia poco seguro de algunos Senadores quiso Asinio Gallo saber de él los que eran para que fuesen castigados; y Tiberio llevó mal que eon aquella pregunta intentase descubrir lo que ocultaba (4). Mas advertido fue Germánico, que aunque conocia las artes de Tiberio, y que le sabia de Alemania por cortar el hilo de sus glorias, obedecio sin dar-se por entendido (5). Cuando son inevita-

---

(1) Quibus unus metus, si intelligere viderentur. Tac. lib. 1. ann.
(2) Intelligebantur artes, sed pars obsequii in eo ne deprehenderentur. Tac. lib. 4. hist.
(3) Abditos Principis sensus, & si quid occultius parat exquirere illicitum, aniceps? nec idéo assequare. Tac. lib. 6. ann.
(4) Eo aégrius accept recludi, quae premeret. Tac. lib. 4. ann.
(5) Haud cunctatus est ultra Germanicus quam-

Tomo II.
bles los mandatos del Príncipe es prudencia obedecerlos y afectar la ignorancia, porque no sea mayor el daño. Por esto Arquelao, aunque conoció que la madre de Tiberio le llamaba a Roma con engaño, disimuló y obedeció, temiendo la fuerza, si pareciese haberlo entendido (1). Esta disimulación es más necesaria en los errores y vicios del Príncipe, porque aborrece al que es testigo o sabidor de ellos. En el banquete donde fue envenenado Británico huyeron los imprudentes; pero los de mayor juicio se estuvieron quedos mirando a Nerón, porque no se infirió que conocían la violencia de aquella muerte, sino que la tenían por natural (2).

quam singi ea, sequa per invidiam parto jam decori abstrahit intelligeret. Tac. lib. 2. ann.


(2) Trepidatum à circumsedentibus, diffugit imprudentes. At quibus altior intellectus, resistunt defixi; & Neronem intuentes. Tac. l. 13.
El león (cuerpo de esta empresa) fue entre los egipcios símbolo de la vigilancia, como son los que se ponen en los frontespicios y puertas de los templos. Por esto se hizo esculpir Alejandro Magno en las monedas con una piel de león en la cabeza, significando que en él no era menor el cuidado que el valor; pues cuando convenía no gastar mucho tiempo en el sueño dormía tendido el brazo fuera de la cama con una bola de plata en la mano, que en durmiéndose le despertase cayendo sobre una vacia de bronce. No fuera señor del mundo si se durmiera y descuidara; porque no ha de dormir profundamente quien cuida del gobierno de muchos.
EMPRESAS POLÍTICAS.

Non decet ignavum tota producere somnum
Nocte virum, sub consilio, sub nomine cujus
Tot populi degunt, cui rerum cura, fidesque
Creditas summarum. Homero.

Como el león se reconoce rey de los animales ó duerme poco, ó si duerme tiene abiertos los ojos: no fia tanto de su imperio, ni se asegura tanto de su mages-
tad, que no le parezca necesario fingirse despierto cuando está dormido. Fuerza es que se entreguen los sentidos al reposo; pero conviene que se piense de los Reyes que siempre están velando. Un Rey dormido en nada se diferencia de los demás hombres. Aun esta pasión ha de encubrir á sus vasallos y á sus enemigos. Duerma, pero crean que está despierto. No se prometa tanto de su grandeza y poder que cierre los ojos al cuidado. Astucia y disimulación es en el león el dormir con los ojos abiertos; pero no intencion de engañar, sino de disimular la enagenación de sus sentidos; y si se engañare quien le armaba asechanzas, pensando hallarle dormido; y creyere que está despierto, suyo será el engaño; no del león, ni indigna esta prevención de su corazón magnánimo; como ni tampoco aquella advertencia de borrar con la cola las huellas para desmentirlas al cazador. No hay fortaleza se-
gura, si no está vigilante el recato. El mayor Monarca con mayor cuidado ha de coronar su frente no con la candidez de las palomas sencillas, sino con la prudencia de las recatadas serpientes; porque no de otra suerte que cuando se presenta en la campaña el león se retiran de sus contiendas los animales deponiendo sus enemistades naturales, y cóligados entre sí se conjuran contra él; así todos se arman y ponen asechanzas al más poderoso. Ninguna grandeza más peligrosa al reyno de Inglaterra (como también á todos los principados) que la de los olandeses, porque le quitan el arbitrio del mar. Ninguna cosa más dañosa á franceses que la potencia de aquellos estados rebeldes, la cual rotos los diques opuestos de España, inundaría el reyno de Francia, como lo reconoció la prudencia del Rey Enrique Cuarto; y pudiendo más que sus mismos peligros en ambas coronas el odio y temor á la monarquía de España, acentúan aquellas fuerzas, que algún día con la mudanza y turbación de los tiempos podrán temer contra sí. Los peligros presentes dan más cuidado que los futuros, aunque estos sean mayores. El temor embaraza los sentidos y no deja al entendimiento discurrir en lo que ha de ser. Una vana desconfianza prevalece contra la mayor razón de estado. El arbi-
trío de la corona de España en Italia es preservativo de los achaques que padece la libertad de Génova, y quien asegura el principado de Toscana. El imperio espiritual de la Iglesia se dilata y se conserva por medio de la potencia austriaca: con ella viven seguros los venecianos de la tiranía del turco, y no sé si lo conocen así algunos Consejeros de estos Príncipes, o si obran siempre en conformidad de esta conveniencia propia. Tales zelos, ciegos á la razón, trabajan en su misma ruina. Los que creyeron asegurarse desarmando al Emperador Ferdinando Segundo se vieron después necesitados de las armas que le obligaron á licenciar. Muchas provincias que por razón de estado procuraron derribar la monarquía romana perdieron la libertad con su caída.

No se fie el Príncipe poderoso en las demostraciones con que los demás le reverencian, porque todo es fingimiento y diferente de lo que parece. El agrado es lisonj ja, la adoración miedo, el respeto fuerza, y la amistad necesidad. Todos con astucia ponen asechanzas á su sencilla generosidad, con que juzga á los demás (1). Todos le

(1) Aures Principum simplices, et ex sua natura alios estimantes, callida fraude decipiunt. Esh. c. 16. 6.
miran á las garras y le cuentan las presas. Todos velan por vencerle con el ingenio, no pudiendo con la fuerza. Pocos ó ninguno le trata verdad, porque al que se teme no se dice; y así no debe dormir en confianza de su poder. Deshaga el arte con el arte, y la fuerza con la fuerza. El pecho magnánimo prevenga disimulado y cauto, y resista valeroso y fuerte los peligros.

Aunque en esta empresa permitimos, y aun juzgamos necesarias las artes de la disimulación con las circunstancias dichas, mejor están (cuando se pueden escusar) en los ministros que en los Príncipes, porque en éstos hay una oculta divinidad que se ofende de este cuidado. Es ordinariamente la disimulación hija del temor y de la ambición; y ni esta ni aquel se han de descubrir en el Príncipe. Lo que ha de cautelar la simulación cautele el silencio recatado y la gravedad advertida. Mas amado es el Príncipe á quien tienen todos por cauto, pero que obra con sencillez Real. Todos aborren el artificio; y á todos es grato el proceder naturalmente con una bondad ingenua, como en Petronio lo advirtió Tácito (1).

la vista se ofrece torcido y quebrado el remo debajo de las aguas, cuya refracción causa este efecto: así nos engaña muchas veces la opinión de las cosas. Por esto la academia de los filósofos Scépticos lo dudaba todo, sin resolverse a afirmar por cierta alguna cosa. Cuerda modestia, y advertida desconfianza del juicio humano, y no sin algún fundamento; porque para el conocimiento cierto de las cosas dos disposiciones son necesarias: de quien conoce, y del sujeto que ha de ser conocido. Quien conoce es el entendimiento, el cual se vale de los sentidos externos e internos, instru-
mentos por los cuales se forman las fantasías. Los externos se alteran y mudan por diversas afeciones, cargando más o menos los humores. Los internos padecen también variaciones, ó por la misma causa ó por sus diversas organizaciones. De donde nacen tan des conformes opiniones y pareceres cómo hay en los hombres, comprendiendo cada uno diversamente las cosas, en las cuales también hallaremos la misma incertidumbre y variación, porque puestas aquí ó allí cambian sus colores y formas ó por la distancia ó por la vecindad, ó porque ninguna es perfectamente simple, ó por las mixtiones naturales y especies que se ofrecen entre los sentidos y las cosas sensibles; y así de ellas no podemos afirmar que son, sino decir solamente que parecen, formando opinion y no ciencia. Mayor incertidumbre hallaba Platon en ellas, considerando que en ninguna estaba aquella naturaleza purísima y perfectísima que está en Dios, de las cuales viviendo no podíamos tener conocimiento cierto, y solamente veíamos estas cosas presentes que eran reflejos y sombras de aquellas, y que así era imposible reducirlas á ciencia. No deseo que el Príncipe sea de la escuela de los Scepticos; porque quien todo lo duda nada resuelve, y ninguna cosa mas dañosa
EMPRESAS POLÍTICAS.

al gobierno, que la indeterminación en resolverse y ejecutar. Solamente le advierto que con recato político esté indiferente en las opiniones, y crea que puede ser engañado en el juicio que hiciere de ellas, ó por amor ó pasión propia, ó por siniestra información, ó por los halagos de la lisonja, ó porque les es odiosa la verdad que le limita el poder y da leyes á su voluntad, ó por la incertidumbre de nuestro modo de aprender, ó porque pocas cosas son como parecen, principalmente las políticas, habiéndose ya hecho la razón de estado un arte de engañar ó de no ser engañado, con que es fuerza que tengan diversas luces, y así mas se deben considerar que ver, sin que el Príncipe se mueva ligeramente por apariencias y relaciones.

Estos engaños y artes políticas no se pueden conocer, si no se conoce bien la naturaleza del hombre, cuyo conocimiento es precisamente necesario al que gobierna para saber regirle y guardarse de él; porque si bien es invención de los hombres el principado, en ellos peligra, y ningun enemigo mayor del hombre que el hombre. No acomete el águila al águila, ni un aspíd á otro aspíd, y el hombre siempre maquina contra su misma especie. Las cuevas de las fieras están sin defensa, y no bastan tres elementos á guar-
dar el sueño de las ciudades, estando levantada en muros y baluartes la tierra, el agua reducida á fosos, y el fuego incluido en bombardas y artillería. Para que unos duerman es menester que velean otros. ¿Qué instrumentos no se han inventado contra la vida, como si por sí misma no fuese breve y sujeta á los achaques de la naturaleza? Y si bien se hallan en el hombre, como en suyeto suyo, todas las semillas de las virtudes y las de los vicios, es con tal diferencia que aquellas no pueden producirse ni nacer sin el rocío de la gracia sobrenatural, y estas por sí mismas brotan y se estienden, efecto y castigo del primer error del hombre; y como casi siempre nos dejanos llevar de nuestros afectos y pasiones que nos inducen al mal, y en las virtudes no hay el peligro que en los vicios, por eso señalarémos aquí al Príncipe una breve descripción de la naturaleza humana cuando se deja llevar de la malicia.

Es pues el hombre el más inconstante de los animales, á sí y á ellos dañoso. Con la edad, la fortuna, el interés y la pasión se va mudando. No cambia más semblantes el mar que su condición. Con especie de bien yerra, y con amor propio persevera. Hace reputacion la venganza y la crueldad. Sabe disimular y tener ocultos largo tiempo sus
afectos. Con las palabras, la risa y las lágrimas encubre lo que tiene en el corazón. Con la religión disfraza sus designios, con el juramento los acredita, y con la mentira los oculta. Obedece al temor y á la esperanza. Los favores le hacen ingrato; el mandó soberbio; la fuerza vil y la ley rendido. Escribe en cera los beneficios, las injurias recibidas en mármol, y las que hace en bronce. El amor le gobierna, no por caridad, sino por alguna especie de bien; la ira le manda. En la necesidad es humilde y obediente; y fuera de ella arrogante y despreciador. Lo que en sí alaba o afecta le falta. Se juzga fino en la amistad, y no la sabe guardar. Desprecia lo propio y ambiciona lo ajeno. Cuanto más alcanza, más desea. Con las gracias ó acrecentamientos agenos le consume la envidia. Mas ofende con especie de amigo que de enemigo. Ama en los demás el rigor de la justicia y en sí le aborrece.

Esta descripción de la naturaleza del hombre es universal, porque no todos los vicios están en uno, sino repartidos; pero aunque parezca al Príncipe que alguno está libre de ellos, no por eso deje de recatarse de él, porque no es seguro el juicio que se hace de la condición y natural de los hombres. La malicia se pone la máscara de
la virtud para engañar, y el mejor hombre suele faltar á sí mismo, ó por la fragilidad humana, ó por la inconstancia de las edades, ó por la necesidad é interés, ó por alguna especie de bien particular ó público, ó por imprudencia y falta de noticia: con que alguna vez no son menos dañosos los buenos que los malos, y en duda es más conforme á la prudencia estar de parte del peligro, imaginándose el Príncipe (no para ofender sino para guardarse) que, como dijo Ezequiel, le acompañan engañadores, y que vive entre escorpiones (1), cuyas co-las estan siempre dispuestas á la ofensa med-itando los modos de herir (2). Tales suyen ser los cortesanos, porque casi todos procuran adelantar sus pretensionés con el engaño del Príncipe, ó con descomponer á los beneméritos de su gracia y favores por medio de su mismo poder. ¡Cuántas veces, interpuestas las onas de la envidia ó emulación entre los ojos del Príncipe y las accio-nes de su ministro, las juzgó por torcidas e in fieles, siendo derechas y encaminadas á su

(1) Subversores sunt tecum, et cum scorpionibus habitas. Ezech. 2. 6.

(2) Semper cauda in ictu est, nulloque momento meditari cessat, ne quando desit occasioni. Plin, lib. 11. c. 25.
mayor servicio! Padeció la virtud, perdió el Príncipe un buen ministro, y logró sus artes la malicia. Y para que prácticamente las conozca y no consienta el agravio de la inocencia, pondré aquí las más frecuentes.

Son algunos cortesanos tan astutos y disimulados que parece que escusan los defectos de sus émulos, y los acusan. Así reprehendió Augusto los vicios de Tiberio (1). Otros hay que para encubrir su malicia, y acreditarla con especie de bondad, entran á título de obligación o amistad por las alabanzas, refiriendo algunas del ministro á quien procuran descomponer, que son de poca sustancia ó no importan al Príncipe; y de ellas con fingida disimulación de zelo de su servicio, dando á entender que le prefieren á la amistad, pasan á descubrir los defectos que pueden moverle á retirarle de su gracia ó del puesto que ocupa. Cuando no es esto por ambición ó malicia es por acreditarse con los defectos que acusa en el amigo, y adquirir gloria para sí é infamia para él (2). Muy bien estuvo en estas

(1) Qua r quaquam honora oratione quædam de habitu, cultuque, et institutis ejus jecerat, quæ velut excusando exprobraret. Tac. lib. 1. ann.
sutilezas maliciosas aquel sabio Rey de Nápo-lenes Don Alonso, cuando oyendo á uno alabar mucho á su enemigo, dijo: Observad el arte de este hombre, y vereis como sus alabanzas son para hacerle mas daño. Y así sucedió, habiendo primero procurado con ellas acreditar su intencion por espacio de seis meses, para que despues se le diese fe á lo que contra él había de decir. ¿Qué engañosa mina se retiró á obrar mas lejos del muro donde había de ejecutar su efecto? Peores son estos amigos que alaban que los enemigos que murmuran (1). Otros para engañar mas cautamente alaban en publico y disfaman en secreto (2).

No es menos malicioso el artificio de los que adornan de tal suerte las calumnias, que siendo acusaciones parecen alabanzas, como en el Taso hacia Aleto.

Gran fabro di calunie, adorne in modi
Novi, che sono accuse, e paion lodi (3).

A éstos señaló el Salmista cuando dijo que

(1) Pessimum inimicorum genus, laudantes. Tac. in vit. Agric.

(2) Secretis eum criminationibus infamaverat ignarum; et quo cautius deciperetur, palam laudatum. Tac. lib. 1. hist.

(3) Tas. can. 2.
EMPRESAS POLÍTICAS.

Se habían convertido en arco torcido (1); ó según el Profeta Osías, en arco fraudulento, que apunta á una parte, y hiera á otra (2).

Algunos alaban á sus émulos con tal modo y acciones que se conozca que no sienten así lo mismo que están alabando; como se conocía en Tiberio cuando alababa á Germánico (3).

En otros tales aprobaciones son para poner su enemigo en cargo donde se pierda, ó donde esté lejos, aunque sea con mayor fortuna, que es lo que obligó á Rui Gómez (creo que tendría tambien otras razones) á votar que pasase á Flandes el Duque de Alva Don Fernando cuando se rebelaron aquellos estados. Con la misma intención alabó Muciano en el Senado á Antonio Primo, y le propuso para el gobierno de España Citerior (4); y para facilitarlo mas, repartió oficios y dignidades en-

(1) Conversi sunt in arcum pravum. Psal 77. 57.
(2) Facti sunt quasi arcus dolosus. Os. 7. 18. 6.
(3) Multaque de virtute ejus memoravit, magis in speciem verbis adornata, quam ut penitus sentire crederetur. Tac. lib. 1. ann.
(4) Igitur Mucianus, quia propalam oppressum Antonius nequibat, multis in Senatu laudibus, cumulatun, secretis promissioni onerat, Citeriorum Hispaniam ostentans, discessu Cluvii Rufi vacuam. Tac. lib. 4. hist.
tre sus amigos (1). Es muy liberal la emulación cuando quiere quitarse delante a quien escurce sus glorias ó impide sus conveniencias; o la es que al que no puede anegar saca á las orillas de la fortuna.

Algunas veces las alabanzas son con ánimo de levantar envidiosos que persigan al alabado. ¡Extraño modo de herir con los vicios ajenos!

Muchos hay que quieren introducir heridas propias en los puestos, sin que se pueda penetrar su deseo; y para conseguirlo afean en ellos algunas faltas personales y ligeras, y alaban y exageran otras que son á propósito para el puesto; y á veces los favorecen como á no conocidos, como Lacon á Pison para que Galba le adoptase (2).

Otros á lo largo, por encubrir su pasión, arrojan ódios, y van poco á poco cebando con ellos el pecho del Príncipe, para que llenó rebose en daño de su enemigo. De estas artes usaba Seyano para descomponer con Tiberio á Germánico (3).

---

(1) Simul amicis ejus Tribunatus, Praefecturas-que largitur. Tac. lib. 4. hist.
(2) Sed callidè, ut ignotum fovebat. Tac. lib. 1. hist.
(3) Odia in longum jaciens, qua recondret, auctaque promeret. Tac. lib. 1. ann.

Tomo II.
parece que las acusó el Espíritu Santo de bajo de la metáfora de arar las mentiras (1), que es lo mismo que sembrar en los ánimos la semilla de la cizaña para que nazca después, y se coja á su tiempo el fruto de la malicia (2).

No con menor astucia suelen algunos engañar primero á los ministros de quien mas se fía el Príncipe, dándoles á creer falsedades que impriman en él. Arte fue esta de aquel espíritu mentiroso que en la visión del Profeta Miqueás propuso que engañaría al Rey Acab, infundiéndose en los labios de sus Profetas, y lo permitió Dios como medio eficaz (3).

Tal vez se hace uno de la parte de los agravios hechos al Príncipe, y le aconseja la venganza, ó porque así la quiere tomar de su enemigo con el poder del Príncipe, ó porque le quiere apartar de su servicio y hacerle difidente. Con este artificio D. Juan Pacheco persuadía al Rey D. Enrique el Cuarto (4) que prendiese á D. Alon-

(2) Arastis impietatem, iniquitatem mesuistis, comedistis frugem mendacii. Os. cap. 10. 13.
EMPRESA XLVI.

so Fonseca, Arzobispo de Sevilla, y después le avisó de secreto que se guardase del Rey.

Estas artes suelen lograrse en las cortes; y aunque alguna vez se descubran tienen valedores, y hay quien vuelva a dejarse engañar, con que vemos mantenerse mucho tiempo los embusteros: flaqueza es de nuestra naturaleza depravada, la cual se agrada más de la mentira que de la verdad. Mas nos lleva los ojos y la admiraclon un caballo pintado que un verdadero, siendo aquel una mentira de este. ¿Qué es la elocuencia vestida de tropos y figuras sino una falsa apariencia y engaño, y nos suele persuadir a lo que nos está mal? Todo esto descubre el peligro de que yerre la opinion del Príncipe entre semejantes artífices y relaciones, si no las examinare con particular atencion, manteniendo entre tanto indiferente el crédito, hasta que no solamente vea las cosas, sino las toque, y principalmente las que oyere, porque entran por las orejas el aura de la lisonja y los vientos del odio y envidia, y facilmente alteran y levantan las pasiones y afectos del ánimo, sin dar tiempo á la averiguacion; y así convendria que el Príncipe tuviéase las orejas vecinas á la mente y á la razón, como la que tiene la lechuza (quizas también dedicada por esto
á Minerva) que le nace de la primera parte de la cabeza, donde está la celda de los sentidos, porque todos son menester para que no nos engañe el oído: de él ha de cuidar mucho el Príncipe, porque cuando están libres de afectos las orejas, y tiene en ellas su tribunal la razón, se examinan bien las cosas, siendo casi todas las del gobierno sujetas á la relación; y así no parece verisimil lo que dijo Aristóteles de las abejas, que no oían, porque sería de gran inconveniente en un animal tan advertido y político, siendo los oídos y los ojos los instrumentos por donde entra la sabiduría y la experiencia. Ambos son menester para que no nos engañe la pasión ó el natural inclinación. A los moabitas les parecía de sangre el torrente de agua donde reverberaba el sol, llevados de su afecto (1). Un mismo rumor del pueblo sonaba á los oídos belicosos de Josué como clamor de batalla, y á los de Moysen quietos y pacíficos como música (2). Por esto Dios, aunque tiene

(1) Primoque mane surgentes, et orto jam sole ex adverso aquarum, viderunt mohabite, et contra aquas rubras, quasi sanguinem, dixeruntque: sanguis gladii est. 4. Reg. cap. 3. 22.

(2) Audiens autem Josue tumultum populi vociferantis, dixit ad Moysen: Ullulatus pugnae auditur in castris, Qui respondit: non est clamor adhortan-
presentes las cosas, quiso averiguar con los ojos la voz que oía de los de Sodoma y Go-

morra (1). Cuando pues aplicare el Prínci-

pe a las cosas las manos, los ojos y las ore-

jas, ó no podrá errar ó tendrá disculpa. De
todo esto se puede conocer cuan errado era
el simulacro de los tebanos, con que signi-
 ficaban las calidades de sus Príncipes, por-
que tenía orejas, pero no ojos, siendo tan
necesarios estos como aquellas: las orejas
para la noticia de las cosas, los ojos para
la fe de ellas, en que son mas fieles los ojos,
porque dista tanto la verdad de la mentira
cuanto distan los ojos de las orejas.

No es menester menos diligencia y aten-
ción para averiguar, antes que el Príncipe
se empeñe, la verdad de los arbitrios y me-
dios propuestos sobre sacar dinero de los
reyos ó mejorar el gobierno, ó sobre otros
negocios pertenecientes á la paz y á la guer-
ra; porque suelen tener por fin intereses
particulares, y no siempre corresponden los
efectos á lo que imaginamos y presupone-
mos. El ingenio suele aprobar los arbitrios,

tium ad pugnam, neque vociferatio compellentium
ad fugam: sed vocem cantantium ego audio. Exod.
cap. 32. 17.

(1) Descendam, et videbo, utrum clamorem, qui
venit ad me, opere compleverint: an non est ita, ut
EMPRESAS POLÍTICAS.

y la experiencia los reprueba. Despreciarlos sería imprudencia, porque uno que sale acertado recompensa la vanidad de los demás. No gozará España del imperio de un nuevo orbé si los Reyes Católicos no hubiesen dado crédito (como lo hicieron otros Príncipes) á Colón. El creerlos ligeramente y obrarlos luego, como si fueran seguros, es ligereza ó locura. Primero se debe considerar la calidad de la persona que los propone: ¿qué experiencia hay de sus obras? ¿qué fines puede tener en el engaño? ¿qué utilidades en el acierto? ¿con qué medios piensa conseguirlos, y en qué tiempo? Por no haber hecho estas diligencias Nerón fue burlado del que le dijo haber hallado un gran tesoro en Africa (1). Muchas cosas propuestas parecen al principio grandes, y se hallan después vanas e inútiles. Muchas son ligeras, de las cuales resultan grandes beneficios. Muchas experimentadas en pequeñas formas no salen en las mayores. Muchas parecen fáciles á la razón y son dificultosas en la obra. Muchas en sus principios son de daño, y en sus fines de provecho, y otras al contrario; y

(1) Non auctoris, non ipsius negotii fide satis spectata, nec missis visoribus, per quos nosceret, an vera assererentur. Tac. lib. 16. ann.
muchas suceden diversamente en el hecho de lo que se presuponia antes.

El vulgo torpe y ciego no conoce la verdad si no topa con ella; porque forma ligeramente sus opiniones, sin qué la razón prevenga los inconvenientes, esperando a tocar las cosas con las manos para desengañarse con el suceso, maestro de los ignorantes; y así quien quisiere apartar al vulgo de sus opiniones con argumentos, perderá el tiempo y el trabajo. Ningún medio mejor que hacerle dar de ojos en sus errores, y que los toque, como se hace con los caballos espantadizos, obligándolos á que lleguen á reconocer la vanidad de la sombra que los espanta. De este consejo usó Pacuvio para sosegar el pueblo de Capua, conmovido contra el Senado. Encierra los Senadores en una sala, estando de acuerdo con ellos: junta el pueblo, y le dice: si deseais remover y castigar á los Senadores, ahora es tiempo, porque á todos los tengo debajo de esta llave y sin armas; pero convenirá que sea uno á uno, eligiendo otro en su lugar, porque ni un instante puede estar sin cabezas esta república. Echa los nombres en una urna, saca uno por suerte, pide al pueblo lo que se ha de hacer de él: crecen las voces y los clamores contra él, y todos le condenan á muerte. Díceles que elijan
otro, confúndense entre sí, y no saben à quien proponer. Si alguno es propuesto hallan en él grandes defectos. Sucede lo mismo en la segunda y tercera elección, sin llegar á concordarse, y al fin su misma confusión los advirtió que era mejor conformarse con el mal que ya habían experimentado que intentar el remedio, y mandan que sean sueltos los Senadores. Es el pueblo furioso en sus opiniones, y tal vez (cuando se puede temer algun daño ó inconveniente notable) es gran destreza del Príncipe gobernarle con su misma rienda é ir al paso de su ignorancia. También se reduce el pueblo poniéndole delante los daños de otros casos semejantes, porque se mueve mas por el ejemplo que por la razón (1).

(1) Plebeia ingenia exemplis magis quam ratiōne capiuntur. Macrobi.
Aun en las virtudes hay peligro: estén todas en el ánimo del Príncipe, pero no siempre en ejercicio. La conveniencia pública le ha de dictar el uso de ellas, el cómo y el cuándo. Obradas sin prudencia, ó pasan á ser vicios, ó no son menos dañosas que ellos. En el ciudadano miran á él solo: en el Príncipe á él y á la república. Con la conveniencia común, no con la propia, han de hacer consonancia. La ciencia civil prescribe términos á la virtud del que manda y del que obedece. En el ministro no tiene la justicia arbitrio: siempre se ha de ajustar con la ley. En el Príncipe, que es alma
EMPRESAS POLÍTICAS.

de ella, tiene particulares consideraciones que miran al gobierno universal. En el súbdito nunca puede ser exceso la conmiseración: en el Príncipe puede ser dañosa. Para mostrarlo en esta empresa se formó de la caza de las cornejas que refieren Sanazaro y Garcilaso usaban los pastores, la cual enseña a los Príncipes el recato con que deben entrar a la parte de los trabajos y peligros agenos. Ponían una corneja en tierra ligada por las puntas de las alas, la cual viendo pasar la banda de las demás por el aire, levantaba las voces, y con clamores las obligaba a que bajasen a socorrerla movidas de piedad.

Cercávanla, y alguna mas piadosa del mal ageno de la compañera, que del suyo avisada ó temerosa. Llegávasen muy cerca, y la primera que esto hacia pagava su inocencia con prisión ó con muerte lastimera. Garcil.

Porque la que estaba fija en tierra se asía de la otra para librarse, y ésta de la que con la misma compasion se le acercaba, quedando todas perdidas unas por otras, en que tambien tenia su parte la novedad del caso; porque á veces es curiosidad ó natural movimiento de inquietud lo que parece
compasion. En las miserias y trabajos de los Príncipes extranjeros muévanse á sus voces y lamentos los ojos y el corazón bañados de piedad, y tal vez los oficios, pero no las manos, armadas ligeramente en su defensa. Que se aventure un particular por el remedio de otro, fineza es digna de alabanza; pero de reprehension en un Príncipe si empeñase la salud pública por la de otro Príncipe sin suficientes conveniencias y razones de estado, y no bastan las que impone el parentesco ó la amistad particular, porque primero nació el Príncipe para sus vasallos que para sus parientes ó amigos. Bien podrá asistirlos, pero sin daño ó peligro considerable. Cuando es la asistencia en peligro tan común que la caída del uno lleva tras sí la del otro, no hay causa de obligacion ó piedad que la pueda escusar de error. Pero cuando los intereses son entre sí tan unidos que perdido el uno se pierde el otro, su causa hace quien le socorre y mas prudencia es (como hemos dicho) oponerse al peligro en el estado ageno que aguardarle en el propio. Cuando también conviniése al bien y sosiego público socorrer al oprimido, debe hacerlo el Príncipe mas poderoso, porque la justicia entre los Príncipes no puede recurrir á los tribunales ordinarios, y le tiene en la autoridad y po-
EMPRESAS POLÍTICAS.

der del más Soberano, el cual no debe de-
jarse llevar de la política de que estén tra-
bajados los demás Príncipes para estar más
seguro con sus disensiones, ó para fabri-
carse mayor fortuna con sus ruinas, por-
que aquel supremo juez de las intenciones
las castiga severamente.

En estos casos es menester gran pru-
dencia, pesando el empeño con la conve-
niencia, sin que hagamos ligeramente pro-
pio el peligro ageno, ó nos consumamos
en él, porque después no hallaremos la
misma correspondencia. Compadecida Es-
paña de los males del Imperio le ha asisti-
do con su sangre y con sus tesoros, de don-
de le han resultado las invasiones que Fran-
cia ha hecho en Italia, Flandes, Borgoña
y España; y habiendo hoy caído sobre la
monarquía toda, la guerra no lo reconocen
algunos en Alemania, ni aun piensan que
ha sido por su causa.

La experiencia pues en propios y age-
nos daños nos puede hacer recatados en la
comiseración y en las fincas. ¡Cuántas
veces nos perdímos y perdímos al amigo
por ofrecernos voluntariamente al remedio
de sus trabajos, ingrato después al benefi-
cio! ¡Cuántas veces contraeran el odio del
Príncipe los que más se desvelaron en ha-
cerle extraordinarios servicios! Hijo adop-
tivo era Germánico de Tiberio, destinado a sucederle en el imperio, y tan fino en su servicio que tuvo por infamia que las legiones le ofreciesen el imperio (1); y porque le obligaban á ello se quiso atravesar el pecho con su propia espada (2), y cuanto más fiel se mostraba en su servicio menos grato era á Tiberio. Su atención en sosegar las legiones con donativos le daba cuidado (3). Su piedad en sepultar las reliquias del ejército de Varo le parecía pretensión al imperio (4). La misericordia de su muger Agripina en vestir los soldados, ambición de mandar (5). Todas las acciones de Germánico interpretaba siniestramente (6). Conoció Germánico este odio y que con especie de honor le retiraba de las glorias de Alemania, y procuró obligarle mas con la

(1) Quasi scelere contaminaretur. Tac. t. i. ann.
(2) At ille moriturum potius, quam fidem exuere, clamitans, ferrum al tero diripui.t, elatumque deferebat in pectus. Ibidem.
obediencia y sufrimiento (1); pero esto mismo le hacía más odioso, hasta que oprimido el agradecimiento le envió a las provincias de Oriente, esponiéndole al engaño y peligro (2), donde le envenenó por medio de Pison, teniendo por felicidad propia la muerte (3) de quien era la columna de su imperio. Ídolos son algunos Príncipes, cuyos ojos (como advirtió Jeremías) (4) ciegan con el polvo de los mismos que entran a adorarlos y no reconocen servicios; y lo peor es que ni aun quieren ser vencidos de ellos ni que su libertad esté sujeta al mérito, y con varias artes procuran desempeñarla. Al que más ha servido le hacen cargos para que reducida a defensa la pretensión no importune con ella, y tenga por premio el ser absuelto. Se muestran mal satisfechos de los mismos servicios que estan interiormente aprobando por no quedar obligados, ó los atribuyen a sus órde-

(1) Quanto summae spei proprior, tanto impensisus pro Tiberio niti. Tac. lib. 1. ann.
(2) Novisquæ Provinciis impositum, dolo simul & casibus objectaret. Tac. lib. 2. ann.
(3) Nam Germanici mortem inter prospera ducebat. Tac. lib. 4. ann.
(4) Oculi eorum pleni sunt pulvere a pedibus introeuntium. Baruc. cap. 6. 16.
nes; y tal vez después de alcanzado lo mismo que deseaban y mandaron, se arrepienten, y se desean con quien lo facilitó, como si se hubiera hecho de motivo propio. No hay quien pueda sondear la condición de los Príncipes (1): golfo profundo y vario que se altera hoy con lo mismo que se calmó ayer. Los bienes del ánimo y fortuna, los agasajos y honores, unas veces son para ellos mérito, y otras injuria y crimen (2). Facílmente se cansan con las puntualidades. Aun en Dios fue peligrosa la del sacerdote Ozas en arriar el hombro al arca del Testamento, que se trastornaba y le costó la vida (3). Mas suelen los Príncipes premiar descuidos que atenciones, y más honran al que menos les sirve. Por servidumbre tienen el dejarse obligar, y por de menos peso la ingratitude que el agradecimiento. Las finezas y liberalidades que usó Junio Bleso con el Emperador Vitelio

(1) Cor Regum inscrutabile. Prov. 25. 3.
(2) Nobilitas opes, omssi gestique honores pro crimine, & ob virtutes certissimum exitium. Tac. lib. 1. hist.
(3) Extendit Oza manum ad arcam Dei, & tenuit eam, quoniam calcitrabant boves, & declinaverunt eam. Iratusque est indignatione Dominus contra Ozam, & percussit eum super temeritate: & mortuus est ibi juxta arcam Dei. 2. Reg. cap. 6. 6.
EMPRESAS POLÍTICAS.

desde de la gracia (1). Pasa a Constantinopla aquel insigne varón Rugier, cabo de la gente catalana, que asistió al Rey Don Fadrique de Sicilia, llamado del Emperador Andrónico para defenderle el imperio. Hace en su servicio increíbles hazañas con su valerosa nación, aunque pocos en número. Libranle de la invasión de los turcos; y cuando esperaba el premio de tantas victorias, le mandó matar por muy ligera causa. Cualquier ofensa ó disgusto, aunque pequeño, puede más que los mayores beneficios; porque con el agradecimiento se agrava el corazón, con la venganza desfoga, y así somos más fáciles á la venganza que al agradecimiento. Esta es la infelicidad de servir á los Príncipes, que no se sabe en qué se merece ó desmerece con ellos (2); y si por lo que enseñan las historias y por los daños que nos resultan de las finezas hubiésemos de formar una política, sería menester hacer distinción entre las virtudes para saber usar.

(1) Lugdunensis Galliae rector, genere illustri largus animo, et par opibus, circumdaret Principi ministeria; comitaretur liberaliter, eo ipso ingratum, quamvis odium Vitellius humilibus blanditiis velaret. 
Tac. lib. 2. hist.

(2) Nescit homo utrum amore, an odio dignus sit. Eccles. 9. 1.
EMPRESA XLVII.

de ellas, sin perjuicio nuestro, considerando que aunque todas están en nosotros como en supuesto suyo, no todas obran dentro de nosotros, porque unas se ejercitan fuera, y otras internamente. Estas son la fortaleza, la paciencia, la modestia, la humildad, la religión y otras, entre las cuales son algunas de tal suerte para nosotros que en ellas no tienen más parte los de afuera que la seguridad para el trato humano y la estimación por su excelencia, como sucede en la humildad, en la modestia y en la benignidad; y así cuanto fuere mayor la perfección de estas virtudes, tanto más nos ganará los ánimos y el aplauso de los demás, como sepamos conservar el decoro. Otras de estas virtudes, aunque obran dentro de nosotros en los casos propios, suele también depender su ejercicio de las acciones ágenas, como la fortaleza y la magnanimidad. En estas no hay peligro cuando las goberna la prudencia, que da el tiempo y el modo á las virtudes; porque la entereza indiscreta suele ser dañosa á nuestras conveniencias, perdiéndonos con especie de reputacion y gloria, y entre tanto se llevan los premios y el aplauso los que mas atentos sirvieron al tiempo, á la necesidad y á la lisonja.

En el uso de las virtudes que tienen su

Tomo II.
EMPRESAS POLÍTICAS.
ejecicito en el bien ageno, como la gene-

rosidad y la misericordia, se suele peligrar
ó padecer, porque no corresponden al ellas
el premio de los Príncipes, ni el agradeci-
miento y buena correspondencia de los ami-
gos y parientes, antes creyendo por cierto
que aquellos estimarán nuestros servicios, y
que estos aventurarán por nosotros en el
peligro y necesidad las haciendas y las
vidas; fundamos esta falsa opinion en obli-
gación propia, y para satisfacer a ella no
reparamos en perdonar por ellos. Pero
cuando nos vemos en alguna calamidad se
retiran y nos abandonan. En los trabajos
de Job solos tres amigos le visitaron, y es-
tos 'inspirados' de Dios (1); pero no le asis-
tieron con obras, sino con palabras y exho-
traciones pesadas que le apuraron la pa-
ciencia. Mas cuando volvió Dios a él sus
ojos piadosos y empezó a multiplicar sus
bienes, se entraron por sus puertas todos
sus parientes, hasta los que solamente le
conocían de vista, y se sentaron a su mesa
para tener parte en sus prosperidades (2).

(1) Audientes tres amici Job, omne malum quod
accidisset ei, venerunt sicut locutus fuerat Dominus
ad eos. Job: 2. 11.
(2) Venerunt autem ad eum omnes fratres suí,
& universa soñores suæ, & cuncti qui noverant eum
prius, & comederunt cum eo panem in domo ejus.
Job, cap. 42, 11.
Este engaño con especie de bien y de buena correspondencia y obligación ha perdido a muchos, los cuales creyendo sembrar beneficios cogieron ingratiitudes y odios, haciendo de amigos enemigos, con que después vivieron y murieron infelices. El Espíritu Santo dijo que daba á clavar su mano, y se enlazaba y hacía esclavo con sus mismas palabras, quien salía fiador por su amigo (1), y nos amonestá que delante de él estemos con los ojos abiertos, guardándonos de sus manos como se guardan el gamo y el ave de las del cazador (2). Haz bien y guárdate es proverbio castellano, hijo de la experiencia. No sucede esto á los que viven para sí solos, sin que la misericordia y caridad los mueva al remedio de los males agenos. Hacense sordos y ciegos á los gemidos y á los casos, huyendo las ocasiones de mezclarse en ellos, con lo cual viven libres de cuidados y trabajos, y si no hacen grandes amigos, no pierden á los que tienen. No serán estimados por lo que obran; pero sí por lo que dejan de

(1) Fili mi, si spoponderis pro amico tuo, desististi apud extraneum manum tuam: ilaqueatus es verbis oris tuij, & captus propriis sermonibus. Prov. 6, 1.

(2) Erure quasi damula de manu, & quasi avis de insidiis aqucupis. Prov. 6, 5.
obrar, teniéndolos por prudentes los demás. Fuera de que naturalmente hacemos más estimación de quien no nos ha menester, y despreciándonos vive consigo mismo. Y así parece que conocido el trato ordinario de los hombres, nos habíamos de estar quedos á la vista de sus males, sin darnos por entendidos, atendiendo solamente á nuestras conveniencias y á no mezclarlas con el peligro y calamidad agena. Pero esta política sería opuesta á las obligaciones cristianas, á la caridad humana y á las virtudes más generosas, y que mas nos hacen parecidos á Dios. Con ella se disolvería la compañía civil, que consiste en que cada uno viva para sí y para los demás. No ha menester la virtud las demostraciones externas. De sí misma es premio bastante, siendo mayor su perfección y su gloria cuando no es correspondida; porque hacer bien por la retribución es especie de avaricia, y cuando no se alcanza queda un dolor intolerable en el corazón. Obremos pues solamente por lo que debemos á nosotros mismos, y seremos parecidos á Dios, que hace siempre bien á los que no son agradecidos. Pero es prudencia estar con tiempo advertidos de que á una correspondencia buena corresponde una mala; porque vive infeliz el que se espuso al gasto, al trabajo ó al peligro.
ageno, y creyendo coger agradecimientos cogió ingratiitudes. Al que tiene conocimiento de la naturaleza y trato ordinario de los hombres no le halla nuevo este caso; y como le vió antes, previno su golpe y no quedó ofendido de él.

También debemos considerar si es conveniencia del amigo empeñarnos en su defensa; porque á veces le hacemos mas daño con nuestras diligencias ó por importunas ó por imprudentes, queriendo parecer bizarros y finos por ellos, con que los perdemos y nos perdemos. Esta bizarría dañosa al mismo que la hace, reprimió Trasea (aunque era á favor suyo) en Rústico Arulenon para que no rogase por él, sabiendo que sus oficios serían dañosos al intercesor y vanos al reo (1).

No es menos imprudente y peligroso el zelo del bien público y de los aciertos del Príncipe, cuando sin tocarnos por oficio ó sin esperanzas del remedio nos entremetemos sin ser llamados en sus negocios e intereses con evidente riesgo nuestro. No quiero que inhumanos estemos á la vista de los daños agenos, ni que vilmente sirva nuestro silencio á la tiranía y al tiempo, si-

---

(1) Ne vana, &c reo non profutura, intercessori exitiosa inciperet. Tac. lib. 16. ann.
no que no nos perdamos imprudentemente, y que sigamos los pasos de Lucio Pison que en tiempos tiranos y calumniosos supo conservarse con tal destreza que no fue voluntariamente autor de consejos serviles, y cuando le obligaba la necesidad contemporizaba en algo con gran sabiduría para moderarlos mejor (1). Muchas veces nos anticipamos a dar consejos en lo que no nos toca, persuadidos a que en ellos está el remedio de los males públicos; y no advertimos lo que suele engañar el amor propio de nuestras opiniones sin las noticias particulares que tienen los que gobiernan y se hallan sobre el hecho. Ninguna cosa mas peligrosa que el aconsejar. Aun quien lo tiene por oficio debe escusarlo cuando no es llamado y requerido, porque se juzgan los consejos por el suceso, y éste pende de accidentes futuros que no puede prevenir la prudencia; y lo que sucede mal se atribuye al consejero, pero no lo que se acierta.

(1) Nullius servilis sententia sponte auctor, et quoties necessitas ingueret, sapienter moderans. Tac. lib. 6. ann.
¡Que prevenidos estan los Príncipes contra los enemigos externos! ¡Que desarmados contra los domésticos! Entre las cuchillas de la guarda les acompañan, y no reparan en ellos. Estos son los aduladores y lisonjeros, no menos peligrosos sus halagos que las armas de los enemigos. Á mas Príncipes ha destruido la lisonja que la fuerza. ¡Qué púrpura Real no roe esta polilla! ¡Qué cetro no barrena esta carcoma! En el mas levantado cedro se introduce, y poco á poco le taladra el corazón, y da con él en tierra. Daño es que se descubre con la misma ruina. Primero se ve su
EMPRESAS POLÍTICAS.

efecto que su causa. Disimulado gusano que habita en los artesonados dorados de los palacios. Al estelion, esmaltada de estrellas la espalda y venenoso el pecho, la compara esta empresa. Con un manto estrellado de zelo, que encubre sus fines dañosos, se representa al Príncipe (1). Advierta bien que no todo lo que reluce es por buena calidad del sujeto, pues por señal de lepra lo ponen las divinas letras (2). Lo podrido de un tronco esparce de noche resplandores. En una dañosa intencion se ven apariencias de bondad. Tal vez entre vislumbres de severidad, amiga de la libertad y opuesta al Príncipe, se encubre servilmente la lisonja, como cuando Valerio Mesalla votó que se renovase cada año á Tiberio el juramento de obediencia; y preguntado que con qué orden lo proponía, respondió que de motivo propio, porque en lo que tocase á la república había de seguir siempre su dictámen, aunque fuese con peligro de ofender (3).

(1) Vae qui dicitis malum bonum, & bonum malum, ponentes tenebras lucem, & lucem tenebras. Isai. cap. 5. 20.
(2) Aut quasi lucens quippiam, id est plaga lepra. Levit. cap. 13. 2.
(3) Sponte dixisse, respondit: neque in iis, quae ad rempublicam pertinent; consilio, nisi suo usuum, vel cum periculo offensionis, ea sola species adulandi superaret. Tac. lib. 1. ann.
Semejante á ésta fue la adulación de Ate- 

yo, cuando acusado L. Ennio de haber 

fundido una estatua de plata de Tiberio 

para hacer vagilla, y no queriendo Tibe- 

rio que se admitiese tal acusación, se le 

opuso diciendo que no se debía quitar á los 

Senadores la autoridad de juzgar ni dejar 

sin castigo tan gran maldad: que fuese su- 

frido en sus sentimientos, y no pródigo en 

las injurias hechas á la república (1).

Muda el estelion cada año la piel: con 

el tiempo sus consejos la lisonja, al paso 

que se muda la voluntad del Príncipe. Al 

Rey Don Alonso Undécimo (2) aconsejaron 

sus ministros que se apartase de la Reyna 

Doña Violante, tenida por estéril, fundan-

do con razones la nulidad del matrimonio; 

y después los mismos le aprobaron, per-

suádándole que volviese á cohabitar con 

ella.

Ningun animal mas fraudulento que el 

estelion, por quien llamaron los juriscon-

sultos crimen stellionatus á cualquier delito 


---

(1) Palam aspernante Ateio Capitone, quasi per 

libertatem. Non enim debere eripí Patribus vim sta-

tuendi: neque tautum maleficium impune habendum, 

sanè lentius in suo dolore esset: Reipublicæ injurias 

ne largiretur. Tac. lib. 3. ann.

EMPRESAS POLÍTICAS.

¿Quién los usa mayores que el lisonjero, poniendo siempre lazos a la voluntad, prenda tan principal que sin ella quedan esclavos los sentidos?

No mata el estelión al que infeciona, sino le entorpece y saca de sí, introduciendo en él diversos afectos: calidades muy propias del lisonjero, el cual con varias apariencias de bien encanta los ojos y las orejas del Príncipe, o le trae embelesado sin dejarle conocer la verdad de las cosas. Es el estelión tan enemigo de los hombres, que porque no se valgan para el mal caduco de la piel que se desnuda, se la come. No quiere el lisonjero que el Príncipe convalezca de sus errores, porque el desengaño es hijo de la verdad, y ésta enemiga de la lisonja. Envidia el lisonjero las felicidades del Príncipe, y le aborrece como á quien por el poder y por la necesidad le obliga á la servidumbre de la lisonja y disimulación, y á sentir una cosa y decir otra.

Gran advertencia es menester en el Príncipe para conocer la lisonja; porque consiste en la alabanza, y también alaban los que no son lisonjeros. La diferencia está en que el lisonjero alaba lo bueno y lo malo, y el otro solamente lo bueno. Cuando pues viere el Príncipe que le atribuyen los aciertos que ó se deben á otro ó nacieron del
caso (1): que le alaban las cosas ligeras que por sí no lo merecen; las que son más de gusto que de reputación; las que le apartan del peso de los negocios; las que miran más a sus conveniencias que al beneficio público, y que quien así le alaba no se mesura ni enristece, ni le advierte cuando le ve hacer alguna cosa indecente é indigna de su persona y grandeza; que busca disculpa a sus errores y vicios; que mira más a sus acrecentamientos que a su servicio; que disimula cualquier ofensa y desaire por asistirle siempre al lado; que no se arrima a los hombres severos y zelosos; que alaba a los que juzga que le son gratos, mientras no puede derribarlos de su gracia; que cuando se halla bien firme en ella y le tiene sujeto trata de grangear la opinión de los demás atribuyéndose a sí los buenos sucesos y culpando al Príncipe de no haber seguido su parecer; que por ganar crédito con los de afuera se jacta de haber reprendido sus defectos, siendo el que en secreto los disculpa y alaba; bien puede el Príncipe marcar a este tal por lisonjero, y huya de él como del más nocivo veneno

(1) Popule meus, qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt, & viam gressuum tuorum dissipant. Isai. cap. 3. 12.
que puede tener cerca de sí, y más opuesto al amor sincero con que debe ser servido (1).

Pero si bien estas señas son grandes, suele ser tan ciego el amor propio que desconoce la lisonja, dejándose halagar de la alabanza, que dulcemente tira de los sentidos, sin que haya alguna tan desigual que no crean los Príncipes que se debe á sus méritos. Otras veces nace esto de una bondad floja que no advirtiendo los daños de la lisonja se compadece de ella, y aun la tiene por sumisión y afecto, en que pecaron el Rey de Galicia Don Fernando (2), aborrecido de los suyos porque daba oídos á lisonjeros; y el Rey Don Alonso el Nono, que por lo mismo escureció la gloria de sus virtudes y hazañas. Por tanto adviertan los Príncipes que puede ser vivan tan engañados del amor propio ó de la propia bondad, que aun con las señas dadas no puedan conocer la lisonja; y así para conocerla y librarse de ella revuelvan las historias, y noten en sus antepasados y en otros las artes con que fueron engañados de los lisonjeros, los daños que recibieron por ellas, y

---

(1) Blanditiae pessimum veri affectus venenum; sua cuique utilitas. Tac. lib. 1. hist.
(2) M. r. hist. Hisp.
luego consideren si se usan con ellos las mismas. Sola una vez que el Rey Asuero (1) mandó (hallándose desvelado) que le leyesen los anales de su tiempo, le dijeron lo que ninguno se atrevía, oyendo en ellos las artes y tiranías de su valido Amán, y los servicios de Mardoquío: aquellas ocultadas de la lisonja, y éstas de la malicia; con que desencañado castigó al uno y premió al otro. Pero aun en esta lección estén advertidos no se halle disfrazada la lisonja: lean por sí mismos las historias, porque puede ser que quien les leyere pase en silencio los casos que habian de desencañarlos, o que trueque las cláusulas y las palabras. ¡Oh infeliz suerte de la Magestad, que aun no tiene segura la verdad de los libros, siendo los más fieles amigos del hombre!

Procure tambien el Príncipe que lleguen a sus ojos los libelos infamatorios que salieren contra él, porque si bien los dicta la malicia, los escribe la verdad; y en ellos hallará lo que le encubren los cortesanos, y quedará escarmentado en su misma infamia. Reconociendo Tiberio cuan engañado había sido en no haber penetrado con tiempo las maldades de Seyano, mandó se publicase el testamento de Fulcinio Trio, que era una

(1) Esth. cap. 6.
sátira contra él, por ver, aunque fuese en sus afrentas, las verdades que le encubría la lisonja (1).

No siempre mire el Príncipe sus acciones al espejo de lo que están cerca de sí: consulte otros de afuera zelosos y severos, y advierta si es una misma la aprobación de los unos y de los otros; porque los espejos de la lisonja tienen inconstantes y varias las lunas, y ofrecen las especies no como son, sino como quisiera el Príncipe que fuesen, y es mejor dejarse corregir de los prudentes que engañar de los aduladores (2). Para esto es menester que pregunte a unos y a otros, y les quite el empacho y el temor, reduciendo á obligación que le digan la verdad. Aun Samuel no se atrevió á decir á Heli lo que Dios le había manda- do (3) hasta que se lo preguntó (4).

(1) Que ab heredibus occultata, recitari Tiberius jussit: patientiam libertatis alienæ ostentans, & contemptor suæ infaniam; an scelerum Sejani diu nescius; mox quoquo modo dicta vulgari malebat, veritatisque, cui adulatio officit; per probra saltem gnarus fieri. Tac. lib. 6. annal.

(2) Melius est á sapiente corripi, quam stultorum adulatione decipi. Eccl. cap. 7. 6.

(3) Et Samuel timebat indicare visionem Heli. 1. Reg. cap. 3. 15.

(4) Et interrogavit eum: quis est sermo, quem locutus est Dominus ad te? Ibs. c. 3. 17.
Mírese también el Príncipe al espejo del pueblo, en quien no hay falta tan pequeña que no se represente, porque la multitud no sabe disimular. El Rey de Francia Ludovico Cuarto se disfrazaba y mezclaba entre la plebe, y oía lo que decían de sus acciones y gobierno. Á las plazas es menester salir para hallar la verdad. Una cosa sola decía el Rey Ludovico Onceno de Francia que faltaba en su palacio, que era la verdad. Es esta muy encogida y poco cortesana, y se retira de ellos, porque se confunde en la presencia Real. Por esto Salú que riendo consultar a la Fetonisa mudó de vestiduras para que mas libremente le respondiese, y el mismo le hizo la pregunta sin fiarla de otro (1). Lo mismo advirtió Jeroboam cuando enviando á su muger al Profeta Ahias para saber de la enfermedad de su hijo le ordenó que se disfrazase, porque si la conociese ó no le respondería ó no le diría la verdad (2). Ya pues que no se halla en las recámaras de los Príncipes menester es la industria para buscarla en otras partes. Gloria es de los Reyes investigar lo

(1) Mutavit ergo habitum suum: vestitusque est allis-vestimentis; ne abit ipse. i. Reg. cap. 28. 8.
EMPREASAS POLÍTICAS.

premio, le tuvo el Rey por tan gran delito, que le mando cortar la cabeza. Mira el Príncipe como á juez á quien le nota sus acciones, y no puede tener delante de los ojos al que no le parecieron acertadas. El peligro está en aconsejar lo que conviene, no lo que apetece el Príncipe (1). De aquí nace el encogerse la verdad y el animarse la lisonja.

Pero si algun Príncipe fuere tan generoso que tuviere por vilicza rendirse á la adulacion, y por desprecio que le quieran engañar con falsas apariencias de alabanza, y que hablen mas con su grandeza que con su persona (2), fácilmente se librará de los aduladores, armándose contra ellos de verdad; porque ninguno se atreve á un Príncipe grave que conoce la verdad de las cosas y desestima los vanos honores. Tiberio con igual semblante oyó las libertades de Pison y las lisonjas de Gallo (3); pero si bien disimulaba conocía la lisonja, como

---

(1) Nam suadere Principi quod oporteat; multi laboris; assentatio erga Principem quemcumque sine affectu peragitur. Tac. lib. 1. hist.
(2) Etiam ego; actu simplicissimé inter nos ho-die loquimur; ceteri libentius cum fortuna nostra, quam nobiscum. Ibidem.
(3) Audiente hæc Tiberio; ac silente. Tac. lib. 2. annal.
que se dice de ellos (1). El Rey Felipe Segundo tenía un criado favorecido que le refería lo que decían de él dentro y fuera del palacio. Si bien es de advertir que las voces del pueblo en ausencia del Príncipe son verdaderas, pero a sus oídos muy vanas y li-sonjeras, y causa de que corra ciegamente tras sus vicios, infiriendo de aquel aplauso común que están muy acreditadas sus acciones. Ningún gobierno mas tirano que el de Tiberio; ningun valido mas aborrecido que Seyano; y cuando estaban en Capri los quebrabala el Senado, pidiéndoles que se dejasen ver (2). Nerón vivía tan engañado de las adulaciones del pueblo, que creía que no podría sufrir sus ausencias de Roma, aunque fuesen breves, y que le consolaba su presencia en las adversidades (3); siendo tan mal visto que dudaban el Senado y los nobles si sería mas cruel en ausencia que en presencia (4).

(1) Gloria Regum investigare sermonem. Prov. cap. 25. 2.
(2) Crebrisque precibus efflagitabant, visendi sui copiam facerent. Tac. lib. 4. ann.
(3) Vidisse civium maestos vultus, audire secre-tas querimonias, quod tantum aditus esset iter, cujus ne modicos quidem egressus tolerarent, sueti adversum fortuita aspectu Principis refoveri. Tac. lib. 15. ann.
Otros remedios habría para reconocer la lisonja; pero pocos Príncipes quieren aplicarlos, porque se conforma con los afectos y deseos naturales, y así vemos castigar a los falsarios y no a los lisonjeros, aunque estos son más perjudiciales; porque si aquellos levantan la ley de las monedas, estos la de los vicios, y los hacen parecer virtudes. Daño es este que siempre se acusa y siempre se mantiene en los palacios, donde es peligrosa la verdad, principalmente cuando se dice a Príncipes soberbios que fácilmente se ofenden. La vida le costó a Don Fernando de Cabrera el haber querido desenganchar al Rey Don Pedro el Cuarto de Aragón, sin que le valiesen sus grandes servicios y el haber sido su ayo. El que desengaña acusa las acciones y se muestra superior en juicio o en bondad; y no pueden sufrir los Príncipes esta superioridad, pareciéndoles que les pierde el respeto quien les habla claramente. Con ánimo sencillo y leal representó Gutierre Fernandez de Toledo al Rey Don Pedro el Cruel lo que sentía de su gobierno, para que moderase su rigor; y este advenimiento, que merecía

---

(1) Contumacius loqui non est tutum apud aures superbas, & offensioni proniores. Tac. lib. 4. ann.
(2) Mar. hisp. Hist. (3) Ibid.
Tomo II. K
conoció la de Areyo Capito, atendiendo más al ánimo que a las palabras. Premió el Príncipe con demostraciones públicas a los que ingenuamente le dijeron verdades; como lo hizo Clistenes, tirano de Sicilia, que levantó una estatua a un consejero porque le contradijo un triunfo; con lo cual gran- geó la voluntad del pueblo y obligó a que los demás consejeros le dijesen sus parece- res libremente. Hallándose el Rey D. Alonso Duodécimo en un Consejo importante tomó la espada desnuda en la mano dere- cha y el cetro en la izquierda, y dijo (2): Decid todos libremente vuestros pareceres, y aconsejadle lo que fuere de mayor gloria de esta espada; y de mayor documento de este cetro, sin reparar en nada. ¡O feliz reynado donde el Consejo ni se embarazaba con el respeto, ni se encogía con el temor! Bien conocen los hombres la vileza de la lisonja; pero reconocen su daño en la verdad, viendo que más peligran por esta que por aque- lla. ¡Quién no hablaría con entereza y zelo a los Príncipes si fuesen de la condición del Rey Don Juan el Segundo de Portugal (3), que pidiéndole muchos una dignidad, dijo

(1) Intellext hæc Tiberius, ut erant magis, quam ut dicebantur. Tac. hist. 3. ann.
(2) Mar. hist. Hisp. (3) Ibid.
que la reservaba para un vasallo suyo tan fiel que nunca le hablaba según su gusto, sino según lo que era mayor servicio suyo y de su rey? Pero en muy pocos se hallará esta generosa entereza: casi todos son de la condición del Rey Acab, que habiendo llamado á consejo á los Profetas, excluyó á Miqueas, á quien abortecía porque no le profetizaba cosas buenas, sino malas (1). Y así peligran mucho los ministros que llevados del zelo hacen conjeturas y discursos de los daños futuros para que se prevenga el remedio; porque mas quieren los Príncipes ignorarlos que temerlos anticipadamente. Están muy hechas sus orejas á la armónica de la música, y no pueden sufrir la disonancia de las calamidades que amenazan. De aquí nace el escoger predicadores y confesores que les digan lo que desean (2), no lo que Dios les dicta, como hacía el Profeta Miqueas (3). ¿Qué mucho pues que sin la luz de la verdad yerren el camino y se pierdan?

Si hubiese discreción en los que dicen

(1) Sed ego odi eum, quia non prophetat mihi bonum, sed malum. 3. Reg. cap. 22. 8.
(2) Ad sua desideria coacervabunt sibi magistros. 2. Ad Tim. cap. 4. 3.
(3) Quodcumque dixerit mihi Deus meus, hoc loquir. 2. Paral. cap. 18. 13.
verdades al Príncipe; mas las estimaría que las lisonjas; pero pocos saben usar de ellas á tiempo, con blandura y buen modo. Caso todos los que son libres son ásperos, y naturalmente causan á los Príncipes un semblante seco y arrimado con la verdad; porque hay algunas virtudes aborrecidas, como son una severidad obstinada y un ánimo invencible contra los favores, teniendo los Príncipes por desestimación que se desprecien las artes con que se adquiere su gracia, y juzgando que quien no la procura no está sujeto á ellos ni los ha menester. El superior use de la lanceta ó navaja de la verdad para curar al inferior; pero este solamente del cáustico que sin dolor amortige y roa lo vicioso del superior. Lastimar con las verdades sin tiempo ni modo mas es malicia que zelo, mas es atrevimiento que advertencia. Aun Dios las manifestó con recato á los Príncipes, pues aunque pudo por Josef y por Daniel notificar á Faraoén y á Nabucodonosor algunas verdades de calamidades futuras, se las representó por sueños cuando estaban enagenados los sentidos y dormida la Magestad (1); y aun en-

(1) Evigilans rursus sopore depressus vidi somnium. Gen. cap. 41. 21. Somnium vidi quod perterruit me; & cogitatio-
EMPRESAS POLÍTICAS.

Tonces no claramente, sino en figuras y gerrolíticos para que se interpusiese tiempo en la interpretación, con que previno el inconveniente del susto y sobresalto, y excusó el peligro de aquellos ministros, si se las dijesen sin ser llamados (1). Conténtese el ministro con que las llegue á conocer el Príncipe; y si pudiere por señas no use de palabras. Pero hay algunos tan indiscretos ó tan mal intencionados que no reparan en decir desnudamente las verdades y ser autores de malas nuevas. Aprendan éstos del suceso del Rey Baltasar, á quien la mano que le anunció la muerte no se descubrió toda sino solamente los dedos, y aun no los dedos sino los artículos de ellos, sin verse quien los gobernaba, y no de día sino de noche, escribiendo aquella amarga sentencia á la luz de las hachas, y en lo dudoso de la pared (2), con tales letras nes meæ in strato meo, & visiones capitis mei contra candelabrum in superficie parietis aule regiae, & Rex aspiciebat articulos manus scri- bentis. Dan. 4. 2.

(1) Cui ille ait: vidi somnia, nec est qui edisset, quae audivi te sapientissime conjicere. Genes. 41. 15.

Visiones somniórum meórum quas vidi, & solutionem earum narra. Dan. 4. 6.

(2) Apparuerunt digitì, quasi manus hominis scriptionem earum narra. Dan. 5. 5.
que fue menester tiempo para leerse y entenderse.

Siendo pues la intención buena, y acompañada de la prudencia, bien se podría hallar un camino seguro entre lo servil de la li-sonja y lo contumaz de la verdad, porque todas se pueden decir si se saben decir, mirando solamente á la emienda, y no á la gloria de zeloso y de libre con peligro de la vida y de la fama: arte con que cor-regía Agrícola el natural iracundo de Domí-ciano (1). El que con el obsequio y la mo-destia mezcla el valor y la industria podrá gobernarse seguro entre Principes tiranos (2), y ser mas glorioso que los que locamente con ambicion de fama se perdieron sin uti-lidad de la república. Con esta atención pudo Marco Lepido templar y reducir á bien muchas adulaciones dañosas, y conser-var el valimiento y gracia de Tiberio (3).

(1) Moderatione tamen, prudentiaque Agrícola leniebatur, quia non contumacia; neque inani jactatione, libertatis famam, fatumque provocabat. Tac. in vit. Agric.


(3) Nam pleraque ab savis adulationibus aliorum, in melius flexit: neque tamen temperamenti egebat, cum æquabili authority, et gratia apud Tiberium vigerit. Tacit. lib. 4. ann.
EMPRESAS POLÍTICAS.
El salirse del Senado Trasea por no oir los votos que para adular á Tiberio se daban contra la memoria de Agripina fue dañoso al Senado, á el de peligro, y no por eso dió á los demas principio de libertad (1).

En aquellos es muy peligrosa la verdad, que huyendo de ser aduladores quieren parecer libres e ingeniosos, y con agudos motes acusan las acciones y vicios del Príncipe, en cuya memoria quedan siempre fijos (2), principalmente cuando se fundan en verdad, como le sucedió á Nerón con Véstino, á quien quitó la vida porque aborrecía su libertad contra sus vicios (3). Decir verdades mas para descubrir el mal gobierno que para que se emiende, es una libertad que parece advertimiento, y es murmuración: parece zelo, y es malicia. Por tan mala la juzgo como á la lisonja, porque si en esta se halla el feo delito de ser-

(1) Thrasea Petus silentio, vel brevi assensu priores adulationes transmittere solitus exitii tum Senatu, ac sibi causam periculi fecit, cæteris libertatis initium non præbuit. Tacit. lib. 14. ann.

(2) Tiberium acerbis facetiis irriderere solitus, quarum apud præpotentes in longum memoria est. Tac. lib. 5. ann.

(3) Sæpe asperis facetiis illusus, quæ ubi multum ex vero traxeræ, acrem sui memoriam relinquunt. Tac. lib. 15. ann.
vidumbre, en aquella una falsa especie de libertad. Por esto los Príncipes muy entendi
dos temen la libertad y la demasiada li
sonja, hallando en ambas su peligro, y
asi se ha de huir de estos dos extremos,
como se hacia en tiempo de Tiberio (1). Pe
ro es cierto que conviene tocar en la adu
lacion para introducir la verdad. No lison
jear algo es acusarlo todo; y asi no es menos
peligroso en un gobierno desconcertado no
adular nada que adular mucho (2). Deses
perada de remedio quedaria la republica;
Isla humano seria el Principe, si ni la ver
dad ni la lisonja se le atrevesen. Aspíd se
ria si cerrase los oidos al halago de quien
discretamente le procura obligar a lo jus
to (3). Con los tales amenazó Dios por la
boca de Jeremías al pueblo de Jerusalen,
diciendo que le dara Príncipes serpientes
que se dejasen encantar y los mordie
sen (4). Fiero es el ánimo de quien á lo

(1) Unde angusta, et lubrica oratio sub Princi
Cipe, qui libertatem metuebat, adulationem oderat. 
Tac. l. 2. ann.
(2) Quæ moribus corruptis, perinde aniceps si
nulfæ, et ubi nimia est. Tac. lib. 4. ann.
(3) Furor illis secundum similitudinem serpentis:
sicut aspidis surdæ, et obturantis aures suas, quæ
non exaudiet vocem incantantium: et venefici inca
tantius sapienter. Psal. 57. 5.
(4) Ego mittam vobis serpentem Regulos, qui-
suave de una lisonja moderada no depone
sus pasiones y admite disfrazados con ella
los consejos sanos. Porque suele ser amarga
da la verdad, es menester endulzarle los la-
bios al vaso para que los Príncipes la be-
ban. No las quieren oír si son secas, y sue-
len con ellas hacerse peores. Cuanto más
le daban en rostro á Tiberio con su cruel-
dad se ensangrentaba más (1). Conveniente
es alabarles algunos acciones buenas como
si las hubiesen hecho, para que las hagan,
o exceder algo en alabar el valor y la vir-
tud para que crezcan; porque esto mas es
halago artificioso, con que se enciende el
ánimo en lo gloriozo, que lisonja. Así dice
Tácito que usaba el Senado romano con
Nerón en la infancia de su imperio (2). El
daño está en alabarles los vicios y darles
nombre de virtud, porque es soltarles la
rienda para que los cometan mayores. En
viendo Nerón que su crueldad se tenia por
justicia se cebó mas en ella (3). Mas Prínci-

bus non est incantantio: et mordebunt vos. Jevem.
cap. 8. 17.
(1) César objectam sibi adversus reos inclemen-
tiam eo pervicacius amplexus. Tacit. lib. 4. ann.
(2) Magnis patrum laudibus, ut juvenilis animus
levium quoque rerum gloria sublatus, maiiores con-
tinuaret. Tacit. lib. 13. ann.
(3) Postquam cuncta scelerum pro egregiis accipi
pes hace malos la adulación que la mali-
cia. Contra nuestra misma libertad, contra
nuestras haciendas y vidas nos desvelamos
en estender con lisonjas el poder injusto de
los Príncipes, dándoles medios con que
cumplan sus apetitos y pasiones desordenadas.
Apenas hubiera Príncipe malo si no hu-
biera ministros lisonjeros. La gracia que no
merecen por sus virtudes la procuran con
los males públicos. ¡O gran maldad, por un
breve favor que á veces no se consigue ó
se convierte en daño, vender la propia pa-
tria y dejar en el reyno vinculadas las ti-
ranías! ¿Qué nos maravillamos de que por
los delitos del Príncipe castigue Dios á sus
vasallos, si son causa de ellos obrando el
Príncipe por sus ministros, los cuales le
advieren los modos de cargar con tributos
al pueblo, de humillar la nobleza y de re-
ducir á tiranía el gobierno, rompiendo los
privilegios, los estilos y las costumbres, y
son despues instrumentos de la ejecucion?
Muchas razones me obligan á dudar si la suerte de nacer tiene alguna parte en la gracia y aborrrecimiento de los Príncipes, ó si nuestro consejo y prudencia podrá hallar camino seguro sin ambición ni peligro entre una precipitada contumacia y una abatida servidumbre. Alguna fuerza oculta parece que si no impele mueve nuestra voluntad y la inclina mas á uno que á otro; y si en los sentidos y apetitos naturales se halla una simpatía ó antipatía natural á las cosas, ¿por qué no en los afectos y pasiones? Podrán obrar mas en el apetito que en la vo-
luntada, porque aquel es mas rebelde al li-
bre albedrío que ésta; pero no dejará de
po der mucho la inclinación á quien ordina-
riamente se rinde la razón, principalmente
cuando el arte y la prudencia saben valer-
se del natural del Príncipe y obrar en con-
sonancia de él. En todas las cosas anima-
das ó inanimadas vemos una secreta cor-
respondencia y amistad, cuyos vínculos mas
fácilmente se rompen que se dividen. Ni la
afrenta y trabajos en el Rey Don Juan el
Segundo (1) por el valimiento de Don Al-
varo de Luna, ni en éste los peligros evi-
dentes de su caída, fueron bastantes para
que se descompusiese aquella gracia con
que estaban unidas ambas voluntades. Pero
cuando esto no sea inclinación, obra lo mis-
mo la gratitud á servicios recibidos ó la ex-
celencia del sujeto. Por sí misma se deja
aficionar la virtud, y trae consigo reco-
mendaciones gratas á la voluntad. Inhuma-
na ley sería en el Príncipe mantener co-
mo en balanza suspensiones e indiferentes sus
afectos, los cuales por los ojos y las ma-
nos se están derramando del pecho. ¿Qué
severidad pudo ocultarse al valimiento? Ze-
loso de su corazón fue Felipe Segundo, y
en él no uno sino muchos privados tuvie-

EMPRESAS POLÍTICAS.

ron parte. Aun en Dios se conocieron, y les dió tanto poder que detuvieron al sol y á la luna (1), obedeciendo el mismo Dios á su voz (2). ¿Por qué ha de ser lícito (como ponderó el Rey Don Pedro el Cruel) elegir amigos á los particulares y no á los Príncipes? Flaquezas padece la dominacion, en que es menester descargar con algun confidente. Dificultades se ofrecen en ella que no se pueden vencer á solas. El peso de reinar es grave y pesado á los hombros de uno solo. Los mas robustos se rinden, y como dijo Job se encorban con él (3). Por esto Dios, aunque asistia á Moysen y le daba valor y luz de lo que habia de hacer, le mandó que en el gobierno del pueblo se valiese de los mas viejos para que le ayudasen á llevar el trabajo (4); y á su suegro Sethro le pareció que era mayor que sus fuerzas (5). Alejandro Magno tuvo á su la-

(1) Sol contra Gabaon ne movearis, et Luna contra vallem Aialon. Steteruntque Sol, et Luna.
Jos. 10. 12.
(2) Obediente Domino voci hominis, et pugnante pro Israel. Ibid. v. 14.
(4) Ut sustentent tecum onus populi, et non tu solus graveris. Num. 11. 17.
(5) Ultra vires tuas est negotium, solus illud non poteris sustinere. Exod. 18. 18.
do á Parménion, David á Joab, Salomón á Zabud, y Darío á Daniel, los cuales causaron sus aciertos. No hay Príncipe tan prudente y tan sabio que con su ciencia lo pueda alcanzar todo, ni tan solícito y trabajador que todo lo pueda obrar por sí solo. Esta flaqueza humana obligó á formar consejos y tribunales y á crear presidentes, gobernadores y virreyes, en los cuales tuviése la autoridad y el poder del Príncipe. Ca él solo (palabras son del Rey Don Alonso el Sabio) non podría haber nin librar todas las cosas; porque ha menester por fuerza ayuda de otros en quien se fie, que cumplan en su lugar, usando del poder que del reciben en aquellas cosas que el non podría por sí cumplir (1). Así pues como se vale el Príncipe de los ministros en los negocios de afuera, ¿qué mucho que los tenga también para los de su retrete y de su ánimo? Conveniente es que alguno le asista al ver y resolver las consultas de los consejos que suben á él, con el cual confiera sus dudas y sus designios, y de quien se informe y se valga para la expedición y ejecucion de ellos (2). ¿No sería peor que

(1) L. 3. tit. 1. Part. 2.
(2) Solatium curarum frequenter sibi adhibent maturi Reges, et hinc meliores estimantur, si soli omnia non presumunt. Cas. lib. 8. epist. 9.
EMPLEDOS POLÍTICOS.

embarazado con tantos despachos no los abriese? Fuera de que es menester que se halle cerca del Príncipe algun ministro que desembarazado de otros negocios, oiga y refiera, siendo como medianero entre él y los vasallos; porque no es posible que pueda el Príncipe dar audiencia y satisfacer a todos, ni lo permite el respeto a la Magistrad. Por esto el pueblo de Israel pedía á Moysen que hablase por ellos á Dios, temerosos de su presencia (1); y Absalon para hacer odioso á David le acusaba de que no tenía ministro que oyese por él á los afields (2).

El zelo y la prudencia del valido pueden con la licencia que concede la gracia corregir los defectos del gobierno (3) y las inclinaciones del Príncipe. Agrícola con destreza detenia lo precipitado de Domiciano; y aunque Seyano era malo fue peor Tiberio, cuando faltándole del lado dejó correr.


(2) Videntur mihi sermones tui boni, et justis, sed non est qui te audiat constitutus á Rege. 2. Reg. 15. 3.

(3) Qui in regiæ familiaritatis sacrarium admitatur, multa facere possunt, et dicere, quibus pauperum necessitas sublevetur, foveatur religio, fiat aequitas, Ecclesia dilatetur. Petr. Eles. ep. 150.
sú natural (1); y á veces obra Dios por medio del valido la salud del reyno; como por Naamán la de Siria (2), y por Josef la de Egipto. Siendo pues fuerza repartir este peso del gobierno, natural cosa es que tenga alguna parte la afición o confrontacion de sangre en la eleccion del sugeto; y cuando esta es advertida y nace del conocimiento de sus buenas partes y calidades, ni en ella hay culpa ni daño, antes es conveniencia que sea grato al Príncipe el que ha de asistirle. La dificultad consiste en si esta eleccion ha de ser de uno ó de muchos. Si son muchos igualmente favorecidos y poderosos; crecen en ellos las emulaciones, se oponen en los consejos y peligra el gobierno; y así más conforme parece al orden natural que se reduzcan los negocios á un ministro solo que vele sobre los demás; por quién pasen al Príncipe digeridas las materias, y en quién esté substituido el cuidado, no el poder; las consultas, no las mer-

(1) Obiectis libidinisbus, dum Sejanum dilexit, tumultve: postremo in scelera simul, ae dedecora prorupit, postquam remoto pudore, et metu, suo tantum ingenio atebatur. Tac. lib. 6. ann.

(2) Naaman Princeps militae Regis Syriae, erat vir magnus apud Dominum suum, et honoratus. Per illum enim dedit Dominus salutem Syriae. 4. Reg. c. 5. 

Tomo II. L
cedes. Un sol da luz al mundo, y cuando tramonta deja por presidente de la noche no á muchos sino solamente á la luna, y con mayor grandeza de resplandores que los demás astros, los cuales como ministros inferiores le asisten; pero ni en ella ni en ellos es propia sino prestada la luz, la cual reconoce la tierra del sol. Este valimiento no desacredita á la mages tad cuando el Príncipe entrega parte del peso de los negocios al valido, reservando así el arbitrio y la autoridad; porque tal privanza no es solamente gracia, sino oficio: no es favor, sino substitución del trabajo. No la conociera la envidia si advertidos los Príncipes le hubieran dado nombre de presidencia sobre los consejos y tribunales, como no reparaba en los prefectos de Roma, aunque eran segundos Césares.

La dicha de los vasallos consiste en que el Príncipe no sea como la piedra imán que atrae á sí el hierro y desprecia el oro, sino que sepa hacer buena elección de un valido, que le atribuya los aciertos y las mercedes, y tolere en sí los cargos y ódios del pueblo: que sin divertimiento asista, sin ambición negocié, sin desprecio escuche, sin pasión consulte y sin interés resuelva: que á la utilidad pública, no á la suya, ni á la conservación de la gracia y valimiento,
encamine los negocios. Esta es la medida por quien se conoce si es zeloso ó tirano el valimiento. En la eleccion de un tal ministro deben trabajar mucho los Príncipes, procurando que no sea por antojo ó ligeza de la voluntad, sino por sus calidades y méritos; porque tal vez el valimiento no es eleccion, sino caso: no es gracia, sino diligencia. Un concurso del palacio suele levantar y adorar un ídolo, á quien da una cierta deidad y resplandores de magestad; el culto de muchos que le hincan la rodilla, le encienden candelas y le abrasan inciensos, acudiendo á él con sus ruegos y votos (1); y como puede la industria mudarle el curso á un rio y divertirle por otra parte, así dejando los negociantes la madre ordinaria de los negocios, que es el Príncipe y sus consejos, los hacen correr por la del valido solamente, cuyas artes despues tienen cautiva la gracia, sin que el Príncipe mas entendido acierte á librarse de ellas. Ninguno mas cautso, mas señor de sí que Tiberio (2), y se sujetó á Seyano. En este caso

(1) Multitudo autem hominum abducta per speciem operis, eum, qui ante tempus tamquam homo honoratus fuerat, nunc Deum aestimaverunt. Sup. 14. 20.

(2) Tiberium variis artibus devinxit, adeo ut
EMPRESAS POLÍTICAS.

no sé si el vallimiento es elección humana o fuerza superior, para mayor bien o para mayor mal de la república. El Espíritu Santo dice que es particular juicio de Dios (1). Tácito atribuye la gracia y caída de Seyano a ira del cielo, para ruina del imperio romano (2). Daño es muy difícil de atajar cuando el vallimiento cae en gran personaje, como es ordinario en los palacios, donde si ven los más principales, porque el que se apodera una vez de él le sustenta con el respeto a su nacimiento y grandeza, y nadie le puede derribar fácilmente, como hicieron a Juan Alonso de Róbles en tiempo del Rey Don Juan el Segundo (3). Esto parece que quiso dar a entender el Rey Don Alonso el Sabio (4) cuando tratando de la familia Real dijo en una ley de las Partidas: E nostro, de los nobles omnes, é poderosos, non se puede el Rey bien servir en los oficios de cada día. Cá por la nobleza desdendarían el servicio cotidiano: é por el poderío atrever-

obscurum adversum alios, sibi uni incautum, intectumque efficeret. Tac. lib. 4. ann.

(1) Multi requirunt faciem Principis, & indicium à Domino egreditur singulorum. Prov. 29, 26.
(2) Non tam solertia (quippe ilsdem artibus victus est) quam Deum ira in rem Romanam, cujus pari exitio viguit, ceciditque. Tac. lib. 4. ann.
se y en a hacer cosas que se tornarian en diciente, no es en despreciamento del. Peligroso está, el corazón del Príncipe en la mano de un vasallo, á quien los demás respetan por su sangre y por el poder de sus estados. Si bien cuando la gracia cae en personaje grande, zeloso y atento al servicio y honor de su Príncipe, y al bien público, es de menores inconvenientes, porque no es tanta la envidia y aborrecimiento del pueblo, y es mayor la obediencia á las órdenes que pasan por su mano. Pero en ningun caso de estos habrá inconveniente si el Príncipe supiere contrapesar su gracia con su autoridad y con los méritos del valido, sirviéndose solamente de él en aquella parte del gobierno que no pudiere sustentar por sí solo; porque si todo se lo entrega le entregará el oficio de Príncipe y experimentará los inconvenientes que experimentó el Rey Asuero por haber dejado sus vasallos al arbitrio de Aman (1). Lo que puede dar ó firmar su mano no lo ha de dar ni firmar la agena. No ha de ver por otros ojos lo que puede ver por los propios. Lo que toca á los tribunales y consejos, corra por ellos, resolviendo después en voz.

(1) De populo age, quod tibi placet. Est.
con sus presidentes y secretarios, con cuya relación se hará capaz de las materias, y serán sus resoluciones mas breves y mas acertadas, conferidas con los mismos que han criado los negocios. Así lo hacen los Papas y los Emperadores, y así lo hacían los Reyes de España hasta que Felipe Segundo, como preciado de la pluma, introdujo las consultas por escrito: estilo que después se observó y ocasionó el valimiento; porque oprimidos los Reyes con la prolijidad de varios papeles, es fuerza que los cometen a uno, y que éste sea válido. Haga el Príncipe muchos favores y mercedes al valido, pues quien mereció su gracia y va á la parte de sus fatigas bien merece ser preferido. La sombra de San Pedro hacia milagros (1): ¿qué mucho pues que obre con mas autoridad que todos el valido que es sombra del Príncipe? Pero se deben también reservar algunos favores y mercedes para los demás. No sean tan grandes las demostraciones que excedan la condición de vasallo. Obre el valido como sombra, no como cuerpo. En esto peligraron los Reyes de Castilla que en los tiempos pasados tú-

(1) Ut, veniente Petro, saltem umbra illius obumbraret quemquam illorum, & liberarentur ab infirmitatibus suis. Act. 5. 15.
vieron privados; porque como entonces
no era tanta la grandeza de los Reyes, por
poca que les diesen bastaba a poner en pe-
ligro el reyno, como sucedió al Rey Don
Sancho el Fuerte (1) por el valimiento de
Don Lope de Aro: al Rey Don Alonso
Oceno por el del Conde Alvaro Osorio:
al Rey Don Juan el Segundo y á Don En-
rique el Cuarto por el de Don Alvaro de
Luna y Don Juan Pacheco. Todo el punto
del valimiento consiste en que el Principe
sepa medir cuánto debe favorecer al valido,
y el valido cuánto debe dejarse favorecer
del Principe. Lo que excede de esta medi-
da causa (como dirémos) zelos, envidias
y peligros (2).

(2) *Sed uterque mensuram implevimus, et tu quan-
tum Princeps tribuere amico posset, et ego quantum
amicus a Princepe accipere: cateter invidiam augent.*

*Tac. lib. 14. ann.*
Desprecia el monte las demás obras de la naturaleza, y entre todas se levanta a comunicarse con el cielo. No envidie el valle su grandeza; porque si bien está más vecino á los favores de Júpiter, también está á las iras de sus rayos. Entre sus sienes se recogen las nubes: allí se arman las tempestades, siendo el primero á padecer sus iras. Lo mismo sucede en los cargos y puestos más vecinos á los Reyes. Lo activo de su poder ofende á lo que tiene cerca de sí. No es menos venenosa su comunicación que
la de una vívora (1). Quien anda entre ellos, anda entre los lazos y las armas de enemigos ofendidos (2). Tan inmediatos están en los Príncipes el favor y el desden que ninguna cosa se interpone. No toca en lo tibio su amor. Cuando se convierte en aborrecimiento, salta del un extremo al otro, del fuego al hielo. Un instante mismo los vio amar y aborrecer con efectos de rayo, que cuando se oye el trueno ó ve su luz, ya deja en cenizas los cuerpos. Fuego del corazón es la gracia: con la misma facilidad que se enciende se extingue. Algunos creyeron que era fatal el peligro de los favorecidos de Príncipes (3). Bien lo testifican los ejemplos pasados acreditados con los presentes, derribados en nuestra edad los mayores válidos del mundo: en España el Duque de Lerma, en Francia el Mariscal de Ancre, en Inglaterra el Duque Boquingan, en Olanda Juan Olden Vernabelt, en Alemania el Cardenal Cliselio, en Roma, el Cardenal Nazaret. Pero hay muchas

(1) Longe abesto ab homine potestate habente occidendi, et non suspicaberis timorem mortis. Communicationem mortis scito. Eccli 9, 18. 2c.
(3) Fato potentiae raro sempiternae. Tac. lib. 3.
causas á que se puede atribuir, ó porque el Príncipe dió todo lo que pudo, ó porque el valido alcanzó todo lo que deseaba (1), y en llegando á lo sumo de las cosas es fuerza caer; y cuando en las mercedes del uno y en la ambición del otro haya templanza. ¿cómo puede haber constancia en la voluntad de los Príncipes, que como mas vehemente está mas sujeta á la variedad y á obrar diversos efectos opuestos entre sí. ¿Quién afirmará el afecto que se paga de las diferencias de las especies, y es como la materia prima, que no reposa en una forma, y se deleita con la variedad? ¿Quién podrá cebar y mantener el agrado, sujeto á los achaques y afecciones del ánimo? ¿Quién será tan cabal que conserve en un estado la estimacion que hace de él el Príncipe? A todos da en los ojos el valimiento. Los amigos del Príncipe creen que el valido les disminuye la gracia; los enemigos que les aumenta los ódios. Si estos se reconcilian, se pone por condición la desgracia del valido, y si aquellos se retiran cae la culpa sobre él. Siempre está armada contra el valido la emulacion y la

(1) An satias capit, aut illos cum omnia tribuerunt; aut hos, cum jam nihil reliquum est quod cupiant. Tac. lib. 3. ann.
envidia, atentas á los accidentes para derribarle. El pueblo le aborrece tan ciega-mente que aun el mal natural y vicios del Príncipe los atribuye á él. En daño de Bernardo de Cabrera resultaron las violencias del Rey Don Pedro el Cuarto de Aragon (1), de quien fue favorecido. Con lo mismo que procura el valido agradar al Príncipe se hace odioso á los demas; y asi dijo bien aquel gran varon Alfonso de Alburquerque, Gobernador de las Indias Orientales, que si el ministro satisfacia á su Rey se ofendian los hombres, y si procuraba la gracia de los hombres perdia la del Rey.

Si la privanza se funda en la adoración externa fomentada de las artes de Palacio es violenta y hurtada, y siempre la libertad del Príncipe trabaja por librarse de aquella servidumbre impuesta y no voluntaria.

Si es inclinacion está dispuesta á las segundas causas, y se va mudando con la edad ó con la ingratitud del sugeto que desconoce á quien le dio el ser (2). Si es fuerza de las gracias del valido.

(1) Mar hist. Hisp.

(2) Quoniam ignoravit qui se finxit, & qui inspiravit illi animam, quæ operatur, & qui insufiavit illi & spiritum vitalem. Sap. 15. 11.
que prendan la voluntad del Príncipe; ó brevemente se marchitan ó dan en rostro, como sucede en los amores ordinarios.

Si es por las calidades del ánimo mayores que las del Príncipe, en reconociéndolas cae la gracia, porque nadie sufre ventajas en el entendimiento ó en el valor, mas estimables que el poder.

Si es por el desvelo y cuidado en los negocios, no menos peligra la vigilancia que la negligencia; porque no siempre corresponden los sucesos á los medios por la diversidad de los accidentes, y quieren los Príncipes que todo salga á medida de sus deseos y apetitos. Los buenos sucesos se atribuyen al caso ó á la fortuna del Príncipe (1), y no á la prudencia del valido; y los errores á él solo, aunque sea agena la culpa: porque todos se arrojan á sí las felicidades, y las adversidades á otro (2), y éste siempre es el valido. Aun de los casos fortuitos le hacen cargo, como á Seyano el haberse caído el anfiteatro y quemado el monte Celio (3). No solamente le cul-

---


(2) Prœspera omnes sibi vendicant, adversa uni imputantur. Tacit. in vit. Agric.

(3) Feraelemque annum ferebant, & omnibus ad-
pañ en los negocios que pasan por su mano, sino en los agenos ó en los accidentes que penden del arbitrio del Príncipe y de la naturaleza. Á Séneca atribuían el haber querido Nerón ahogar á su madre (1). No caía en la imaginacion de los hombres maldad tan agena de la verdad que no se creyese de Seyano (2). No hay muerte natural de ministro grande bien afecto al Príncipe ni de pariente suyo que no se achaque injustamente al valido, como al Duque de Lerma la muerte del Príncipe Felipe Emanuel, hijo del Duque Carlos de Saboya, habiendo sido natural.

Si el valimiento nace de la obligacion á grandes servicios, se causa el Príncipe con el peso de ellos y se vuelve en odio la gracia, porque mira como á acreedor al valido; y no pudiendo satisfacerle busca pretextos para quebrar y levantarse con la

\[ \text{versis susceptum Principi consilium absentiae, qui mos vulgo fortuita ad culpam trahentes. Tac. lib. 4. ann.} \]

(1) Ergo non jam Nero, cujus immnitas omnium quæstus anteibat; sed adverso rumore Seneca erat, quod oratione tali confessionem scrisisset. Tac. lib. 14. ann.

(2) Sed quia Sejanus facinorum omnium repertor habebat, ex nimia charitate in eum Cæsaris, & cæterorum in utrumque odio, quamvis fabulosa, & immania credebantur. Tac. lib. 4. ann.
EMPRESAS POLÍTICAS.

deuda (1). El reconocimiento es especie de servidumbre, porque quien obliga se hace superior al otro; cosa incompatible con la magestad, cuyo poder se disminuye en no siendo mayor que la obligación; y apretados los Príncipes con la fuerza del agradecimiento y con el peso de la deuda, dan en notables ingratiitudes por librarse de ella (2). El Emperador Adriano hizo matar a su ayo Ticiano, a quien debía el Imperio. Fuera de que muchos años de finezas se pierden con un descuido, siendo los Príncipes mas fáciles a castigar una ofensa lige-
ra, que á premiar grandes servicios. Si estos son gloriosos dan zelos y envidia al mismo Príncipe que los recibe, porque algunos se indignan mas contra los que feliz y valerosamente acabaron grandes cosas en su servicio, que contra los que en ellas procedieron flójamente, como sucedió á Felipe Rey de Macedonia, pareciéndole que aquello se quitaba á su gloria (3); vicio que he-

(1) Nam beneficia eo usque latata sunt, dum videntur exolvi posse: ubi multum ante venere, pro gratia odium redditur. Tac. lib. 4, ann.

(2) Quidam quo plus debent, magis oderunt. Leve es alienum debitoorem facit, grave inimicum. Sen. epist. 19.

(3) Eum ita gloriae cupidum esse dicunt familiares, ut omnia praecipra factqrnora sua esse videri cu-
redó de él su hijo Alejandro (1), y que cam-
yó en el Rey de Aragon Don Jayme el Pri-
mero, cuando habiendo Don Blasco de Ala-
gon ocupado á Morella, sintió que se le
hubiese adelantado en la empresa, y se la
quitó dándole á Sástago. Las victorias de
Agrícola dieron cuidado á Domiciano, vién-
do que la fama de un particular se levantaba sobre la de Principe (2). De suerte
que en los aciertos está el mayor peligro.

Si la gracia nace de la obediencia pronta
del valido rendido á la voluntad del
Príncipe, causa un gobierno desbocado
que facilmente precipita al uno y al otro,
dando en los inconvenientes dichos de la
adulación. No suele ser menos peligrosa la
obediencia que la inobediencia; porque lo
que se obedece, si se acierta, se atribuye á
las órdenes del Príncipe, si se yerra al va-
lido. Lo que se dejó de obedecer parece
que faltó al acierto ó que causó el error. Si
fueron injustas las órdenes no se puede dis-
culpar con ellas, por no ofender al Princi-

---

(1) Sue deemptum gloriae existimans quidquid cessisset alienæ. Curt.
(2) Id sibi maxime formidolosum, privati hominis nomen supra Principis attollit. Tac. in vit. Agric.
EMPRESAS POLÍTICAS.

pe. Cae sobre el válido toda la culpa á los ojos del mundo; y por no parecer el Príncipe autor de la maldad que deja padecer en la opinión del vulgo ó en las manos del Juez, como hizo Tiberio con Pison, habiendo éste envenenado á Germánico por su orden, cuya causa remitió al Senado (1); y poniéndosele delante no se dió por entendido del caso, aunque era cómplice, dejándole confuso de verle tan cerrado sin piedad ni ira (2).

Si el valimiento cae en sujeto de pocas partes y méritos, el mismo pesó de los negocios da con él en tierra; porque sin gran valor é ingenio no se mantiene mucho la gracia de los Príncipes.

Si el valimiento nace de la conformidad de las virtudes, se pierde en declinando de ellas el Príncipe; porque aborrece al válido como á quien acusa su mudanza, y de quien no puede valerse para los vicios (3).

(1) Integram causam ad Senatum remissit. Tac. lib. 6. ann.
(2) Nullo magis exterritus est, quam quod Tiberium sine miseratione, sine ira obstinatum, clausumque vidit, ne quo a destitu perrumpetetur. Tac. lib. 3. ann.
(3) Gravis est nobis etiam ad videndum, quoniam dissimilis est aliis vita illius, & immutatæ sunt viae ejus. Sap. cap. 2. 15.
Sí el Príncipe ama al valido, porque es instrumento con que ejecuta sus malas inclinaciones, caen sobre él todos los malos efectos que nacen de ellas á su persona; ó al gobierno, y se disculpa el Príncipe con derribarle de su gracia; ó le aborrece luego como á testigo de sus maldades, cuya presencia le da en rostro con ellas. Por esta causa cayó Aniceto, ejecutor de la muerte de Agripina, en desgracia de Nerón (1); y Tiberio se cansaba de los ministrós que elegía para sus crueldades; y diestramente los oprimía y se valía de otros (2). Con la ejecución se acaba el odio contra el muerto y la gracia de quien le mató, y le parece al Príncipe que se purga con que éste se castigado cómo sucedió á Plancinta (3).

Si el valimiento se funda en la confianza; ya hecha de grandes secretos; peligra en ellos siendo vivoras en el pecho del valido que le roen las entrañas y salen afuera; porque ó la ligereza y ambición de pa-


(2) Qui scelerum Ministros, ut perverti ab affia nolebat; ut plerumque satiatus, & oblatis in eandem operam recentibus, veteres, & pregraves adifi.

(3) Ut odium, & gratia desiere, jus valuit. Tac. lib. 4. ann. 

Tomo II.
EMPRESAS POLÍTICAS.

reconocidos, los revela, o se descubren por otra parte, o se sacan por discurso; y causan la indignación del Príncipe contra el válido; y cuando no suceda esto quiere el Príncipe desempeñarse del cuidado de haberlos fiado rompiendo el saco donde están. Un secreto es un peligro (i).

No es menor el que cobre la gracia fundada en ser el válido sabio de las flaquezas e indignidades del Príncipe, porque tal valimiento más es temor que inclinación, y no sufre el Príncipe que su honor penda del silencio ageno y que haya quien inter- 

tamente le desestime.

Si el valimiento es poco no basta resistir la furia de la envidia, y cualquier viento le derriba como á arbol de flacas raíces. Sí es grande, al mismo Príncipe autor de él, da zelos y temor, y procura librarse de él, como cuando poniendo unas piedras sobre otras tememos no caiga sobre nosotros el mismo cúmulo que hemos levantado, y le arrojamos á la parte contraria. Reconoce el Príncipe que la estátua que ha formado hace sombra á su grande- 
za, y la derriba. No se si diga que gustan los Príncipes de mostrar su poder tanto en deshacer sus hechuras como en ha-

(i) Secretum meum mihi? Vae mihi. Isai. 24. 16.
berlas hecho; porque siendo limitado no puede parecerse al inmenso si no vuelve al punto de donde salió o anda en círculo. Estos son los escollos en que se rompe la nave del valimiento recibiendo mayor daño la que mas tendidas lleva las velas; y si alguna se salvó fue o porque se retiró con tiempo al puerto, o porque dió antes en las costas de la muerte. ¿Quién pues será tan diestro piloto que sepa gobernar el timón de la gracia y navegar en tan peligroso golfo? ¿Qué prudencia, qué artes le librará de él? ¿Qué ciencia química fijará el azogue de la voluntad del Príncipe? Pues aunque su gracia se funde en los méritos del valido con cierto conocimiento de ellos, no podrá resistir a la envidia y oposición de sus émulos unidos en su ruina, como no pudieron el Rey Darío ni el Rey Aquis sustentar el valimiento de Daniél y de David contra las instancias de los Sátrapas (1); y para complacerlos fue menester desterrar á éste, y echar á aquel á los leones, aunque conocían la bondad y fidelidad de ambos (2).

(2) Non inveni in te quidquam mali ex die qua
Pero si bien no hay advertencia ni atención que basten á detener los casos que no penden del valido, mucho podrán obrar en los que penden de él, y por lo menos no será culpado en su caída. Esta consideración me obliga á señalarle aquí las causas principales que la apresuran, nacidas de su imprudencia y malicia, para que advertido sepa huir de ellas.

Considerando pues con atención las máximas y acciones de los validos pasados, y principalmente de Seyano, hallaremos que se perdieron porque no supieron continuar aquellos medios buenos con que granjearon la gracia del Príncipe. Todos para merecerla y tener de su parte el aplauso del pueblo entran en el valimiento zelosos, humildes, corteses y oficiosos, dando consejos que miran á la mayor gloria del Príncipe y conservación de su grandeza: arte con que se procuró acreditar Seyano (1). Pero en viéndose señores de la gra-

---

(1) Quia Sejanus incipiente adhuc potentia, bonis consiliis notescere volebat. Tac. lib. 4. ann.
cia pierden este timón, y les parece que no le han menester para navegar y que bastan las auras del favor.

Estudian en que parezcan sus primeras acciones descuidadas de la conveniencia propia, y atentas á la de su Príncipe, anteponiendo su servicio á la hacienda y á la vida, con que engañado el Príncipe piensa haber hallado en el valido un fiel compañero de sus trabajos, y por tal le celebra y da á conocer á todos. Así celebraba Tiberio á Seyano delante del Senado y del pueblo (1).

Procura acreditarse con el Príncipe en alguna acción generosa y heroica que le gane el ánimo, como se acreditó Seyano con la fineza de sustentar con sus brazos y rostro la ruina de un monte que caía sobre Tiberio, obligándole á que se fiase mas de su amistad y constancia (2).

Impresa una vez esta buena opinion de la fineza del valido en el Príncipe, se persuade á que ya no puede faltar despues, y se deja llevar de sus consejos, aunque sean perniciosos, como de quien cuida mas de

(1) Ut socium laborum, non modo in sermonibus, sed apud patres & populum celebraret. Tac. Lib. 4. ann.
EMPRESAS POLÍTICAS.

su persona que de sí mismo. Así lo hizo Tiberio después de este suceso (1). De aquí nacen todos los daños; porque el Príncipe cierra los oídos al desengaño con la fe concebida, y él mismo enciende la adoración del valido, permitiendo que se le hagan honores extraordinarios, como permitió Tiberio se pusiesen los retratos de Seyano en los teatros, en las plazas y entre las insignias de las legiones (2). Pasa luego el sustro de los favores de unas orejas á otras, y de él se forma el nuevo ídolo, como de los zarcillos el otro que fundió Aaron (3); porque ó no hubiera valimiento, ó no durara, si no hubiera aclamación y séquito. Este culto le hace arrogante y codicioso para sustentar la grandeza, vicios ordinarios de los poderosos (4). Olvidase el valido de sí mismo, y se caen aquellas buenas calidades con que empezó á privar como postizas, sacando la prosperidad á fuera los vicios que había celado el arte. Así sucedió á An-

(1) Major ex eo, & quamquam exitiosa suaderet, ut non sui anxius cum fide audiebatur. Tac. i. 4. ann.
(3) Quas cum ille accepsisset, formavit opere fusorio, & fecit ex eis vitulum conflatilem. Exod. 32. 4.
(4) Avaritiam, & arrogantiam praecipua validiorum vitia. Tac. lib. 1. hist.
tonio Primo, en quien la felicidad descubrió su avaricia, su soberbia y todas las demás costumbres malas que antes estaban ocultas y desconocidas (1). Pertúrbase la razón con la grandeza, y aspira el valido á grados desiguales á su persona, como Seyano á casarse con Libia (2). No trata los negocios como ministro, sino como compañero (en que pecó gravemente Muciano) (3), y quiere que al Príncipe solamente le quede el nombre, y que en él se transfiera toda la autoridad (4), sin que haya quien se atreva á decirle lo que Betsabé á David, cuando le usurpó Adonías el reino: O señor, repara en que otro reyna sin saberlo vos (5). Procura el valido exceder al Príncipe en aquellas virtudes propias del oficio Real para ser más estimado que él: arte

(1) Felicitas in tali ingenio, avaritiam, superbia, cæteraque occulta mala pateeuit. Tac. lib. 3. hist.
(2) At Sejanus nimia fortuna secors, & muliebri insuper cupidine incensus, promissum matrimoniium flagitante Libia componit ad Cæsarem codicillos. Tac. lib. 4. ann.
(3) Mucianus cum expedita manu socium magis Imperii, quam Ministrum agens. Tac. lib. 2. hist.
(4) Vim Principis amplecti, nomen remittere. Tac. lib. 4. hist.
(5) Ecce nunc Adonis regnat, te Domine mi Rex, ignorantie. 3. Reg. cap. 1. 18.
EMPRESAS POLÍTICAS.

de que se valió Absalon para desacreditar al Rey David, afectando la benignidad y agrado en las audiencias, con que robó el corazón de todos (1).

— No le parece al válido que lo es si no participa su grandeza á los domésticos, parientes y amigos, y que para estar seguro conviene abrazar con ellos los puestos mayores, y cortar las fuerzas á la envidia. Con este intento adelantó Seyano los suyos (2); y porque este poder es desautoridad de los parientes del Príncipe, los cuales siempre se oponen al vallimiento, no pudiendo sufrir que sea más poderosa la gracia que la sangre, y que se rinda el Príncipe al inferior, de quien hayan de depender (peligro que lo reconoció Seyano en los de la familia de Tiberio) (3), siembra el valido discordias entre ellos y el Príncipe. Seyano daba á entender á Tiberio que Agripina maquinaba contra él, y á Agripina

---

(1) Furabatur corda virorum Israel. 2. Reg. cap. 15. 6.

(2) Neque Senatorio ambitu abstinebat clientes suos honoribus aut provinciis orando. Tac. lib. 4. ann.

que Tiberio le quería dar veneno (1). Si un caso de estos sale bien al valido, cobra confianza para otros mayores. Muerto Druso trató Seyano de extinguir toda la familia de Germánico. Ciego pues el valido con la pasión y el poder, desprecia las artes ocultas y usa de abiertos odios contra los parientes; como sucedió á Seyano contra Agripina y Nerón. Ninguno se atreve á advertir al valido el peligro de sus acciones; porque en su presencia, ilustrada con la magestad, tiemblan todos como temblaban en la de Moysen cuando bajaba de privar con Dios (2); y viéndose respetado como Príncipe, maquina contra él (3) y oprime con desamor á los vasallos, no asegurándose que los podrá mantener gratos, con que desesperados llegan á dudar si sería menor su avaricia y crueldad si le tuviesen por señor; porque no siéndolo los

---

(1) Immisis qui per speciem amicitiae mone- rent, paratum ei venenum, vitandas soceri epulas. Tac. lib. 4. ann.

(2) Videntes autem Aaron, & filii Israel cornu- tam Moysi faciem, timuerunt prope accedere. Exod. 34. 30.

(3) Multi bonitate Principum, & honore, qui in eos collatus est, abusi sunt in superbiam: & non solum subjectos Regibus nituntur opprimere, sed datam sibi gloriain non ferentes, in ipsos, qui dede- runt molluintur insidias. Esth. 16. 2.
EMPRESAS POLÍTICAS.

trata como á esclavos propios, y los desprecia y tiene por viles como á agenos, lo cual ponderó Oton en un favorecido de Galba (1). Todos estos empeños hacen mayores los peligros, porque crece la envidia, y se arma la malicia contra el valido; y juzgando que no la puede vencer sino con otra mayor, se vale de todas aquellas artes que le dictan los zelos de la gracia, mas rabiosos que los del amor; y como su firmeza consiste en la constancia de la voluntad del Príncipe, la ceba con delicias y vicios, instrumentos principales del valimiento, de los cuales usaban los cortesanos de Vitelio para conservar sus favores (2). Porque no dé crédito el Príncipe á nadie le hace el valido disidente de todos, y principalmente de los buenos, de quien se teme mas. Con este artificio llegó á ser muy favorecido Vatinio (3) y tambien Seyano (4).

---

(1) Minore avaritia aut licentia grassatus esset Vinius, si ipse imperasset, nunc et subjectos nos habuit tamquam suos, & viles, ut alienos. Tac. lib. 1. hist.

(2) Unum ad potentiam iter prodigis epulis, & sumptu ganeaque satiare inex plebiles Vitelii libidines. Tac. lib. 2. hist.

(3) Optimi cujusque criminatione eo usque va-luit, ut gratia, pecunia, vi nocendi, etiam malos præmineret. Tac. lib. 15. ann.

(4) Sui obtegens, in alios criminatur. Tac. 1. 4. ann.
Considerando el valido que ninguna cosa es mas opuesta al valimiento que la capacidad del Príncipe, procura que ni sepa, ni entienda, ni vea, ni oiga, ni tenga cerca de sí personas que le despierten: que aborrezca los negocios, trayéndole embelesado con los divertimientos de la caza, de los juegos y fiestas, con que divertidos los sentidos ni los ojos atiendan a los despachos, ni las orejas a las murmuraciones y lamentos del pueblo, como hacían en los sacrificios del ídolo Moloch, tocando panderos para que no se oyesen los gemidos de los hijos sacrificados. Tal vez con mayor artificio le pone en los negocios y papeles, y le causa como á los potros en los barbechos, para que les cobre mayor horror y se rinda al freno y á la silla. Con el mismo fin le persuade la asistencia á las audiencias, de las cuales salga tan rendido que deje al valido los negocios, pareciéndole haber satisfecho á su oficio con oir los negociantes. De suerte que como dijo Jeremías de los ídolos de Babilonia (1), no es mas el Príncipe que lo que quiere el valido.

No desea que las cosas corran bien, porque en la bonanza cualquiera sabe navegar,

(1) Nihil aliud erunt, nisi id quod volunt esse Sacerdotes. Baruch. 6. 45.
sino que esté siempre tan alto el mar y tan turbadas las olas del estado, que tema el Príncipe poner la mano al timón del gobierno, y necesite más del valido; y para cerrar todos los resquicios á la verdad, y quedar árbitro de los negocios lejos de la envidiá, le trae fuera de la corte y entre pocos, que es lo que movió á Seyano á persuadir á Tiberio que se retirase de Roma (1).

Todas estas artes resultan en grave daño de la república y de la reputación del Príncipe, en que viene á pecar más quien con ellas procura su gracia que quien le ofenda (2); porque para la ofensa se comete un delito, para el valimiento muchos, y éstos siempre tocan al honor del Príncipe, y son contra el beneficio público. Mucho se ofendió á la república con la muerte violenta de su

---

(1) Ac ne assiduos in domum cœtus arcendo, infringeret potentiam, aut receptando, facultatem criminantibus praebert, huc flexit, ut Tiberium ad vitam procul Roma, amœnis locis degendam impelleret. Multa quippe providebat, sua in manu ab tuus, litterarumque magna ex parte se arbitrum fore, cum per milites commertem: mos Cæsarem urgen te jam senecta secretoque loci mollittum munia imperii facilius transmissurum: & minui sibi invidiam, adempta salutantium turba, sublatisque inanibus, verix potentia augere. Tac. lib. 4. ann.

(2) Plura sæpe peccantur, dum demeremur, quam cum offendimus. Tac. lib. 15. ann.
Príncipe, pero al fin se remedia luego con el sucesor; lo que no puede ser cuando dejando vivo al Príncipe le hacen con semejantes artes incapaz é inútil para el gobierno: mal que dura por toda su vida con gravísimos daños del bien público; y como cada día se sienten más, y los lloran y murmanan todos, persuadidos a que tal valimiento no es voluntad sino violencia, no elección sino fuerza, y muchos fundan su fortuna en derribarle como impedimento de su gracia estando siempre armados contra él, es imposible que no se les ofrezca ocasión en qué derribarle, ó que el Príncipe no llegue á penetrar alguno de tantos artificios, y que cae sobre él la envidia y los ódios concebidos contra el valido, como lo llegó á conocer Tiberio (1); y en empeñándose á desenganchar el Príncipe, empieza á temer el poder que ha puesto en el valido, que es lo que hizo dudar á Tácito si Tiberio amaba ó temía á Seyano (2); y como antes le procuraba sustentar la gracia, le procura después deshacer el ódio.

Este es el punto crítico del valimiento

(1) Perque invidiam tui, me quoque incusant. Tac. lib. 4. ann.

(2) Dum Sej. num dilexit, timuitve. Tac. lib. 6. annal.
en que todos peligran; porque ni el Príncipe sabe disimular su mala satisfacción, ni el valido mantenese constante en el desdén, y secándose el uno y el otro se descomponen. Mira el Príncipe como á indigno de su gracia al valido, y este al Príncipe como á ingrato á sus servicios; y creyendo que le ha menester y que le llamará, se retira y da lugar á que otro se introduzca en los negocios y cebe los disgustos, con que muy aprisa se va convirtiendo en odios recíprocos la gracia, siendo la impaciencia del valido quien mas ayuda á romperla. Corre luego la voz de la desgracia y disfautor, y todos se animan contra él y se le atreven, sin que baste el mismo Príncipe á remediarlo. Sus parientes y amigos, ante viendo su caída y el peligro que los amenaza, temen que no los lleve tras sí la ruina (1), como suele el árbol levantado sobre el monte llevarse cuando cae á los demás que estaban debajo su sombra. Ellos son los primeros á cooperar en ella por ponerse en salvo; y finalmente todos tienen parte, unos por amigos, otros por enemigos, procurando que acabe de caer aquella pared ya

(1) Quidam malè alacres, quibus infaustæ amicitiae, gravis exitus imminebat. Tac. lib. 4. ann.
inclinada (1). El Príncipe, corrido de sí mismo, procura librarse de aquella sujeción y restituir su crédito haciendo causa principal al valido de los males pasados, con que éste viene a quedar enredado en sus mismas artes sin valerle su atención, como sucedió á Seyano (2); y cuanto más procura librarse de ellas más acelera su ruina, porque si una vez enferma la gracia, muere sin que haya remedio con que pueda convalecer.

De todo lo dicho se infiere claramente que el mayor peligro del valimiento consiste en las trazas que aplica la ambición para conservárle, sucediendo á los favorecidos de Príncipes lo que á los muy solícitos de su salud, que pensando mantenerla con variedad de medicinas, la gastan y abrevian la vida; y como ningún remedio es mejor que la abstención y buen gobierno, dejando obrar á la naturaleza, así en los achaques del valimiento el más sano consejo es no curarlos, sino servir al Príncipe con buena y recta intención, libre de intereses y pasiones, dejando que obre el mérito y la

(1) Quousque irruitis in hominem? Interficitis universi vos: tamquam parieti inclinato, & mace- riae depulsae. Psalm. 61. 4.

(2) Non tam solertia (quippè iisdem artibus vici- tus est.) Tac. lib. 4. ann.
EMPRESAS POLÍTICAS.

verdad, más segura y más durable que el artificio; y usando solamente de algunos preservativos, los cuales sólo miran a la persona del valido, ó a la del Príncipe, ó a la de sus ministros, ó al palacio, ó al pueblo, ó á los extrangeros.

En cuanto al valido, debe conservarse en aquel estado de modestia, afabilidad y agrado en que le halló la fortuna. Despeje de la frente los resplandores de la privanza, como hacía Moysén para hablar al pueblo cuando bajaba a privar con Dios (1), sin que en él se conozcan motivos de majestad ni ostentación del valimiento. Daniel aunque fue valido de muchos Reyes, se detenia con los demás en las antecámaras (2). Escuse aquellos honores que ó pertenecen al Príncipe ó exceden la esfera de ministro; y si alguno se los quisiere hacer, adviértale que como él es criado del Príncipe, á quien solamente se deben aquellas demostraciones, como lo advirtió el Angel á San Juan queriendo adorarle (3). No ejecute sus afectos ó pasiones por medio de la

(1) Sed operiebat ille rursus faciem suam, si quando loquebatur ad eos. Exod. cap. 34. 35.
(2) Daniel autem erat in foribus Regis. Dan. 2. 49.
gracia. Escuche con paciencia, y responda con agrado (1). No afecte los favores ni tema los desdén, ni cele el valimiento, ni ambicione el manejo y autoridad, ni se arme contra la envidia, ni se prevenga contra la emulación; porque en los reparos de estas cosas consiste el peligro. Tema á Dios y á la infamia.

En la familia y parentela peligrá mucho el valído; porque cuando sus acciones agraden al Príncipe y al pueblo, no suelen agradar las de sus domésticos y parientes, cuyos desórdenes, indiscreción, soberbia, avaricia y ambición le hacen odioso y le derriban. No se engañe con que las hechuras propias son firmeza del valimiento, porque quien depende de muchos, en muchos peligrá; y así conviene tenerlos muy humildes y compuestos, lejos del manejo de los negocios, desengañando á los demás de que no tienen alguna parte en el gobierno ni en su gracia, ni que por ser domésticos han de ser preferidos en los puestos. Pero si fueren beneméritos no han de perder por criados ó parientes del valído. Cristo nos enseñó este punto, pues dió á primos suyos la dignidad de Precursor y del Apostolado,

(1) Audi tacens, & pro reverentia accedet tibi bona gratia. Eccl. 32. 9.
EMPRESAS POLÍTICAS.

pero no la de Doctor de las gentes ni del Pontificado, debidas a la fe de San Pedro y a la ciencia de San Pablo.

Con el Príncipe observe estas máximas. Lleve siempre presupuesto que su semblante y sus favores se pueden mudar fácilmente; y si hallare alguna mudanza, ni inquiera la causa ni se dé por entendido, para que ni el Príncipe entre en desconfianza ni los émulos en esperanza de su caída, la cual peligra cuando se piensa que puede suceder. No arrime el valimiento a la inclinación y voluntad del Príncipe, fáciles de mudarse, sino al mérito; porque si con él no está ligado el oro de la gracia, no podrá resistir al martillo de la emulación. Ame en el Príncipe mas la dignidad que la persona. Temple el zelo con la prudencia, y su entendimiento con el del Príncipe; porque ninguno sufre a quien compite con él en las calidades del ánimo. Considérese vasallo no compañero suyo, y que como hechura no se ha de igualar con el hacedor (1). Tenga por gloria el perderse (en los casos forzosos) por adelantar su grandeza. Aconséjele con libertad graciosa, humilde y sen-

(1) Quid est inquam homo, ut sequi possit Regem factorem suum? Ecclesi 12.
cilla (1), sin temor al peligro y sin ambición de parecer zeloso, contumaz en su opinión. Ningún negocio haga suyo ni ponga su reputación en que salgan de esta ó de aquella manera, ni en que sus dictámenes se sigan, ó que seguidos no se muden, porque tales empeños son muy peligrosos; y así conviene que en los despachos y resoluciones ni sea tan ardiente que se abrase, ni tan frío que se hiele; camine al paso del tiempo y de los casos. Atienda más a sus aciertos que a su gracia, pero sin afectación ni jactancia (2); porque el que sirve solo con el fin de hacerse famoso, hurta la reputación al Príncipe. Su silencio sea oportuno cuando convenga, y sus palabras deseñadas si fuere necesario, como lo alabó el Rey Teodorico en un privado suyo (3). Anteponga el servicio del Príncipe á sus intereses, haciendo su conveniencia una misma con la del Príncipe. Respete mucho á los parientes del Príncipe, poniendo su seguridad en tenerlos gratos, sin fomentar

holders - lms (1) Qui diligit cordis munditiam, propter gratiam labicorum suorum, habebit amicum Regem. Prov. 22. 11. 
(2) Cum feceritis omnia, quae præcepta sunt vobis, dicite: servi inutiles sumus. Luc. 17. 10. 
(3) Sub genii nostri luce intrepidus quidem, sed reverenter astabat, opportunè tacitus, necessario

copiosus. Cassiod. lib. 5. epist. 3.
EMPRESAS POLÍTICAS.

ódios entre ellos y el Príncipe; porque la sangre se reconcilia fácilmente a daño del valido. Desvélese en procurarle los mejores ministros y criados y en enseñarle fielmente a reynar. No le cierre los ojos ni las orejas, antes trabaje para que vea, toque y reconozca las cosas. Represéntele con discreción sus errores y defectos, sin reparar (cuando fuere obligacion) en disgustarle; porque aunque enferme la gracia, conviene después con el desengaño y queda mas fuerte (1), como sucedió á Daniél con los Reyes de Babilonia. En las resoluciones violentas ya tomadas procure declinarlas, no romperlas, esperando á que el tiempo y los inconvenientes desengañen. Deje que lleguen á él las quejas y sátiras; porque éstas cuando caen sobre la inocencia son granos de sal que preservan el valimiento, y avisos para no errar ó para enmendarse. Atribuya al Príncipe los aciertos y las mercedes, y desprecie en su persona los cargos de los errores y malos sucesos. Tenga siempre por cierta la caída, esperándola con constancia y ánimo franco y desinteresado.

(2) Qui corripit hominem, gratiam postea inveniet apud eum magis; quem ille qui per linguæ blandimenta decipit. Prov. 28. 23.
sin pensar en los medios de alargar el valimiento; porque el que más presto cae de los andamios altos es quien más los teme. La reflexión del peligro turba la cabeza, y el reparar en la altura desvanece, y por desvanecidos se perdieron todos los valídos: el que no hizo caso de ella pasó seguro (1).

Con los ministros sea más compañero que maestro: más defensor que acusador (2). Aliente a los buenos y procure hacer buenos á los malos. Huya de tener mano en sus elecciones ó privaciones. Deje correr por ellos los negocios que les tocan. No altere el curso de los consejos en las consultas: pasen todas al Príncipe, y si las confiere con él podrá entonces decirle su parecer, sin más afecto que el deseo de acertar.

El palacio es el más peligroso escollo del valimiento, y con todo eso se valen todos de él para afirmarle y que dure. No hay en él piedra que no trabaje por desasirse y caer á derribar la estátua del valido, no menos sujeta á deshacerse que la de Nabucodonosor, por la diversidad de sus metales.

---

(1) *Qui ambulat simpliciter, ambulat confidens.* Prov. 10. 9.
(2) *Rectorem te possuerunt? nolì extoli: esto in illis quasi unus ex ipsis.* Eccli. 32. 1.
NINGUNO EN EL PALACIO ES SEGURO AMIGO DEL VALÍDO: SI ELIGE ALGUNOS CRIA ÓDIOS Y ENVIDIA EN LOS DEMÁS. SI LOS PONE EN LA GRACIA DEL PRÍNCIPE, PONE Á PELIGRO SU PRIVANZA, Y SI NO SE VUELVEN ENEMIGOS; Y ASÍ PARCE MAS SEGURO CAMINAR IDIFERENTEMENTE CON TODOS SIN MEZCLARSE EN SUS OFICIOS, PROCURANDO TENERLOS SATISFECHOS, SI ES POSIBLE, Y NO EMBARAZARLOS, ANTES ASISTIRLOS EN SUS PRETENSIONES É INTERESES. SI ALGUNO FUERE ADE-LANTADO EN LA GRACIA DEL PRÍNCIPE, MAS PRUDENTE CONSEJO ES TENERLE GRATO POR SI ACASO SUCEDIERE EN ELLA, QUE TRATAR DE RETIRARLE Ó DESCOMPRONERLE; PORQUE Á VECES QUIEN SE ABRAZÓ CON OTRO PARA DERRIBARLE CAYÓ CON ÉL, Y SUELE LA CONTRADICIÓN ENCENDER LOS FAVORES. MAS PRIVADOS SE HAN PERDIDO POR DESHACER Á UNOS QUE POR HACER Á OTROS. DESPRECIE SUS ACUSACIONES Ó APROBACIONES CON EL PRÍNCIPE, Y DEJÉLAS AL CASO.

EL VALIMIENTO ESTÁ MUY SUJETO AL PUEBLO; PORQUE SI ES ABORRECIDO DE ÉL NO PUEDE EL PRÍNCIPE SUSTENTARLE CONTRA LA VOZ COMÚN, Y CUANDO LA DESPRECIE SUELE SER EL PUEBLO JUEZ Y VERDUGO DEL VALÍDO, HABIÉNDOSE VISTO MUCHOS DESPEDAZADOS Á SUS MANOS. SI LE AMA EL PUEBLO CON EXCESO NO ES MENOR EL PELIGRO, PORQUE LE CAUSA ENVÍDOSOS Y ÉMULOS, Y DA ZELOS AL MISMO PRÍNCIPE, DE DONDE NACE EL SER BREVES É INFÀUSTOS LOS AMORES DEL
pueblo (1); y así para caminar seguro el válido entre estos extremos, huya las demostraciones públicas que le levanten los aplausos y clamores vulgares, y procure solamente cobrar buen crédito y opinión de sí con la piedad, liberalidad, cortesía y agrado, solícito en que se administre justicia, que haya abundancia, y que en su tiempo no se perturbe la paz y sosiego público, ni se deroguen los privilegios, ni se introduzcan novedades en el gobierno; y sobre todo que se escusen diferencias en materias de religión y competencias con los eclesiásticos, porque levantará contra sí las iras del pueblo si le tuvieren por impío.

Los extranjeros, en los cuales falta el amor natural al Príncipe, penden más del valido que de él, y son los que mas se aplican á su adoración y á conseguir por su medio los fines que pretenden con gran desestimación del Príncipe y daño de sus estados; y á veces dan causa á la caída del valido cuando no corresponde á sus deseos y fines. Por esto debe estar muy atento á no dejarse adorar, rehusando los inciensos y culto extranjero, y trabajando en que se desenganjen de que es solamente quien corre

(1) Breves, & infaustos populi Romani amores. Tac. lib. 2. ann.
Los velos al retablo, y solo el Príncipe quien hace los milagros.

Los Embajadores de Príncipes afectan la amistad del valido como medio eficaz de sus negocios; y juzgando por conveniencia de ellos los daños y desórdenes que resultan del valimiento, procuran sustentarle con buenos oficios, inducidos tal vez del mismo valido; y como tienen ocasion de alabarle en las audiencias, y parecen á primera vista ajenos de interes y de emulacion, obran buenos efectos, pero son peligrosos amigos; porque el valido no los puede sustentar sino á costa de su Principe y del bien público; y si fino en sus obligaciones no les corresponde, se convierten en enemigos y tienen industria y libertad para derribarle. Y así lo mas seguro es no empeñarse con ellos en mas de aquello que conviniere al servicio de su Principe, procurando solamente acre- ditarse de un trato sincero y apacible con las naciones, y de que es mas amigo de conservar las buenas correspondencias y amistades de su Principe que de romperlas.

Todos estos preservativos del valimiento pueden retardar la caida, como se ejerciten desde el principio; porque después de contraído ya el odio y la envidia, se atribuyen á malicia y engaño, y hacen mas peligrosa la gracia, como sucedió á Séneca,
que no le escusó de la muerte el haber que-
rido moderar su valimiento cuando se vió
perseguido (r).

Si con estos advertimientos, ejecutados
por el valido, cayere de la gracia de su Prín-
cipe, será caída gloriosa; habiendo vivido
hasta allí sin los vilestemores de perderla,
y sin el desvelo en buscar medios indignos
de un corazón generoso, lo cual es de ma-
yor tormento que el mismo disfavor y des-
gracia del Príncipe. Si algo tiene de bueno
el valimiento es la gloria de haber mereci-
do la estimación del Príncipe. La duración
está llena de cuidados y peligros. El que más
presto y con mayor honor salió de él fue
mas feliz.

He escrito, Serenísimo Señor, las artes
de los válidos; pero no como se ha de go-
bernarn con ellos el Príncipe; por no presu-
poner que los haya de tener; porque si bien
se le concede que incline su voluntad y sus
favores mas á uno que á otro, no que subs-
tituya su potestad en uno de quien reco-
nozca el pueblo el mando, el premio y la
pena; porque tal valimiento es una enage-
nación de la corona, en quien siempre peli-

(r) Instituta prioris potentiae commitat: prohibet coetus salutantium: vitat comitantes: rarus
per Urbem, quasi valetudine infensa, aut sapientiae
EMPRESAS POLÍTICAS.

gra el gobierno; aun cuando la gracia acierta en la elección del sujeto; porque ni la obediencia ni el respeto se rinden al valído como al Príncipe; ni su atención es al beneficio universal; ni Dios tiene en su mano el corazón del valído como el del Príncipe. Y así, aunque muchos de los antecesores de V. A. tuvieron valídos que con gran atención y zelo (como le hay hoy) desearon acertar, o no lo consiguieron o no se logró. Y no engañe á V. A. el ejemplo de Francia, donde el valído ha estendido sus confines; porque es muy á costa del rey no y del crédito del Rey. Y quien con atención considerare la persecución de la Reyna Madre y del Duque de Orliens: la sangre vertida de Memoranzí, del Prior de Vandoma, de Piloran y de Monsieur de San Marcos: la prisión de Bullon: los tributos y vejaciones de los vasallos: la usurpación del Ducado de Lorena: las ligas con holandeses, protestantes y suceses: el intento de prender al Duque de Saboya Carlos Emanuel: la paz de Monzon sin noticia de los coligados: el freno impuesto á Valtelinos y Grisones: la asistencia á Escocia y al Parlamento de Londres: las rotas de Fuenterrabía, San Omer, Triumbila, Tornavento y Castelet: las pérdidas de gente en Lobaina, Tarra- gona, Perpiñán, Salsas, Valencia del Pó,
Imbrea y Roca de Eraso: la recuperación de Aër y la Base; hallará que á sus consejos gobernó el ímpetu, y que en la violencia reposó su valimiento: en su tiranía se detuvo el acero atrevido á la Magestad, y que á su temeridad favoreció la fortuna tan declaradamente, que con los sucesos adversos se ha ganado, y con los prósperos nos hemos perdido: señas de que Dios conserva aquel valimiento para ejercicio de la cristianidad y castigo nuestro, pervirtiendo nuestra prudencia y embarazando nuestro valor. Las monarquías destinadas á la ruina tropiezan en lo que las había de levantar. Y así la entrada por el Adriático causó disidencias, la protección de Mántua zelos, la oposición á Nivers guerras, la división por Isladeras gastos, el ejército de Alsacia émulos, la guerra por España rebeliones. Las armas marítimas ó no salieron á tiempo, ó las deshizo el tiempo; y las terrestres no obraron por falta de bastimentos. En los asedios de Casal perdimos la ocasión de acabar la guerra. Un consejo del Secretario Pasiers impreso en el Príncipe Tomas impidió el socorrer Á Turín y triunfar de Francia: por una vana competencia no se hizo lo mismo en Aër: por un aviso de la circunvalación de Arrás no fue socorrida; por una ignorante fineza no se admitió el socor-
ro en Ambillers: por cobardía o inteligencia se rindió la Capela. ¡O divina Providencia, á qué fines se encamina tal variedad de accidentes, desiguales á sus causas! No acaso está en manos de válidos el manejo de Europa. Quiera Dios que corresponda el suceso á los deseos públicos.

EMPRESA LB

FIDE ET DIFFIDE

Ninguna cosa mejor ni más provechosá á los mortales que la prudente disidencia. Custodia y guarda es de la hacienda y de la vida. La conservación propia nos obliga al rezo. Donde no le hay no hay prevención; y sin esta todo está expuesto al peligro. El
Príncipe, que se hiere de pocos gobernará mejor su estado. Solamente una confianza hay segura, que es no estar á arbitrio y voluntad de otro. Porque ¿quién podrá asegurarse del corazón humano retirado á lo más oculto del pecho, cuyos designios encubre y disimula la lengua y desmienten los ojos y los demás movimientos del cuerpo? (1). Golfo es de encontradas olas de afectos, y aun mar lleno de senos y ocul-tos bajios, sin que haya habido carta de marear que pudiese demarcarlos. ¿Qué aguja pues tocada de la prudencia se le podrá dar al Príncipe para que seguramente navegue por tantos y tan diversos mares? (2). ¿Qué reglas y advertencias de las señales de los vientos, para que reconocido el tiempo tienda ó recoja las velas de la confianza? En esto consiste el mayor arte de reynar. Aquí son los mayores peligros del Príncipe por falta de comunicación, experiencia y noticia de los sucesos y de los sujetos, siendo así que ninguno de los que tratan con él parece malo. Todos en su presencia componen el rostro y ajustan sus acciones. Las

---

(1) Cor hominis immutat faciem illius, sive in bona, sive in mala. Ecc. 13. 31.

(2) Pravum est cor omnium, & inscrutabile: quis cognoascet illud? Jer. 17. 9.
palabras estudiadas suenan á amor, zelo y fidelidad: sus semblantes rendimiento, respeto y obediencia, retirados al corazón el descontento, el ódio y la ambición. En lo cual se fundó quien dijo: que no se fiase el Príncipe de nadie. Pero esto no sería menos vicio que fiarse de todos (1). No fiarse de alguno es recelo de tirano: fiarse de todos facilidad de Príncipe imprudente. Tan importante es en él la confianza como la difidencia. Aquella es digna de un pecho sincero y Real; y esta conveniente al arte de gobernar, con la cual obra la prudencia política y asegura sus acciones. La dificultad consiste en saber usar de la una y de la otra á su tiempo, sin que la confianza dé ocasión á la infidelidad y á los peligros por demasidamente crédula, ni la difidencia por muy prevenida y sospechosa provoque al ódio y desesperación, y sea intractable el Príncipe no asegurándose de nadie. No todo se ha de medir y juzgar con la confianza, ni todo con la difidencia. Si nunca se asegurase el Príncipe, ¿quién le podría asistir sin evidente peligro? ¿Quién duraría en su servicio? No es menos peligrosa infelicidad privarse por vanas sospechas de los ministros fieles,

(1) Utrumque in vitio est, & omnibus credere, & nulli. Seneca.
que entregarse por ligera credulidad á los que no lo son. Confie y crea el Príncipe, pero no sin alguna duda de que puede ser engañado. Esta duda no le ha de retar-
dar en la obra, sino advertir. Si no dudase sería descuidado. El dudar es cautela pro-
pia que le asegura: es un contrapesar las cosas. Quien no duda no puede conocer la verdad. Confie como si creyese las cosas; y desconfie como si no las creyese. Mez-
cladas así la confianza y la disidencia, y gobernadas con la razon y prudencia, obra-
rán maravillosos efectos. Esté el Príncipe muy advertido en los negocios que trata, en las conferencias que asienta, en las paces que ajusta, y en los demas tratados tocantes al gobierno; y cuando para su con-
firmacion diere la mano, sea mano con ojos (como representa esta empresa) que primero mire bien lo que hace. No se mo-
vía en Plauto por las promesas del amante la Tercera, diciendo: que tenia siempre con ojos sus manos, que creían lo que veían. Y en otra parte llamó día con ojos á aquel en que se vendía y cobraba de contado. Ciegas son las resoluciones tomadas en con-
fianza. Símbolo fue de Pitágoras que no se había de dar la mano á cualquiera. La fa-
cilidad en fiarse de todos sería muy peligro-
sa. Considere bien el Príncipe cómo se em-
EMPRESAS POLÍTICAS.

peña, y tenga entendido que casi todos, amigos ó enemigos, tratan de engañarle, unos grave y otros ligeramente. Unos para despojarle de sus estados y usurparle su hacienda, y otros para ganarle el agrado, los favores y las mercedes. Pero no por esto ha de reducir á malicia y engaño este presupuesto, dándose por libre de conservar de su parte la palabra y las promesas, porque se turbaría la fe pública, y se afearía su reputación. No ha de ser en él este recelo mas que una prudente circunspección y un recato político. La dúsidencia, hija de la sospecha, condenamos en el Príncipe cuando es ligera y viciosa, que luego descubre su efecto y se ejecuta; no aquella circunspecta y universal que igualmente mira á todos, sin declararse con alguno, mientras no obligan á ello las circunstancias examinadas de la razón. Bien se puede no fiar de uno y tener de él buena opinión, porque esta desconfianza no es particular de sus acciones, sino una cautela general de la prudencia. Están las fortalezas en medio de los reynos propios, y se mantienen los presidios, y se hacen las guardas como si estuvieran en las fronteras del enemigo. Este recato es conveniente, y con él no se acusa la fidelidad de los súbditos. Confie el Príncipe de sus pacientes, de sus amigos, de sus vasallos y
ministros; pero no sea tan soñolienta esta confianza, que duerma descuidado de los casos en que la ambicion, el interés ó el odio suelen perturbar la fidelidad, violados los mayores vínculos del derecho de la naturaleza y de las gentes. Cuando el Príncipe es tan flojo que tiene por peso esta diligencia: que estima en menos el daño que deja correr las cosas sin reparar en los inconvenientes que pueden suceder, hace malos, y tal vez infieles á sus ministros; porque atribuyéndolo á incapacidad le desprecian, y cada uno procura tiranizar la parte de gobierno que tiene á su cargo. Pero cuando el Príncipe es vigilante, que si bien confia no pierde de vista los recelos: que está siempre prevenido para que la infidelidad no le halle desarmado de consejo y de medios: que no condena sino previene: no arguye sino preserva la lealtad sin dar lugar á que peligre; éste mantendrá segura en sus sienes la corona. No hubo ocasión para que entrase en el pecho del Rey Don Fernando el Católico (1) sospecha alguna de la fidelidad del Gran Capitán, y con todo eso le tenía personas que de secreto notasen y advirtiesen sus accio-

(1) Mar. hist. Hisp. Tomo II.
EMPRESAS POLÍTICAS.

nes, para que penetrando aquella diligencia viviese más advertido en ellas. No fue esta derechamente desconfianza, sino oficio de la prudencia prevenida en todos los casos y zelos de la dominación, los cuales no siempre se miden con la razón, y á veces conviene tenerlos con pocas causas; porque la maldad obra á ciegas y fuera de la prudencia y aun de la imaginación.

Con todo esto es menester que no sea ligero este temor, como sucedió después al mismo Rey Don Fernando (i) con el mismo Gran Capitan, que aunque perdida la batalla de Ravena había menester su persona para las cosas de Italia, no se valió de ella cuando vio el aplauso con que todos en España querían salir á servir y militar debajo de su mano, y previno para en cualquier acontecimiento al Duque Valentín, procurando medios para asegurarse de él. De suerte que dudando de una fidelidad ya experimentada, se exponía á otra sospechosa. Así los ánimos demasiadamente zelosos por huir de un peligro dan en otros mayores, aunque á veces en los Príncipes el no valerse de tan grandes sugetos mas es envidia ó ingratitude que sospecha. Pudo también ser que juzgase aquel astuto Rey

que no le convenía servirse de quien tenía mal satisfecho. Al Príncipe que una vez desconfió poco le debe la lealtad. Cuanto uno es más ingénuo y generoso de ánimo mas siente que se dude de su fidelidad, y mas fácilmente se arroja desdenado á faltar á ella. Por esto se atrevió Getulio á escribir á Tiberio que sería firme su fe si no le pusiese asechanzas (1). El largo uso y experiencia de casos propios y ajenos han de enseñar al Príncipe cómo se ha de fiar de los sujetos. Entre los acuerdos que el Rey Don Enrique el Segundo (2) dejó á su hijo el Príncipe Don Juan, uno fue que mantuviese las mercedes hechas á los que habían seguido su parcialidad contra el Rey Don Pedro su señor natural; pero que de tal suerte fias de ellos que le fuese sospechosa su lealtad. Que se sirviese en los cargos y oficios de los que habían seguido al Rey Don Pedro, como de hombres constantes y fieles que procuraran recompensar con servicios las ofensas pasadas; y que no se fiase de los neutrales, porque se habían mostrado mas atentos á sus intereses particulares que al bien público del reyno. El traidor aun al que sirve con la traición es

(1) Sibi fïdem integram, & si nullis insidiis petetur, mansuram. Tac. lib. 6. ann.
EMPRESAS POLÍTICAS.

odioso (1). El leal es grato al mismo contra quien obró. En esto se fundó Oton para fiarse de Celso que había servido constantemente á Galba (2).

No es conveniente levantar de golpe un ministro á grandes puestos; porque es criar la envidia contra él, y el ódio de los demás contra el Príncipe, cayendo en opinion de ligero. No hay ministro tan modesto que no se ofenda, ni tan zeloso que acierte á servir cuando se ve preferido injustamente. Queda uno satisfecho y muchos quejosos; y con ministros descontentos ningun gobierno es acertado. Tales elecciones siempre son diformes abortos, y mas se arraiga la lealtad con la atencion en ir mereciendo los premios al paso de los servicios. Entre tanto tiene el Príncipe tiempo de hacer experiencia del ministro, primero en los cargos menores para que no salga muy costosa, y después en los mayores (3). Procura ver antes de emplear á uno en los cargos de la paz y de la guerra dónde puede peligrar su fidelidad: qué prendas deja

(1) Quippe proditores, etiam iis, quos anteponunt, invisi sunt. Tac. lib. i. ann.
(2) Mansitque Celso velut fataliter etiam pro Othone fides integra, & infelix. Tac. lib. i. hist.
(3) Qui fidelis est in minimo, & in majori fidelis est. Luc. 16. 10.
de nacimiento, de honor adquirido y de hacienda. Esta atención es muy necesaria en aquellos puestos que son la llave y seguridad de los estados. Augusto no permitía que sin orden suya entrase algun Senador o caballero romano en Egipto, porque era el granero del imperio, y quien se alzase con aquella provincia sería árbitro de él; y así era este uno de los secretos de la dominación. Por esto Tiberio sintió tanto que sin su licencia pasase Germánico á Alejandría (1). Para mayor seguridad, ó para tener más en freno al ministro, conviene dar mucha autoridad al magistrado y consejos de la provincia; porque ningunas huellas mejores que estas, y que más se opongan á los excesos del que goberna.

Para ningún puesto son buenos los ánimos bajos que no aspiran á lo glorioso y á ser más que los otros. La mayor calidad que halló Dios en Josué para introducirle en los negocios fue el ser de mucho espíritu (2). Pero no ha de ser tan grande el

(1) Acerrimé increpuit, quod contra instituta Augusti, non sponte Principis Alexandriam introisset. Nam Augustus, inter alia dominationis arcana, vetitis, nisi permisserit, ingredi Senatoribus, aut equitibus Romanis illustribus, seposuit Ægyptum. Tacit. lib. v. ann.
(2) Tolle Josue.... virum in quo est spiritus. Num, 27. 18.
corazón que desprecie el haber nacido valioso y no sepa contenerse en su fortuna; porque en éstos peligra la fidelidad aspirando al mayor grado, y el que dejó de pretenderle o no pudo o no supo: fuera de que falta en ellos el zelo y la puntualidad á la obediencia.

Los ingenios grandes si no son modestos y dóciles son también peligrosos; porque soberbios y pagados de si desprecian las órdenes, y todo les parece que se debe gobernarr según sus dictámenes. No menos embarazoso suele ser uno por sus excelentes partes que por no tenerlas; porque no hay lugar donde quepa quien presume mucho de sus méritos. Tiberio no buscaba para los cargos grandes virtudes, y aborrecía los vicios por el peligro de aquellas y por la infamia de éstos (1).

No son buenos para ministros los hombres de gran séquito y riquezas; porque como no tienen necesidad del Príncipe y están hechos al regalo no se ofrecen á los peligros y trabajos, ni quieren ni saben obedecer ni dejarse gobernar (2). Por es-

---

(1) Neque enim eminentes virtutes sectabatur, & rursus vitia oderat, ex optimis periculum sibi: à pessimis, dedecus publicum metuebat. Tacit. lib. 1. ann.

(2) Qui in affluentia fortunæ, virium, opum, &
to dijo Sosibio Británico que eran odiosas á los Príncipes las riquezas de los particulares (1).

—Cuando pues fuere elegido un ministro con el exámen que conviene, haga de él entera confianza el Príncipe en lo exterior; pero siempre con atención á sus acciones y á sus inteligencias; y si pudiere peligrar en ellas pásele á otro cargo donde ni tenga granjeadas las voluntades ni tanta disposición para malos intentos; porque mas prudencia y mas benignidad es preservar á uno del delito que perdonarle después de cometido. Las victorias de Germánico en Alemania, el aplauso de sus soldados, si bien por una parte daban regocijo á Tiberio, por otra le daban zelos (2); y viendo turbadas las cosas de Oriente se alegró por el pretexto que le daban de exponerle á los casos, enviándole al gobierno de aquellas provincias (3). Pero si conviniere sacar al

amicorum, aliorumque talium constituti sunt, regi atque obediere neque volunt, neque norunt. Arist. l. 4. Pol. c. 11.

(1) Auri vim, atque opes Principibus insensas. Tac. lib. ii. ann.

(2) Nuntiata ea Tiberium laetitia, curaque adsecre. Tac. lib. i. ann.

(3) Ut ea specie Germanicum suetis legionibus abstraheret nobisque provinciis impositum, dolo simul, & casibus objectaret. Tac. lib. 2. ann.
ministro del cargo sea con alguna especie de honor y antes que se toquen los inconvenientes, con tal recato que no pueda reconocer que dudó de él el Príncipe; porque así como el temor de ser engañado enseña a engañar, así el dudar de la fidelidad hace infieles. Por esto Tiberio queriendo después llamar a Germánico a Roma fue con pretexto de que recibiese el triunfo, ofreciéndole otras mercedes (1), en que son muy liberales los Príncipes cuando quieren librarse de sus rezelos.

Si el súbdito perdió una vez el respeto al Príncipe no le asegura después la confianza. Perdonó el Rey Don Sancho de León el Primero (2) al Conde Gonzalo, que había levantado contra él las armas. Procuró reducirle con sus favores, y los que le habían de obligar le dieron mas ocasión para envenenar al Rey.

Cuando entre los Reyes hay intereses ningún vínculo de amistad ó parentesco es bastante seguridad para que unos se fien de otros. Estaban encontrados los ánimos del Rey de Castilla Don Fernando el Grande (3) y Don García Rey de Navarra; y

(1) Acrius modestiam ejus adgreditur, alterum consulatum offrendo. Tac. lib. 2. ann. 4.

hallándose éste enfermo en Nájera trató de prender á su hermano que había venido á visitarle; pero no habiéndole salido su intento quiso después disimular, visitando á Don Fernando, que estaba enfermo en Burgos, el cual le mandó prender. Mas fuerte es la venganza ó la razón de estado en los Príncipes que la amistad ó la sangre. Lo mismo sucedió al Rey de Galicia D. García (1) habiéndose fiado del Rey D. Alfonso de Castilla su hermano. Los mas irreconciliables ódios son los que se encienden entre los mas amigos ó parientes. De un gran amor suele resultar un gran aborrecimiento (2). De donde se podrá inferir cuanto mas errada es la confianza de los Príncipes que se ponen en manos de sus enemigos. La vida le costó al Rey de Granada habiendo ido con salvo conducto á pedir socorro al Rey D. Pedro el Cruel. Mas advertido era Ludovico Esforza, Duque de Milán, que no quería abocarse con el Rey de Francia si no era en medio de un rio y en una puente cortada: condición de Príncipe italiano, que no se aseguran jamás de las desconfianzas. Y así se

(2) Difficiles fratrum dissensiones, & qui valde amant, valde odio habent. Arist. l. 7. Pol. c. 6.
admiraron mucho en Italia de que el Gran Capitán se viese con el Rey Don Fernando el Católico, y éste con el Rey de Francia su enemigo. Casos hay en que es más segura la confianza que la disidencia, y en que es mejor obligar con ella. Despojado el Rey Don Alonso el Sexto (1) del reyno de León, se hallaba retirado en la corte del Rey moíro de Toledo, cuando por muerte del Rey Don Sancho le llamaron con gran secreto á la corona, rezélándose que entendiendo los moros lo que pasaba detendrían su persona; pero como prudente y reconocido al hospedaje y amistad le dió cuenta de todo. Esta confianza obligó tanto á aquel Rey bárbaro (que ya sabiendo el caso le tenía puestas asechanzas para prenderle) que le dejó partir libre, y le asistió con dineros para su viaje: fuerza de la gratitud, que desarma al corazón mas inhumano.

Las disidencias entre dos Príncipes no se han de curar con descargos y satisfacciones, sino con actos en contrario. Si el tiempo no las sana, no las sanará la diligencia; heridas suelen ser que se enconan más con la tienta y con la mano, y una especie de zelos declarados que inducen á la infidelidad.

Aun trasladado el escorpion en el cielo y colocado entre sus constelaciones no pierde su malicia; antes es tanto mayor que en la tierra, cuanto es más estendido el poder de sus influencias venenosas sobre todo lo criado. Consideren bien los Príncipes las cualidades y partes de los sujetos que levantan á los magistrados y dignidades; porque en ellas las inclinaciones y vicios naturales crecen siempre, y aun muchas veces peligran las virtudes; porque viéndose fomentada y briosa la voluntad con el poder, se opone á la razón y la vence, si no es tan compuesta y robusta la virtud que puede hacerle resistencia sin que le deslumbren y
EMPRESAS POLÍTICAS.

desvanezcan los esplendores de la prosperidad. Si los buenos se suelen hacer malos en la grandeza de los puestos, los malos se harán peores en ella. Y si aun castigado es infamado el vicio tiene imitadores, mas los tendrá si fuere favorecido y exaltado. En pudiendo la malicia llegar a merecer los honores ¿quién seguirá el medio de la virtud? Aquella en nosotros es natural, esta adquirida ó impuesta. Aquella arrebata, esta espera los premios; y el apetito mas se satisface de su propia violencia que del mérito, y como impaciente antes elige pender de sus diligencias que del arbitrio ageno. Premiar al malo ocupándole en los puestos de la pública es acobardar al bueno y dar fuerzas y poder á la malicia. Un ciudadano injusto poco daño puede hacer en la vida privada: contra pocos ejercitará sus malas costumbres; pero en el magistrado contra todos, siendo árbitro de la justicia y de la administracion y gobierno de todo el cuerpo de la república (1). No se ha de poner á los malos en puestos donde puedan ejercitar su malicia. Advertida de este inconveniente la naturaleza no dió alas ni pies

 nam qui magnam potestatem habent, etiam si ipsi nullius pretii sint, multum nocent. Arist. 1. Pol. c. 9.
á los animales muy venenosos, porque no hiciesen mucho daño. Quien á la malicia da piés ó alas quiere que corra ó que vuela. Suelen los Príncipes valerse más de los ma- los que de los buenos, viendo que aquellos son ordinariamente más sagaces (1) que ésta; pero se engañan, porque no es sabiduría la malicia, ni puede haber juicio claro donde no hay virtud. Por esto el Rey Don Alonso de Aragon y de Nápoles alababa la prudencia de los romanos en haber edifica- do el templo de la honra dentro del de la virtud, en forma tal, que para entrar en aquel se había de pasar por este, juzgando que no era digno de honores el que no era virtuoso, ni que convenía pasasen á los oficios y dignidades los que no habían en- trado por los portales de la virtud. Sin ella ¿cómo puede un ministro ser útil á la repú- blica? ¿Cómo entre los vicios se podrá ha- llar la prudencia, la justicia, la clemencia, la fortaleza y las demás virtudes necesarias en el que manda? ¿Cómo el que obedece conservará las que le tocan, si le falta el ejemplo de los ministros, cuyas acciones y costumbres con atención nota y con adula- ción imita? El pueblo venera al ministro vir- 

(1) Filii hujus sæculi prudentiores filiis lucis in generatione sua sunt. Luc. c. 16. 8.
EMPRESAS POLÍTICAS.

tuoso, y se da á entender que en nada puede errar; y al contrario, ninguna acción recibe bien ni aprueba de un ministro malo. Díó en el Senado de Esparta á un consejo acertado Demóstenes; y porque el pueblo le tenía por hombre vicioso no le aceptó, y fue menester que de orden de los Eforos diese otro consejero, estimado por su virtud, el mismo consejo, para que le admitiesen y ejecutasen. Es tan conveniente que sea buena esta opinión del pueblo, que aun cuando el ministro es bueno peligra en sus manos el gobierno si el pueblo mal informado le tiene por malo y le aborrece. Por esto el Rey de Inglaterra Enrique Quinto (cuando entró á reynar) echó de su lado á aquellos que le habían acompañado en las solturas de su juventud y quitó los malos ministros, poniendo en su lugar sujetos virtuosos y bien aceptos al reyno. Los felices sucesos y victorias del Rey Teodorico se atribuyeron á la buena eleccion que hacia de ministros, teniendo por consejeros á los prelados de mayor virtud. Son los ministros unos retratos de la Magestad, la cual no pudiéndose hallar en todas partes se representa por ellos; y así conviene que se parezcan al Príncipe en las costumbres y virtudes. Ya que el Príncipe no puede por sí solo ejercitar en todas partes la potestad que le dió
el consentimiento común, mire bien cómo la reparte entre los ministros; porque cuando se ve con ella el que no nació Príncipe quiere soberbio parecerle en obrar violentamente y ejecutar sus pasiones (1). De donde se puede decidir la cuestión, cuál estado de la república sea mejor, ó aquel en que el Príncipe es bueno y malos los ministros, ó aquel en que el Príncipe es malo y buenos los ministros; pudiendo suceder esto, cómo dijo Tácito (2). Porque siendo fuerza que el Príncipe substituya su poder en muchos ministros, si éstos fueren malos serán más nocivos á la república que provechoso el Príncipe bueno; porque abusarán de su bondad, y con especie de bien le llevarán á sus fines y convenieniencias propias y no al beneficio común. Un Príncipe malo puede ser corregido de muchos ministros buenos, pero no muchos ministros malos de un Príncipe bueno.

Algunos juzgan que con los ministros buenos tiene el Príncipe muy atadas las manos y muy rendida su libertad, y que

(1) Regix potentiae ministri, quos delectat superbia suæ longum spectaculum, minusque se judicant posse, nisi diu, multumque singulis, quid possint, ostendant. Senex.

(2) Posse etiam sub malis Principibus magnos viros esse. Tac. in vit. Agric.
EMPRESES POLÍTICAS.

CUANTO MÁS VICIOSOS FUEREN LOS SÚBDITOS MÁS SEGURO VIVIRÁ DE ELLOS. IMPÍO CONSEJO OPUESTO Á LA RAZÓN; PORQUE LA VIRTUD MANTIENE QUIETA Y OBEDEIENTE LA REPÚBLICA, CUYO ESTADO ENTonces ES MÁS FIRME CUANDO EN ÉL SE VIVE SIN OFENSA Y AGRAVIO Y FLORECEN LA JUSTICIA Y LA CLEMENCIA. MÁS FÁCIL ES EL GOBIERNO DE LOS BUENOS. SI FALTA LA VIRTUD SE PIERDE EL RESPETO Á LAS LEYES, SE AMA LA LIBERTAD Y SE ABORRECE EL DOMINIO, DE DONDE NACEN LAS MUDANZAS DE LOS ESTADOS Y LAS CAÍDAS DE LOS PRÍNCIPES; Y ASÍ ES MENESTER QUE TENGAN MINISTROS VIRTUOSOS QUE LES ACONSEJEN CON BONDAD Y ZELO, Y QUE CON SU EjEMPLO Y ENTEREZA INTRODUCAN Y MANTengan LA VIRTUD EN LA REPÚBLICA. TIBERIO TENÍA POR PELIGROSOS EN EL MINISTRO LOS EXTREMOS DE VIRTUD Y VICIO, Y ELEGÍA UN MEDIO, COMO DECÍamos EN OTRA PARTE. TEMOR ES DE TIRANO: SI ES BUENO EL MINISTRO VIRTUOSO, MEJOR SERÁ EL MÁS VIRTUOSO.

PERO NO BASTA QUE SEAN LOS MINISTROS DE Excelentes virtudes SI NO RESPLANDECEN TAMBIÉN EN ELLOS AQUELLAS CALIDADES Y PARTES DE CAPACIDAD Y EXPERIENCIAS CONVENIENTES AL GOBIERNO. AUN LLORA ETIOPÍA Y MUESTRA EN LOS Rostros Y CUERPOS ADUSTOS Y TIZNADOS DE SUS HABITADORES EL MAL CONSEJO DE APOLLO (SI NOS PODEMOS VALER DE LA FILOSOFÍA Y MORA- 

LIDAD DE LOS ANTIGUOS EN SUS FÁBULAS) POR
haber entregado el carro de la luz á su hijo Faetón, mozuelo inexperto y no merecedor de tan alto y claro gobierno. Este peligro corren las elecciones hechas por salto y no por grados, en que la experiencia descubre y gradúa los sugetos. Aunque era Tiberio tan tirano no promovió á sus sobrinos sin esta consideración, como la tuvo para no dar á Druso la potestad tribunicia hasta haber hecho experiencia de él por ocho años (1). Dar las dignidades á un inexperto es donativo; á un experimentado recompensa y justicia. Pero no todas las experiencias, como ni todas las virtudes, vienen á los cargos públicos, sino solamente aquellas que miran al gobierno político en la parte que toca á cada uno; porque los que son buenos para un ejercicio público no son siempre buenos para otros; ni las experiencias de la mar sirven para las obras de la tierra: ni los que son hábiles para domar y gobernar con las riendas un caballo podrán un ejército (2); en que se engañó Ludovico Esforza, Duque de Mi-

(1) Neque nunc propere, sed per octo annos capit experimentum. Tacit. lib. 3. ann.

(2) Nam unum opus ab uno optime perficitur, quod ut fiat, munus est Legumlatoris providere, nec jubere, ut tibia canat quisquam, et idem calceos conficat. Arist. lib. 2. Pol. c. 9.
lán, entregando sus armas contra el Rey de Francia a Galeazzo Sanseverino, diestro en el manejo de los caballos e inexperto en el de la guerra. Mas acertada fue la elección de Matías en la hora de su muerte, que á Judas Macabeo, robusto y ejercitado en las armas, hizo General; y á su hermano Simon, varón de gran juicio y experiencia, Consejero (1). En esto hemos visto cometerse grandes yerros, trocados los frenos y los manejos. Estos son diferentes en los reynos y repúblicas. Unos pertenecen á la justicia; otros á la abundancia: unos á la guerra y otros á la paz; y aunque entre sí son diferentes, una facultad o virtud civil los conforma y encamina todos al fin de la conservación de la república, atendiendo cada uno de los que la gobiernan á este fin con medios proporcionados á el cargo que ocupa. Esta virtud civil es diversa según la diversidad de formas de repúblicas, las cuales se diferencian en los medios de su gobierno: de donde nace que puede uno ser buen ciudadano, pero no

buen gobernador; porque aunque tenga muchas virtudes morales no bastarán si le faltaren las civiles y aquella aptitud natural conveniente para saber disponer y mandar.

Por esto es importante que el Príncipe tenga gran conocimiento de los naturales é inclinaciones de los suyos para saber los emplear; porque en esta buena elección consisten los aciertos de su gobierno. El ingenio de Hernan Cortés fue muy á propósito para descubrir y conquistar las Indias: el de Gonzalo Fernandez de Córdoba para guerrear en el reyno de Nápoles; y si se hubieran trocado enviando al primero contra franceses, y al segundo á descubrir las Indias, no habrian sido tan felices los sucesos. No dijo la naturaleza á uno iguales calidades para todas las cosas, sino una excelente para un solo oficio; ó fue escasez ó advertencia en criar un instrumento para cada cosa (1). Por esta razón acusa Aristóteles á los cartagineses, los cuales se servían de uno para muchos oficios; porque ninguno es á propósito para todos; ni es posible (como ponderó el Emperador Jus-

---

(1) Sic enim óptimè instrumenta proficient, si eorum singula non multis, sed uni deserviant. Arist. lib. 1. Pol. c. 1.
EMPRESAS POLÍTICAS.

riniano) (1) que pueda atender á dos sin hacer falta á uno y al otro. Mas bien go-
bernada es una republica cuando en ella co-
mo en la nave atiende cada uno á su ofi-
cio. Cuando alguno fuese capaz de todos
los manejos, no por eso los ha de llenar
todos. Aquel gran vaso de bronce para los
sacrificios, llamado el mar, que estaba delan-
te del altar sobre doce bueyes en el tem-
plo de Salomón, cabia tres mil medidas
llamadas metretas (2); pero solamente le
ponían dos mil (3). No conviene que en
uno solo rebosen los cargos y dignidades
con envidia y mala satisfacción de todos, y
que falten empleos á los demas. Pero ó por
falta de conocimiento y noticia, ó por no
cansarse en buscar los sujetos á propósito,
suelen los Príncipes valerse de los que tie-
nen cerca, y servirse de uno ó de pocos en
todos los negocios, con que son menores
los empleos y los premios. Se hiela la emu-
lación; y padecen los despachos.

(1) Nec sit concessum cuquam duobus assistere
Magistratibus, & utriusque judicii curam peragere.
Nec facile credendum est duobus necessariis rebus
unum sufficere, nam cum uni judicio adfuerit, alte-
ri abstrahi necesse est, sicque nulli eorum idoneum
inveniri. L. ff. C. de Asses.

(2) Capiebatque tria millia metretas. 2. Porat.
cap. 4. 5.

Por la misma causa no es acertado que dos asistan a un mismo negocio, porque saldría disforme, como la imagen acabada por dos pinceles, siendo siempre diferentes en el obrar: el uno pesado en los golpes, el otro ligero: el uno ama las luces, el otro afecta las sombras: fuera de que es casi imposible que se conformen en las condiciones, en los consejos y medios, y que no rompan luego con daño de la negociación y del servicio del Príncipe. En esas causas segundas cada una tiene su oficio y operaciones distintas y separadas de las demás. Por mejor tengo que en un cargo esté un ministro solo, aunque no sea muy capaz, que dos muy capaces.

Siendo pues tan conveniente la buena elección de los ministros, y muy difícil acertar en ella, conviene que los Príncipes no la fien de sí solos. El Papa Paulo Tercero y el Rey Don Fernando el Católico las consultaban primero con la voz del pueblo, dejando descuidadamente que se publicasen antes que saliesen. El Emperador Alejandro Severo las proponía al examen de todos, para que cada uno como interesado dijese sí eran ó no apropiado (1); si

---

(1) Ubi aliquos voluisset, vel Rectors Provinciis dare, vel Praepositos facere; vel procuratores.
bien el aplauso común no es siempre seguro: unas veces acierta y otras yerra (1); y se engaña en el conocimiento de los naturales y vicios, ocultos a muchos; y suelen la diligencia y el interés ó la malicia y emulación hacer nacer estas voces públicas en favor ó en contra. Ni basta haber probado bien un ministro en los oficios menores para que sea bueno en los mayores; porque la grandeza de los puestos despierta á unos, y á otros entorpece (2). Menos peligrosa era la diligencia del Rey Felipe Segundo, que aun desde los planteles reconocía las varas que podrían después ser árboles de fruto trasladadas al gobierno temporal ó espiritual; y antes que la ambición zelase sus defectos advertía con secretas informaciones en la juventud si se iban levantando derecha ó torcidamente, y tenia notas de los sujetos importantes de su reyno, de sus virtudes ó vicios; y así todas sus elecciones

id est, rationales ordinare, nomina eorum proponebat, hortans populum, ut siquis, quid haberet criminis probaret manifestis rebus. Lamp. in vita Alex. Sever.

(1) Haud semper errat fama, aliquando & eligat. Tacit. in vit. Agric.

(2) Non ex rumore statuendum multos in Provinciis contra quam spes, aut metus de illis fuerit, egisse, excitari quosdam ad meliora magnitudine rerum, hebescere alios. Tac. lib. 3. ann.
fueron muy acertadas, y florecieron en su tiempo insignes varones, principalmente en la prelación; porque tenía por mejor buscar para los puestos a los que no hubiesen de faltar á su obligación, que castigarlos después (1). Feliz el reyno donde ni la ambición ni el ruego ni la solicitud tienen parte en las elecciones, y donde la virtud más retirada no ha menester memoriales ni relaciones para llegar á los oídos del Príncipe, el cual por sí mismo procura conocer los sugetos. Esta alabanza se dió al Emperador Tiberio (2). El examen de las orejas pende de otro; el de los ojos de sí mismo. Aquellos pueden ser engañados, y éstos no: aquellos informan solamente el ánimo; éstos le informan, le mueven y arrebatan á la piedad ó al premio.

Algunas repúblicas se valieron de la suerte en la elección de los ministros. Casos hay en que conviene, para excusar los efectos de la envidia y el furor de la competencia y emulación, de donde fácilmente nacen los bandos y sediciones. Pero cuando para la

---

(1) Officiis, ac administrationibus potius non pecuniam, quam damnare cum peccassent. *Tac. in vita Agric.*

(2) Quia sine ambitione, aut proximorum precibus, ignotos etiam, ac ulterior accitum munificentia juverat. *Tac. lib. 4. ann.*
administración de la justicia y manejo de las armas es menester elegir sujeto apro-pósito, de quien ha de pender el gobierno y la salud pública, no conviene cometerlo á la incertidumbre de la suerte, sino que pase por el exámen de la elección; porque la suerte no pondera las calidades, los méritos y la fama como los Consejos, donde se consiguen y se votan secretamente (1). Y si bien la consulta de los Consejos suele gobernarse por las conveniencias é intereses particulares, podrá el Príncipe acertar en la elección si secretamente se informare de las partes de los sujertos propuestos, y de los fines que pueden haber movido á los que los consultaron; porque cuando ciegamente aprueba el Príncipe todas las consultas están sujetas á este inconveniente; pero cuando ven los Consejos que las examina, y que no siempre se vale de los sujertos propuestos, sino que elige otros mejores, procuran hacerlas acertadas.

(1) Sorte & urna mores non discerni: suffragia, & existimationem Senatus reperta, ut in cujusque vitam, famamque penetrarent. Tac. lib. 4. hist.
Significaban los tebanos la integridad de los ministros, y principalmente de los de justicia, por una estatua sin manos; porque estas son símbolo de la avaricia cuando están cerradas, é instrumentos de ella cuando siempre están abiertas para recibir. Esto mismo se representa aquí en el jardín, puestas en las frentes de los viales estatuas sin brazos, como hoy se ven en los jardines de Roma. En ellos ninguna guardas mejores que estas: con ojos para guardar sus flores y frutos, y sin brazos para no tocarlos. Si los ministros fuesen como estas estatuas, más llenos estarían los erarios pú-
EMPRESAS POLÍTICAS.

bles y mas bien gobernados los estados, y principalmente las repúblicas, en las cuales como se tienen por comunes sus bienes y rentas le parece a cada uno del magistrado que puede fabricarse con ellas su fortuna, y unos con otros se escusan y disimulan, y como este vicio crece como el fuego con lo mismo que había de satisfacerse (1), y cuanto mas se usurpa mas se desea (2). Cebada una vez la codicia en los bienes públicos pasa á cebarse en los particulares; con que se descompone el fin principal de la compañía política, que consiste en la conservación de los bienes de cada uno (3). Donde reyna la codicia falta la quietud y la paz. Todo se perturba y se reduce á pleitos, á sediciones y guerras civiles. Múdanse las formas de los dominios y caen los imperios, habiéndose perdido casi todos por esta causa. Por ella fueron echados de España los fenicios, y por ella predijo el oráculo de Pitia la ruina de la república de Esparta. Dios advirtió á Moysen que eligiese para los cargos varones que aborreciesen la avaricia (4). 

(1) Avarus non implebitur pecunia, Eccles. 5. 9.
(2) Insatiabilis oculus cupidis in parte iniquitatis, Eccles. 14. 9.
(3) Mar. hist. Hisp
(4) Provide autem de omni plebe viros potentes,
bien gobernado un estado cuyos ministros son avarientos y codiciosos; porque ¿cómo será justiciero el que despoja a otros? ¿Cómo procurará la abundancia el que tiene sus logros en la carestía? ¿Cómo amará a su república el que idolatra en los tesoros? ¿Cómo aplicará el ánimo a los negocios el que le tiene en adquirir más? ¿Cómo procurará merecer los premios por sus servicios el que de su mano se hace pagado? Ninguna acción sale como conviene cuando se atraviesan intereses propios. A la obligación y al honor los antepone la conveniencia. No se obra generosamente sin la estimación de la fama, y no la aprecia un ánimo vil sujeto a la avaricia. Apenas hay delito que no nazca de ella ó de la ambición (1). Ninguna cosa alborota más a los vasallos que el robo y sobornos de los ministros; porque le irritan con los daños propios, con las injusticias comunes, con la envidia a los que se enriquecen, y con el odio al Príncipe que no lo remedia. Si lo ignora es incapaz: si lo consiente flojo: si lo permite cómplice; y tirano si lo afecta, para que co-

---


mo esponjas lo chupen todo, y pueda es-primirlos despues con algun pretesto. ¡Ó infeliz el Príncipe y el estado que se pier-den porque se enriquezcan sus ministros! No por esto juzgo que hayan de ser tan escrupulosos que se hagan intratables; porque no recibir de alguno es in-humanidad: de muchos vileza, y de to-dos avaricia.

La codicia en los Príncipes destruye los estados; y no pudiendo sufrir el pueblo que no esten seguros sus bienes del que puso por guarda y defensa de ellos, y que haya él mismo armado el cetro contra su hacienda, procura ponerle en otra mano. ¿Qué podrá esperar el vasallo de un Principe avariento? Aun los hijos aborrecen a los padres que tienen este vicio. Donde falta la esperanza de algun interes falta el amor y la obediencia. Tirano es el gobierno que atiende á las utilidades propias y no á las públicas. Por esto dijo el Rey Don Alonso el Sabio (2) que riquezas grandes ademas non debe el Rey cibdiciar para tenerlas guardadas, é non obrar bien con ellas. Cá natu-ralmente, el que para esto las cibdicia, non

(1) Rex justus erigit terram, vir avarus destruet eam. Prov. c. 29. 4.
(2) L. 4. tit. 3. Part. 2.
puede ser que non faga grandes yerros para abrillar, lo que no conviene al Rey en ninguna manera. Las sagradas letras comparaan el Príncipe avaro que injustamente usurpa los bienes agenos al leon y al oso hambriento (1), y sus obras á las casas que labra en los árboles la carcoma, que luego caen con ella, ó á las barracas que hacen los que guardan las viñas, que duran poco (2). Lo que se adquirió mal, presto se deshace. ¡Cuan á costa de sus entrañas, como la araña, se desvelan algunos Príncipes con mordaces cuidados en tejer su fortuna con el estambre de los súbditos, y tejen redes que después se rompen y dejan burlada su confianza! (3).

Algunos remedios hay para este vicio. Los mas eficaces son de preservacion; porque si una vez la naturaleza se deja vencer de él, dificilmente convalece. La última túnica es que se despoja. Cuando los Príncipes son naturalmente amigos del dinero, conviene que no le vean ni manejen; por-

(1) Leo rugiens, & ursus esuriens, Princeps impius super populum pauperem. Prov. 28. 15.

(2) Ædificavit sicut tinea domum suam, & sicut custos fecit umbraculum. Job, 27. 18.

que entra por los ojos la avaricia, y más fácilmente se libra que se da. También es menester que los ministros de la hacienda sean generosos, que no le aconsejen ahorros vile y arbitrios indignos con que enriquecerse, como decimos en otra parte. Para la preservación de la codicia de los ministros es conveniente que los oficios y gobiernos no sean vendibles, como lo introdujo el Emperador Cómodo; porque él que los compra los vende. Así les pareció al Emperador Severo, y al Rey Lúdovico Duodécimo de Francia, el cual usó de este remedio mal observado después. Derecho parece de las gentes que se despoje la provincia cuyo gobierno se vendió, y que se ponga al encanto y se dé el tribunal comprado al que más ofrece (1). Castilla experimenta algo de estos daños en los Regimientos de las ciudades por ser vendibles, contra lo que con buen acuerdo se ordenó en tiempo del Rey Don Juan el Segundo, que fuesen perpetuos y se diesen por nombramiento de los Reyes.

Es también necesario dar á los oficios dote competente con que se sustente el que

---

(1) Provincias spoliari, & nummarium tribunal, audra utrinque licitatione, alteri addici non mirum, quando que emeris vendere, gentium jus est. Sen. l. i. c. 9. de Ben.
los tuviere. Así lo hizo el Rey Don Alonso el Nono (1) señalando á los jueces salarios, y castigando severamente al que recibía de las partes. Lo mismo dispusieron los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, habiendo puesto tasa á los derechos.

A los del magistrado se les ha de prohibir el trato y mercancía (2); porque no cuidará de la abundancia quien tiene su interés y logro en la carestía, ni dará consejos generosos si se encuentran con sus ganancias: fuera de que el pueblo disimula la dominación y el estar en otros los honores cuando le dejan el trato y ganancias; pero si se ve privado de aquellos y de éstos, se irrita y se rebela (3). A esta causa se pueden atribuir las diferencias y tumultos entre la nobleza y el pueblo de Génova.

Los puestos no se han de dar á los muy pobres; porque la necesidad les obli-

---


(3) Tune enim utrumque ei molestum est, quod nec honorum particeps sit, & quod a quæstibus submoveatur. *Ibidem.*
EMPRESAS POLÍTICAS.

ga al soborno y a cosas mal hechas. Discurrese en el Senado de Roma sobre la elección de un Gobernador para España; y consultado Sulpicio Galba y Aurelio Cota, dijo Scipion: que no le agradaban: el uno porque no tenía nada, y el otro porque nada le hartaba. Por esto los cartagineses escogían para el magistrado a los más caudalosos; y da por razón Aristóteles que es casi imposible que el pobre administre bien y ame la quietud (1). Verdad es que en España vemos varones insignes que sin caudal entraron en los oficios y salieron sin él.

Los ministros de numerosa familia son carga pesada a las provincias; porque aunque ellos sean íntegros no son los suyos, y así el Senado de Roma juzgó por inconveniente que se llevasen las mugeres a los gobiernos (2). Los Reyes de Persia se servían de Eunucos en los mayores cargos del gobierno (3); porque sin el embarazo de muger ni el afecto á enriquecer los hi-

(1) Quasi impossibile sit, qui egenus existat, eum bene Magistratum gerere, aut quietem optare. Aristot. Polit. lib. 2. c. 9.
(2) Haud enim frustra placitum olim, ne feminae in socios, aut gentes externas traherentur. Tac. lib. 3. ann.
(3) Septem Eunuchis, qui in conspectu ejus ministrabant. Esth. c. 1. 10.
jos, eran mas desinteresados y de menos peso á los vasallos.

Los muy atentos á engrandecerase y fabricar su fortuna son peligrosos en los cargos; porque si bien algunos la procuran por el mérito y la gloria, y éstos son siempre acertados ministros, muchos tienen por mas seguro fundarla sobre las riquezas, y no aguardar el premio y la satisfaccion de sus servicios de la mano del Príncipe, casi siempre ingrata con el que mas merece. El Cónsul Lúculo, á quien la pobreza hizo avariento y la avaricia cruel, intentó injustas guerras en España por enriquecerse.

Las residencias, acabados los oficios, son eficaz remedio, temiéndose en ellas la perdida de lo mal adquirido y el castigo; en cuyo rigor no ha de haber gracia, sin permitir que con el dinero usurpado se redima la pena de los delitos, como lo hizo el Pretor Sergio Galba siendo acusado en Roma de la poca fe guardada á los lusitanos. Si en todos los tribunales fuesen hechos los asientos de las pieles de los que se dejaron sobornar, como hizo Cambises Rey de Persia, y á su ejemplo Rugero Rey de Sicilia, seria mas observante y religiosa la integridad.

Tomo II.
La libertad en los hombres es natural; la obediencia forzada. Aquella sigue al albedrío: esta se deja reducir de la razón. Ambas son opuestas y siempre batallan entre sí, de donde nacen las rebeldías y traiciones al Señor natural; y como no es posible que se sustenten las repúblicas sin que haya quien mande y quien obedezca (1), cada uno quisiera para sí la suprema potestad y pender de sí mismo, y no pu-

(1) Naturam duas necessarias res, easdemque salutares humano generi comparasse, ut alii cum imperio essent, alii ei subjicerentur: nihilque quod citra hæc, nec minimò quidem queat spatio perdura-re. Dion. lib. 41.
diendo (2) parece que consiste su libertad en mudar las formas del gobierno. Este es el peligro de los reynos y de las repúblicas, y la causa principal de sus caídas, conver- siones y mudanzas. Por lo cual conviene mucho usar de tales artes, que el apetito de libertad y la ambición humana estén lejos del cetro, y vivan sujetas á la fuerza de la razón y á la obligación del domínio, sin conceder á nadie en el gobierno aquella suprema potestad que es propia de la magestad del Príncipe; porque expone á evidente peligro la lealtad quien entrega sin algún freno el poder. Aún puesta de burlas en la frente del vasallo la diadema Real le ensobrbece y cria pensamientos altivos. No ha de probar el corazón del súbdito la grandeza y la gloria de mandar absolutamente; porque abusando de ella después, la usurpa, y para que no vuelva á quien la dió le pone asechanzas y maquínna contra él. En solo un capítulo señalan las sagradas letras cuatro ejemplos de Reyes muertos á manos de sus criados, por haberlos levantado mas de lo que convenía. Aunque fue tan sabio Salomón cayó en este peligro, habiendo hecho Presidente sobre todos los tributos á Jeroboam (1), el cual

(1) Videns Salomon adolescentem bonae indolis,
EMPRESAS POLÍTICAS.

se atrevió á perderle el respeto (1). Estén pues los Príncipes muy advertidos en la máxima de estado de no engrandecer á alguno sobre los demás, y si fuere forzoso sean muchos para que se contrapesen entre sí, y unos con otros se deshagan los briós y los designios (2). No consideró bien esta política (si ya no fue necesidad) el Emperador Ferdinando el Segundo cuando entregó el gobierno absoluto de sus armas y de sus provincias, sin recurso á su Magestade Cesárea, al Duque de Fridlan, de que nacieron tantos peligros e inconvenientes, y el mayor fue dar ocasión con la gracia y el poder á que se perdiese tan gran varon. No mueva á los Príncipes el ejemplo de Faraón que dió toda su potestad Real á Josef (3), de que resultó la salud de su rey no; porque Josef fue símbolo de Cristo, y no se hallan muchos Josefes en estos tiempos. Cada uno quiere depender de

(1) Levavit manum contra Regem. 3. Reg. 11. 28.
(3) Tu eris super dominum meam, & ad tu damn imperium cunctus populus obediet: uno tantum Reg ni solió te præcedam. Gen. 41. 40.
si mismo y no del tronco, como lo significa esta empresa en el ramo puesto en un vaso con tierra (como usan los jardineros); donde criando raíces queda después arbol independiente del nativo; sin reconocer de él su grandeza. Este ejemplo nos enseña el peligro de dar perpetuos los gobiernos de los estados; porque arraigada la ambición los procura hacer propios. Quien una vez se acostumbró á mandar no se acomoda después á obedecer. Muchas experiencias escritas con la propia sangre nos puede dar Francia. Aun los ministros de Dios en aquella celestial monarquía no son estables (1). La perpetuidad en los cargos mayores es una enagennación de la corona. Queda vano y sin fuerzas el cetro, zeloso de lo mismo que da: sin dote la liberalidad, y la virtud sin premio. Es el vasallo tirano del gobierno que no ha de perder. El súbdito respetá por señor natural al que le ha de gobernar siempre, y desprecia al que no supo o no pudo gobernarle por sí mismo; y no pudiéndole sufrir se rebela. Por esto Julio Cesar redujo las Preturas á un año y los Consulados á dos. El Emperador Carlos Quinto aconsejó á Felipe Segundo que

(1) Ecce qui servijunt ei, non sunt stables. Jod. cap. 4. 18.
no se sirviese largo tiempo de un ministro en los cargos, y principalmente en los de guerra: que los mayores diese á personas de mediana fortuna, y las embajadas á los mayores, en que consumiesen su poder. Al Rey Don Fernando el Católico fue sospechoso el valor y grandeza en Italia del Gran Capitan; y llamándole á España, sí no desconfió de él, no quiso que estuviese á peligro su fidelidad con la perpetuidad del vireynado de Nápoles. Y si bien Tiberio continuaba los cargos, y muchas veces sustentaba algunos ministros en ellos hasta la muerte (I), era por consideraciones tiranas, las cuales no deben caer en un Príncipe prudente y justo. Y así debe consultarse con la naturaleza, maestra de la verdadera política, que no dió á aquellos ministros celestes de la luz perpetuas las presidencias y vireynados del orbe, sino á tiempos limitados, como vemos en las cronocracias y dominios de los planetas, por no privarse de la provision de ellos, y porque no le usurpasen su imperio. Considerando también que se hallaría oprimida la tierra si siempre predominase la melan-

---

(I) Id morum Tiberii fuit, continuare imperia, ac plerisque ad finem vitae in iisdem exercitibus aut jurisdictionibus habere. Tac. lib. i. ann.
colía de Saturno, ó el furor de Marte, ó la severidad de Júpiter, ó la falsedad de Mercurio, ó la inconstancia de la Luna.

En esta mudanza de cargos conviene mucho introducir que no se tenga por quiebra de reputación pasar de los mayores á los menores, porque no son infinitos; y en llegando al último se pierde aquel sujeto no pudiendo emplearse en los que ha dejado atrás. Y aunque la razón pide que con el mérito crezcan los premios, la conveniencia del Príncipe ha de vencer á la razón del vasallo cuando por causas graves de su servicio y del bien público, y no por desprecio, conviene que pase á puesto inferior; pues entonces le califica la importancia de las negociaciones.

Si algún cargo se puede sustentar mucho tiempo es el de las embajadas; porque en ellas se intercede, no se manda: se negocia, no se ordena. Con la partida del embajador se pierden las noticias del país y las introducciones particulares con el Príncipe á quien asisten, y con sus ministros. Las fortalezas y puestos, que son llaves de los reynos, sean arbitrarios y siempre inmediatos al Príncipe. Por esto fue mal consejo el del Rey Don Sancho (1) en dejar por la

EMPRESAS POLÍTICAS.

minoridad de su hijo el Rey Don Alonso el Tercero que tuviesen los Grandes las ciudades y castillos en su poder hasta que fuese de quince años, de donde resultaron al reyno graves daños. Los demás cargos sean á tiempos, y no tan largos que plegren soberbios los ministros con el largo mando. Así lo juzgó Tiberio, aunque no lo ejecutaba así (1). La virtud se cansa de merecer y esperar; pero no sean tan breves que no pueda obrar en ellos el conocimiento y práctica, ó que la rapiña despierte sus alas, como a los azores de Noruega, por la brevedad del día. En las grandes perturbaciones y peligros de los reynos se deben prolongar los gobiernos y puestos, porque no caigan en sujetos nuevos é inexpertos: así lo hizo Augusto habiendo sabido la rota de Quintilio Varo.

Esta doctrina de que sean los oficios á tiempos no se ha entender de aquellos supremos instituidos para el consejo de Príncipe y para la administración de la justicia; porque conviene que sean fijos, por lo que en ellos es útil la larga experiencia y el conocimiento de las causas pendientes. Son

(1) Superbire homines etiam annua designatione: quid si honorem per quinquennium agitent? Tacit. Lib. 2. ann.
estos oficios de la república como los polos en el cielo, sobre los cuales voltean las demás esferas; y si se mudasen peligraría el mundo, descompuestos sus movimientos naturales. Este inconveniente consideró Solon en los cuatrocientos Senadores que cada año se elegían por suerte en Atenas; y ordenó un Senado perpetuo de sesenta varones, que eran los Areopagitas, y mientras duró se conservó aquella república.

Es también peligroso consejo y causa de grandes revueltas e inquietudes entregar el gobierno de los reynos durante la minoridad del sucesor á quien puede tener alguna pretension en ellos, aunque sea injusta, como sucedió en Aragon (1) por la imprudencia de los que dejaron reynar á Don Sancho, Conde de Rosellon, hasta que tuviese edad bastante el Rey Don Jayme el Primero. La ambicion de reynar obra en los que ní por sangre ní por otra causa tienen accion á la corona: ¿qué hará pues en aquellos que en las estatuas y retratos ven con ella ceñidas las frentes de sus progenitores? Tiranos ejemplos nos da esta edad y nos dieron las pasadas de muchos parientes que hicieron propios los reynos que recibieron en confianza. Los descendientes de

---

250 EMPRESAS POLÍTICAS.

Reyes son más fáciles a la tiranía, porque se hallan con más medios para conseguir su intento. Pocos pueden reducirse á que sea justa la ley que antepuso la anterioridad en el nacer á la virtud, y cada uno presume de sí que merece más que el otro la corona. Y cuando en alguno sea poderosa la razón, queda el peligro en sus favorecidos, los cuales por la parte que han de tener en su grandeza la procura en medios violentos, y causan disensiones entre los parientes. Si algunas tuvo el Rey Felipe Segundo del Señor Don Juan de Austria, nacieron de este principio. Gloriosa excepción de la política dicha fue el Infante Don Fernando (1), rehusando la corona que tocaba al Rey Don Juan el Segundo su sobrino, con que mereció otras muchas del cielo. Antigua es la generosa fidelidad y el entrañable amor de los Infantes de este nombre á los Reyes de su sangre. No menor resplandece en el presente, cuyo respeto y obediencia al Rey nuestro Señor mas es de vasallo que de hermano. No estan las esferas celestes tan sujetas al primer movimiento como á la voluntad de su Magestad; porque en ellas hay algún movimiento opuesto, pero ninguno en su Alteza. Mas obra por la gloria

EMPRESA LIV.

de su Magestad que por la propia. ¡O gran Príncipe, en quien la grandeza del nacimiento (con ser el mayor del mundo) no es lo más que hay en ti! Providencia fue divina que en tiempos tan revueltos con prolijas guerras, que trabajan los ejes y polos de la monarquía, naciese un Atlante que con valor y prudencia sustentase la principal parte de ella.

EMPRESA LV.

HIS PRÆVIDE ET PROVIDE.

Para mostrar Aristóteles a Alejandro Magno las calidades de los consejeros los compara a los ojos. Esta comparacion trasladó a sus Partidas el sabio Rey Don Alonso, haciendo un paralelo entre ellos. No fue nuevo este pensamiento; pues los Reyes de
EMPRESAS POLÍTICAS.

Persia y Babilonia los llamaban sus ojos, como a otros ministros sus orejas y sus manos, según el ministerio que ejercitaban. Aquellos espíritus, ministros de Dios, enviados a la tierra, eran los ojos del Corde-ro inmaculado (1). Un Príncipe que ha de ver y oir tantas cosas todo había de ser ojos y orejas (2), y ya que no puede serlo ha menester valerse de los agenos. De esta necesidad nace el no haber Príncipe, por entendido y prudente que sea, que no se sujete á sus ministros, y sean sus ojos, sus pies y sus manos (3); con que vendrá a ver y oir con los ojos y orejas de muchos, y acertará con los consejos de todos (4). Esto significaban también los egipcios por un ojo puesto sobre el cetro; porque los consejos son ojos que miran lo futuro (5). A lo cual

(1) Agnum stantem tamquam occisum, habentem cornua septem, et oculos septem: qui sunt septem spiritus Dei, missi in omem terram. Apoc. 5. 6
(2) Superior debet esse totus mens, et totus oculus. S. Antio. hom. 3.
(3) Nam Principes, ac Reges nunc quoque muttos sibi oculos; multas aures; multas item manus atque pedes faciunt. Arist. Pol. lib. 3. c. 12.
(4) Hac enim ratione, et omnium oculis cernet, et omnium auribus audiet; et omnium denique consiliis in unum tendentibus consultabit. Sines ad Arcad.
(5) Consilium oculos futurorum. Arist. l. 6. de regim.
parece que aludió Jeremías cuando dijo que veía una vara vigilante (1). Por esto, en la presente empresa se pinta un cetro lleno de ojos, significando que por medio de sus consejeros ha de ver el Príncipe y prevenir las cosas de su gobierno. Y no es mucho que pongamos en el cetro a los consejeros; pues en las coronas de los Emperadores y de los Reyes de España se solían esculpir sus nombres, y con razón, pues más resplandece que las diademas de los Príncipes.

Esta comparación de los ojos define las buenas calidades que ha de tener el consejero; porque como la vista se estiende en larga distancia por todas partes, así en el ingenio práctico del consejero se ha de representar lo pasado, lo presente y lo futuro, para que haga buen juicio de las cosas y de acertados pareceres, lo cual no podrá ser sin mucha eleccion y mucha experiencia de negocios y comunicación de varias naciones, conociendo el natural del Príncipe y las costumbres e ingenios de la provincia. Sin este conocimiento la perderán y se perderán los consejeros (2); y pa-

(1) Virgam vigilantem ego video. Jerem. c. i. 11.
(2) Morum, animorumque Provinciae nisi sint gnari, qui de ea consultant, perdunt se, et Rempubicam Cicer.
EMPRESAS POLÍTICAS.

ra tenerle es menester la práctica, porque no conocen los ojos á las cosas que antes no vieron. A quien ha practicado mucho se le abre el entendimiento y se le ofrecen fácilmente los medios (1).

Tan buena correspondencia hay entre los ojos y el corazón, que los afectos y pasiones de este se trasladan luego á aquellos: cuando está triste se muestran llorosos; y cuando alegre risueños. Si el consejero no amare mucho á su Príncipe, y no sintiere como propias sus adversidades ó prosperidades, pondrá poca vigilancia y cuidado en las consultas, y poco se podrá fiar de ellas; y así dijo el Rey Don Alonso el Sabio: que los consejeros han de ser amigos del Rey. Cá si tales non fuesen, poderle ya ende venir gran peligro, porque nunca los que á ome desaman le pueden bien aconsejar ni lealmente (2).

No consienten los ojos que llegue el dedo á tocar lo secreto de su artificio y composure: con tiempo se ocultan y se cierran en los párpados. Aunque sea el consejero advertido y prudente en sus consejos,

(1) Vir in multis expertus, cogitabīs multa: et qui multa didicit enarrabit intellectum. Eccles. cap. 34. 9.
(2) L. 5. tit. 9. Part. 2.
si fuere fácil y ligero en el secreto, si se dejará poner los dedos dentro del pecho, será mas nocivo á su Príncipe que un consejero ignorante; porque ningún consejo es bueno si se revela, y son de mayor daño las resoluciones acertadas si antes de tiempo se descubren, que las erradas si con secreto se ejecutan. Huya el consejero la conferencia con los que no son del mismo consejo: ciérrese á los dedos que le anduvieren delante para tocar lo íntimo de su corazón; porque en admitiendo discursos sobre las materias fácilmente se penetrará su intención, y con ella las máximas con que camina el Príncipe. Son los labios ventanillas del corazón, y en abriéndolos se descubre lo que hay en él.

Tan puros son los ojos y tan desinteresados que ni una paja, por pequeña que sea, admiten; y si alguna entra en ellos quedarán luego embarazados y no pueden ver las cosas, ó se les ofrecen diferentes ó duplicadas. El consejero que recibiére ceagará luego con el polvo de la dádiva, y no concibirá las cosas como son, sino como se las da á entender el interés.

Aunque los ojos son diversos no representan diversa sino unidamente las cosas: concordes ambos en la verdad de las especies que reciben y en remitirlas al sentido
común por medio de los nervios ópticos, los cuales se unen para que no entren diversas y le engañen. Si entre los consejeros no hay una misma voluntad y un mismo fin de ajustarse al consejo más acertado y conveniente, sin que el odio, el amor o estimación propia los divida en opiniones, quedará el Príncipe confuso y dudoso, si saber determinarse en la elección del mejor consejo. Este peligro sucede cuando uno de los consejeros piensa que ve y alcanza más que el compañero, ó no tiene juicio para conocer lo mejor (1), ó cuando quiere vengar con el consejo sus ofensas y ejecutar sus pasiones. Libre de ellas ha de estar el ministro, sin tener otro fin sino el servicio de su Príncipe. A tal consejero (palabras son del Rey Don Alonso el Sabio) (2) llaman en latin patricio, que es así como padre del Príncipe: é este nome tomaron á semejanza del padre natural; é así como el padre se mueve, según natura, á aconsejar á su hijo lealmente, catándole su pro, é su honra mas que otra cosa; así aquel por cuyo consejo se guía el Príncipe, lo debe amar é aconsejar lealmente, é guardar la

(1) Cum fatuís consilium non habeas: non enim poterunt diligere, nisi que eis placent. Eccli, 8. 20.
(2) L. 7. tit. 1. Part. 4.
pro, é la honra del Señor sobre todas las cosas del mundo, non catando amor nin des- amor, nin pro, nin daño que se le pueda en de seguir; é esto deben fazer sin lisonja nin- guna, non acatando si le pesará ó le placera, bien ansi como el padre non lo cata cuando aconseja á su hijo.

Dividió la naturaleza la jurisdiccion á cada uno de los ojos, señalándoles sus térmi- nos con una líneainterpuesta; pero no por eso dejan de estar ambos muy conformes en las operaciones, asistiéndose con zelo tan recíproco, que si el uno se vuelve á la parte que le toca, el otro tambien, para que sea mas cierto el reconocimiento de las cosas, sin reparar en si son ó no de su circunferencia. Esta buena conformidad es muy conveniente en los ministros, cuyo zelo y atencion debe ser universal, que no solamente mire á lo que pertenece á su cargo, sino tambien al ageno. No hay parte en el cuerpo que no envie luego su sangre y sus espiritus á la que padece para mantener el individuo. Estarse un ministro á la vista de los trabajos y peligros de otro ministro es malicia, es emulacion ó poco afecto á su Príncipe. Algunas veces nace esto del amor á la conveniencia y gloria pro- pia, ó por no aventurarla, ó porque sea mayor con el desaire del compañero. Tales

Tomo II, R
258 EMPRESAS POLÍTICAS.

ministros son buenos para sí, pero no para el Príncipe; de donde resultan dañosas diferencias entre sus mismos estados, entre sus mismas armas y entre sus mismas tesorías, con que se pierden las ocasiones, y a veces las plazas y las provincias. Los desigualdades y operaciones de los ministros se han de comunicar entre sí, como las alas de los Querubines en el templo de Salomón (1).

Si bien son tan importantes al cuerpo los ojos, no puso en él la naturaleza muchísimos, sino dos solamente; porque la multiplicidad embarazaría el conocimiento de las cosas. No de otra suerte cuando es grande el número de los consejeros: se retarden las consultas, el secreto padece y la verdad se confunde; porque se cuentan, no se pesan los votos, y el exceso resuelve daños que se experimentan en las repúblicas. La multitud es siempre ciega e imprudente, y el más sabio Senado en siendo grande tiene la condición de ignorancia del vulgo. Más alumbran pocos planetas que muchas estrellas. Por ser tantas las que hay en la vía láctea se embarazan con la refracción, y es menor allí la luz que en otra parte del cie-

(1) Alam Cherub alterius contingebat. 2. Par. C. 3. 12.
lo. Entre muchos es atrevida la libertad, y con dificultad se reducen á la voluntad y fines del Principe (1), como se experimenta en las juntas de Estados y en las Cortes generales. Por tanto conviene que sean pocos los consejeros: aquellos, que basten para el gobierno del Estado, mostrándose el Príncipe indiferente con ellos, sin dejarse llevar de sólo el parecer de uno, porque no verá tanto como por todos. Así lo dijo Jenofonte, usando de la misma comparación de llamar ojos y orejas á los consejeros de los Reyes de Persia (2). En tal ministro se trasladaría la Magestad, no pudiendo el Príncipe ver sino pot sus ojos (3).

(1) Populi Imperium juxta libertatem: paucorum dominatio regiae libidini propior est. Tac. lib. 6. ann.

(2) Hinc factum est, ut vulgo factatum; Persarum Regem multis habere oculos, auresque multas: quod si quis putet unum oculum exportendum Regi, eum egregie falli certum est, unus enim, et paucant videat, et paucum audiat: essetque alius regis ministri quasi negligenter quaedam et segne indicium eium, si id uni solum alicui demandatum esset officium. Præterea quem subditi cognoscerent illum esse oculum, aut aurem regiam, scirent hunc cavarium esse, neque quidpiam illi committendum, quod omnium præter rem Principis foret. Xenoph. lib. 4. Cyr.

(3) Et majestas quidem Imperii hærere apud ministrum solet: Regi, aut Principi orbium potentiae nomen relinquitur. Plutarch.
Suelen los Príncipes pagarse tanto de un consejero que consultan con él todos los negocios, aunque no sean de su profesión; de donde resulta el salir erradas sus resoluciones: porque los letrados no pueden aconsejar bien en las cosas de la guerra, ni los soldados en las de la paz. Reconociendo esto el Emperador Alejandro Severo consultaba á cada uno en lo que había tratado (1).

Con las calidades dichas de los ojos se gobierna el cuerpo en sus movimientos, y si le faltasen no podrían dar paso seguro. Así sucederá al reyno que no tuvieren buen consejero. Ciego quedará el cetro sin estos ojos, y sin vista la Magestad; porque no hay Príncipe tan sabio que pueda por sí mismo resolver las materias. El señorío (dijo el Rey Don Alonso) (2) no quiere compañero, ni lo ha menester, como quiera que en todas guisas conviene que haya omnes buenos e sabidores que le aconsejen e le ayuden. Y si algun Príncipe se preciare de tan agudos ojos que pueda por sí mismo ver y juzgar

---

(1) Unde si de jure tractaretur, in consilium solos doctos adhibebat; si verò de re militari, milites veteres, et senes ac benemeritos, et locorum peritos. Lamp. in vita Alex.

(2) L. 1. tit. 9. P. 2.
las cosas sin valerse de los otros, será mas soberbio que prudente, y tropezará en cada paso en el gobierno (1). Aunque Josué comunicaba con Dios sus acciones, y tenía de él órdenes é instrucciones distintas para la conquista de Israel, oía a sus capitanes ancianos llevándolos á su lado (2). No se apartaban de la presencia del Rey Asuero sus consejeros, con los cuales lo consultaba todo, como era costumbre de los Reyes (3). El Espíritu Santo señala por sabio al que ninguna cosa intenta sin consejo (4). No hay capacidad grande en da naturaleza que baste sola al imperio, aunque sea pequeño; porque no se puede hallar en uno lo que saben todos (5). Y si bien muchos ingenios no ven mas que uno perspicaz, porque no son como las cantidades que se multiplican por sí mismas y hacen una suma grande; esto se entiende en la distancia,
no en la circunferencia; á quien mas presto reconocen muchos ojos que uno solo (1), como no sean tantos que se confundan entre sí. Un ingenio solo sigue un discurso, porque no puede muchos á un mismo tiempo, y enamorado de aquel no pasa á otros. En la consulta oye el Príncipe á muchos, y siguiendo el mejor parecer depone el suyo y reconoce los inconvenientes de aquellos que nacen de pasiones y afectos particulares. Por esto el Rey Don Juan el Segundo de Aragon (2), escribiendo á sus hijos los Reyes Católicos una carta en la hora de su muerte, les amonestó que ninguna cosa hiciesen sin consejo de varones virtuosos y prudentes. En cualquier paso del gobierno es conveniente que estos ojos de los consejeros precedan y descubran el camino (3); El Emperador Antonino llamado el Filósofo, de los mas sabios de aquel tiempo, tenía por consejeros á Scevola, Muciano, Ulpiano y Marcelo, varones insignes; y cuando le parecían mas acertados sus pareceres se conformaba con ellos y les decía: Mas justo es que yo siga el consejo de tantos y tales.

(1) Salus autem, ubi multa consilia. Proo. c.11.14
(3) Oculi tui recta videant, et palpebra tuae precedant gressus tuos. Proo. 4.25.
amigos, que no ellos el mío. El más sabio más oye los consejos (1), y más acierta un Príncipe ignorante que se consulta, que un entendido obstinado en sus opiniones. No precipite al Príncipe la arrogancia de que dividirá la gloria del acierto teniendo en él parte los consejeros; porque no es menos alabanza rendirse a escuchar el consejo de otros, que acertar por sí mismo.

Ipse d Rex bene consultito, et paret vicissim: Homer.

Esta obediencia al consejo es suma potestad en el Príncipe. El dar consejo es del inferior, y el tomarle del superior. Ninguna cosa más propia del principado ni más necesaria que la consulta y la ejecución. Digna acciôn es (dijo el Rey Don Alonso Onceno en las Cortes de Madrid) de la Real magnificencia tener, según su loable costumbre, varones de consejo cerca de sí, y ordenar todas las cosas por sus consejeros; porque si todo ome debe trabajar de haber consejeros, mucho más lo debe hacer el Rey. Cualquiera, aunque ignorante, puede aconsejar; pero

---

(1) Qui autem sapiens est, audit consilia. Prov. c. 12. 15.
EMPRESAS POLÍTICAS.

resolver bien solamente el prudente (1). No queda defraudada la gloria del Príncipe que supo consultar y elegir. Lo que se ordenare con vuestro consejo (dijó el Emperador Teodosio en una ley) resultará en felicidad de nuestro imperio, y en gloria nuestra (2). Las victorias de Scipion Africano nacieron de los consejos de Cayo Lelio; y así se decía que éste componía, y Scipion representaba la comedia; pero no por esto se escurecieron algo los esplendores de su fama, ni se atribuyó á Lelio la gloria de sus hazañas. La importancia está en que sepa el Príncipe representar bien por sí mismo la comedia, y que no sea el ministro quien la componga y quien la represente. Porque si bien los consejeros son los ojos del Príncipe, no ha de ser tan ciego que no pueda mirar sino por ellos; porque sería gobernar á tientas y caería el Príncipe en gran desprecio de los suyos. Lucio Torquato, siendo tercera vez elegido Cónsul, se escusó con que estaba enfermo de la vista, y que sería cosa indigna de la república y peligrosa á la salud de los ciudadanos encomendar el gobierno.

(1) Astutus omnia agit cum consilio. Prov. c. 13. 16.
(2) Bene enim quod cum vestro consilio fuerit ordinatum, id ad beatitudinem nostri Imperii, & ad nostram gloriam redundare. L. humanum, C. de leg.
no a quien había menester valerse de otros ojos (1). El Rey Don Fernando el Católico decía que los Embajadores eran los ojos del Príncipe; pero que sería muy desdichado el que solamente viese por ellos. No lo fiaba todo aquel gran político de sus ministros; por ellos veía, pero como se ve por los anteojos; teniéndolos delante y aplicándolos ellos sus propios ojos. En reconociendo los consejeros que son árbitros de las resoluciones las encaminan a sus fines particulares; y cebada la ambición se dividen en parcialidades, procurando cada uno en su persona aquella potestad suprema que por flojedad por inhábil les permite el Príncipe. Todo se confunde si los consejeros son mas que unas atalayas que descubren al Príncipe el horizonte de las materias para que pueda resolverse en ellas y elegir el consejo que mejor le pareciere. Ojos le dió la naturaleza; y si a cada uno de sus estados asiste un Angel, y Dios gobierna su corazón (2), también gobernaran su vista, y la harán mas clara y mas perspicaz que la de sus ministros. Algunas veces el Rey Felipe Segun-

(2) Cor Regis in manu Domini: quocumque voluerit, inclinavit illud. Prov. 21. 1.
EMPRESAS POLÍTICAS.

do se recogía a pensar dentro de sí los negocios, y encomendándose á Dios tomaba la resolución que se le ofrecía, aunque fuese contra la opinión de sus ministros, y le salía acertada. No siempre pueden estar los consejeros al lado del Príncipe, porque el estado de las cosas ó la velocidad de ocasiones no lo permiten (1), y es menester que él resuelva. No se respetan como conviene las ordenes cuando se entiende que las recibe y no las toma el Príncipe. Resolverlo todo sin consejo es presunta temeridad: ejecutarlo todo por parecer ageno, ignorante servidumbre. Algun arbitrio ha de tener el que manda en mudar, añadir ó quitar lo que le consultan sus ministros; y tal vez conviene encubrirles algunos misterios y engañarlos, como lo hacía el mismo Rey Felipe Segundo, dando descifrados diferentemente al Consejo de Estado los despachos de sus Embajadores cuando quería traerlos á una resolución, ó no convenía que estuviesen informados de algunas circunstancias. Un coloso ha de ser el Consejo de Estado que puesto el Príncipe sobre sus hombros descubra mas tierra que él. No quisieron con

(1) Non omnia consilia cunctis præsentibus tractari, ratio rerum, aut occasionum velocitas patitur. Tac. lib. 1. hist.
tanta vista a su Príncipe los tebanos, dándolo a entender en el modo de pintarle con las orejas abiertas y los ojos vendados, significando que había de ejecutar a ciegas lo que consultase y resolviese el Senado. Pero aquel símbolo no era de Príncipe absoluto, sino de Príncipe de república, cuya potestad es tan limitada que basta que oiga, porque el ver lo que se ha de hacer está reservado al Senado. Una sombra ciega es de la Magestad, y una apariencia vana del poder. En él dan los reflejos de la autoridad que está en el Senado; y así no ha menester ojos quien no ha de dar paso por sí mismo.

Si bien conviene que el Príncipe tenga en deliberar algún arbitrio, no se ha de preciar tanto de él que por no mostrar que ha menester consejo se aparte del que le dan sus ministros; porque caería en gravísimos inconvenientes, como dice Tácito, le sucedía a Petro (1).

Si fuera practicable habían de ser Reyes los consejeros de un Rey para que sus consejos no desdijesen del decoro, estimación y autoridad Real. Muchas veces obrímentemente el Príncipe, porque es vil quien le

(1) Ne alienæ sententiae indigenæ videretur, in diversa, ac deteriora transibat. *Tuc. lib. 15, ann.*
EMPRESAS POLÍTICAS.

aconseja. Pero ya que no puede ser esto, conviene hacer elección de tales consejeros; que aunque no sean Príncipes, hayan nacido con espíritus y pensamientos de Príncipes y de sangre generosa.

En España, con gran prudencia están constituidos diversos Consejos para el gobierno de los reynos y provincias, y para las cosas más importantes de la monarquía; pero no se debe descuidar en fe de su buena institución; porque no hay república también establecida que no deshaga el tiempo sus fundamentos, ó los desmorone la malicia y el abuso. Ni basta que esté bien ordenada cada una de sus partes si alguna vez no se juntan todas para tratar de ellas mismas y del cuerpo universal. Y así por estas consideraciones hacen las religiones Capítulos provinciales y generales, y la monarquía de la Iglesia Concilios, y por las mismas parece conveniente que de diez en diez años se forme en Madrid un Consejo general ó Cortes de dos consejeros de cada uno de los Consejos, y de dos diputados de cada una de las provincias de la monarquía, para tratar de su conservación y de la de de sus partés; porque si no se renuevan se envejecen y mueren los reynos. Esta junta hará mas unido el cuerpo de la monarquía para corresponderse y asistirse en las nece-
sidades. Con estos fines se convocaban los Consejos de Toledo, en los cuales no sólo mente se trataban las materias de religión, sino también del gobierno de Castilla.

Estas cualidades de los ojos deben también concurrir en los confesores de los Príncipes, que son sus consejeros, jueces y médicos espirituales: oficios que requieren sujetos de mucho zelo al servicio de Dios y amor al Príncipe: que tengan ciencia para juzgar, prudencia para amonestar, libertad para reprehender, y valor para desenganchar, representando (aunque aventuren su gracia) los agravios de los vasallos y los peligros de los reynos, sin embarrar (como dijo Ezequiel) la pared abierta que está para caerse. En algunas partes se valen los Príncipes de los confesores para solo el ministerio de confesar; en otras para las consultas de estado. No examino las razones políticas en lo uno ni en lo otro: solamente digo que en España se ha reconocido por importante su asistencia en el Consejo de Estado, para calificar y justificar las resoluciones, y para que haciéndose capaz del gobierno corrija al Príncipe si faltare á su obligación; porque algunos conocen los pecados que comen-
EMPRESAS POLÍTICAS.

ten como hombres, pero no los que cometen como Príncipes, aunque son más graves los que tocan al oficio que los que á la persona. No solamente parece conveniente que se halle el confesor en el Consejo de Estado, sino también algunos prelados ó eclesiásticos constituidos en dignidad, y que éstos asistan en las Cortes del rey no, por lo que pueden obrar con su autoridad y letras, y porque así se unirían más en la conservación y defensa del cuerpo los dos brazos espiritual y temporal. Los Reyes Godos consultaban las cosas grandes con los prelados congregados en los Concilios Toledanos.

Lo mismo que de los confesores se ha de entender de los predicadores, que són clarines de la verdad (1) y intérpretes entre Dios y los hombres (2), en cuyas lenguas puso sus palabras (3). Con ellos es menester que esté muy advertido el Príncipe, como con arcáduces por donde entran al pueblo los manantiales de la doctrina saludable ó venenosa. De ellos depende la múlitad .

(1) Clama, ne cesses, quasi tuba exalta vocem tuam. Isai. cap. 58. v. 1.
(2) Pro hominisbus constituitur in iis, quae sunt ad Deum. Ad Heb. 5. r. (1)
(3) Ecce dedi verba mea in ore tuo. Jer. 1. 9.
ritud, siendo instrumentos dispuestos á so-
levarla ó á componerla, como se experi-
menta en las rebeliones de Cataluña y Por-
tugal. Su fervor y zelo en la reprehensión
de los vicios suele declararse contra los que
gobernán, y á pocas señas lo entiende el
pueblo; porque naturalmente es malicioso
contra los ministros. De donde puede re-
sultar el descrédito del gobierno y la mala
satisfacción de los súbditos, y de esta el pe-
ligro de los tumultos y sediciones, princi-
palmente cuando se acusan y se descubren
las faltas del Príncipe en las obligaciones de
su oficio; y así es conveniente procurar que
tales reprehensiones sean generales, sin se-
ñalar las personas, cuando no es público el
escándalo y no han precedido la amonesta-
ción evangélica y otras circunstancias contra-
pesadas con el bien público. Con tal modes-
tia reprehende Dios en el Apocalypsi á los
prelados que parece que primero los halaga
y aun los adula (1). A ninguno ofendió
Cristo desde el pulpite; sus reprensiones
fueron generales; y cuando, llegó á las par-
ticulares, no parece que hablo como pre-

(1) Novi opera tua, & fidel, & charitatem tuam, & ministerium, & patientiam tuam, & opera tua nó-
vissima plura prioribus; sed habeo adversus te pau-
ca. Æpó. 2, 19.
dicador, sino como Rey. No se ha de decir
en el púlpito lo que se prohibe en las es-
quinas y se castiga: en que suele engañarse
el zelo, ó por muy ardiente, ó porque le
deslumbra el aplauso popular que corre a
oír los defectos del Príncipe ó del magis-
trado.

EMPRESA LVI.

QUIA SECRETIS, AB OMNIBUS.

D el entendimiento, no de la pluma es el
oficio de secretario. Si fuese de pintar las le-
tras serían buenos secretarios los impresor-
res. Á él toca el consultar, disponer y per-
feccionar las materias. Es una mano de la
voluntad del Príncipe y un instrumento de
su gobierno; un índice por quien señala sus
resoluciones; y como dijo el Rey D. Alon-
so (1): el Chanciller (á quien hoy corresponde el Secretario) es el segundo oficial de casa del Rey, de aquellos que tienen oficios de poridad. Cúbién así como el capellan (habla del mayor, que entonces era confesor de los Reyes) es mediano entre Dios, y el Rey espiritualmente en fecho de su ánima: otros lo es el Chanciller entre él y los omes. Poco importa que en los Consejos se hagan prudentes consultas; si quien las ha de disponer las yerra. Los consejeros dicen sus pareceres: el Príncipe por medio de su Secretario les da alma, y una palabra puesta aquí ó allí muda las formas de los negocios; bien así como en los retratos una pequeña sombra ó un ligero toque del pincel los hace parecidos ó no. El Consejo dispone la idea de la fábrica de un negocio: el Secretario saca la planta; y si ésta va errada, también saldrá errado el edificio levantado por ella. Para significar esto en la presente empresa su pluma es también compás; porque no solo ha de escribir, sino medir y ajustar las resoluciones, compasar las ocasiones y los tiempos, para que ni lleguen antes ni después las ejecuciones: oficio tan unido con el del Príncipe, que si lo permitiera el trabajo no había de conceder-

(1) L. 4. t. 9, Part. 2, Tomo II.
EMPRESAS POLÍTICAS.

se a otro; porque si no es parte de la mag-estad es reflejo de ella. Esto parece que dijo a entender Cicerón cuando advirtió al Proconsul que gobernaba á Asia que su sello (por quien se ha de entender el Secretario) no fuese como otro cualquier instrumento, sino como él mismo: no como ministro de la voluntad agena, sino como testigo de la propia (1). Los demás ministros representan en una parte sola al Príncipe, el Secretario en todas. En los demás basta la ciencia de lo que manejan: en este es necesario un conocimiento y práctica común y particular de las artes de la paz y de la guerra. Los errores de aquellos son en una materia: los de éste en todas, pero ocultos y atribuidos á los Consejos, como á la enfermedad las curas erradas del médico. Puede gobernarse un Príncipe con malos ministros, pero no con un Secretario inexperto. Estómago es donde se digieren los negocios; y si salieren de él mal cocidos, será achacosa y breve la vida del gobierno. Mirense bien los tiempos pasados, y ningun estado se hallará bien gobernado, sino aquel en que hubo grandes Secretarios.

(1) Sit annulus tuus, non ut vas aliquod, sed tamquam ipse tu, non minister alienae voluntatis; sed testis tuae. Cicer. Epist. 1. ad Quinct. BRAT.
¿Qué importa que resuelva bien el Príncipe, si dispone mal el Secretario y no examina con juicio y advierte con prudencia algunas circunstancias, de las cuales suelen depender los negocios? Si le falta la elección, no basta que tenga plática de formularios de cartas; porque apenas hay negocio a quien se pueda aplicar la minuta de otro. Todos con el tiempo y los accidentes mudan la forma y substancia. Tienen los boticarios recetas de varios médicos para diversas curas; pero las errarían todas si ignorantes de la medicina las aplicasen a las enfermedades sin el conocimiento de sus causas, de la compleción del enfermo, del tiempo y de otras circunstancias que halló la experiencia y consideró el discurso y especulación. Un mismo negocio se ha de escribir diferentemente a un ministro flémático que a un colérico: á un tímido que a un arrojado. Á unos y a otros han de enseñar á obrar los despachos. ¿Qué son las Secretarías sino unas escuelas que sacan grandes ministros? En sus advertencias han de aprender todos á gobernar. De ellas han de salir advertidos los aciertos, y acusados los errores. De todo lo dicho se infiere la conveniencia de elegir Secretarios de señaladas partes. Aquellos grandes ministros de pluma ó Secretarios de Dios, los Evangelistas
EMPRESAS POLÍTICAS.

se figuran en el Apocalipsis por cuatro animales con alas llenos de ojos externos e internos (1), significando por sus alas la velocidad y ejecución de sus ingenios; por sus ojos externos que todo lo reconocían; por los internos su contemplación; tan aplicados al trabajo, que ni de día ni de noche reposaban (2); tan asistentes a su obligación, que (como da a entender Ezequiel) siempre estaban sobre la pluma y papel (3), conformes y unidos a la mente y espíritu de Dios sin apartarse de él (4).

Para acertar en la elección de un buen Secretario sería conveniente ejercitar primero los sujetos, dando el Príncipe Secretarios a sus embajadores y ministros grandes, los cuales fuesen de buen ingenio y capacidad, con conocimiento de la lengua latina, llevándolos por diversos puestos, y trayéndolos después a las Secretarías de la Corte, donde sirviesen de oficiales, y se perfeccionasen para Secretarios de Estado y

---

(1) Singula eorum habebant alas senas: & in circuitu, & intus plena sunt oculis. Apoc. 4. 8.
(2) Et requiem non habebant die, & nocte. Ibidem.
(3) Facies eorum, & pennae eorum extensa de super. Ezech. 1. 11
(4) Ubi erat impetus spiritus, illuc gradiebantur. Ezech. 1. 12.
de otros Consejos, y para tesoreros, comisarios y veedores, cuyas experiencias y noticias importarían mucho al buen gobierno y expedición de los negocios. Con esto se escusaría la mala elección que los ministros suelen hacer de Secretarios, valiéndose de los que tenían antes, los cuales ordinariamente no son á propósito; de donde resulta que suele ser más dañoso al Príncipe elegir un ministro bueno que tiene mal Secretario, que elegir uno malo que le tiene bueno: fuera de que elegido el Secretario por la mano del Príncipe de quien espera su acrecentamiento, velarían más los ministros en su servicio, y estarían más atentos á las obligaciones de sus cargos y á la buena administración de la hacienda Real.

Conociendo el Rey Don Alonso el Sabio la importancia de un buen Secretario, dijo (1) que debe el Rey escoger tal one para esto, que sea de buen linage, é haya buen seso natural; é sea bien razonado, é de buena manera, é de buenas costumbres, é sepa leer é escribir tambien en latin como en romance. No parece que quiso el Rey Don Alonso que solamente supiese el Secretario escribir la lengua latina, sino también hablarla, siendo tan importante á quien ha

(1) L. 4. tit. 9. Part. 2.
de tratar con todas las naciones. En estos tiempos que la monarquía española se ha dilatado por provincias y reynos extranjeros es muy necesario, siendo frecuente la correspondencia de cartas latinas.

La parte mas esencial en el Secretario es el secreto, de quien se le dió por esto el nombre para que en sus oídos le sonase á todas horas su obligacion. La lengua y la pluma son peligrosos instrumentos del corazón, y suele manifestarse por ellos, ó por ligereza del juicio incapaz de misterios, ó por vanagloria, queriendo los Secretarios parecer depósitos de cosas importantes, y mostrarse entendidos, discurriendo ó escribiendo sobre ellas á correspondientes que no son ministros; y así no será bueno para Secretario quien no fuere tan modesto que escuche mas que refiera: conservando siempre un mismo semblante, porque se lee por él lo que contienen sus despachos.
Obran en el relox las ruedas con tan mudo y oculto silencio que ni se ven ni se oyen; y aunque de ellas pende todo el artificio, no le atribuyen á sí, antes consultan á la mano su movimiento, y ella sola distingue y señala las horas mostrándose al pueblo autora de sus puntos. Este concierto y correspondencia se ha de hallar entre el Príncipe y sus consejeros. Conveniente es que los tenga; porque (como dijo el Rey Don Alonso el Sabio) (1) el Emperador y el Rey maguer sean grandes señores, non pue-

EMPRESAS POLÍTICAS.
de hacer cada uno dellos mas que un ome, y el gobierno de un estado ha menester a muchos; pero tan sujetos y modestos que no haya resolucion que la atribuyan á su consejo, sino al del Príncipe. Asistanle al trabajo, no al poder. Tenga ministros, no compañeros del imperio. Sepan que puede mandar sin ellos, pero no ellos sin él. Cuando pudiere ejercitar su grandeza y hacer ostentacion de su poder sin dependencia agena, obre por sí solo. En Egipto, donde está bien dispuesto el calor, engendra el cielo animales perfectos sin la asistencia de otro. Si todo lo confiere el Príncipe, mas será consultor que Príncipe. La dominacion se disuelve cuando la suma de las cosas no se reduce á uno (1). La monarquía se diferencia de los demas gobiernos en que uno solo manda, y todos los demas obedecen; y si el Príncipe consintiere que manden muchos, no será monarquia sino aristocracia. Donde muchos gobiernan no goberna alguno. Por castigo de un estado lo tiene el Espíritu Santo (2), y por bendicion

(1) Neve Tiberius vim Principatus resolveret, cuncta ad Senatum vocando, eam conditionem esse imperandi, ut non aliter ratio constet, quam si uni reddatur. Tac. lib. 1. ann.
(2) Propter peccata terræ multi Principes ejus. Prov. cap. 28. 2.
que solo uno gobierne (1). En reconociendo los ministros hoiiedad en el Príncipe, y que los deja mandar, procuran para sí la mayor autoridad. Creee entre ellos la emulación y soberbia. Cada uno tira del manto Real, y lo reduce á girones. El pueblo confuso desconoce entre tantos señores al verdadero, y desestima el gobierno, porque todo le parece errado cuando no cree que nace de la mente de su Príncipe, y procura el remedio con la violencia. Ejemplos funestos nos dan las historias en la privación del reyno y muerte del Rey de Galicia Don García (2), el cual ni aun mano quiso ser que señalase los movimientos del gobierno: todo lo remitia á su valido, á quien tambien costó la vida. El Rey Don Sancho de Portugal fue privado del reyno, porque en él mandaban la Reyna y criados de humilde nacimiento. Lo mismo sucedió al Rey Don Enrique el Cuarto, porque vivia tan ageno de los negocios que firmaba los despachos sin leerlos, ni saber lo que contenian. Á todos los males está expuesto un Príncipe, que sin examen, sin consideracion ejecuta solamente lo que

(1) Et suscitabó super eas Pastorem unum, qui paseat eas. Exoch. c. 34. 23.
otros ordenan, porque en él imprime cada uno como en cera lo que quiere: así sucedió al Emperador Claudio (1). Sobre los hombros propios del Príncipe, no sobre los de los ministros, fundó Dios su principado (2), como dió a entender Samuél á Saúl cuando ungido Rey le hizo un banquete en que de industria solamente le sirvió la espalda de un carnero (3). Pero no ha de ser el Príncipe como el camello que ciegamente se inclina á la carga; menester es que sus espaldas sean con ojos como las de aquella vision de Ezequiel (4), para que vean y sepan lo que llevan sobre sí. Carro y carretero de Israel llamó Eliséo á Elías (5), porque sustentaba y regía el peso del gobierno. Deja de ser Príncipe el que por sí mismo no sabe mandar ni con-

(1) Nihil arduum videbatur in animo Principis, cui non judicium, non odium erat, nisi indita, et jussa. 

(2) Factus est Principatus super humerum ejus. 

(3) Levavit autem coccus armum, & posuit ante Saul. Dixitque Samuel: ecce quod remansit, pone ante te, & comede: quia de industria servatum est tibi, quando populum vocavi. 

(4) Et dorsa earum plena erant oculis. 

(5) Eliseus autem videbat, & clamabat: Pater mi, Pater mi, currus Israel, & auriga ejus.
trádecir, como se vio en Vitelio que no teniendo capacidad para ordenar ni castigar, mas era causa de la guerra que Emperador (1). Y así no solamente ha de ser el Príncipe mano en el reloj del gobierno, sino también volante que dé el tiempo al movimiento de las ruedas, dependiendo de él todo el artificio de los negocios.

No por esto juzgo que haya de hacer el Príncipe el oficio de juez, de consejero o presidente. Mas supremo y levantado es el suyo (2). Si á todo atendiese le faltaría tiempo para lo principal. Y así debe haber (palabras son del Rey Don Alonso) (3) omnes sabidores é entendidos y leales é verdaderos que le ayuden é le sirvan de fecho en aquellas cosas que son menester para su Consejo, é para facer justicia é derecho á la gente, cá él solo non podría ver, nin libró todas las cosas, porque ha menester por fuerza ayuda de otros en quien se fie. Su oficio es valerse de los ministros como de instrumentos de reynar, y dejarlos obrar; pe-

(1) Ipse neque jubendi, neque vitandi potens, non jam Imperator, sed tantum belli causa erat. Tac. lib. 3. hist.
(2) Non sædilis, aut Prætoris, aut Consulis partes sustineo; majus aliquid & excelsius à Prinçipe postulatur. Tac. lib. 3. ann.
(3) Ley. 3. tit. 1. P. 2.
ro atendiendo á lo que obran con una di-
rección superior; más ó menos inmediata ó asistente, según la importancia de los
negocios. Los que son propios de los minis-
tros traten los ministros. Los que tocan al
oficio de Príncipe, solo el Príncipe los re-
suelva. Por esto se enojó Tiberio con el Se-
izado que todo lo remitía á él (1). No se
han de embarazar los cuidados graves del
Príncipe con consultas ligeras, cuando sin
ofensa de la magestad las puede resolver
el ministro. Por esto advirtió Sanquinio al
Senado romano que no acrecentase los cui-
dados del Emperador en lo que sin darle
disgusto se podía remediar (2). En habien-
do hecho el Príncipe confianza de un mi-
nistro para algún manejo, deje que corra
por él enteramente. Entregado á Adan el
dominio de la tierra le puso Dios delante
los animales y aves para que les pusiese
sus nombres, sin querer reservarlo para
sí (3). También ha de dejar el Príncipe á

(1) Et proximi Senatus die, Tiberius per lìtte-
ras castigatis obliquè Patribus, quod cuncta curarum
ad Principem rejicerent. Tac. lib. 3. ann.
(2) Sanquinius maximus è consularibus oravit
Senatum, ne curas Imperatoris, conquistis insuper
acerbitatibus augerent: sufficere ipsum statuendis re-
mediis. Tac. lib. 6. ann.
(3) Formatis de humo cunctis animantibus terre-
otros las diligencias y fatigas ordinarias; porque la cabeza no se cansa en los oficios de las manos y pies, ni el piloto trabaja en las faenas, antes sentado en la popa gobierna la nave con un reposado movimiento de la mano, con que obra más que todos. 

Cuando el Príncipe por su poca edad ó por ser decrépita, ó por natural insuficiencia, no pudiere atender á la dirección de los negocios por mayor, tenga quien le asist, siendo de menos inconveniente gobernar se por otro que errarlo todo por sí. Los primeros años del imperio de Nerón fueron felices, porque se gobernó por buenos consejeros; y cuando quiso por sí solo se perdió. El Rey Felipe Segundo viendo que la edad y los achaques le hacían inhábil para el gobierno, se valió de ministros fieles y experimentados. 

Pero aun cuando la necesidad obligare á esto al Príncipe, no ha de vivir descuidado y ageno de los negocios, aunque tenga ministros muy capaces y fieles; porque el cuerpo de los estados es como los naturales, que en faltándoles el calor interior del alma ningunos remedios ni diligencias

& universis volantibus coeli, adduxit ea ad Adam, ut videret, quid vocaret ea, Gen. cap. 2, 19.
EMPRESAS POLÍTICAS.

bastan á mantenerlos ó á sustentar que no se corrompan. Alina es el Príncipe de su re-
pública, y para que viva es menester que en alguna manera asista á sus miembros y órgano. Si no pudiere enteramente dár entender que todo lo oye y ve, con tal des-
treza que se atribuya á su disposició y juicio. La presencia del Príncipe, aunque no abre y está divertida, hace recatados los ministros. El saber que van á sus ma-
ños las consultas les da reputación, aunque ni las mude ni las vea. ¿Qué será pues, si tal vez pasare los ojos por ellas, o infor-
mado secretamente las corriigiere y castiga-
re los descuidos de sus ministros y se hi-
ciere temer? Una sola demostracion de es-
tas los tendrá cuidadosos, creyendo que todo lo mira ó que suele mirarlo. Hagan los Consejos las consultas de los negocios y de los sugetos beneméritos para los cargas y las dignidades; pero vengan á él y sea su mano la que señale las resoluciones y las mercedes, sin permitir que como reloj de sol las muestren sus sombras (por sombras entiendo los ministros y válidos) y que pri-
mero las publiquen atribuyéndolas á ellos; porque si en esto faltare el respeto, perde-
rán los negocios su autoridad y las mer-
cedes su agradecimiento, y quedara deses-
timado el Príncipe, de quien se habían de
reconocer. Por esta razón Tiberio, cuando vio inclinado el Senado a hacer mercedes a M. Hortalo se opuso a ellas (1), y se enojó contra Julio Gallión, porque propuso los premios que se habían de dar a los soldados pretorianos, pareciéndole que no convenía los señalase otro sino solamente el Emperador (2). No se respetaba a un Príncipe porque es Príncipe, sino porque como Príncipe manda, castiga y premia. Las resoluciones ásperas o las sentencias penales pasen por la mano de los ministros, y encubra la suya el Príncipe. Caiga sobre ellos la aversión y odio natural al rigor y a la pena, y no sobre él (3). De Júpiter decía la antigüedad que solamente vibraba los rayos benignos que sin ofensa eran amagós y ostentación de su poder, y los demás por consejo de los dioses. Esté en los ministros la opinión de rigurosos, y en el Príncipe la de clemente. De ellos es el acusar y con-

---

(1) Inclinatio Senatus incitamentum Tiberio fuit, quo promptius adversaretur. Tacit. lib. 2. ann.
(2) Violenter increpuit, velut coram rogitans, quid illi cum militibus, quos, neque dicta Imperators, neque præmia; nisi ab Imperatore accipere par esset. Tac. lib. 6. ann.
(3) Et honores ipse per se tribuere, poenas autem per alios Magistratus, & judices irrogare. Arist. l. 5. Pol. c. 11.
EMPRESAS POLÍTICAS.

denar: del Príncipe el absolver y perdonar. Gracias daba el Rey Don Manuel de Portugal al que hallaba razones para librar de muerte algun reo. Asistiendo el Rey de Portugal Don Juan el Tercero á la vista de un proceso criminal fueron iguales los votos; unos absolvían al reo, otros le condenaban; y habiendo de dar el suyo, dijo: los que le habeis condenado habeis hecho justicia á mi entender, y quisiera que con ellos se hubieren conformado los demás. Pero yo voto que sea absuelto, porque no se diga que por el voto del Rey fué condenado á muerte un vasallo. Para la conservacion de ellos fue criado el Príncipe; y si no es para que se consiga, no ha de quitar la vida á alguno.

No asiste al artificio de las ruedas la mano del reloj, sino las deja obrar y señalando sus movimientos: así le pareció al Emperador Cárlos Quinto que debían los Príncipes gobernarse con sus consejeros de Estado, dejándolos hacer las consultas sin intervenir á ellas, y lo dió por instrucción á su hijo Felipe Segundo; porque la presencia confunde la libertad y suele obligar á la lisonja. Si bien parece que en los negocios graves conviene mucho la presencia del Príncipe; porque no dejan tan informado el ánimo las consultas leídas como las conferidas, en que aprenderá mucho y to-
mará amor á los negocios, conociendo los naturales y fines de sus consejeros. Pero debe estar el Príncipe muy advertido en no declarar su mente, porque no le siga la li-sonja, ó el respeto ó el temor, que es lo que obligó á Pison á decir á Tiberio (cuando quiso votar la causa de Marcelo, acusado de haber quitado la cabeza de la estatua de Augusto y puesto la suya) que en qué lugar quería votar; porque si el primero, tendría á quien seguir; y si el último, temia contradecirle inconsideradamente. (1). Por esto fue alabado el decreto del mismo Em-perador cuando ordenó que Druso su hijo no votase el primero en el Senado, porque no necesitase á dos demás á seguir su pare-cer (2). Este peligro es grande, y también la conveniencia de no declarar el Príncipe ni antes ni después su ánimo en las consultas, porque podrá con mayor secreto ejecutar á su tiempo el consejo que mejor le pareciere. El Rey Don Enrique de Portugal fue tan advertido en esto, que propo-

(1) Quo loco censebis Cæsar? Si primus habeo quod sequar: si post omnès, véreor ne imprudens dissentiam. Tac. lib. 1. ann.

(2) Exemit etiam Drusum Consulem designatum dicenda: primó loco sententia, quod alii civile re-bantur, ne cæteris adsentiendi necessitas fieret. Tac. lib. 3. ann.

Tomo II.
EMPRESAS POLÍTICAS.

ningún negocios á su Consejo sin que en las palabras ó en el semblante se pudiese conocer su inclinación. De aquí nació el estilo de que los Presidentes y Vireyes no voten en los Consejos, el cual es muy antiguo, usado entre los Etolos.

Pero en caso que el Príncipe desee aprobación y no consejo podrá dejarse entender antes señalando su opinión; porque siempre hallará muchos votos que la sigan, ó por agradarle ó porque fácilmente nos inclitamos al parecer del que manda.

En los negocios de guerra, y principalmente cuando se halla el Príncipe en ella, es más importante su asistencia á las consultas, por las razones dichas, y porque ánime con ella y pueda luego ejecutar las resoluciones, sin que se pase la ocasión mientras se las re- fieren. Pero esté advertido de que muchos consejeros delante de su Príncipe quieren acreditarse de valerosos y parecer mas animosos que prudentes, y dan arrojados consejos; aunque ordinariamente no suelen ser los ejecutores de ellos, antes los que mas huyen del peligro, como sucedió á los que aconsejaban á Vitelio que tomase las armas (1).

---

(1) Sed quod in ejusmodi rebus accidit, consilium ab omnibus datum est, periculum pauci sumpsere. Tac. lib. 3. hist.
Cuestión es ordinaria entre los políticos si el Príncipe ha de asistir á hacer justicia en los tribunales. Pesada ocupación parece, y en que perdería el tiempo para los negocios políticos y del gobierno; si bien Tiberio después de haberse hallado en el Senado asistía á los tribunales (1). El Rey Don Fernando el Santo se hallaba presente á los pleitos, oía y defendía á los pobres, y favorecía á los flacos contra los poderosos. El Rey Don Alonso el Sabio (2) ordenó que el Rey juzgase las causas de las viudas y de los huérfanos. Porque maguer el Rey es tenido de guardar todos los de su tierra, señaladamente lo debe hacer á éstos, porque son así como desemparados, é más sin consejo que los otros. A Salomón acredi-tó su gran juicio en decidir las causas (3); y los israelitas pedían Rey que, como los que tenían las demás naciones, los juzgase (4). Sola la presencia del Príncipe hace buenos

(1) Nec patrum cognitionibus satiatus, judiciis, adsidEBat in cornu tribunalis. Tac. lib. 1. ann.
(2) L. 20. tit. 23. P. 3.
(3) Audivit itaque omnis Israel judicium, quod judicasset Rex, et timuerunt Regem, videntes sapientiam Dei esse in eo ad faciendum judicium. 3. Reg. cap. 3. 28.
(4) Constitue nobis Regem, ut judicet nos sicut et universae habent nationes. 1. Reg. cap. 8. 5.
á los jueces (1), y sola la fuerza de Rey puede defender á los flacos (2). Lo que mas obligó á Dios á hacer Rey á David fue el ver que quien libraba de los dientes y garras de los leones á sus ovejas (3), sabria defender á los pobres de los poderosos. Tan grato es á Dios este cuidado que por el solo se obliga á borrar los demas pecados del Príncipe y reducirllos á la candidez de la nieve (4). Y así no niego el ser esta parte principal del oficio de Rey; pero se satisface á ella con elegir buenos ministros de justicia y con mirar cómo obran, y basta-ra que tal vez en las causas muy graves (llamo graves las que pueden ser oprimidas del poder) se halle al votarlas, y que siempre teman los jueces que puede estar presente á ellas desde alguna parte oculta del tribunal. Por este fin estan todos dentro del palacio Real de Madrid, y en las salas donde se hacen hay ventanas, á las

(1) Rex qui sedet in solio judicii, dissipat omne malum intuitu suo. Prov. cap. 20. 8.
(3) Persequeretur eos, et percutiebam, eruebamque de ore eorum. 1. Reg. 17. 34.
(4) Quærite judicium, subvenite oppresso, judicate pupillo, defendite viduam. Et venite, et arguete me, dicit Dominus: si fuerint peccata vestra ut coccinum, quasi nix dealbabuntur. Isai. 1. v. 17.
cual es sin ser visto se suele asomar su MAGESTAD: traza que se aprendió del Divan del Gran turco, donde se juntan los BÁJAES á conferir los negocios, y cuando quiere los oye por una ventana cubierta con un tafetán carmesí.

Este concierto y armonía del relox y la correspondencia de sus ruedas con la mano que señala las horas se ve observado en el gobierno de la monarquía de España, fundada con tanto juicio que los reynos y provincias que desunió la naturaleza los une la prudencia. Todas tienen en Madrid un Consejo particular, el de Castilla, de Aragon, de Portugal, de Italia, de las Indias y de Flandes, á los cuales preside uno. Allí se consultan todos los negocios de justicia y gracia, tocantes á cada uno de los reynos ó provincias. Suben al Rey estas consultas, y resuelve lo que juzga mas conveniente; de suerte que son estos Consejos las ruedas, su Magestad la mano; ó son los nervios ópticos por donde pasan las especies visuales, y el Rey el sentido común que las distingue y conoce, haciendo juicio de ellas. Estando pues así dispuestas las cosas de la monarquía, y todas presentes á su Magestad, se gobernán con tanta prudencia y quietud que en mas de cien años que se levantó apenas se ha visto un desconcierto.
Opes publicae continebatur, quantum civium, sociorumque in armis, quot classes, regna, provinciae; tributa, et necessitates, ac largitiones, que cuncta sua manu perscripserat Augustus. Tac. Lib. i. ann.
ría es depósito de las experiencias, pero depósito fragil si no se vale de la pluma para perpetuarlas en el papel. Mucho llegará a saber quien escribiere lo que, enseñado de los aciertos y de los errores, notare por conveniente. Si V. A. despreciare esta diligencia cuando ciñere sus sienes la corona, y le pareciere que no conviene humillar á ella la grandeza Real, y que basta asistir con la presencia, no con la atención al gobierno, dejándole en manos de sus ministros, bien creo de la buena constitución y orden de la monarquía en sus Consejos y tribunales que pasará V. A. sin peligro notable la carrera de su reynado; pero habrá sido mano de relox gobernada de otras ruedas, y no se verán los efectos de un gobierno levantado y glorioso, como seria el de V. A. si (como espero) procurase en otro libro, como en el de Augusto, notar cada año en cada reyno á parte y aquellas mismas cosas, añadiendo las fortalezas principales de él, qué presídios tienen, qué varones señalados hay para el gobierno de la paz y de la guerra, sus calidades, partes y servicios, y otras cosas semejantes; haciendo también memoria de los negocios grandes que van sucediendo, en qué consistieron sus aciertos ó sus errores, y de otros puntos y ad-
vertencias convenientes al buen gobierno. 

Por este cuidado y atención es tan admirable la armonía del gobierno de la Compañía de Jesús, á cuyo General se envían noticias particulares de todo lo que pasa en ella, con listas secretas de los sujetos; y porque estos mudan con el tiempo sus calidades y costumbres, se van renovando de tres en tres años, aunque cada año se envían algunas informaciones no tan generales, sino de accidentes que conviene tenga entendidos, con lo cual siempre son acertadas las elecciones, ajustando la capacidad de los sujetos á los puestos, no al contrario. Si tuviesen los Príncipes estas notas de las cosas y de las personas, no serían engañados en las relaciones y consultas: se harían capaces del arte de reynar sin depender en todo de sus ministros: serían servidos con mayor cuidado de ellos, sabiendo que todo había de llegar á su noticia, y que todo lo notaban; con que no se cometerían descuidos tan notables como vemos en no prevenir á tiempo las cosas necesarias para la guerra y la paz: la virtud crecería y menguaría el vicio con el temor á tales registros. No serán embarazosas estas sumarias relaciones, unas por mano del mismo Príncipe, y otras por los ministros que ocupan los puestos principales, ó por
personas inteligentes de quien se pueda fiar que las harán puntuales. Pues si, como dijo Cicerón, son necesarias las noticias universales y particulares á un Senador (1), que solamente tiene una parte pequeña en el gobierno, ¿cuánto más serán al Príncipe que atiende al universal? Y si Felipe Rey de Macedonia hacia que le leyesen cada día dos veces las capitulaciones de la confederación con los romanos, ¿por qué se ha de des dexar el Príncipe de ver en un libro abreviado el cuerpo de su imperio, reconociendo en él, como en un pequeño mapa, todas las partes de que consta?

(1) Est Senatori necessarium nosse rempubli-
cam, idque latè patet, quid habeat militum, quid valeat arario, quos socios republica habeat, quos amicos, quos stipendiarios, qua quisque sit leges, conditione, foedere, &c. Cicer.
Es el honor uno de los principales instrumentos de reynar: si no fuera hijo de lo honesto y glorioso le tuviera por invencion politica. Firmeza es de los imperios. Ninguno se puede sustentar sin él. Si faltase en el Príncipe faltaria la guarda de sus virtudes, el estímulo de la fama y el vínculo con que se hace amar y respetar. Querer exceder en las riquezas es de tiranos: en los honores, de Reyes (1). No es menos

(1) Velle pecuniis excellere tyrannicum est, honoribus vero magis regium. Arist. lib. 5. Pol. cap. 10.
conveniente el honor en los vasallos que en el Príncipe; porque no bastarían las leyes a reprimir los pueblos sin él, siendo así que no obliga menos el temor de la infamia que el de la pena. Luego se disolvería el orden de pública, si no se hubiese hecho reputación la obediencia, la fidelidad, la integridad y fe pública. La ambicion de gloria conserva el respeto á las leyes, y para alcanzarla se vale del trabajo y de las virtudes. No es menos peligrosa la republica en quien todos quieren obedecer, que aquella en quien todos quieren mandar. Un reyno humilde y abatido sirve á la fuerza y desconoce sus obligaciones al señor natural; pero el altivo y preciado del honor desestima los trabajos y los peligros, y aun su misma ruina por conservarse obediente y fiel. ¡Qué guerras, qué calamidades, qué incendios no ha tolerado constante el Condado de Borgoña, por conservar su obediencia y lealtad á su Rey! Ni la tiranía y bárbara crueldad de los enemigos, ni la infección de los elementos, conjurados todos contra ella, han podido derribar su constancia. Pudieron quitar á aquellos fieles vasallos las haciendas, las patrias y las vidas, pero no su generosa fe y amor entrañable á su señor natural.

Para los males internos suele ser reime-
dio el tener bajo al pueblo, sin honor y reputación: política de que usan los chinos, que solamente peligran en sí mismos. Pero en los demás reynos expuestos á la invasión es necesaria la reputación y gloria de los vasallos para que puedan repeler á los enemigos; porque donde no hay honra no hay valor. No es gran Príncipe el que no domína á corazones grandes y generosos, ni podrá sin ellos hacerse temer, ni dilatar sus dominios. La reputación en los vasallos les obliga á procurarla en el Príncipe, porque de su grandeza pende la de ellos. Una sombra vana de honor los hace constantes en los trabajos y animosos en los peligros. ¿Qué tesoros bastarían á comprar la hacienda que derraman, la sangre que vierten por voluntad y caprichos de los Príncipes, si no se hubiera introducido esta moneda pública del honor, con que cada uno se paga en su presuncion? Precio es de las hazañas y acciones heróicas, y el precio más barato que pudieron hallar los Príncipes; y así cuando no fuera por grandeza propia, deben por conveniencia mantener vivo entre los vasallos el punto del honor, disimulando ó castigando ligeramente los delitos que por conservarle se cometen, y animando con premios y demostraciones públicas las acciones grandes y generosas;
pero adviertan que es muy dañosa en los súbditos aquella estimación ligera ó gloria vana fundada en la ligereza de la opinión, y no en la sustancia de la virtud; porque de ella nacen las competencias entre los ministros á costa del bien público y del servicio del Príncipe, los duelos, las injurias y homicidios, de que resultan las sediciones. Con ella es puntosa y mal sufrida la obediencia, y á veces se ensangrienta en el Príncipe, cuando juzgando el vasallo en el tribunal de su opinión ó en el de la voz común que es tirano y digno de muerte, se la da por sacrificarse por la patria y quedar famoso (1). Y así es menester que el Príncipe cure esta superstición de gloria de sus vasallos, inflamándolos en la verdad.

No se desdene la Magestad de honrar mucho á los súbditos y á los extranjeros; porque no se menoscaba el honor de los Príncipes aunque honren largamente, bien así como no se disminuye la luz de la hacha que se comunica á otras y las enciende. Por esto comparó Ennio á la llama la

(1) Itaque Monarchas, non ut sibi vendicent monarchiam invadunt, sed ut famam, & gloriam adipiscantur. *Arist. lib. 5, Pol. cap. 10.*
De suya comparacion infirió Cicerón que todo lo que se pudiese sin daño nuestro se debe hacer por los demás, aunque no sean conocidos (1). De ambas sentencias se sacó el cuerpo de esta empresa en el blando con la antorcha encendida, símbolo de la Divinidad y insignia del supremo magistrado, de la cual se toma la luz, para significar cuan sin detrimento de la llama de su honor le distribuyen los Príncipes entre los beneméritos. Prestada y no propia tiene la honra quien teme que le ha de faltar si la pusiere en otro. Los manantiales naturales siempre dan y siempre tienen que dar. Inexhausto es el dote del honor en los Príncipes por más liberales que sean. Todos los honran como á depositarios que han de repartir los honores que reciben; bien así como la tierra refresca con sus vapores el

(1) Ut quidquid sine detrimento accommodari possit, id tribuatur, vel ignoto. Cicer.
EMPRESA LVIII.

ayré, el cual se los vuelve en rocíos que la mantienen. Esta recíproca correspondencia entre el Príncipe y sus vasallos advirtió el Rey Don Alonso el Sabio (1), diciendo: que honrando al Rey honrará a sí mismos, é á la tierra donde son, é facen lealtad conocida, porque deben haber bien é honra del. Cuando se corresponden así, florece la paz y la guerra y se establece la dominación. En ninguna cosa muestra mas el Príncipe su grandeza que en honrar. Cuanto más nobles son los cuerpos de la naturaleza tanto mas pródigos en repartir sus calidades y dones. Dar la hacienda es caudal humano; dar honras, poder de Dios ó de aquellos que estan mas cerca de él. En estas máximas generosas deseo ver á V. A. muy instruido, y que con particular estudio honre V. A. la nobleza, principal columna de la monarquía.

Os caballeiros tende em muita estima.

Pois com seu sangue intrépido, et fervente
Estendem não somente á ley de cima,
Mas inda vosso imperio preeminente (2).

Oiga V. A. sobre esto á su glorioso ante-

---

(1) L. 17. tit. 13. Part. 2.
(2) Cam. Lus. can. 10.
céor el Rey Don Alonso el Sabio (1), el cual amaestrando á los Reyes sus sucesores, dice: Otros deben amar é honrar á los ricos ómes, porque son nobleza é honra de sus cortes é de sus reynos; é amar é honrar deben los caballeros, porque son guarda é amparamiento de la tierra. Cá non se deben recelar de recibir muerte por guardarla é acrecentarla.

Los servicios mueren sin el premio: con él viven y dejan glorioso el reynado; porque en tiempo de un Príncipe desagradoscido no se acometen cosas grandes, ni quedan ejemplos gloriosos á la posteridad. Apenas hicieron otra hazaña aquellos tres valientes soldados, que rompiendo por los escuadrones tomaron el agua de la cisterna, porque no los premió David (2). El Príncipe que honra los méritos de una familia funda en ella un vínculo perpetuo de obligaciones y un mayorazgo de servicios. No menos mueve á obrar gloriosamente á los nobles lo que sirvieron sus progenitores, y las honras que recibieron de los Reyes, que las que esperan. Estas consideraciones obli-

(1) L. 17. tit. 13. Part. 2.
(2) Irruperunt ergo tres fortes castra Philistinorum, et hauserunt aquam de cisterna Bethlehem. 2. Reg. 23. 16.
garon á los antecesores de V. A. á señalar con eternas memorias de honor los servicios de las casas grandes de España. El Rey D. Juan el Segundo premió y honró los que hicieron los Condes de Rivadeo, concediéndoles que comiesen á la mesa de los Reyes el día de los Reyes, y se les diese el vestido que trajese el Rey aquel día. El Rey Católico hizo la misma merced á los Condes de Cádiz del que vistiesen los Reyes en la festividad de la inmaculada Virgen nuestra señora por setiembre. A los Marqueses de Moya la copa en que bebiesen el día de Santa Lucía. A los de la Casa de Vera, Condes de la Roca (1), que pudiesen cada año hacer exentos de tributos á treinta todos los sucesores en ella. Y cuando el mismo Rey Don Fernando (2) se vió en Saona con el Rey de Francia asentó á su mesa al Gran Capitán, á cuya casa se fue á aparecer cuando entró en Nápoles. ¿Qué mucho si le debía un reyno, y España la felicidad y gloria de sus armas? Por quien pudo decir lo que Tácito del otro valeroso capitán: que en su cuerpo estaba todo el esplendor de los Cheruscos, y en sus Consejos cuanto se ha-

(1) Puente, trat. del linage de los Veras.
Tomo II.
EMPRESAS POLÍTICAS.

Había hecho y sucedido prósperamente (1). El valor y prudencia de un ministro solo, suele ser el fundamento y exaltación de una monarquía. La que se levantó en América, se debe a Hernán Cortés y a los Pizarros. El valor y destreza del Marqués de Aytona mantuvo quietos los estados de Flandes, muerta la Señora Infanta Doña Isabel. Instrumentos principales han sido de la continuación del Imperio en la augustísima Casa de Austria y de la seguridad y conservación de Italia, algunos ministros presentes, en los cuales los mayores premios serán deuda y centella de emulación gloriosa a los demás. Con la paga de unos servicios se compran otros muchos. Usura es generosa, con que se enriquecen los Príncipes y adelantan y aseguran sus estados. El imperio Otomano se mantiene, premiando y exaltando el valor donde se halla. La fabrica de la monarquía de España creció tanto, porque el Rey Don Fernando el Católico, y después Carlos Quinto y el Rey Felipe Segundo, supieron cortar y labrar las piedras más apropiado para su grandeza. Quéjanse los Príncipes de que es su siglo estéril de

---

(1) Illa in corpore decus omne Cheruscorum, illius consilii gesta, que prospere ceciderint, testabantur. Tac. lib. 2. ann.
sugetos; y no adviertan que ellos le hacen estéril, porque no los buscan, ó porque si los hallan no los saben hacer lucir con el honor y el empleo, y solamente levantan á aquellos que nacieron viviendo cerca de ellos, en que tiene más parte el caso que la elección. Siempre la naturaleza produce grandes varones; pero no siempre se valen de ellos los Príncipes. ¡Cuántos excelentes ingenios, cuántos ánimos generosos nacen y mueren desconocidos, que si los hubieran empleado y ejercitado fueran admiración del mundo! En la capellanía de la iglesia de San Luis en Roma hubiera muerto Osís sin gloria y sin haber hecho señalados servicios á Francia si el Rey Enrique Cuarto, teniendo noticia de su gran talento, no le hubiera propuesto para Cardenal. Si á un sujeto grande deja el Príncipe entre el vulgo, vive y muere oculto como uno del vulgo sin acertar á obrar. Retirase Cristo al monte Tabór con tres discípulos, dejando á los demás con la turba, y como á desfavorecidos se les entorpeció la fe (1), y no pudieron curar á un endemoniado (2).

(1) Nam Domino in monte demorante, et ipsis cum turbis residentibus, quidam tepor eorum fidei retardaverat. Hilar. c. 17. sup. Matth.
(2) Obtruli eum Discípulis, et non potuerunt curare eum. Matth. 17. 15.
EMPRESAS POLÍTICAS.

No crecen ó no dan flores los ingenios si no los cultiva y los riega el favor. Y así el Príncipe que sembrare honorés cogerá grandes ministros; pero es menester sembrarlos con tiempo, y tenerlos hechos para la ocasión, porque en ella dificilmente se hallan. En esto suelen descuidarse los grandes Príncipes cuando viven en paz y sosiego, creyendo que no tendrán necesidad de ellos.

No solamente deben los Príncipes honrar á los nobles y grandes ministros, sino también á los demas vasallos, como lo encargó el Rey Don Alonso el Sabio (1) en una ley de las Partidas, diciendo: é aun deben honrar á los maestros de los grandes saberes. Cá por ellos se facen muchos de ones buenos, é por cuyo consejo se mantienen é se enderezan muchas vedadas los reynos é los grandes señores. Cá así, como dijeron los sabios antiguos, la sabiduria de los derechos es otra manera de caballería con que se quebrantan los atrevimientos, é se enderezan los tuertos. E aun deben amar é honrar á los ciudadanos, porque ellos son como tesoreros é raiz de los reynos. E eso mismo deben facer á los mercaderes que traen de otras partes á sus señoríos las cosas que son y menester. E amar é amparar deben otros á los menestrales y

(1) L. 3. III. 30. Part. a.
á los labradores, porque de sus menesteres
é de sus labranzas se ayudan é se gobiernan los Reyes, é todos los otros de sus señorios, é ninguno non puede sin ellos vivir. E otros, todos estos sobredichos, é cada uno en su estado, debe amar é honrar al Rey é al reyno, é guardar é acrecentar sus derechos, é servirle cada uno en la manera que debe como á su señor natural, que es cabeza, é vida, é mantenimiento dellos. E cuando el Rey esto ficiere con su pueblo, habrá abondo en su reyno, é será rico por ello, é ayudarse ha de los bienes que y fueron cuando los hubiere menester, é será tenido por de buen seso, é amarlo han todos comunalmente, é será temido también de los estranjos como de los suyos.

En la distribucion de los honores ha de estar muy atento el Príncipe, considerando el tiempo, la calidad y partes del sujeto, para que ni excedan de su mérito ni salten; porque distinguen los grados, bien así como los fondos el valor de los diamantes. Si todos fueran iguales, bajaria en todos la estimacion. Especie es de tirania no premiar á los beneméritos, y la que mas irrita al pueblo contra el Príncipe. Mucho se perturba la república cuando se reparten mal las honras. Las desiguales al mérito son de nota á quien las recibe, y de desden á los
EMPRESAS POLÍTICAS.

que las merecen. Queda uno premiado, y ofendidos muchos. Igualarlas á todos es no premiar alguno. No crece la virtud con la igualdad, ni se arriesga el valor que no ha de ser señalado. Una estatua levantada á uno hace gloriosos á muchos que trabajaron por merecerla. La demostracion de un honor en un ministro benemérito es para el espuela, para los demas aliento y para el pueblo obediencia.

Si, bien ninguna cosa afirma é ilustra mas al Príncipe que el hacer honras, debe estar muy atento en no dar á otros aquellas que son propias de la dignidad y le diferencian de los demas; porque estas no son como la luz, que pasando á otra materia queda entera en la suya, antes todas las que diere dejarán de lucir en él y quedará escura la Magestad, acudiendo todos á recibirla de aquel que la tuviere. Aun en su misma madre Livia no consintió Tiberio las demostraciones particulares de honra que le queria hacer el Senado; porque pertenecian al imperio, y juzgaba que disminuyan su autoridad (1). Ni aun las ceremonias que introdujo el caso ó la lisonja, y

---

(1) Cæterum anxius invidia, & muliebre fastigium in diminutionem sui accipiens, ne lictorem quidem ei decerni passus est. Tac. lib. 1, annal.
son ya propias del Príncipe, han de ser comunes á otros; porque si bien son vanas, señalan al respeto los confines de la Magestad. Tiberio sintió mucho que se hiciesen por Nerón y Druso las mismas oraciones públicas y plegarias que por él, aunque eran sus hijos y sucesores en el imperio (1). Los honores de los Príncipes quedan desestimados si los hace vulgares la adulacion (2). Si bien cuando los ministros representan en ausencia la persona Real, se les pueden participar aquellos honores y ceremonias que tocarían al Príncipe si se hallase presente, como se practica con los Vireyes y tribunales supremos, a imitación de las estrellas, las cuales en ausencia del sol lucen, pero no en su presencia; porque entonces aquellas demostraciones miran a la dignidad Real, representada en los ministros, que son retratos de la Magestad y reflejos de su poder.

(1) Tum verò séquari adolescentes senectae sue, impatenter indoluit. Tac. lib. 4. annal.
Advertida la naturaleza distinguió las provincias y las cercó, ya con murallas de montes, ya con fosos de ríos, y ya con las soberbias olas del mar, para dificultar sus intentos á la ambición humana. Con este fin constituyó la diversidad de climas, de naturales, de lenguas y estilos, con lo cual diferenciada esta nación de aquella se uniese cada una para su conservación, sin rendirse fácilmente al poder y tiranía de los extranjeros. Pero no bastaron los reparos de estos límites y términos naturales, para que no los violase el apetito insaciable de dominar; porque la ambición es tan poderosa en el corazón humano que juzga por
estrechas las cinco zonas de la tierra. Alejandro Magno lloraba porque no podía conquistar muchos mundos. Aun los bienes de la vida y la misma vida se desprecian contra el deseo natural de prolongarla, por un breve espacio de reynar. Pretendía Human­ya el reyno de Córdoba (1): representaba sus amigos el peligro, y respondió: llamadme hoy Rey, y matadme mañana. Ninguna pasión mas ciega y peligrosa en el hombre que esta. Muchos por ella perdieron la vida y el estado, queriendo ampliar­le. Tenía un Príncipe de Tartaria un vaso, con que bebía, labrado en los cascos de la cabeza de otro Príncipe de Moscovia, el cual queriéndole quitar el estado había perdido el suyo y la vida, y corría por la orla del vaso este letrero:

Hic aliena appetendo, propria amisit.

Casi lo mismo sucedió al Rey Don Sancho por haber querido despojar a sus hermanos de los reynos que dividió entre ellos el Rey Don Fernando su padre. Peligra la ambición si alarga fuera de su reyno el brazo, como la tortuga que en sacando la cabeza del pavés de su concha, queda expuesta al

peligro (1). Y aunque, como dijo el Rey Tiridates, es de particulares mantener lo propio; y de Reyes batallar por lo alegno (2), debe entenderse esto cuando la razón y prudencia lo aconsejan, no teniendo el poder otro tribunal sino el de las armas. Porque quien injustamente quita a otro su estado, da acción y derecho para que le quiten el suyo. Primero ha de considerar el Príncipe el peligro de los propios, que los medios para conquistar los ajenos (3). Por esto el Emperador Rodulfo el Primero solía decir: que era mejor gobernar bien que ampliar el imperio. Si hubiera seguido este consejo el Rey D. Alonso el Sabio (4) no se hubiera dejado llevar de la pretension del imperio con peligro de su reyno, haciendo cierta la sentencia del Rey Don Alonso de Nápoles que comparaba los tales á los jugadores, los cuales con vana esperanza de aumentar su

(1) Testudinem, ubi collecta in suum tegmen est, tutam ad omnes ietus esse, ubi exerit partes aliquas, quodcumque nudavit, obnoxium, atque infirmum habere. Livius.

(2) Et sua retinere, private domus: de alieni certare, regiam laudem esse, Tac. lib. 15. ann.

(3) Suam quisque fortunam in consilio habeat, cum de aliena deliberat. Curtius.

hacienda la perdián. El conservar el estado propio es obligación: el conquistar el ageno es voluntario. La ambición lleva a muchos engañosamente a la novedad y al peligro (x). Cuanto uno alcanza más, más desea. Crece con el imperio la ambición de aumentarle (2). Las ocasiones y la facilidad de las empresas arrebatan los ojos y los corazones de los Príncipes, sin advertir que no todo lo que se puede alcanzar se ha de pretender. La bizarría del ánimo se ha de ajustar a la razón y justicia. No se conserva mejor el que más posee, sino el que más justamente posee. La demasiada potencia causando zelos y envidia dobla los peligros, uniéndose todos y armándose contra el más poderoso, como lo hicieron los Reyes de España contra el Rey Don Alonso el Terce-ro (3), cuya prosperidad y grandeza les era sospechosa. Por lo cual conviene mas tener en disposición que en ejercicio el poder; porque no hay menos peligro en adquirir que en haber adquirido. Cuando fal-ten enemigos externos, la misma opulencia

(1) Quibus nova, & ancipitia præcolere, avida,
& plerumque fallax ambitio est. Tac. lib. iv. ann.
(2) Vetus, ac jampridem insita mortalibus po-
tentiae cupidó, cum imperii magnitudine adolevit,
erupitque. Tac. lib. 2. hist.
EMPRESAS POLÍTICAS.

derriba los cuerpos, como se experimentó en la grandeza romana (1), lo cual antevisto de Augusto trató de remediarlo, poniendo límites al imperio romano (2), como después lo ejecutó el Emperador Adriano. Ponga el Príncipe freno á su felicidad si la quiere regir bien (3). El levantar o ampliar las monarquías no es muy dificultoso á la injusticia y tiranía armada con la fuerza. La dificultad está en la conservación, siendo más dificultoso el arte de gobernar que el de vencer (4); porque en las armas obra las mas veces el caso, y en el gobierno siempre el consejo. La felicidad suele entrarse por los portales sin que la llame el mérito ó la diligencia; pero el detenerla no sucede sin gran prudencia (5). El Rey Don Alonso el Sabio (6) da la razón de que no es menor virtud la que mantiene que la que adquiere.

---

(1) Et quae ab exiguis profecta initius, eo creverit, ut jam magnitudine laboraret sua. Livius, l. i.
(2) Addideratque consilium coercendi intra terminos imperii. Tac. lib. 1. ann.
(3) Impone felicitati tuae fractos, facilius reges.
(4) Facilius est quaedam vincere, quam tenere.
(5) Fortunam magnam citius invenies, quam retineas. Pahl.
EMPRESA LIX.

Dia aviene por seso, é la ganancia por aventura. Fácilmente se escapa la fortuna de las manos si con ambas no se detiene (1). El hallar un espin (que es el cuerpo de esta empresa) no es difícil: el detenerle ha menester el consejo para aplicar la mano con tal arte que les coja el tiempo á sus puas, con las cuales parece un cerrado cuadrón de picas.

Fert omnia secum:

Se pharetra, sese jaculo, sese utitur arcu. Claud.

Apenas se retiraron de los Países Bajos las armas españolas (en tiempo del Señor Don Juan de Austria) cuando se cubrieron de ellas los rebeldes. Facil fue al Rey de Francia apoderarse injustamente del estado de Lorena; pero el retenerle le cuesta muchos gastos y peligros, y siempre habrá de tener sobre él armada la mano. Las causas que concurren para adquirir no asisten siempre para mantener; pero una vez mantenido, lo sustenta el tiempo. Y así, uno solo gobierna los estados que con gran dificultad fabricaron muchos Príncipes.

Siendo pues el principal oficio del Prin-

(1) Fortunam tuam pressis manibus tene, lubrica est. Curtius.
EMPRESAS POLÍTICAS.

cipe conservar sus estados, pondré aquí los medios con que se mantienen, o ya sean adquiridos por la sucesión, por la elección o por la espada: Suponiendo tres causas universales que concurren en adquirir y conservar, que son: Dios, cuando se tiene propicio con la religión y la justicia: la ocasión, cuando un concurso de causas abre camino á la grandeza: la prudencia en hacer nacer las ocasiones, ó ya nacidas por sí mismas saber usar de ellas. Otros instrumentos hay comunes á la ciencia de conservar: estos son el valor y aplicación del Príncipe, su consejo, la estimación, el respeto y amor á su persona, la reputación de la corona, el poder de las armas, la unidad de la religión, la observancia de la justicia, la autoridad de las leyes, la distribución de los premios, la severidad del castigo, la integridad del magistrado, la buena elección de los ministros, la conservación de los privilegios y costumbres, la educación de la juventud, la modestia de la nobleza, la pureza de la moneda, el aumento del comercio y buenas artes, la obediencia del pueblo, la concordia, la abundancia y la riqueza de los erarios.

Con estas artes se mantienen los estados; y aunque en todos se requiere mucha atención, no han menester tanta los here-
dados por sucesión de padres á hijos; porque ya convertida en naturaleza la domina-
ción y la obediencia, viven los vasallos ol-
vidados de que fue la corona institución y
no propiedad. Nadie se atreverá perder el
respeto al que en naciendo reconoció por
señor. Todos temen en el sucesor la vengan-
za y castigo de lo que cometieren con-
tra el que gobierna. Compadecen los vasa-
llos sus defectos. El mismo curso de los ne-
gocios (que con el largo uso y experiencia
tiene ya hecha su madre por donde se en-
caminan) le lleva seguro aunque sea inhá-
bil para el gobierno, como tenga un natu-
ral docil, deseo de acertar, y haga buena
elección de ministros, ó se los dé el
caso.

En los estados heredados por línea trans-
versal, ó por matrimonio, es menester ma-
yor cuidado y destreza, principalmente en
los primeros años del gobierno, en que sue-
len peligrar los sucesores que con dema-
siado zelo ó con indiscreto deseo de gloria
se oponen á las acciones y costumbres de
sus antecesores, y entran innovando el esta-
do pasado sin el recato y moderación que
es menester, aun cuando se trata de redu-
cirle de mal en bien; porque la sentencia
de Platon, que todas las mudanzas son pe-
ligrosas sino es la de los males, no pare-
320 EMPRESAS POLÍTICAS.

ce que se puede entender en el gobierno donde corren grandes riesgos si no se hacen poco á poco á imitacion dé la naturaleza que en los pasages de unos extremos á otros interpone la templanzá de la primavera y del otooño entre los rigores del invierno y del estos. De gran riesgo y trabajo es una mudanza repentina, y muy facil la que se va declinando dulcemente (1). En la navegación es peligroso mudar las velas haciendo el caro, porque pasan de repente del uno al otro costado del bajel. Por esto conviene mucho que cuando entran á gobernar los Principes se dejen llevar del movimiento del gobierno pasado, procurando reducirle á su modo con tal dulzura que el pueblo antes se halle de la otra parte que reconozca los pasos por doonde le han llevado. Tiberio no se atrevió en el principio de su imperio á quitar los juegos públicos introducidos por Augusto (2). Pocos meses le duró á Galba el imperio, porque entró en él castigando los excesos y reformando los donativos, y no permitien-

(1) Anceps, & operosa nims est mutatio, quae subito, & cam quadam violentia suscipitur; facilior autem, qua sensim, & paulatim declinando fit. Arist. lib. 6. Pol.

(2) Sed populum per tot annos molliter habitum, nondum audiebat ad duriora vertere. Tac. lib. 1. ann.
do das licencias y desenvolturas introducidas en tiempo de Nerón, tan hecho ya á ellas el pueblo, que no menos amaba entonces los vicios que veneraba antes las virtudes de sus Príncipes (1). Lo mismo sucedió al Emperador Pertinaz, porque dió luego á entender que quería reformar la disciplina militar relajada en el imperio de Comodó. También cayó en este error el Rey de Francia Luis Undécimo, el cual entró á reynar haciendo grandes justicias en personas principales. Como es vicio del principado antiguo el rigor, ha de ser virtud del nuevo la benignidad.

Nil pudet assuetos sceptris, mitissima sors est Regnórum sub Rege novo. Lucan.

Tiempo es menester para ajustar el gobierno; porque no es de menor trabajo reformar una república que formarla de nuevo (2). Por esto David se escusó de castigar á Joab por la muerte alevosa que dió

---

(1) Angebat coaspernantes veterem disciplinam, atque ita quatuordecim annis á Nerone assuefactos, ut haud minus vitia Principum amarent, quàm olim virtutes venerabantur. Tac. lib. 1. hist.

(2) Non minus negotii est rempublicam emendare, quàm ab initio constituere. Arist. lib. 4. Pol. cap. 1.

Tomo II.
á Abner, diciendo que era recien ungido y
delicado aun su reynado para hacerle abor-
reçible con el rigor (1). No se perdira Ro-
boán si hubiera tenido esta consideracion
cuando mal aconsejado respondió al pue-
blo (que le pedía le tratase con menor ri-
gor que su padre) que agravaría el yugo
que le había puesto; y que si los había cas-
tigado con azotes, él los castigaría con es-
corpiones (2).

Ninguna cosa más importante en los
principios del gobierno que acreditarse con
acciones gloriosas; porque ganado una vez
el crédito, no se pierde fácilmente. Por es-
to Domicio Corbulon, cuando fue enviado
á Armenia, puso tanto cuidado en cobrar
buena opinión (3). Lo mismo procuró Agrí-
cola en el gobierno de Bretaña, recono-
ciendo que según el concepto y buen suce-
so de las primeras acciones sería lo de-
mas (4).

(1) Ego autem adhuc delicatus, & unctus Rex,

(2) Pater meas aggravavit jugum vestrum, ego
autem addam justo vestro: Pater meas ceedidit vos
flagellis, ego autem cadam vos scorpionibus. 3. Reg.

(3) Ut fame inserviret, quæ in novis cœptis va-
lidissima est. Tac. lib x3. ann.

(4) Non ignorans instantum famæ, & prout pri-
ma cessissent, fore universa. Tac. in vi. Agric.
Siempre es peligrosa la comparación que hace el pueblo del gobierno pasado con el presente, cuando no halla en este la felicidad que en aquel, o no ve en el sucesor el agrado y las buenas partes y cualidades que aplaudía en el antecesor. Por esto conviene mucho procurar que no desaparezca el tiempo del otro, y que parezca que es una misma mano la que rige las regencias; y si no supiere o no pudiere el Príncipe disponer de suerte sus acciones que agranden como las pasadas, huya las ocasiones en que pueden compararse, que es lo que movió a Tiberio a no hallarse en los juegos públicos, temiendo que lo severo y melancólico de su genio, comparado con lo festivo y agradable del de Augusto, no diera satisfacción al pueblo (1). Y así debe reconocer el Príncipe que entra a reinar qué cosas se reprendían y eran odiadas en el gobierno pasado, para no incurrir en ellas. Con esta máxima entró Nerón a gobernar el imperio, instruido de aquellos dos grandes varones que tenía por consejeros (2).

(1) Cur abstinererit spectaculo ipse, varié transha... alii radió coetus, quidam tristitia ingenii... Tac. lib. r. ann.

(2) Tunc formam futuri Principatus prāscriptis... X x
Procure el Príncipe acomodar sus acciones al estilo del país, y al que observaron sus antecesores; porque aun las virtudes nuevas del sucesor, no conocidas en el antecesor ó en la provincia, las tiene por vicios el pueblo y las aborrece. Llaman los Partos por su Rey á Venon, hecho á las costumbres cortesanas de Roma (donde había estado en rehenes) y con ellas perdió el afecto de su reyno, teniéndolas por nuevos vicios (1). El no salir á caza ni tener cuidado de los caballos, como lo hacían sus antepasados, indignaba al pueblo: al contrario Zeno fue amado de la nobleza y del pueblo, porque se acomodaba á sus costumbres (2); y si aun las novedades en la propia persona causan estos efectos, ¿cuánto mayores los causará la mudanza de estilos y costumbres del pueblo? Pero si convinier corregirlas sea con tal templanza, que ea maxime declinans, quorum recens flagratabat invidia. *Tac. lib. 13. ann.*

(1) Sed prompti aditus, obvia comitas, ignote Parthis virtutes, nova vitia; & quia ipsorum majoribus aliena, perinde odium pravis, & honestis. *Tac. lib. 2. ann.*

(2) Quod is prima ab infantia instituta, & cultum armeniorum æmulatus, venatu, epulis, & quæ alia barbari celebrant, proceres plebemque juxta devinxerat. *Ibidem.*
ni parezca el Príncipe demasiadamente justiciero ni remisílo. Si bien cuando la omisión del antecesor fue grande, y el pueblo desea el remedio, es muy aplaudida la actividad del sucesor, como se experimentó en los primeros años del gobierno glorioso del padre de V. A.

Entrar a reinar perdonando ofensas propias y castigando las ajenas es tan generosa justicia que acredita mucho a los Príncipes y les reconclíia las voluntades de todos (1), como sucedió a los Emperadores Vespasiano y Tito y al Rey Carlos Séptimo de Francia. Reconociendo esto el Rey Witiza levantó el destierro á los que su padre había condenado, y mandó quemar sus procesos, procurando con este medio asegurar la corona en sus sienes.

Si bien todas estas artes son muy convenientes, la principal es grangear el amor y obediencia de los vasallos, en que fueron grandes maestros dos Reyes de Aragon. El uno fue Don Alonso el Primero (2), cuando pasó á gobernar á Castilla por su muger Doña Urraca, mostrándose afable y benigno...

---

(1) Novum imperium inchoantibus utilis clementiae fama. Tac. lib. 4. hist.
EMPRESAS POLÍTICAS.

lo con todos. Oía por sí mismo los pleitos, hacía justicia, amparaba los huérfanos, socorriá a los pobres, honraba y premiaba la nobleza, levantaba la virtud, ilustraba el reyno, procuraba la abundancia y población, con que robó los corazonedes todos. El otro fue el Rey Don Alonso el Quinto, que aseguró el afecto de los vasallos del reyno de Nápoles con la atención y prudencia en los negocios, con el premio y castigo, con la liberalidad y agrado, y con la facilidad de las audiencias; tan zeloso del bien público y particular, y tan hecho al trato y estilos del reyno, que no parecía Príncipe extranjero sino natural. Estos Reyes como se hallaron presentes pudieron más fácilmente grangear las voluntades de los súbditos y hacerse amar, lo cual es más difícil en los Príncipes ausentes que tienen su Corte en otros Estados; porque la fidelidad si no se entiembia con su larga ausencia, y solamente la podrá mantener ardiente la excelencia del gobierno, procurando hacer acertadas elecciones de ministros, y castigando severamente sus desórdenes, principalmente las que se cometieren contra la justicia, las honras y las haciendas. Porque solo este consuelo tienen los vasallos ausentes, que si fuere bueno el Príncipe los tratará tan bien co-
mo a los presentes, y si fuere malo, topará primero con éstos su tiranía (1). Pero porque casi siempre semejantes reynos aman las novedades y mudanzas, y desean un Príncipe presente que los gobiernen por sí mismo, y no por otros, conviene que sea armada la confianza que de ellos se hiciera, y previamente para los causos, usando de los medios que dirémos para la conservación de los reynos adquiridos con la espada.

Los imperios electivos que dió la gracia, la misma gracia los conserva, aunque esta suele durar poco; porque si bien todos los imperios nuevos se reciben con aplauso, en éstos se cae luego. En la misma aclamación, cuando Saúl fue elegido Rey, empezó el pueblo a desconfiar de él y á despreciarlo (2), aunque fue de Dios su elección. Pero hay artes con que pueda el elegido mantener la opinión concebida de sí, procurando conservar las buenas partes y calidades que le hicieron digno de la corona.

---

(1) Laudatorum Principum usus ex eque, quamvis procul agentibus: saevi proximis ingruit; Tac. lib. 4. hist.
(2) Num salvare nos poterit iste? Et despexerunt eum, & non attulerunt ei munera, 1. Reg. c. 10. 27.
EMPRESAS POLÍTICAS.

Porque se mudan los hombres en la fortuna próspera. Tiberio tuvo buenas costumbres y nombre cuando fue particular y vivió debajo del imperio de Augusto (1). De Galba se refiere lo mismo (2). Se agradece y apacible con todos. Muéstrese agradable y liberal con los que le eligieron; y benigno con los que le contradijeron: zeloso del bien público y de la conservación de los privilegios y costumbres del reyino. Aconsejese con los naturales, empleándolos en los cargos y oficios, sin admitir forasteros, ni dar mucha mano a sus parientes y amigos. Mantenga modesta su familia: mezcle la magestad con el agrado, y la justicia con la clemencia: gobiérrne el reyino, como heredado, que ha de pasar a los suyos, y no como electivo, desfrutándole en su tiempo, en que suele no perdonar a los pueblos un reyino breve (3), siendo muy dificultoso el templarnos en la grandeza que ha de morir con nosotros (4).

---

(1) Egregium vita, famaque quoad privat. privatus, vel in imperiis sub Augusto fuit. Tac. lib. 6. anh. (1)

(2) Major privat. visus, dum privat. fuit. Tac. lib. 1. hist.

(3) Non parcit populis regnum breve. Statius.

(4) Difficultus est temperare felicitati, quae te non putes diu usurum. Tac. lib. 2. hist.
Es menester también que el Príncipe ame la paz; porque los reynos electivos temen por señor al que tiene valor para dominar a otros, y aman al que trata de su conservación (como sucede á Polonia) conociendo que todos los reynos fueron electivos en sus principios; y que con ambición de estenderse perdieron la libertad que quisieron quitar a los otros, adquiriendo nuevas provincias; porque la grandeza de muchos estados no puede mantenerse firme en los accidentes y peligros de la elección; y las mismas armas que los conquistan los reducen á monarquia hereditaria, que es lo que dió por escusa Galva para no volver el imperio al orden de república (1).

Los reynos electivos aman la libertad; y así conviene gobernárlos con ella y que siempre se muestre el Príncipe de parte de la elección; porque en ella tienen librada su libertad; y en descubriéndose que trata de reducir á sucesion la corona la perderá.

En los estados adquiridos con la espada; con mayor dificultad adquiere que mantiene la violencia; porque suelen ser potros indómitos que todo el trabajo está en ponerse.

---

(1) Si immensum imperii corpus stare, ac libraríi sine rectore posset, dignus eram, a quo respública inciperet. Tac. lib. i. hist.
sobre la silla, rindiéndose después al peso y al hierro. El temor y la adulación abren los caminos a la dominación (1). Con todo eso, como son fingidas aquellas voluntades se descubren contrarias en pudiendo, y es menester confirmarlas con buenas artes, principalmente en los principios, cuando por las primeras acciones se hace juicio del gobierno futuro, como se hizo del de Vítelio, odioso por la muerte de Dolabella (2); y aunque dijo Pison que ninguno había mantenido con buenas artes el imperio alcanzado con maldad (3), sabemos que con ellas el Rey Don Sancho legitimó el derecho dudoso del reyno que ganó con la espada. Los Príncipes que quisieron mantener con la violencia lo que adquirieron con ella se perdieron presto. Esta mala razón de estado destruyó á todos los tiranos; y si alguno se conservó fue trocando la tiranía en benevolencia, y la crueldad en clemencia. No puede mantenerse el vicio si no se substituye la virtud. La ambición, que para adquirir fue injusta, truéques e para con-

(1) Primas dominandi: spes in arduo; ubi sis ingressus, adesse studia, & ministros. Tac. lib. 4. ann.
(2) Magna cum invidia novi principatus, cujus hoc primum specimen noscebatur. Tac. lib. 2. hist.
(3) Nemo enim unquam imperium flagitio quas situm bonis artibus exercuit. Tac. lib. 1. hist.
servarse en zelo del bien público. Los vasallos aman al Príncipe por el bien común y particular que reciben de él; y como lo consigan convierten fácilmente el temor en reverencia y el odio en amor. En que es menester advertir, que la mudanza de los vicios ya conocidos no sea tan repentina y afectada; que nazca del engaño y no de la naturaleza, la cual obra con tiempo. Esto conoció Oton, juzgando que con una subita modestia y gravedad antigua no podía reter el imperio adquirido con maldad (1). Mas teme el pueblo tales transformaciones que los mismos vicios; porque de ellas arguye mayor malicia. La virtud artificiosa es peor que la maldad; porque esta se ejecuta por medio de aquella. 

Augusto César fue valeroso y prudente en levantarse con el imperio y en mantenerle, y puede ser ejemplar á los demás Príncipes. De diez y nueve años se mostró digno de él sustentando las guerras civiles (2). Desde entonces comenzó á fabricar su fortuna. No se alcanzan los imperios con mere-

---

(1) Simul reputans, non posse Principatum sce-lere quæsitum subita modestia, & prisca gravitate retineri. Tac. lib. 1. hist.

(2) Nono decimo Cæsar Octavianus civilla bella sustinuit. Tac. lib. 13. ann.
EMPRESAS POLÍTICAS.

cerlos, sino con haberlos merecido. Una victoria le hizo Emperador (1), valiéndose de la ocasión y de la prudencia. De la ocasión, porque las armas de Lepidó y Antonio cayeron en sus manos (2). A todos eran ya pesadas las guerras civiles (3). No había armas de la república (4) ni quien le hiciése oposición, por haberse acabado los hombres de valor en la guerra o perseguidos de la proscripción (5). Aborrecían las provincias el gobierno de república, y mostraban desear mudanzas en el (6). Las discordias y males internos necesitaban del remedio ordinario de convertirse en monarquía la aristocracia (7). Todas estas causas le facilitaron el imperio, ayudadas de su prudencia, y después le sustentó con estas artes. Gran geo la plebe, defendiéndola con la autori-
dad de Tribuno (1). Por escusar el ódio no eligió el nombre de Rey ni el de Dictador, sino el de Príncipe (2). Dejó en pie el magistrado (3). Ganó la voluntad de los soldados con dádivas (4): la del pueblo con la abundancia (5), y á los unos y á los otros con la dulzura de la paz (6), con el agrado, la benignidad y la clemencia. Hizo mercedes á sus émulos (7). Favoreció con riquezas y honores á los que se adelantaban en su servicio (8). Pocas veces usó del rigor, y entonces no por pasión, sino por el sosiego público (9). Cautivó los ánimos de todos con la elocuencia, usando de ella según el decoro de Príncipe (10). Era justiciero con los súbditos y modesto con los

(1) Ad tuendam plebem Tribunicio jure contentum. 
(2) Non regno, tamen, neque dictatura, sed Principis nomine constitutam rempublicam. 
(3) Eadem magistratuüm vocabula. 
(4) Militem donis. 
(5) Populum annona. 
(6) Cunctos dulcedine oti interfectores patris ulcis-ceretur, multa Lepido concessisse. 
(7) Multi Antonio, ut interfectores patris ulcis-ceretur, multa Lepido concessisse. 
(8) Quanto quis servitio promptior, opibus, & honoribus extollerentur. 
(9) Pauca admodum vi tractata, quo ceteris quies esset. 
(10) Augusto prompta, ac profluens, quæ deceret Principem, eloquentia fuit.
EMPRESAS POLÍTICAS.

confederados (1). Mostró su rectitud en no perdonar las desenvolturas de su hija y meta (2). Procuro que se conservasen las familias nobles, como se vio en las mercé-
des que hizo a Marco Hortalo (3). Castigo severamente las sátiras contra personas ilus-
tres (4), y despreció los libelos inflamato-
rios contra su persona y gobierno (5). Tra-
ro de la policía y ornato de Roma (6). Pu-
só términos fijos al imperio, teniendo (co-
mó se ha dicho) un libro de sus rentas y
gastos (7). Fundó un erario militar, y dis-
tribuyó de tal suerte las fuerzas que se die-

sen las manos (8). Con estas buenas calida-

(1) Jus apud cives, modestiam apud socios. 
Tac. lib. 1. ann.

(2) Ob impudicitiam filiae, & neptis, quas urbe
depulit. Tac. lib. 3. ann.

(3) In lectus à divo Augusto liberalitate decies ses-
tertium ducère uxorem, ne clarissima familia extin-
gueretur. Tac. lib. 2. ann.

(4) Primus Augustus cognitionem de famosis li-
bellis, specie legis ejus tractavit; commotus Cassii 
Severi libidine, qua viros, foeminasque illustres pro-
cacibus scriptis diffamaverat. Tac. lib. 1. ann.

(5) Sed ipse divus Julius, ipse divus Augustus, 
& tulere ista, & reliquere; haud facilè dixerim mo-
deratione magis, an sapiéntia. Tac. lib. 4. ann.

(6) Urbem ipsam magnifico ornatu. Tac. 1. 1. ann.

(7) Mari Oceano, aut amnibus longinquis sep-
tum Imperium. Ibid

(8) Regiones, provincias, classes, cumca inter
se conexa. Ibid.
des y acentuaciones públicos estimó más el pueblo romano lo presente y seguro que lo pasado y peligroso (1), con que se hizo amar la tiranía. No refiero estas artes para enseñar á ser tirano, sino para que sea bueno el que ya es tirano, acompañándolas con el temor nacido de la fuerza; porque lo que se ganó con las armas con las armas se conserva, y así conviene mantener tales estados con fortalezas levantadas con tal arte que no parezcan freno de la libertad del reyno, sino seguridad contra las invasiones externas, y que el presidio es custodia y no desconfianza; porque esta pone en la última desesperación á los vasallos. Los españoles se ofendieron tanto de que Constante, apellidado Cesar, diese á extrangeros la guardia de los Pirineos, dudando de su lealtad, que llamaron á España (aunque en grave daño de ella) á los vándalos, alanos, suevos y á otras naciones. La confianza hace fieles á los vasallos. Por esto los Scipiones concedieron á los celtíberos que no tuviesen alojamientos distintos, y que militasen debajo de las banderas romanas; y Augusto tuvo guarda de españoles, sacados de la legión Calagurritana.

---

(1) Novis ex rebus aucti, tuta, & präsentia, quam vetera, & pérículosa mallent. Tac. lib. 1: ann.
Procure el Príncipe transformar poco a poco las provincias adquiridas en las costumbres, trajes, estilos y lengua de la nación dominante por medio de las colonias, como se hizo en España con las que se fundaron en tiempo de Augusto, a que, fácilmente se dejan inducir las naciones, por que siempre imitan a los vencedores, lisonjeándolos en parecerse a ellos en los trajes y costumbres, y en estimar sus privilegios y honores más que los propios. Por esto los romanos daban a sus amigos y confederados el título de ciudadano, con que los mantenían fieles. El Emperador Vespasiano para grangear los españoles les comunicó los privilegios de Italia. Las provincias adquiridas, si se mantienen como extrañas, siempre son enemigas. Esta razón movió al Emperador Claudio a dar los honores de la ciudad de Roma a la Galia Comata, diciendo que los lacedemonios y los atenienses se habían perdido por tener por extraños a los vencidos; y que Rómulo en un día tuvo a muchos pueblos por enemigos, y por ciudadanos (1). Con estos y otros medios

---

(1) Quid aliud exitio lacedemonis, & atenien-sibus fuit, quamquam armis pollerent, nisi quod vic-tos pro alienigenis arcebant? At conditor noster Ro-mulus tantum sapientia valuit, ut plerosque popu-
se van haciendo naturaleza los dominios extranjeros, habiéndolos prescrito el tiempo, perdida ya la memoria de la libertad pasada. Esta política se despreció en España en su restauración; y estimando en más conservar pura su nobleza que mezclarse con la sangre africana, no participó sus privilegios y honores á los rendidos de aquella nación: con que unidos conservaron juntamente con el odio sus estilos, su lenguaje y su perfidia, y fue menester expelerlos de todo punto y privarse de tantos vasallos provechosos á la cultura de los campos, no sin admiración de la razón de estado de otros Príncipes, viendo antepuesto el esplendor de la nobleza á la conveniencia, y la religion á la prudencia humana.

En las mudanzas de una forma de república en otra diferente, es conveniente tal arte que totalmente no se halle el pueblo nuevo en ellas, ni eche menos la forma del gobierno pasado, como se hizo en la expulsión de los Reyes de Roma, constituyendo con tanta destreza lo sagrado y lo profano, que no se conociese la falta de los Reyes que cuidaban de lo uno y de lo otro; y cuando después se convirtió la república

los eodem die hostes, dein cives habuerit. Tacis. 

Tomo II.
EMPRESAS POLÍTICAS.

En imperio se mantuvieron los nombres de los magistrados (1), y el orden de Senado con una imagen de libertad que afirmó el principado (2). Lo mismo hicieron en Florencia los Duques de Toscana. De esta razón de estado fue gran maestro el Emperador Augusto, disponiendo luego algunas cosas, y dejando otras para después, temiendo que no le sucedería bien si juntamente quisiese transferir y trocar los hombres (3). Pero más digno de admiración fue Samuel que mudo el gobierno y policía del pueblo de Dios sin que á alguno pareciese mal (4). Con tal prudencia se han de ir poco á poco deshaciendo estas sombras de libertad, que se vaya quitando de los ojos al mismo paso que se va arraigando el dominio. Así juzgaba Agrícola que se había de hacer en Bretaña (5).

(1) Eadem magistratum vocabula Tac. 1. 1. ann.
(2) Sed Tiberius vium principatus sibi firmandus, imaginem antiquitatis Senatus præbebat Tac. lib. 3. ann.
(3) Non omnia statim, uti decretum erat, executas est, veritatis, ne parum succederet, si simul homines transferre, & invertere vellet, sed quodam extempore dispossuit, quodam rejecit in tempus. Dion.
(4) Renovavit Imperium, & unxit Principes in geata sua, & non accusavit illum homo. Eccli. 46. 16.
(5) Idque adversus Britanniam profuturum, si romana ubique arma, & velat e conspectu libertas tolleretur. Tac. in vīta Agric.
Ninguna fuerza más suave y más eficaz que el beneficio para mantener las provincias adquiridas. Aun á las cosas inanimadas adoraban los hombres, y les atribuían deidad si de ellas recibían algún bien. Fácilmente se dejan los pueblos engañar del interés, y no reparan en qué tenga el centro la mano que da, aunque sea extrangera. Los que se dejan obligar con beneficios y faltan á su obligación natural no pueden después maquinar contra el Príncipe; porque no tienen séquito; no habiendo quien se prometa buena fortuna de un ingrato. Por lo cual Scipión, ganada Cartago, mandó restituir sus bienes á los naturales; y Sertorio granjeó las voluntades de España, bajando los tributos y haciendo un Senado de españoles como el de Roma. Para afirmar su corona moderó el Rey Ervigio (1) las imposiciones y perdonó lo que se debía á la Cámara. Los romanos en las provincias debeladas abajaban los tributos por hacer suave su dominio (2). Mas sienten los pueblos la avaricia del que domina que la servidumbre, como lo experimentaron los

(2) Quædam ex regiis tributis diminuta, quod mihi Romanum imperium speraretur. Tucit. lib. x. ann.
EMPLEAAS POLÍTICAS.

ROMANOS en la rebelión de Frisa (1). Y así ha de huir mucho el Príncipe de cargar con tributos las provincias adquiridas, y principalmente de introducir los que se usan en otras partes; porque es aborrecida tal introducción. Los de Capadocia se rebelaron porque Arquelao les echaba imposiciones al modo de Roma (2).

La modestia es conveniente para mantener los reynos adquiridos. Mas sintió el Senado romano que Julio Cesar no se levantase á los senadores cuando entraban en el Senado que la pérdida de su libertad. Advertido de esto Tiberio les hablaba breve y modestamente (3). Mas atiende el pueblo á los accidentes que á la substancia de las cosas; y por vanas pretensiones de autoridad se suele perder el aplauso común y caer en aborrecimiento. A Seyano le pareció que era mejor despreciar inútiles apariencias de grandeza y aumentar el verdadero poder (4). Los romanos atendían al

---

(1) Pacem exuere, nostra magis avaritia, quam obsequii impatientes Tac. lib. 4. ann

(2) Quia nostrum in modum deferre census, pati tributa adigebatur. Tac. lib. 6. ann.

(3) Verba fuere paucà, & sensu permodesto. Tac. lib. 1. ann.

(4) Et minui sibi invidiam, adempta salutantum turba, sublatisque inanibus, vera potentia augere. Tac. lib. 4. annal.
aumento y conservacion de su imperio, y no hacian caso de vanidades (1). Por esto Tiberio, como prudente estadista, fue gran despreciador de honores (2), y no consintió que España Ulterior le levantase templos, ni que le llamasesen padre de la patria (3), reconociendo el peligro de una ambicion desordenada que da á todos en los ojos (4). Observando esta razón de estado los Duques de Florencia se muestran muy humanos con sus vasallos, sin admitir el duro estilo de pararse cuando pasan, como se usa en Roma. Habiendo Castilla negado la obediencia á los Reyes, no dió nombres vanos de grandeza á los que habian de gobernar, sino solamente de jueces, para que fuesen mas bien admitidos del pueblo. Con esta prudencia y moderacion de ánimo el Rey Don Fernando el Católico no quiso (muerta la Reyna Doña Isabel) tomar título de Rey, sino de Gobernador de Castilla.

(1) Apud quos vis imperii valet, inania transmittuntur. Tacit. lib. 15. ann.  
(2) Validus alioqui spernendis honoribus. Tacit. lib. 4. ann.  
(3) Nomen Patris patriæ Tiberius à populo sæpius ingestum, repudiavit. Tuc. lib. 1. ann.  
(4) Cuncta mortalium incerta, quantoque plus adeptus foret, tanto se magis in lubrico dictans. Ibid.
42 EMPRESAS POLÍTICAS.

Algunas potencias en Italia que aspiran a la mагestad Real conocerán con el tiempo (quiera Dios que me engañe el discurso) que el apartarse de su modestia antigua es dar en el peligro, perturbándose el público sosiego; porque no se podrá Italia sufrir á sí misma si se viere con muchas cabezas corondas. Con menos inconvenientes se suelen dilatar los términos de un estado que mudar dentro de sí la forma de su grandeza, ó en competencia de los mayores, ó en desprecio de los iguales, con que á unos y á otros se incita vanamente. De la desigualdad en las comunidades resultó la dominacion común. El estar en ellas y no verse el principado es lo que las mantiene libres. Si se siembran espíritus regios nacen deseos de monarquía que acechen á la libertad.

La paz (como decimos en otra parte) es la que mantiene los reynos adquiridos, como sea paz cuidadosa y armada; porque da tiempo para que la posesion prescriba el dominio y le dé título justo, sin que le perturbe la guerra, la cual confunde los derechos, ofrece ocasiones á los ingenios inconstantes y mal contentos, y quita el arbitrio al que domina; y así no solamente se ha de procurar la paz en los reynos adquiridos, sino también en sus confinantes; porque fá
cilmemente saltan centellas del fuego vecino;
y pasan las armas de unas partes á otras,
encendido su furor en quien la mira de cerca; que es la razón que obligó al Rey
Felipe Tercero á tomar las armas contra
el Duque Carlos Emanuél de Saboya cuan-
do quiso despojar del Monferrato al Duque
de Mantua, procurando su Magestad que
la justicia y no la espada decidiese aquellas
pretensiones, porque no padeciese la quie-
tud pública de Italia por los antojos de uno.
El mismo peligro corre hoy si no se com-
ponen las diferencias que han obligado á
levantar las armas á todos los potentados;
porque desnuda una vez la espada ó la ven-
ganza, piensa en satisfacerse de agravios
recibidos, ó la justicia en recobrar lo injusta-
tamente usurpado, ó la ambicion en am-
pliar los dominios, ó el mismo Marte ar-
mado quiere probar el acero.
Cierro el discurso de esta empresa con
cuatro versos del Taso, en que pone con
gran juicio los verdaderos fundamentos con
que se ha de establecer y conservar un nue-
vo reyno.

_E fonder Boemondo al nuovo regno_
_Suo d’Antiochia alti principii mira;_
_Eleggì imporre, et introdu re costume,_
_Et arti, è culto di verace Numè (1)._
La saeta impelida del arco ó sube ó baja, sin suspenderse en el ayre, semejante al tiempo presente, tan imperceptible que se puede dudar si antes dejó de ser que llegase; ó como los ángulos en el círculo que pasa el agudo á ser obtuso sin tocar en el recto. El primer punto de la consistencia de la saeta lo es de su declinacion. Lo que mas sube mas cerca está de su caida. En llegando las cosas á su último estado han de volver á bajar sin detenerse. En los cuerpos humanos lo notó Hipócrates, los cuales en no pudiendo mejorarse no pueden subsistir,
y es fuerza que empeoren (1). Ninguna cosa permanente en la naturaleza. Esas causas segundas de los cielos nunca paran; y así tampoco los efectos que imprimen en las cosas, á que Sócrates atribuyó las mudanzas de las repúblicas (2). No son las monarquías diferentes de los vivientes ó vegetables. Nacen, viven y mueren como ellos sin edad firme de consistencia; y así son naturales sus caídas (3). En no creciendo descrecen. Nada interviene en la declinacion de la mayor fortuna. El detenerla en empezando á caer es casi imposible. Mas dificultoso es á la majestad de los Reyes bajar del sumo grado al medio, que caer del medio al ínfimo (4). Pero no suben, y caen con iguales pasos las monarquías; porque las mismas partes con que crecieron le son después de peso, el cual con mayor inclinacion y velocidad baja, apeteciendo el sosiego del cen-

(1) Nec enim in melius verti, nec diu sistere valent: reliquum est, ut in deterius dilabantur. 
Hippocrates.

(2) Qui causam esse tradit, quod nihil perpetuo maneat, sed omnia motu quodam orbiculari mutentur. 
Arist. lib. 5. Pol.

(3) Naturales esse conversiones rerum publicarum. Cicer. lib. 2. de nat. Deor.

(4) Regum majestatem difficilium à summo fastigio ad medium detrahi, quam à mediis ad ima precipitari. Livius.
EMPRESAS POLÍTICAS.

tro (1). En doce años levantó Alejandro su monarquía, y cayó en pocos, dividida en cuatro señoríos, y después en diversos.

Muchas son las causas de los crecimientos y descrecimientos de las monarquías y repúblicas. El que las atribuye al caso ó al movimiento y fuerza de los astros, ó á los números de Platon y años climatéricos, niega el cuidado de las cosas inferiores á la Providencia divina. No desprecia el gobierno de estos orbes quien no despreció su fábrica; pues hacerla y no cuidar de ella fuera acusar su misma acción. Si para iluminar el cuello de un pavón, ó para pintar las alas de una mariposa, no fía Dios de otro sus pinceles, ¿cómo creeremos que deja al caso los imperios y monarquías, de las cuales pende la felicidad ó infelicidad, la muerte ó vida del hombre, por quien crió todas las cosas? Impiedad sería nuestra el creerlo, ó soberbia para atribuir á nuestro consejo los sucesos. Por él réy nan los Reyes. Por su mano se distribuyen los cetros; y si bien en su conservación ó pérdida deja correr las inclinaciones naturales que ó nacie-

(1) Fati maligna, perpetuaque in omnibus rebus lex est, ut ad summum perducata, rursus ad infimum vel cius quidem, quam ascendenterunt, relabantur. Seneca.
ron con nosotros ó son influídas; y que con ellas se haya el libre albedrío sin obligar su libertad, con el mismo obra, disponiendo con nosotros las fábricas ó ruinas de las monarquías; y así ninguna se perdió en que no haya intervenido la imprudencia humana ó sus ciegas pasiones (1). No sé si me atreva á decir que fueran los imperios perpetuos si en los Príncipes se ajustara siempre la voluntad al poder y la razón á los casos.

Teniendo pues alguna parte la prudencia y consejo humano en las declinaciones de los imperios, bien podrémos señalarles sus causas. Las universales que comprenden á todos los reynos, ó adquiridos por la sucesion ó por la eleccion ó por la espada, son muchas; pero todas se podrían reducir á cuatro fuentes, de las cuales nacen las demás, así como en el orizonte del mundo salen de cuatro vientos principales muchos colaterales. Estas causas son la religión, la honra, la vida y la hacienda. Por la conservación de ellas se instituyó la com-

(1) Ego ita commerti omnia regna, c ivitates, n ationesque usque eo prosperum imperium habuisse; dum apud eos vera consilia valuerunt; ubicumque gratia, timor voluptas ea corrupere, post paulo imminente opes, deinde adeptum imperium, postremò servitus imposita est. Sal.
EMPRESAS POLÍTICAS.

pañía civil, y se sujetó el pueblo al gobier-
no de uno, de pocos ó de muchos; y así
cuando ve que alguna de estas cuatro co-
sas padece se alborota y muda la forma del
gobierno. De ellas tocarémos algo con la
brevedad que pide esta obra.

La religion, si bien es vínculo de la
república (como hemos dicho), es la que
mas la desune y reduce á varias formas de
gobierno cuando no es una sola; porque no
puede haber concordia ni paz entre los que
sienten diversamente de Dios; pues si la di-
versidad en las costumbres y trajes hace
opuestos los ánimos, ¿qué hará la inclina-
ción y fidelidad natural al Autor de lo cria-
do, y la rabia de los zelos del entendi-
miento en el modo de entender lo que tan-
to importa? La ruina de un estado es la li-
bertad de conciencia. Un clavo á los ojos
(como dijo el Espíritu Santo) y un dardo al
corazón son entre sí los que no convienen
en la religion (r). Las obligaciones de va-
sallage y los mayores vínculos de amistad
y sangre se descomponen y rompen por con-
servar el culto. Al Rey Witerico mataron
sus vasallos, porque había querido intro-

(r) Erunt vobis quasi clavi in oculis, & lanceæ
in lateribus, & adversabuntur vobis in terra habita-
tionis vestrae. Num. cap. 33. 55.
ducir la secta de Arrío; y también á Witiza porque alteró los estilos y ritos de la religión. Galicia se alborotó contra el Rey Don Fruela (1) por el abuso de los casamientos de los clérigos. Luego que entró en los Países Bajos la diversidad de religiones faltaron á la obediencia de su Príncipe natural.

La honra también, así como defiende y conserva las repúblicas, y obliga á la fidelidad, las suele perturbar por preservarse de la infamia en la ofensa, en el desprecio y en la injuria, anteponiendo los vasallos el honor á la hacienda y á la vida (2). Á los africanos llamó á España el Conde Don Julian cuando supo que el Rey Don Rodrigo había manchado el honor de la Caba su hija. Los hidalgos de Castilla tomaron las armas contra el Rey Don Alonso el Tercero porque les quiso romper sus privilegios y obligarles á pechar. No pudieron sufrir los vasallos del Rey de Leon Don Ramiro el Tercero que los tratase áspera y servilmente, y se levantaron contra él. Las afrentas recibidas siempre estan incitando

(2) Honor quoque quantum valeat, & quomodo sit causa seditionis, manifestum est. Arist. lib. 5. Pol. c. 3.
EMPRESAS POLÍTICAS.

a venganza contra el Príncipe (1). La desestimación obliga a sediciones (2), ó ya el Príncipe la tenga de los vasallos, ó ellos de él, cuando no tiene las partes y calidades dignas de Príncipe, juzgando que es vileza obedecer á quien no sabe mandar ni hacerse respetar, y vive descuidado del gobierno, como lo hicieron los vasallos del Rey Don Juan el Primero de Aragon, porque no atendía á los negocios; los del Rey de Castilla Don Juan el Segundo, porque era incapaz del cetro; los del Rey Don Enrique el Cuarto, por sus vicios y poco decoro y autoridad; y los del Rey Don Alónso el Quinto de Portugal, porque se dejaba gobernar de otros. No menos sienten los subditos por agravio y mengua el ser mandados de extranjeros, ó que entre ellos se repartan las dignidades y mercedes; porque (como dijo el Rey Don Enrique) (3) es mostrar que en nuestros reynos haya falta de personas dignas y hábiles. Lo cual dio motivo á los movimientos de Castilla en
tiempo del Emperador Carlos Quinto. Lo mismo sucede cuando los honores son mal repartidos; porque no lo pueden sufrir los hombres de gran corazón (1), teniendo por desprecio que otros de menos mérito sean preferidos a ellos (2).

La mayor enfermedad de la república es la incontinencia y lascivia. De ellas nacen las sediciones, las mudanzas de reynos y las ruinas de Príncipes; porque tocan en la honra de muchos, y las castiga Dios severamente. Por muchos siglos cubrió de cenizas a España una deshonestidad. Por ella cayeron tantas plagas en Egipto (3), y padeció David grandes trabajos en su persona, y en las de sus descendientes (4), perseguidos y muertos casi todos á cuchillo. No es menor peligro en la república el haber muchos excluidos de los cargos; por-

---

(1) Nam multitudo quidem graviter fert inaequalitatem patrimoniorum, præstantes autem viri honorum inæqualitatem. Arist. lib. 2. Pol.

(2) Nam homines tum, quod ipsi inonorati sunt, movent seditiones, tum quod alios videant in honore. Arist. lib. 5. Pol. cap. 3.


(4) Non recedet gladius de domo tua usque in sempiternum, eo quod despexeris me, & tuleris uxorem Uriæ. 2. Reg. 12. 10.
que son otros tantos enemigos de ella (1), no habiendo hombre tan ruin que no apetezca el honor, y sienta verse privado de él (2). Este peligro corren las repúblicas donde un número cierto de nobles goza del magistrado, excluidos los demás.

La tercera causa de las mudanzas y alborotos de los reynos es por la conservación de la vida, cuando los súbditos tienen por tan flaco y cobarde á su Príncipe que no los podrá defender. Ó le aborrecen por su severidad como al Rey Don Alonso el Décimo, ó por su crueldad como al Rey Don Pedro: ó cuando le tienen por injusto y tirano en sus acciones, y peligra en sus manos la vida de todos, como al Rey Don Ordoño (3) por la muerte que con mal trato dió á los Condes de Castilla, de donde resultó el mudar de gobierno.

La ultima causa es la hacienda cuando el Príncipe consume las de sus vasallos, ló cual fue causa para que Don García Rey de Galicia (4) perdiése el reyno y la vida:

(1) Cum enim multitudo inopum est in civitate, eademque ab honoribus exclusa, necesse est, eam civitatem esse plenam hostium reipublicae. Arist. lib. 3. Pol. cap. 7.
(2) Honori incumbit, tam ignarus, quam bonus. Arist. lib. 2. Pol. cap. 5.
(3) Mor. hist. Hisp.
(4) Idem.
ó, cuando disipa pródigoamente, las rentas Reales, pretexto de que se valió Don Ramón para dar la muerte á su hermano el Rey de Navarra Don Sancho: ó cuando es avariento como el Rey Don Alonso el Sabio: ó cuando, por el mal gobierno, se padece necesidad y se altera el precio de las cosas; y falta el comercio y trato, lo cual hizo también odioso al mismo Rey D. Alonso: ó cuando está desconcertada la moneda, como en tiempo del Rey Don Pedro de Aragon, el Segundo y de otros muchos Reyes: ó, mal repartidos, los cargos útiles ó las haciendas; porque la envidia y la necesidad toman las armas contra los ricos; y causan sediciones (1), las cuales también nacen de la mala administración de la justicia, de los alojamientos, y de otros pesos que cargan sobre las rentas y bienes de los vasallos.

Fuera de estas causas universales y comunes, hay otras muy particulares á cada una de las tres diferencias dichas de reynos, las cuales se pueden inferir de las que hemos propuesto para su conservacion; porque conocido lo que da salud á los estados.

(1) Insuper seditiones oriuntur, non solum ob patrimonii rum, verum etiam ob honorum inaequallitates. Arist. lib. 2. Pol. cap. 5.

Tomo II.
EMPRESAS POLÍTICAS.

se conoce lo que les da muerte, ó al contrario (1). Con todo eso me estenderé algo en ellas, aunque con riesgo de tocar en las ya referidas.

Los estados hereditarios se suelen perder cuando en ellos reposa el cuidado del sucesor; principalmente si son muy poderosos; porque su misma grandeza le hace descuidado; despreciando los peligros, y siendo irresoluto en los consejos, y tímido en ejecutar cosas grandes, por no turbar la posesión quieña en que se halla. No acude al daño con las prevenciones, sino con los remedios cuando ya ha sucedido, siendo entonces mas costosos y menos eficaces (2). Juzga el atreverse por peligro, y procurando la paz con medios flojos e indeterminados, llama con ellos la guerra, y por donde piensa conservarse se pierde. Este es el peligro de las monarquías, que buscando el reposo dan en las inquietudes. Quieren parar y caen. En dejando de obrar enferman. Bien significó todo esto aquella

(1) Sed illud primum omnium dubitari non potest; quin cognitis istis, quae repurgace interitum important, ea quoque que salutem afferunt, intelligentur, cum contraria contrariorum sint efficientia. Arist. lib. 5. Pol. cap. 8.

(2) Tardiòra sunt remedia, quam mala. Tac. in vita Agric.
vision de Ezequiel de los cuatro animales alados, símbolo de los Príncipes y de las monarquías; los cuales cuando caminaban parecía de muchos el rumor de sus alas, semejante a la marcha de los escuadrones, y en parando se les caían las plumas (1). Pero no es menester para mantenerse que siempre hagan nuevas conquistas; porque habrían de ser infinitas, y tocarían en la injusticia y tiranía. Bien se puede mantener un estado en la circunferencia de su círculo, con tal que dentro de ella conserve su actividad y ejerza su valor y las mismas artes con que llegó a su grandeza. Las aguas se conservan dentro de su movimiento: si falta se corrompen; pero no es necesario que corran, basta que se muevan en sí mismas, como sucede a las lagunas agitadas de los vientos. Así las monarquías bien disciplinadas y prevenidas para la ocasión duran por largo espacio de tiempo sin ocuparse en la usurpación. Aunque no haya guerra se puede ejercitar la guerra. En la paz mantenía C. Casio las artes de la guerra y la disciplina militar antigua (2).

(2) Attamen quantum sine bello dabatur, revo-
EMPRESAS POLÍTICAS.

Si al Príncipe le faltare el ejercicio de las armas, no se entorpezca en los oicios de la paz: en ella emprenda gloriosas acciones que mantengan la opinion. No dejó Augusto en el sosiego de su imperio cubrir de cenizas su espíritu fogoso; antes cuando no había en que obrar como hombre, intentó obrar como Dios componiendo los movimientos de los orbes, ajustando los meses, y dando órdenes al tiempo. Con este fin el Rey Felipe Segundo levantó aquella insigne obra del Escorial, en que procuró vencer con el arte las maravillas de la naturaleza, y mostrar al mundo la grandezza de su ánimo y de su piedad.

Peligran también los reynos hereditarios cuando el sucesor, olvidado de los institutos de sus mayores, tiene por natural la servidumbre de los vassallos, y no reconociendo de ellos su grandezza los desamina y gobierna como á esclavos, atendiendo mas à sus fines propios y al cumplimiento de sus apetitos que al beneficio público, convertida en tirania la dominacion (1); de

care priscum morem, exercitare legiones, cura, provisum agere perinde, ac si hostis ingueret. Tac. lib. 12. ann.

donde concibe el pueblo una desestimación del Príncipe y un odio y aborrecimiento á su persona y acciones, con que se deshace aquella union recíproca que hay entre el Rey y el reyno (1), donde este obedece y aquel manda por el beneficio que reciben, el uno en el esplendor y superioridad de gobernar, y el otro en la felicidad de ser bien gobernado. Sin este recíproco vínculo se pierden los estados hereditarios, ó se mudan sus formas de gobierno; porque el Príncipe que se ve despreciado y aborrecido teme: del temor nace la crueldad, y de ésta la tiranía; y no pudiéndola sufrir, los poderosos se conjuran contra él, y con la asistencia del pueblo le expelen; y entonces reconociendo el pueblo de ellos su libertad, les rinde el gobierno y se introduce la aristocracia, en que mandan los mejores. Pero se vuelve á los mismos inconvenientes de la monarquía; porque como suceden después sus hijos, haciéndose hereditario el magistrado y el dominio, abusan de él gobernando á utilidad propia; de donde resulta que viéndose el pueblo tiranizado de ellos les quita el poder, y quiere que manden todos, eligiendo para ma-
EMPRESAS POLÍTICAS.

yor libertad la democracia, en la cual no pudiéndose mantener la igualdad, crece la insolencia y la injusticia, y de ella resultan las sediciones y tumultos, cuya confusión y daños obligan á buscar uno que mande á todos, con que se vuelve otra vez á la monarquía. Este círculo suelen hacer las repúblicas, y en él acontece muchas veces perder su libertad, cuando alguna potencia vecina se vale de la ocasion de sus inquietudes para sujetarlas y dominarlas.

Los imperios electivos se pierden, ó el afecto de los vasallos, cuando no corresponden las obras del elegido á la opinion concebida antes, hallándose engañada la eleccion en los presupuestos falsos del mérito; porque muchos parecen buenos para gobernar antes de haber gobernado, como parecía Galba (1). Los que no concurrieron en la eleccion no se aseguran jamas del elegido, y este temor les obliga á desear y á procurar la mudanza. Los que asistieron con sus votos, se prometieron tanto de su favor, que no viendo cumplidas sus esperanzas viven quejosos, siendo imposible que el Príncipe pueda satisfacer á todos: fuera de que se cansa la gratitud humana.

(1) Omnium consensu capax imperii, nisi imperasset. Tac. lib. x. hist.
de tener delante de sí los instrumentos de su grandeza, y los aborrece como á acreedores de ella. Los vasallos hechos á las mudanzas de la elección las aman, y siempre se persuaden á que otro nuevo Príncipe será mejor. Los que tienen voto en la elección llevan mal que esté por largo tiempo suspensa y muerta su potestad de elegir, de la cual pende su estimacion. El elegido, soberbio con el poder, quiere estenderle y rompe los juramentos y condiciones con que fue elegido, y despreciando los nacionales (cuando es forastero) pone en el gobierno á los de su nacion, y enriquece á los de su familia, con que cae en el odio de sus vasallos, y da ocasión á su ruina; porque todos llevan mal el ser mandados de extrangeros. Por triste anuncio de Jerusalén lo puso Jeremías (1).

Los imperios adquiridos con la espada se pierden; porque con las delicias se apaga el espíritu y el valor. La felicidad perturba los consejos, y trae tan divertidos á los Príncipes, que desprecian los medios que los puso en aquella grandeza. Llegan á ella con el valor, la benignidad y el crédito, y

(1) Ecce auditum est in Jerusalem custodes venire de terra longinqua, & dare super civitates Juda vocem suam. Jer. cap. 4. 16.
la pierden con la flaqueza, el rigor y la desestimación; con que mudándose la dominación, se muda con ella el afecto y la obediencia de los vasallos (1). Esta fue la causa de la expulsión de los cartagineses en España, no advirtiendo que con las mismas artes con que se adquieren los estados se mantienen: en que suelen ser más atentos los conquistadores que sus sucesores; porque aquellos para adquirirlos y mantenerlos aplicaron todo su valor e ingenio, y á éstos hace descuidados la sucesión. De donde nace que casi todos los que ocuparon reynos los mantuvieron; y casi todos los que los recibieron de otros los perdieron (2). El Espíritu Santo dice que los reynos pasan de unas gentes en otras por la injusticia, agravios y engaños (3).

Cierro esta materia con dos adverten-

(1) Illud clarum, testatumque exemplis est, quod homines felicitatem assequantur benignitate in alios, & bona de se opinione. Idem cum adepti, quae voluerant, ad injurias, & impotentiain in imperiis dilabuntur, fit meritissimo, ut una cum imperantium mutatione, ipsis subditi se, & affectus mutent. Polibius.


(3) Regnum a gente in gentem transfertur propter injustitias, & injurias, & contumelias, & diversos dolos. Eccl. cap. 10, 8.
Eyiias. La primera, que las repúblicas se conservan cuando están lejos de aquellas cosas que causan su muerte, y también cuando están cerca de ellas; porque la confianza es peligrosa, y el temor solícito y vigilante (1). La segunda, que ni en la persona del Príncipe ni en el cuerpo de la república se han de despreciar los inconvenientes ó daños aunque sean pequeños; porque secretamente y poco á poco crecen, descubriéndose después irremediables (2). Un pequeño gusano roe el corazón á un cedro y le derriba. Á la nave mas favorecida de los vientos detiene un pecezuelo. Cuanto es mas poderosa y mayor su velocidad, mas fácilmente se deshace en cualquier cosa que topa. Ligeras pérdidas ocasionaron la ruina de la monarquía romana. Tal vez es mas peligroso un achaque que una enfermedad, por el descuido en aquel, y la diligencia en esta. Luego tratamos de curar una fiebre, y despreciamos una destilación al pecho, de que suelen resultar mayores enfermedades.

(1) Conservantur etiam respublicæ, non solum quia procul sunt ab iis quæ interitum afferunt, sed etiam quia propé sunt. Nam timor intentiore cura reipublicæ consulere cogit. Arist. lib. 5. Pol. c. 8.

(2) Maxime omnium, quod exiguum est, cave-ri debe. Detrimentum enim latenter obrepit, quia non totum simul contrahitur. ibid.
F orma la harpa una perfecta aristocracia, compuesta del gobierno monárquico y democrático. Preside un entendimiento, gobernando muchos dedos, y obedece un pueblo de cuerdas; todas templadas y todas conformes en la consonancia, no particular sino común y pública, sin que las mayores discrepen de las menores. Semejante a la harpa es una república, en quien el largo uso y experiencia dispuso los que habían de gobernar y obedecer: estableció las leyes, constituyó los magistrados, distinguió los oficios, señaló los estilos, y perficionó en cada una de las naciones el orden de repú-
blica más conforme y conveniente á la natu-
uraleza de ellas. De donde resulta que con
pelgro se alteran estas disposiciones anti-
guas. Ya está formada en todas partes la
harpa de los reynos y repúlicas, y colo-
cadas en su lugar las cuerdas; y aunque
parezca que alguna estaría mejor mudada,
se ha de tener más fe de la prudenticia y
consideracion de los predecesores, enseña-
dos del largo uso y experiencia; porque los
estilos del gobierno, aunque tengan incon-
venientes, con menos daño se toleran que
se renuevan. El Príncipe prudente temple
las cuerdas así como están, y no las mude
si ya el tiempo y los accidentes no las
descompusieren tanto que desdigan del fin
con que fueron constituidas, como decimos
en otra parte. Por lo cual es conveniente
que el Príncipe tenga muy conocida esta
harpa del reyno, la magestad que resulta
de él, y la naturaleza, condicion é ingenio
del pueblo y del palacio, que son sus prin-
cipales cuerdas; porque como dice el Rey
Don Alonso el Sabio (1) en una ley de las
Partidas: saber conocer los omes es una de
las cosas de que el Rey mas se debe traba-
jar; cá pues que con ellos ha de facer todos
sus fechos, menester es que los conozca bien.

(1) L. 13. 5. Part. 2.
En esto consisten las principales artes de reynar.

**Principis est virtus maxima nosse suos.**

Los que más estudiaron en esto, con mayor facilidad gobernaron sus estados. Muchos ponen la mano en esta harpa de los reynos: pocos saben llevar los dedos por sus cuerdas, y raros son los que conocen su naturaleza y la tocan bien.

Esté pues advertido el Príncipe en que el rey no es una union de muchas ciudades y pueblos: un consentimiento común en el imperio de uno y en la obediencia de los demás, á que obligó la ambicion y la fuerza. La concordia le formó y la concordia le sustenta. La justicia y la clemencia constituyen su vida. Es un cuidado de la salud agena. Consiste su espíritu en la unidad de la religion. De las mismas partes que consta pende su conservacion, su aumento ó su ruina. No puede sufrir la compañía. Vive expuesto á los peligros. En él, mas que en otra cosa, ejercita la fortuna sus inconstancias. Está sujeto á la emulacion y á la envidia. Mas peligra en la prosperidad que en la adversidad; porque con aquella se asegura, con la seguridad se ensobrece, y con la soberbia se pierde. Ó por nuevo se
descompone, y por antiguo se deshace. No es menor su peligro en la continua paz, que en la guerra. Por sí mismo se cae cuando agenas armas no le ejercitan, y en empeñando a caer no se detiene. Entre su mayor altura y su precipicio no se interpone tiempo. Lo¡ zelos le defienden y, los zelos, le suelen ofender. Si es muy pequeño no se puede defender, si muy grande no se sabe gobernar. Mas obedece al arte que á la fuerza. Amai las novedades y está en ellas su perdición. La virtud es su salud, el vicio su enfermedad. El trabajo le levanta, y el ocio le derriba. Con las fortalezas y confederaciones se afirma, y con las leyes se mantiene. El magistrado es su corazón, los Consejos sus ojos, las armas sus brazos, y las riquezas sus pies.

De esta harpa del reyno resulta la Majestad, la cual es una armonía nacida de las cuerdas del pueblo y aprobada del cielo (1). Una representación del poder y un resplandor de la suprema jurisdicción. Una fuerza que se hace respetar y obedecer. Es guarda y salud del principado. La opinión y la fama le dan sér: el amor seguridad, el,

---

(1) Vivit Dominus, qui firmavit me, & collo-cavit me super solium David patris mei. 3. Reg. cap. 2. 24.

---
temor autoridad, la ostentación grandeza, la ceremonia reverencia, la severidad respeto, el adorno estimación. El retiro la hace venerable. Peligra en el desprecio y en el odio. Ni se puede igualar ni dividir, porque consiste en la admiración y en la unidad. En ambas fortunas es constante: el culto la afirma; las armas y las leyes la mantienen. Ni dura en la soberbia; ni cabe en la humildad. Vive con la prudencia y la beneficencia, y muere a manos del ímpetu y del vicio.

El vulgo de cuerdas de esta harpa del reyno es el pueblo. Su naturaleza es monstruosa en todo y desigual a sí misma, inconstante y varia. Se gobierna por las apariencias sin penetrar el fondo. Con el rumor se consulta. Es pobre de medios y de consejo, sin saber discernir lo falso de lo verdadero. Inclinado siempre a lo peor. Una misma hora le ve vestido de dos afectos contrarios. Mas se deja llevar de ellos que de la razón: mas del ímpetu que de la prudencia; mas de las sombras que de la verdad. Con el castigo se deja enfrenar. En las adulaciones es disforme; mezclando alabanzas verdaderas y falsas. No sabe contenerse en los medios: o ama ó aborrece con extremo, ó es sumamente agradecido ó sumamente ingrato: ó teme ó se hace te-
mer; y en temiendo, sin riesgo se despre-
cia. Los peligros menores le perturban si los
ve presentes, y no le espantan los grandes
si estan lejos. O sirve con humildad, ó man-
da con soberbia. Ni sabe ser libre ni deja de
serlo. En las amenazas es valiente y en las
obras cobarde. Con ligeras causas se altera
y con ligeros medios se compone. Sigue, no
guía. Las mismas demostraciones hace por
uno que por otro. Mas fácilmente se deja
violentar que persuadir. En la fortuna pró-
pera es arrogante e impío: en la adversa
rendido y religioso. Tan fácil á la crueldad
como á la misericordia. Con el mismo furor
que favorece á uno le persigue después. Abu-
sa de la demasiada clemencia y se preci-
pita con el demasiado rigor. Si una vez se
atreve á los buenos no le detienen la razón
ni la vergüenza. Fomenta los rumores, los
finge, y crédulo acrecienta la fama. Des-
precia la voz de pocos y sigue la de mu-
chos. Los malos sucesos atribuye á la mali-
cia del magistrado, y las calamidades á los
pecados del Príncipe. Ninguna cosa le tiene
mas obediente que la abundancia, en quien
solamente pone su cuidado. El interés ó el
deshonor le conmueven fácilmente. Agra-
vado cae, y aliviado cojea. Ama los inge-
nios fogosos y precipitados, y el gobierno
ambicioso y turbulento. Nunca se satisface
EMPRESAS POLÍTICAS.

del presente, y siempre desea mudanzas en él. Imita las virtudes ó vicios de los que mandan. Envidia los ricos y poderosos y maquina contra ellos. Ama los juegos y divertimientos, y con ninguna cosa mas que con ellos se gana su gracia. Es supersticioso en la religión, y antes obedece á los sacerdotes que á sus Príncipes. Estas son las principales condiciones y calidades de la multitud. Pero advierta el Príncipe que no hay comunidad ó Consejo grande, por grave que sea y de varones selectos, en que no haya vulgo y sea en muchàs cosas parecido al popular.

Parte es también de esta harpa, y no la menos principal, el palacio, cuyas cuerdas, si con muchà prudencia y destreza no las tocare el Príncipe, harán disonante todo el gobierno; y así para tenerlas bien templadas conviene conocer estas calidades de su naturaleza. Es presuntuoso y vario. Por instantes muda colores como el cama­leon, según se le ofrece delante la fortuna próspera ó adversa. Aunque su lenguaje es común á todos, no todos le entienden. Adora al Príncipe que nace y no se cura del que tramonta. Espia y murmura sus acciones. Se acomoda á sus costumbres y remedia sus faltas. Siempre anda á caza de su gracia con las redes de la lisonja y adul-

Conocido pues este instrumento del gobierno, y las calidades y consonancias de sus cuerdas, conviene que el Príncipe lleve por ellas con tal prudencia la mano que todas hagan una igual consonancia; en que es menester guardar el movimiento y el tiempo, sin detenerse en favorecer más una cuerda que otra de aquello que conviene a la armonía que ha de hacer, olvidándose de las demás; porque todas tienen sus veces en el instrumento de la república, aunque desiguales entre sí, y fácilmente se desconcertarian y harían peligrosas disonancias si el Príncipe diese larga mano a los magistrados; favoreciese mucho la plebe, o despreciase la nobleza; si con unos guardase justicia y no con otros; si con unos...
EMPRESAS POLÍTICAS.

diese los oficios de las armas y letras: si no conociese bien que se mantiene la Mages-
tad con el respeto, el rey no con el amor, el palacio con la entereza, la nobleza con 
la estimación, el pueblo con la abundancia, la justicia con la igualdad, las leyes con el 
temor, las armas con el premio, el poder con la parsimonia, la guerra con las ri-
quezas, y la paz con la opinion.

Cada uno de los reynos es instrumento 
distinto del otro en la naturaleza y disposi-
ción de sus cuerdas, que son los vasallos; y así con diversa mano y destreza se han de 
tocar y gobernar. Un rey no suele ser como 
la harpa, que no solamente ha menester lo 
blando de las yemas de los dedos, sino tam-
bién lo duro de las uñas. Otro es como el 
clavicordio, en quien cargan ambas manos 
para que de la opresión resulte la consonan-
cia. Otro es tan delicado como la cítara, 
que aun no sufre los dedos, y con una li-
gera pluma resuena dulcemente. Y así esté 
el Príncipe muy advertido en el conocimien-
to de estos instrumentos de sus reynos y de 
as cuerdas de sus vasallos para tenerlas 
bien templadas, sin torcer (como en Dios 
lo consideró San Crisóstomo) (1), con mu-

(1) Neque nervum intendit ut non abrumpat, neque remittit ultra modum ne armoniae concentum 
laedat. Chrys.
Artificiosa la abeja encubre cautamente el arte con que labra los panales. Hierve la obra, y nadie sabe el estado que tiene; y si tal vez la curiosidad quiso acecharla, formando una colmena de vidrio, desmiente lo transparente con un baño de cera, para que no pueda haber testigos de sus acciones domésticas. Ó prudente república, maestra de las del mundo, ya te hubieras levantado con el dominio universal de los
animales si como la naturaleza te dictó medios para tu conservación te hubiera dado fuerzas para tu aumento! Aprendan todas de ti la importancia de un oculto silencio y de un impenetrable secreto en las acciones y resoluciones, y el daño de que se descubra el artificio y máximas del gobierno, las negociaciones y tratados, los intentos y fines, los achaques y enfermedades internas. Si hubiera entendido este recato de las abejas el Tribuno Druso, cuando un arquitecto le ofreció que le dispondría de tal manera las ventanas de su casa que nadie le pudiese sojuzgar, no respondería que antes las abriese tanto que de todas partes se viese lo que hacía en ella (1). Arrogancia fue de ingenuidad o confianza de particular, no de ministro ni de Príncipe, en cuyo pecho y palacio es menester que haya retretes, donde sin ser visto se consulten y resuelvan los negocios. Como misterio se ha de comunicar con pocos el consejo (2). A la deidad que asiste á él levantó aras Roma; pero eran subterráneas, significan—

(1) Tu verò, inquit, si quid in te artis est, ita compone domum meam, ut quidquid agam, ab omnibus perspici possit. Bell. Pater, lib. 2.
(2) Habuit cum eis misterium consilií sui. Ju- dit, c. 2. 2. Rosin, 2. ant. Rom.
Poro este recato del secreto pudo crecer, y conservarse tanto aquella grandeza, conociendo que el silencio es un seguro vínculo del gobierno (1). Tenía aquel Senado tan fiel y profundo pecho, que jamás se derramaron sus consultas y resoluciones. En muchos siglos no hubo Senador que las manifestase. En todos había orejas para oír, en ninguno lengua para referir. No sé si se podría contar lo mismo de las monarquías y repúblicas presentes. Lo que ayer se trató en sus Consejos hoy se publica en los estrados de las damas, a cuyos halagos (contra el consejo del Profeta Miquéas) (2) se descubren fácilmente los maridos, y ellas luego á otras, como sucedió en el secreto que fío Máximo á su muger Marcia (3). Por estos arcaduces pasan luego los secretos á los Embajadores de Príncipes, á cuya atencion ninguno se reserva. Espías son públicas y búzanos de profundidades. Discreta aquella república que no los admite de

(1) Taciturnitas optimum, atque tutissimum rerum administrandarum vinculum. *Val. Max. lib. 2, 2.*

(2) *Ab ea, quæ dormit in sinu tuo, custodi claustra oris tui. Mich. cap. 7. 5.*

(3) *Quod Maximum uxori Martiae aperuisse, illa Libiae, gnarum id Caesar. Tac. lib. 1. ann.*
asiento. Mas dañosos que útiles son al público sosiego. Mas guerras han levantado que compuesto paces. Siempre fabrican colmenas de vidro para acechar lo que se resuelve en los Consejos. Viva pues el Príncipe cuidadoso en dar baños á los resquicios de sus Consejos, para que no se asome por ellos la curiosidad; porque si lo penetra el enemigo, fácilmente los contra-mina y se arma contra ellos, como hacia Germánico sabiendo los designios del enemigo (1). En esto se fundó el consejo que dió Salustio Crispo á Livia, que no se divulgasen los secretos de la casa, los consejos de los amigos, ni los ministerios de la milicia (2). En descubriendo Sanson á Dalila donde tenía sus fuerzas (3) dió ocasión á la maldicia y las perdió (4). Los designios ocultos llenan á todos de temor y llevan consigo el crédito; y aunque sean mal fundados, les

---

(1) Nihil ex iis Cæsari incognito: consilia, locos, prompta, occulta noverat, astusque hostium in perniciem ipsis vertebat. Tac. lib. 2. ann.

(2) Ne arcana domus, ne consilia amicorum, ministèria militum vulgarentur. Tac. lib. 1. ann.

(3) Si ràsum fuerit caput meum, recedet a me fortìtudo mea, & deficiam, eroque sìcut cæteri homines. Judic. 16. 17.

halla después causas razonables el discurso en fe de la buena opinión. Perderíamos el concepto que tenemos de los Príncipes y de las repúblicas si supiésemos internamente lo que pasa dentro de sus Consejos. Gigantes son de bulbo que se ofrecen altos y poderosos a la vista, y mas atemorizan que ofenden; pero si los reconoce el miedo hallará que son fantásticos, gobernados y sustentados de hombres de no mayor estatura que los demás. Los imperios ocultos en sus consejos y designios causan respeto: los demás desprecio. ¡Qué hermoso se muestra un río profundo! (1) ¡Qué feo el que descubre las piedras y las obras de su madre! A aquel ninguno se atreve a vadear: a este todos. Las grandezas que se conciben con la opinión se pierden con la vista. Desde lejos es mayor la reverencia (2). Por eso Dios en aquellas conferencias con Moysén en el monte Sinai sobre la ley y gobierno del pueblo, no solamente puso guardas de fuego á la cumbre, sino la cubrió con espesas nubes (3) para que nadie los acecha;

(1) Sicut aqua profunda, sic consilium in corde viri. Prov. 20. 5.
(2) Major est longinquu reverentia. Tac. l. 1. ann.
(3) Ecce ceperunt audiri tonitura, ac micare fulgura, & nubes densissima operire montem. Exod. 19. 16.
EMPRESAS POLÍTICAS.

se, mandando que ninguno se arrimase á la falda, so pena de muerte (1). Aun para las consultas y órdenes de Dios convino hacerlas misteriosas con el retiro, ¿qué será pues en las humanas, no habiendo consejo de sabios sin ignorancias? Cuando salen en público sus resoluciones parecen compuestas y ordenadas con gran juicio. Representan la magesdad y la prudencia del Príncipe, y en ellas suponemos consideraciones y causas que no alcanzamos, y á veces les damos muchachas que no tuvieron. Si se oyera la conferencia, los fundamentos y los designios, nos riéramos de ellas. Así sucede en los teatros, donde salen compuestos los personajes y causan respeto, y allá dentro en el vestuario se reconoce su vileza: todo está revuelto y confuso. Por lo cual es de mayor inconveniente que los misterios del gobierno se comuniquen á forasteros, á los cuales tenía por sospechosos el Rey Don Enrique el Segundo (2); y aunque muchos serán fieles, lo mas seguro es no admitirlos al manejo de Estado ó de Hacienda (3).

(1) Cavete, ne ascendatis in montem, ne tangeris fines illius: omnis qui tetigerit montem, morte morierit. Exod. 19. 12.
(2) L. 4. tit. 3. lib. 1. Recop.
(3) Ne alieni Regni, quod non convenit, scrutentur arcana. L. Mercatores C. de comer.
cuando no son vasallos ó de igual calidad.

Si el Príncipe quisiere que se guarde secreto en sus Consejos, déles ejemplo con su silencio y recato en zelar sus designios. Imite á Metelo, el cual decía (como también el Rey Don Pedro de Aragon) que que-maría su camisa si supiese sus secretos. Ha-ga estudio particular en cubrir su ánimo; porque quien fuere dueño de su intencion, lo será del principal instrumento de reynar. Conociendo esto Tiberio, aunque de su nata-rual era oculto, puso mayor cuidado en serlo cuando trató de suceder á Augusto en el imperio (1). Los secretos no se han de comunicar á todos los ministros, aunque sean muy fieles, sino á aquellos que han de tener parte en ellos, ó que sin mayor inconveniente no se puede escusar el hacerlos partícipes. Cuando Cristo quiso que no se publicase un milagro suyo, solamente se fió de tres Apóstoles, porque en todos estaría seguro el secreto (2). Mucho cuidado es menester para guardarle; porque si bien

(1) Tiberioque etiam in rebus, quas non occu-deret, seu natura, sive adsuetudine suspensa semper, & obscura verba: tunc verò, nitenti ut sensus suos penitus abderet. Tac. lib. i. ann.

(2) Non permissit intrare secum quemquam, nisi Petrum, & Jacobum, & Joannem. Luc. c. 8. 51.
EMPREAS POLÍTICAS.

está en nuestro arbitrio el callar (1); no está aquel movimiento interno de los afec-
tos y pasiones, ó aquella sangre ligera de la vergüenza que en el rostro y en los ojos representa lo que está oculto en el pecho (2). Suele el ánimo pasarse como el papel, y se lee por encima lo que está escrito dentro de él, como en el de Agrípina se traslucía la muerte de Británico, sin que pudiese encubrir la el cuidado (3). Advertidos de esto Tiberio y Augusta, no les pareció que podían disimular el gusto que tenían de la muerte de Germánico, y no se dejaron ver en público (4). No es sola la lengua quien manifiesta lo que oculta el corazón; otras muchas cosas hay no menos parleras que ella: estas son el amor, que como es fuego alumbra y deja patentes los retretes del pecho: la ira que hierva y rebosa, el temor á la pena, la fuerza del dolor, el interés, el honor ó la infamia, la vanagloria de lo

(1) Si tām iā quaestā potestate esset oblivisci, quām tacere. Tac. in vit. Agric.

(2) Quoniam nequitiae in habitaculis eorum: in medio eorum. Psalm. 54. 16.

(3) At Agrippinae is pavor, ea consternatio mentis, quamvis vultu prāmeretur, emicuit. Tacit. lib. 13. ann.

(4) Annum omnium oculis vultum eorum scrutantibus, falsi intelligerentur. Tac. lib. 3. ann.
que se concibe, deseosa que sepa antes que
se ejecute, y la enajenación de los senti-
dos ó por el vino ó por otro accidente. No
hay cuidado que pueda desmentir estas es-
pías naturales; antes con el mismo se des-
cubren más, como sucedió á Scévino en la
conjuración que maquinaba, cuyo semblan-
te cargado de imaginaciones manifestaba su
intento y le acusaba, aunque con vagos ra-
zonamientos se mostraba alegre (1). Y si
bien con el largo uso se puede corregir la
naturaleza y enseñarla al secreto y recato,
como aprendió Octavia (aunque era de po-
ca edad) á tener escondido su dolor ó su
afecto (2), y Nerón perficionó su natural
astuto en zelar sus ódios y disfrazarlos con
halagos engañosos (3); no siempre puede el
arte estar tan en sí que no se desciude y
deje correr al movimiento natural, princi-
palmente cuando la malicia le despierta e
incita. Esto sucede de diferentes maneras,
las cuales señalaré aquí para que el Princi-

(1) Atque ipse moestus, & magnae cogitationis
manifestus erat, quamvis lætitiam vagis sermonibus
simularet. Tac. lib. 15. ann.

(2) Octavia quoque, quamvis rudibus annis, do-
lorem, charitatem omnis affectus abscondere didi-
erat. Tac. lib. 13. ann.

(3) Factus natura, & consuetudine exercitus, ve-
lare odium fallacibus blanditiis. Tac. lib. 14. ann.
EMPRESAS POLÍTICAS.

pe esté advertido, y no se deje abrir el pe-
cho y reconocer lo que en él se oculta.

Suele pues la malicia tocar astutamen-
te en el humor pecante para que salte á
fuera y manifieste los pensamientos (1). Así
lo hizo Seyano, induciendo á los parientes
de Agripina que encendiesen sus espíritus
altivos, y la obligasen á descubrir su deseo
de reynar, con que fuese sospechosa á
Tiberio (2).

Lo mismo se consigue con las injurias,
las cuales son llaves del corazón. Muy cer-
rado era Tiberio, y no pudo contenerse
cuando le injurió Agripina (3).

Quien encubriendo sus intentos da á en-
tender otros contrarios, descubre lo que se
siente de ellos: artificio de que se valió el
mismo Emperador Tiberio cuando para pe-
netrar el ánimo de los Senadores mostró que
no quería aceptar el imperio (4).

Es tambien astuto ardid entrar á lo lar-

(2) Agrippinæ quoque proximi inliciebantur pra-
vis sermonibus, tumidos spiritus perstimulare. Tac.
lib. 4. ann.
(3) Audita hæc raram occulti pectoris vocem eli-
cuere, correpquamæ Græco versu admonuit: ideo læ-
di , quia non regnaret. Tac. lib. 4. ann.
(4) Postea cognitum est, ad introspiciendas
etiam procerum voluntates, inductam dubitatio-

nem, Tac. lib. 1. ann.
go en las materias, alabando y vituperando lo que se quiere descubrir, y haciéndose cómplice en el delito ganar la confianza, y obligar a descubrir el sentimiento y opinión. Con esta traza Laciar alabando á Germánico, compadeciéndose de Agripina y acusando á Seyano, se hizo confidente de Sabino y descubrió en él su aborrecimiento y odio contra Seyano (1).

Múltiples preguntas juntas son como muchos golpes tirados a un mismo tiempo, que no los puede reparar el cuidado y desarmar el pecho mas cerrado, como las que hizo Tiberio al hijo de Pison (2). Hechas también de repente turban el ánimo, como las de Asinio Gallo á Tiberio (3), que aunque

(1) Simul honora de Germanico, Agrippinam miserans, disserebat. Et postquam Sabinus, ut sunt nobiles in calamitate mortalium animi, effudit lacrymas, junxit quaestus; audientius jam onerat Sejanum, saevitiam, superbia, spes euis; ne in Tiberium quidem convitio abstinent. Ilque sermones, tanquam ventita miscuisserant, speciem arcta amicitiae facere. Ac jam ultro Sabinus quærere Latiarem, ventitare domum, dolores suas quasi adsidissimum deferte. Tac. lib. 4. ann.

(2) Crebris interrogationibus exquirit, qualem Piso diem supremum, noctemque exegisset. Atque illo plerque sapienter, quaudam inconsultius respondente. Tac. lib. 3. ann.

(3) Perclusus improvisa interrogatione, paululum reticuit. Tac. lib. 1. ann.
EMPRESAS POLÍTICAS.

tomó tiempo para responder, no pudo ocultar tanto su enojo que no le conociese Asinio (1).

La autoridad del Príncipe y el respeto a la Magestad obliga mucho a decir la verdad, aunque alguna vez también a la mentira, por hacer buena su pregunta: así sucedía cuando el mismo Emperador Tiberio examinaba los reos (2).

Por las palabras caídas en diversos razonamientos y conversaciones, introducidas con destreza, se lee el ánimo, como por los pedazos juntos de una carta rota se lee lo que contiene. Con esta observación conocieron los conjurados contra Nerón que tendrían de su parte a Fenio Rufo (3).

De todo esto podrá el Príncipe inferir el peligro de los secretos; y que si en nosotros mismos no están seguros, menos lo estarán en otros. Por lo cual no los debe fiar de alguno si fuere posible; porque son como las minas, que en teniendo muchas bo-

---

(1) Etenim vultu offensionem conjectaverat. Tac. lib. 1. ann.

(2) Non temperante Tiberio, quin premeret voce, vultu, eo quod ipse creberrimè interrogabat: neque refellere, aut eludere dabatur, ac sapor etiam contendum erat, ne frustra quaesivisset. Tac. lib. 3. ann.

(3) Crebro ipsius sermone facta fides. Tacit. lib. 15. ann.
cas se exhala por ellas el fuego y no hacen efecto. Pero si la necesidad obligare á fiar-los de sus ministros y viendo que se revelan quisiere saber en quien està la culpa, finja diversos secretos misteriosos y diga á cada uno de ellos un secreto diferente, y por el que se divulgue conocerá quien los descubre.

No parezcan ligeras estas advertencias, pues de causas muy pequeñas nacen los mayores movimientos de las cosas (1). Los diques de los imperios mas poderosos estan sujetos á que los deshaga el mar por un pequeno resquicio de la curiosidad. Si esta roe las raíces del secreto dará en tierra con el árbol mas levantado.

(1) Non tamen sine usu fuerit, introspicere illa primo aspectu levia, ex quibus magnarum sepe re-rum motus oriuntur. Tac. lib. 4, ann.
A sí mismas deben corresponder las obras en sus principios y fines. Perfeccionese la forma que han de tomar, sin variar en ella. No deja el alfarero correr tan libre la rueda, ni lleva tan inconsiderada la mano, que empiense un vaso y saque otro diferente. Sea una la obra, parecida y conforme a sí misma.

Amphora cepit
Institui currente rota, cur urceus exit?
Denique sit quod vis, simplex dumtaxat,
et unum. Horat.

Ninguna cosa mas dañosa ni mas peligrosa en los Príncipes que la desigualdad de sus acciones y gobierno, cuando no corres-
ponden los principios a los fines. Despre- 
ciado queda el que empezó a gobernar cui-
dadoso, y se descuidó después. Mejor le es-
tuviera haber seguido siempre un mismo 
paso, aunque fuese flaco. La alabanza que 
merciieron sus principios acusa sus fines. 
Perdió Galba el crédito, porque entró ofre-
ciendo la reformación de la milicia, y le-
vantó después en ella personas indignas (1). 
Muchos Príncipes parecen buenos; y son 
malos. Muchos discurren con prudencia; y 
obran sin ella. Algunos ofrecen mucho, y 
cumplen poco. Otros son valientes en la 
paz, y cobardes en la guerra; y otros lo 
intentan todo, y nada perfeccionan. Esta 
disonancia es indigna de la Magestad; en 
quien se ha de ver siempre una constancia 
segura en las obras y palabras. Ni el amor 
ni la obediencia estan firmes en un Prínci-
pe desigual á sí mismo. Por tanto debe con-
siderar antes de resolverse, si en la ejecu-
ción de sus consejos corresponderán los 
medios á los principios y fines, como lo 
adviertió Gosfredo:

A quei, che sono alti principii orditi
Di tutta l'opra il filo, è l fin risponda (2).

(1) Nec enim ad hanc formam cætera erant. Tac. 
lib. 1. hist. (2) Tac. cant. 1.

Tomo II. Bb
EMPRESAS POLÍTICAS.

La tela del gobierno no será buena, por mas realces que tenga, si no fuere igual. No basta mirar cómo se ha de empezar, sino cómo se ha de acabar un negocio. Por la popa y proa de un navío entiendan los antiguos un perfecto consejo, bien considerado en su principio y fin (1). De donde tomó ocasión el cuerpo de esta empresa, significando en ella un consejo prudente, atento a sus principios y fines, por la nave que con dos áncoras por proa y popa se asegura de la tempestad. Poco importaría la una sola en la proa, si jugase el viento con la popa y diese con ella en los escollos.

Tres cosas se requieren en las resoluciones: prudencia para deliberarlas, destreza para disponerlas, y constancia para acabarlas. Vano fuera el trabajo y ardor en sus principios, si dejásemos (como suele suceder) inadvertidos los fines (2). Con ambas áncoras es menester que las asegure la prudencia. Y porque esta solamente tiene

(1) Mihi prora, & puppis, ut Græcorum proverbium est, fuit à me tui dimittendi, ut rationes meas explicares. Prora itaque, & puppi summam consili nostri significamus, propterque quod à prora, & puppi, tamquam à capite, & calce, pendeat tota navis. Cicer.

(2) Acribus, ut terme talia initis, incurioso fine. Tac. lib. 6. annal.
ojos para lo pasado y presente; y no para lo futuro, y de este penden todos los negocios; póngase es menester que por ilaciones y discursos conjeture y pronostique lo que por estos ó aquellos medios se puede conseguir, y que para ello se valga de la conferencia y del consejo, el cual (como dijo el Rey Don Alonso el Sabio) (1) es buen antevidimiento que ome toma sobre cosas dudosas. En él se han de considerar otras tres cosas: lo fácil, lo honesto y lo provechoso; y en quien aconseja, qué capacidad y experiencia tiene: si le mueven intereses ó fines particulares: si se ofrece al peligro y dificultades de la ejecución; y por quién correrá la infamia ó la gloria del suceso (2). Hecho este examen y resuelto el consejo se deben aplicar medios proporcionados á las calidades dichas; porque no será honesto ni provechoso lo que se alcanzare con medios injustos ó costosos: en que también se deben considerar cuatro tiempos que con-

(1) L. 5. t. 9. Part. x.
(2) Omnes qui magnarum rerum consilia suscipiunt, estimare debent, an quod inchoatur Republcae utile, ipsis gloriosum, aut promptum effectu, aut certe non arduum sit. Simul ipse, qui sauder, considerandus est, adjiciatnre consilio periculum suum: & si fortuna cœptis adhauerit, cui summum decus acquiratur. Tac. lib. 2. hist.

Bb 2
EMPRESAS POLÍTICAS.

388 EMPRESAS POLÍTICAS.
curren en todos los negocios, y principalmente en las enfermedades de las repúblicas, no de otra suerte que en las de los cuerpos. Estos son el principio, el aumento, el estado y la declinación: con cuyo conocimiento, aplicados los medios á cada uno de los tiempos, se alcanza mas fácilmente el intento, ó se retarda si se truecan, como se retardaría el curso de una nave si se pasase á la proa el timón. La destreza consiste en saber elegir los medios proporcionados al fin que se pretende, usando á veces de unos, y á veces de otros; en que no menos ayudan los que se dejan de obrar que los que se obran, como sucede en los conciertos de varias voces, que levantadas todas, unas cesan y otras entonan, y aquellas y estas causan la armonía. No obran por sí solos los negocios, aunque los solicite su misma buena disposición y la justificación ó la conveniencia común; y si no se aplica á ellos el juicio, tendrán infelices sucesos (1). Pocos se errarian si se gobernase con atención; pero ó se cansan los Príncipes, ó desprecian las sutilezas, y quieren obstinados conseguir sus intentos á

(1) Nam sape honestas rerum causas, ni judicium adhibeas, perniciosi exitus consequuntur. Tac. lib. i. hist.
fuerza del poder. De él se vale siempre la ignorancia, y de los partidos la prudencia. Lo que no puede facilitar la violencia facilite la maña, consultada con el tiempo y la ocasión. Así lo hizo el Legado Cecina, cuando no pudiendo con la autoridad y los ruegos detener las legiones de Germania, que concebido un vano temor huían, se resolvió á echarse en los portales por donde habían de pasar; con que se detuvieron todos por no atropellarle (1). Lo mismo había hecho antes Pompeyo en otro caso semijante. Una palabra á tiempo da una victoria. Estaba el Conde de Castilla Fernan Gonzalez (2), puesto en orden su ejército, para dar la batalla á los africanos; y habiendo un caballero dado de espuelas al caballo para adelantarse, se abrió la tierra y le tragó. Alborótose el ejército, y el Conde dijo: pues la tierra no nos puede sufrir, menos nos sufrirán los enemigos; y acometiendo los venció. No fue menos advertido lo que sucedió en la batalla de Chirinola; donde creyendo un italiano que los españoles eran vencidos echó fuego á los carros

(1) Projectus in limine portæ, miseratione de- mum, quia per corpus Legati eundum erat, clausit viam. Tac. lib. 2. annal.

EMPRE SAS POLÍTICAS.

dec pólvara ; y conturbado el ejército con tal accidente, le animó el Gran Capitán (1) diciendo: buen anuncio, amigos: estas son las luminarias de la victoria; y así sucedió. Tanto importa la viveza de ingenio en un ministro y el saber usar de las ocasiones, aplicando los medios proporcionados á los fines y reduciendo los casos á su conveniencia.

Cuando hecha buena elección de ministros para los negocios y aplicados los medios que dictare la prudencia, no correspondiere el suceso que se deseaba, no se arrepienta el Príncipe: pase por él con constancia; porque no es el caso quien mide las resoluciones, sino la prudencia. Los accidentes que no se pudieron prevenir no culpan el hecho; y acusar el haberse intentado, es imprudencia. Esto sucede á los Príncipes de poco juicio y valor; los cuales, oprimidos de los malos sucesos y fuera de sí, se rinden á la imaginación y gastan en el discurso de lo que ya pasó el tiempo y la atención que se había de emplear en el remedio, batallando consigo mismos por no haber seguido otro consejo y culpando á quien le dió, sin considerar si fue fundado.

en razón ó no (1). De donde nace el aco-
bardarse los consejeros en dar sus parece-
res, dejando pasar las ocasiones sin adver-
tirlas al Príncipe, por no exponer su gra-
cia y la reputación a la incertidumbre de
los sucesos. De estos inconvenientes debe
huir el Príncipe, y estar constante en los
casos adversos, escusando á sus ministros
cuando no fueren notoriamente culpados en
ellos, para que con más aliento le asistan á
vencerlos. Aunque claramente haya errado
en las resoluciones ya ejecutadas, es menes-
ter mostrarse sereno. Lo que fue no puede
dejar de haber sido. Á los casos pasados se
ha de volver los ojos para aprender, no pa-
ra afligirnos. Tanto ánimo es menester pa-
ra pasar por los errores, como por los pe-
ligros. Ningun gobierno sin ellos. Quien
los temiere demasiadamente, no sabrá resol-
verse; y muchas veces es peor la indeter-
minación que el error. Considerado y re-
suelto ingenio han menester los negocios. Si
cada uno hubiese de llevarse toda la aten-
ción, padecerían los demás con grave da-
ño de los negociantes y del gobierno.

(1) Fili, sine consilio nihil facias, & post fac-
tum non penitebis, Eccles. cap. 32. 24.
Usó la antigüedad de carros falcados en la guerra, los cuales a un tiempo se movían y ejecutaban, gobernadas de un mismo impulso las ruedas y las faldas. La resolución en aquellas era herida en éstas, igual a ambas la celeridad y el efecto: símbolo en esta empresa de las condiciones de la ejecución, como lo fueron en Daniel las ruedas de fuego encendido del trono de Dios (1), significando por ellas la actividad de su poder y la presteza con que obra. Tome la

(1) Thronus ejus flammar ignis; rotas ejus ignis accensus. Dan. cap. 7, 10,
prudencia el tiempo conveniente (como hemos dicho) para la consulta; pero el resolver y ejecutar tenga entre sí tal correspondencia que parezca es un mismo movimiento el que los gobierna, sin que se interponga la tardanza de la ejecución; porque es menester que la consulta y la ejecución se den las manos, para que asistida de una de la otra obren buenos efectos. (1) El Emperador Cárlos Quinto solía decir, que la tardanza era alma del consejo, y la celeridad de la ejecución, y juntas ambas la quinta esencia de un Príncipe prudente. Grandes cosas acabó el Rey Don Fernando el Católico, porque con maduro consejo prevenía las empresas, y con gran celeridad las acometía. Cuando ambas virtudes se hallan en un Príncipe, no se aparta de su lado la fortuna; la cual nace de la ocasión, y ésta pasa presto y nunca vuelve. En un instante llega lo que nos conviene, o pasa lo que nos daña. Por esto reprehendía Demóstenes á los atenienses, diciéndoles que gastaban el tiempo en el aparato de las cosas, y que las ocasiones no esperaban á sus tardanzas. Si el con-

(1) Priusquam incipias, consulto, & ubi consulueris, mature facta opus est: ita utrumque se indigens alterum alterius auxilio viget. Sallust.
394 EMPRESAS POLÍTICAS.

seño es conveniente, lo que se tardará en la ejecución se perderá en la convenien-
cia. No ha de haber dilación en aquellos consejos que no son laudables, sino des-
pues de ejecutados (1). Embrion es el consejo; y mientras la ejecución, que es su al-
ma, no le anima é informa, está muerto. Operación es del entendimiento y acto de
la prudencia práctica; y si se queda en la contemplación, habrá sido una vana ima-
ginación y devaneo. Presto (dijo Aristóteles) se ha de ejecutar lo deliberado, y tarde se
ha de deliberar. Jacobo, Rey de Inglaterra, aconsejó á su hijo que fuese advertido y
atento en consultar: firme y constante en determinar: pronto y resuelto en ejecutar,
pues para esto último había dado la naturaleza pies y manos con fábrica de dedos y
arterias tan dispuestas para la ejecución de las resoluciones. Á la tardanza tiene por
servidumbre el pueblo. La celeridad es de Príncipes, porque todo es facil al poder (2).
En sus acciones fueron los romanos consi-
derados, y todo lo vencieron con la cons-
tancia y paciencia. En las grandes monar-

(1) Nullus cunctationi locus est in eo consilio,
quod non potest laudari, nisi peractum. Tac. lib. i.
histor. (2) Barbaris cunctatio, servilis: statim exequi,Regium videtur. Tac. lib. 6. ann.
quías es ordinario el vicio de la tardanza en las ejecuciones, nacido de la confianza del poder, como sucedía al Emperador Otón (1); y también por lo ponderoso de aquellas grandes ruedas, sobre las cuales juega su grandeza; y por no aventurar lo adquirido, contento el Príncipe con los confines de su imperio. Lo que es flojedad se tiene por prudencia, como fue tenida la del Emperador Galba (2). Así creyeron conservarse todos, y se perdieron. La juventud de los imperios se hace robusta con la celeridad, ardiendo en ella la sangre y los espíritus de mayor gloria y de mayor dominio y arbitrio sobre las demás naciones. Obrando y atreviéndose creció la república romana, no con aquellos consejos perezosos que llaman cautos los tímidos (3). Llega después la edad de consciencia; y el respeto y autoridad mantienen por largo espacio los imperios, aunque les falte el ardor de la fama y el apetito de adquirir mas; así como el mar conserva algún tiempo su

(1) Quo plus virium, ac roboris, e fiducia tarditas inerat. Tac. lib. 2. hist.
(2) Et metus temporum obtentui, ut quod sennities erat, sapientia vocaretur. Tac. lib. 1. hist.
(3) Agendo, audendoque res Romanæ crevit, non his signibus consiliis, quæ timidi causa vocant. Tit. Liv.
movimiento, aun después de calmados los vientos. Mientras pues durare esta edad de consistencia, se puede permitir lo espacioso en las resoluciones; porque se gana tiempo para gozar en quietud lo adquirido, y son peligrosos los consejos arrojados. En este caso se ha de entender aquella sentencia de Tácito, que se mantienen más seguras las potencias con los consejos cautos que con los orgullosos (1). Pero en declinando de aquella edad, cuando faltan las fuerzas, cuando les pierden el respeto y se les atreven, conviene mudar de estilo, y apresurar los consejos y las resoluciones, y volver a recobrar los bríos y calor perdido, y rejuvenecer antes que con lo decrepito de la edad no se puedan sustentar, y caigan miserablemente desfallecidas sus fuerzas. En los estados menores no se pueden considerar estas edades, y es menester que siempre esté vigilante la atención para desplegar todas las velas cuando sople el zéfiro de su fortuna; porque ya a unos y ya a otros favorece á tiempos, bien así como por la circunferencia del Orizonte se levantan vientos que alternativamente dominan sobre la tierra. Favorables tramontana-

(1) Potentiam cautis, quam acrioribus consiliis tutius haberi. Tacit. lib. II. ann.
nas tuvieron los godos y otras naciones vecinas al polo, de los cuales supieron tan bien gozar, desplegando luego sus estandartes, que penetraron hasta las columnas de Hércules, términos entonces de la tierra. Pasó aquel temporal, y corrió otro en favor de otros imperios.

La constancia en la ejecución de los consejos resueltos, ó sean propios ó agenos, es muy importante. Por faltarle á Peto dejó de triunfar de los Partos (1). Casi todos los ingenios fogosos y apresurados se resuelven presto, y presto se arrepienten. Hierven en los principios, y se hielan en los fines. Todo lo quieren intentar, y nada acaban, semejantes á aquel animal llamado calípedes, que se mueve muy aprisa; pero no adelanta un paso en mucho tiempo. En todos los negocios es menester la prudencia y la fortaleza: la una que disponga, y la otra que perfeccione. Á una buena resolución se allana todo, y contra quien entra dudoso se arman las dificultades, y se desdeñan y huyen de él las ocasiones. Los grandes varones se detienen en deliberar, y temen lo que puede suceder; pero en re-

(1) Eludi Parthus tractu bellì poterat, si Partho, aut in suis, aut in alienis consiliis constantìa fuisset.

Tac. lib. 15. ann.
EMPRESAS POLÍTICAS.

solviéndose obran con confianza (1). Si esta falta se descaece el ánimo; y no aplicando los medios convenientes, desiste de la empresa.

Pocos negocios hay que no los pueda vencer el ingenio, ó que después no los facilite la ocasión ó el tiempo. Por esto no conviene admitir en ellos la exclusiva, sino dejárlos vivos. Roto un cristal no se puede unir; así los negocios. Por mayor que sea la tempestad de las dificultades, es mejor que corran con algún seno de vela para que respiren, que amaynarlas todas. Los más de los negocios mueren á manos de la desesperación.

Es muy necesario que los que han de ejecutar las órdenes las aprueben; porque quien las contradijó ó no las juzgó convenientes, ó halló dificultad en ellas, ni se aplicará como conviene ni se le dará mucho que se yerren. El ministro que las aconsejó será mejor ejecutor, porque tiene empeñada su reputación en el acierto.

(1) Vir ea ratione fiet optimus, si in deliberando quidem cunctetur, & praet imeat quidquid potest contingere, in agendo autem confidat. Hered.
Echada una piedra en un lago, se van encrespando y multiplicando tantas olas, nacidas unas de otras, que cuando llegan á la orilla son casi infinitas, turbando el cristal de aquel liso y apacible espejo, donde las especies de las cosas que antes se representaban perfectamente, se mezclan y confunden. Lo mismo sucede en el ánimo después de cometido un error: de él nacen otros muchos, ciego y confuso el juicio, y levantadas las olas de la voluntad, con que no puede el entendimiento discernir la verdad de las imágenes de las cosas, y creyendo remediar un error da en otro;
EMPRESAS POLÍTICAS.

y así se van multiplicando muchos, los cuales cuánto más distantes del primero son mayores, como las olas más apartadas del centro que las produce. La razón es, porque el principio es la mitad del todo, y un pequeño error en él corresponde a las demás partes (1). Por esto se ha de mirar mucho en los errores primeros; porque es imposible que después no resulte de ellos algún mal (2). Esto se experimentó en Masinisa. Cásase con Sofonista: reprehéndele Scipion: quiere remediar el yerro, y hace otro mayor matándola con yerbas venenosas. Entrégase el Rey Witiza á los vicios, borrando la gloria de los felices principios de su gobierno; y para que en él no se notase el número que tenía de concubinas, las permite á sus vasallos; y porque esta licencia se disimulase más, promulga una ley dando licencia para que los eclesiásticos se pudiesen casar; y viendo que estos errores se oponían á la religion, niega la obediencia al Papa: de donde cayó


(2) Cum fieri non possit, ut si in primo atque principio peccatum fuerit, non ad extremum malum aliquid evadat. Arist. lib. 5. Pol. cap. 1.
en el odio de su rey, y para asegurarse de él mandó derribar las fortalezas y murallas, con que España quedó expuesta a la invasión de los africanos. Todos estos errores, nacidos unos de otros y multiplicados, le apresuraron la muerte. En la persona del Duque Valentín se vió también esta producción de inconvenientes. Pensaó fabricar su fortuna con las ruinas de muchos. Para ello no hubo tiranía que no intentase; las primeras le animaron á las demás (1), y lo precipitaron, perdiendo el estado y la vida: ó mal discípulo, ó mal maestro de Maquiavelo.

Los errores de los Príncipes se remedian con dificultad; porque ordinariamente son muchos interesados en ellos. También la obstinación ó la ignorancia suelen causar tales efectos. Los ingenios grandes, que casi siempre son ingénuos y dóciles, reconocen sus errores; y quedando enseñados con ellos, los corrigen, volviendo á deshacer piedra á piedra el edificio mal fundado, para afirmar mejor sus cimientos. Morte fue del Emperador Felipe el Tercero: quod malle cæptum est, ne pigeat mutasse.

(1) Ferox sce1erum, & quia prima provenerant, voluntare secum, quonam modo Germanici liberos perverteret. Tac. lib. 4. annal.

Tomo II. Cc
EMPRESAS POLÍTICAS.

El que volvió atras reconociendo que no llevaba buen camino, más fácilmente le cobra. Vano fuera después el arrepentimiento.

*Ni Juvat errores mersa jam puppe fateri.*

Claud.

Es la razón de estado una cadena que roto un eslabón, queda inútil si no se suelda. El Príncipe que reconoció el daño de sus resoluciones las deja correr; mas una su opinión que el bien público, mas una vaña sombra de gloria que la verdad quiere parecer constante, y da en pertinaz. Vicio suele ser de la soberanía, que hace reputación de no retirar el paso.

*Quamque regale hoc putet*

- Scretris superbas quisquis almovit manus,
- Qua cœpit, ire. Séneca,

En esto fue tan sujeto a la razón el Emperador Carlos Quinto, que habiendofirmado un privilegio, le advirtieron que era contra justicia; y mandando que se le trajesen, le rasgó diciendo: *mas quiero rasgar mi firma que mi alma*. Tirana obstinación es conocer y no emendar los errores. El sustentarlos por reputación es querer pecar muchas veces y complacerse de la igno-
rancia: el dorarlos es dorar el hierro, que presto se descubre y queda como antes. Un error emendado hace más seguro el acierto, y á veces convino haber errado para no errar después más gravemente. Tan fra-
ca es nuestra capacidad que tenemos por maestros á nuestros mismos errores. De ellos aprendimos á acertar. Primero dimos en los inconvenientes que en las buenas le-
yes y constituciones del gobierno (1). La más sabia república padeció muchas im-
prudencias en su forma de gobierno antes que llegase á perfeccionarse. Solo Dios compre-
hendió ab aeterno sin error la fábrica de es-
te mundo, y aun después en cierto modo se vió arrepentido de haber criado al hom-
bre (2). Mas debemos algunas veces á nues-
tros errores que á nuestros aciertos; porque aquellos nos enseñan, y estos nos desvanecen. No solamente nos dejan advertidos los Patriarcas que enseñaron, sino también los que erraron (3). La sombra dió luz á la

---

(1) Usu probatum est P. C. leges egregias, exempla honesta, apud bonos ex delictis aliorum gigni. 
Tac. lib. 15, ann.

(2) Penituit eum, quod hominem fecisset in terra. 
Genes. cap. 6. 6.

(3) Instruunt Patriarchae, non solum docentes, sed etiam errantes. 
Amb. lib. 1. de Abr. cap. 6.
No siempre la imprudencia es culpa de los errores: el tiempo y los accidentes los causan. Lo que al principio fue conveniente es dañoso después. La prudencia mayor no puede tomar resoluciones que en todos tiempos sean buenas. De donde nace la necesidad de mudar los consejos o revocar las leyes y estatutos, principalmente cuando es evidente la utilidad (1), o cuando se topar con los inconvenientes, o se halla el Principipe engañado en la relación que le hicieron. En esta razón fundó el Rey Asuero la escusa de haber revocado las órdenes que mal informado de Aman había dado contra el pueblo de Dios (2). En estos y otros casos no es ligereza, sino prudencia, mudar de consejo y de resoluciones, y no se puede llamar inconstANCIA, antes constante valor en seguir la razón, como lo es en la vida humana si las circunstancias, el tiempo y lo evidente, utilitas id exposuit. Cap. non debet. de cons. et affi.

(1) Non debet reprehensibile judicari, si secundum varietatem temporum, statuta quandoque variantur humana, præsertim, cum urgens necessitas, vel evidens, utilitas id exposuit. Cap. non debet. de cons. et affi.

(2) Nec putare debetis, si diversa jubeamus, ex animi nostri venire levitate, sed pro qualitate, et necessitate temporum, ut Reipublicæ poscit utilitas, ferre sententiam. Esth. cap. 16. 9.
veleta el volverse al viento, y en la aguja de marcar no quietarse hasta haberse fijado á la vista del Norte. El médico muda de remedios según la variedad de los accidentes; porque su fin en ellos es la salud. Las enfermedades que padecen las repúblicas son varias, y así han de ser varios los modos de curarlas. Tenga pues el Príncipe por gloria el reconocer y corregir sus decretos y también sus errores, sin avergonzarse. El cometerlos pudo ser descuido: el emendarlos es discreto valor; y la obstinación siempre necia y culpable. Pero sea oficio de la prudencia hacerlo con tales pretextos y en tal sazon que no caiga en ello el vulgo; porque como ignorante culpa igualmente por inconsideración el yerro, y por liviandad la emienda.

Aunque aconsejamos la retractacion de los errores, no ha de ser de todos; porque algunos son tan pequeños, que pesa mas el inconveniente de la ligereza y descrédito en emendarlos: y así conviene dejarlos pasar cuando en sí mismos se deshacen y no han de parar en mayores. Otros hay de tal naturaleza, que importa seguirlos, y aun esforzarlos con ánimo y constancia; porque es mas considerable el peligro de retirarse de ellos, lo cual sucede muchas veces en los empeños de la guerra. Negocios
hay en que para acertar es menester exceder, aunque se toque en los errores; como quien tuerce mas una vara para enderezarla, y entonces no se debe reparar mucho en ellos; ni en las causas ni en los medios, como no sean inhumanos ni injustos, y se esperen grandes efectos; porque con ellos se califican, y mas se pueden llamar disposiciones del acierto, que errores. Otros van mezclados en las grandes resoluciones, aunque sean muy acertadas; no de otra suerte que estan las rosas tan cercadas de las espinas, que sin ofensa no puede cogerlas la mano. Esto sucede, porque en pocas cosas que convienen á lo universal deja de intervenir algun error dañoso á lo particular. Constán los cuerpos de las repúblicas de partes diferentes y opuestas en las calidades y humores, y el remedio que mira á todo el cuerpo ofende á alguna parte; y así es menester la prudencia del que gobierna para pesar los daños con los bienes, y un gran corazón para la ejecucion, sin que por el temor de aquellos se pierdan estos.
INDICE

XXXVI. IN CONTRARIA DUCET.................. pág. 5
XXXVII. MINIMUM ELIGENDUM............... 15
XXXVIII. CON HALAGYO CON BICOR........... 25
XXXIX. OMNIBUS............................... 36
XL. QUE TRIBUUNT TRIBUT........................ 48
XLI. NE QUID NIMIS............................. 58
XLII. OMNE TULIT PUNCTUM.................. 71
XLIII. UT SCIT REGNARE....................... 77
XLIV. NEC A QUO NEC AD QUEM.............. 89
XLV. NON MAJESTATE SECURUS.................... 99
XLVI. FALLOMUR OPINIONE.................... 104
XLVII. ET JUVISSE NOCET........................ 121
XLVIII. SUB LUCE LUES....................... 135
XLIX. LUMINIS SOLIS......................... 156
L. JOVI ET FULMINI............................ 168
LI. FIDE ET DIFFIDE............................ 204
LII. MAS QUE EN LA TIERRA NOCIVO........... 219
LIII. CUSTODIUNT, NON CARPIUNT.............. 233
LIV. A SE PENDET.............................. 242
LV. HIS PRÆVIDE ET PROVIDE.................. 251
LVI. QUI A SECRETIS AB OMNIBUS............... 272
ERRATAS.

137 26 tautum... tantum.
259 28 omnino... omnino.
270 15 Toledanos... Toledanos.
272 9 Quia secretis... Qui a secretis.